

L. V. LOPEZ

RECUERDOS

DE

VIAJE

*A mi antiguo y buen amigo
Sr. Eduardo Caamaño*

su aff.

Setiembre 15 de 1884

El autor

BÜENOS AIRES

Imprenta de EL NACIONAL, Bolívar 67

1884

RECUERDOS DE VIAJE

EN EL MAR

Océano Atlántico, Mayo 18 de 1880.

Cuando se sale del Plata y la nave asoma la proa en el Atlántico, lo primero que viene á la memoria es el recuerdo de los descubridores, de aquella falanje de aventureros castellanos y portugueses que comienza para nosotros con Juan Diaz de Solís y Diego García, y que termina en el corazon de nuestros grandes rios con Oyolas y con Irala: los fieros soldados de Mendoza.

Al caer la tarde del 9 de Mayo, cuando ya el azul peculiar de las ondas amargas me indicaba la lejanía de la tierra, me ha parecido ver entre las nubes pardas del horizonte los altos y tallados castillos de las urcas y carabelas de Vespuccio ó de Solís, buscando ávidas en las corrientes marinas, las desviaciones de la tierra americana, para hallar un canal al mar de las Indias, que Balboa sorprendió mas tarde desde las copas de los bosques del Istmo. Si alguno de mis lectores ha visto en el Museo de Buenos Aires una coleccion de *tábulas* pintarrajadas y toscamente esmaltadas, con láminas de nácar, que representan las proezas de Hernan Cortes y de sus soldados en la conquista del imperio de los Aztecas,

notará las altas popas de las naves del siglo XVI, idénticas á las que vinieron á nuestro rio trayendo á los primeros fundadores de Buenos Aires: anchas, infladas, cortas y altísimas; con las jarcias cruzadas y diagonales como las naves del Lacio, y ostentando en sus topes largas y brillantes banderolas en cuyas fajas brillaban las armas de Castilla y de Aragon. Con la vista en la vasta inmensidad, recorriendo el aro circular que cierra el horizonte, hé permanecido pensando por largo tiempo: como fué que aquellas imperfectas concavidades, semejantes á las cáscaras de las tortugas, pudieran salvar el Océano y arrojar, sanos y salvos, sobre las tierras americanas á sus temerarios tripulantes. Alguna vez se me ha demostrado que si esas proas redondas y de formas indolentes, parecidas al pecho de los cisnes, carecian del filo angosto y cortante de la proa moderna, tenian todas las condiciones de flotacion de aquellos poéticos habitantes de los lagos: de modo que las tormentas jugaban con ellas sin sumerjirlas, como juegan las brisas del espacio con el globo aereostático, sujetándolo á sus corrientes, meciéndolo en sus ráfagas, y haciéndolo flotar como si las ondulaciones de su cuerpo fueran efecto de la embriaguez.

La América no ha honrado bastante todavía á Colon y á su grupo. Nosotros le debemos á Solis un monumento sobre las barrancas de la costa oriental: el Estrecho debia estar abierto por la estatua gigantesca de Magallanes; y desde los bosques del Darien, la figura magestuosa de Balboa debia erguirse, enseñando con la diestra la estensa y dilatada *mar del Sur* y la ruta al mar de las Indias!

.....

Estamos bajo el trópico. Allá en la estela luminosa en que ha revuelto el hélice sus aletas, ha quedado el Plata, el ancho y dulce seno en que vive la pátria. El calor es sofocante: un cielo gris que parece una bóveda de metal caldeado, nos quema dentro del camarote; y si salimos al

ancho puente á aspirar una ráfaga, el aire nos consume y nos sofocâ como si estuviéramos en una frágua gigantesca. Las estrellas son aquí pálidas y lácteas como los ópalos: las nubes pesadas y negruscas como si amenazaran eternamente el estallido de la plétora exhuberante de estas regiones; la bóveda celeste no tiene aquella brillantez y colorido peculiar de nuestro cielo argentino, y parece que quisiera engendrar vida y formas hasta en la misma superficie inestable y movable de las ondas.

Don Juan Maria Gutierrez me habia contado muchas veces su pasaje por el trópico abordo del *Eden*; y yo habia soñado una hipérbole bajo la influencia de los colores que mi viejo y llorado maestro empleaba para iluminar aquellos ágiles y elocuentes párrafos de sus conversaciones. Un bergantín elegante, con altos y gallardos masteleros, llevando en su seno á Gutierrez y á Alberdi, dos protagonistas de la generacion de 1835, que se estrenó bajo los paternales consejos de Echeverria, que cantó á Mayo entre los muros de Montevideo, é interpretó á Alfieri y á Silvio Pellico bajo las garas abiertas del tirano, eran el conjunto de mi leyenda; y yo la veia desarrollarse precisamente teniendo por teatro la cubierta del *Eden* y por escenario las óptimas regiones del Ecuador. Ah! amado y sábio maestro! En el seno vibrante de este mónstruo, que traga 50 toneladas de carbon todos los dias y que muje como un bisonte, arrojando espuma por las fauces al heñdir con la proa la rizada superficie del Océano, yo no encuentro aquella region narrada por tu lengua escogida, y vivificada por tus fantásticas memorias juvenile-; paréceme encontrarme bajo los cristales empañados de un inmenso invernáculo dentro del cual hierve el agua que distribuye el calor á las plantas de otros climas; los movimientos vibrantes del hélice llevan mi pluma al acaso sobre el papel como si fuera la aguja de un minuterio: la paciencia concluye, el ruido no cesa, y la prosáica realidad de los progresos modernos del vapor,

disipa de mi imaginacion la sombra blanca de tu nave, mecida como un alcion, que, con las velas abiertas, espera el despertar de las auras dormidas!

La poesía y la estética han sido suprimidas en los buques modernos; faltan las impresiones del mar. La eterna cubierta convertida en un salon de lectura en que todos sin excepcion leen, con los ojos cerrados, los libros que el ingenio ha dotado de mas atractivos, no presentan la perspectiva de las cubiertas de los buques de vela. Nos faltan todas las emociones de los marinos, las ágrias guiñadas del barco, la pesca del tiburón, las bordadas en que la nave, tomando el viento de bolina, entrega uno de sus flancos á las olas y se inclina voluptuosamente sobre ellas como una virgen que quisiera ver su sombra en sus cristales. La mirada busca en vano los senos hinchados de las velas desde el tope hasta la mayor, las velas de estay, las alas y arrastraderas y la série de los foques levantando la nave sobre su proa como se levanta, bajo la rienda, la cabeza de un caballo á escape. Solo un raquítico trapo presenta su flanco al viento; y los negros caños, arrojando bocanadas de humo turbulento nos dicen que la fuerza que nos impele no está en el árbol de los mástiles, sinó en las entrañas del casco que tragan incesantemente el agua que necesitan para alimentarse y la vomitan incesantemente tambien, para volver á tragarla como un mónstruo dominado por una sed insaciable.

¡Oh estenso mâr! La nave de vela es tu hija predilecta. Nosotros somos un pedazo de ciudad moderna arrojado sobre tu inmensidad, con todo el sibaritismo de la época, y con los mimos y las exigencias de la vida artificial que llevamos. Nuestro buque es un hotel, una fábrica, en donde todo, hasta el ruido infernal de la máquina, contribuye á convencernos de que no hemos abandonado la tierra todavia y que estamos circundados por el bullicio de las ciudades populosas. Asomo la cabeza por la ventana circular de mi camarote y veo á poco trecho de nuestro costado un precioso

brick americano que pasa como un pájaro, volando á merced de las ráfagas del Nordeste y llevando tal vez á Buenos Aires nuestras dulces memorias. Ayer, no mas, la misma nave clavada sobre las ondas, faltas de vida las ociosas velas, y fulminada por los rayos del sol ecuatorial, se balanceaba torpemente, ébria de pereza y de laxitud en el Océano; el capitán, un tostado livirginiano, que escandalizaría con su pronunciaci6n nasal el oido aristocrático de los ingleses, *pateaba* de babor á estribor enfurecido por la haraganeria escandalosa del viento, hasta que éste, despertando despues de una siesta de nueve dias y nueve noches, ha querido demostrarle que en estas regiones el viento descansa lo que le conviene descansar sin preocuparse para nada de la máxima codiciosa de los ingleses *time is money*.

Vamos con rumbo á las islas de Cabo Verde en demanda de carbon. Hemos dejado á Fernando de Noronha á la derecha y navegamos en pleno Océano. La costa americana está muy léjos; la curva que nos separa del Plata forma un arco muy pronunciado en el globo de la tierra. Otro cielo nos protege; otras estrellas iluminan nuestra ruta. La *Cruz del Sud* nos ha acompañado hasta hace poco, pero ya se ha sepultado bajo la curva en los azules espacios meridionales. Estamos en la mitad superior de esta naranja que rueda en el vacio en donde el hombre, guiado por sus proporciones moleculares, queda deslumbrado ante la inmensidad de los mares y de la tierra, sin comprender la infinidad del universo. Me viene á la memoria aquella originalísima cancion de Beranger que representa á Dios mirando con un lente prodijioso los mundos, y descubriendo entre los mas pequeños un grano esférico en cuya superficie se devoran unos á los otros millones de átomos animados, representando la ign6rada tragédia de las hormigas sobre la superficie del melon carcomido. Aquella cresta que podria levantarse con la uña de un gigante, es una cadena de montañas;—aquella gota de agua que brilla sobre la cáscara, un océano;—aquel

punto negro, conjunto de materia en movimiento, una ciudad, un pueblo; —¿Dónde se va la grandeza de la tierra y la gloria del hombre, cuando el lente del creador se interpone entre nosotros y el infinito?

Yo caería abismado como un fanático recalitrante si la religion estuviera basada única y esclusivamente en la contemplación del infinito y de lo inconmesurable.—Qué cuadro tan sublime nos representa Atahualpa arrojando á los aires el breviario del padre Valverde y mostrándole la palabra de Dios en las alturas! El fetichismo católico no se ha inspirado nunca en las fuentes vírgenes de la Creacion: y por eso Humboldt, el dulce y sábio contemplador del Universo, tiene mas títulos para ser el sacerdote supremo del hombre moderno, que Leon XIII con todos los prestigios del arte profano que iluminan los muros del Vaticano: allí la religion no existe sinó bajo la condicion de la existencia del color y de la forma, hijas del arte griego, adoptadas por el arte católico.

Abordo del *Elbe* se han celebrado en los dos Domingos transcurridos los deberes religiosos. Hace un momento que en un piano, lastimosamente desafinado por las corrientes de las auras marinas, se han estinguido las últimas notas de los psalmos bíblicos cantados por los miembros de tres familias protestantes, desde los padres y las madres respectivas hasta los niños y las nodrizas. Sus voces mezcladas sin ningun género de pretensiones artisticas, forman un conjunto melódico, sencillo hasta la mas primitiva simplicidad, menos monótono y menos mecánico que el murmullo nasal de nuestras letanias, pero siempre repitiendo la misma frase musical que comienza y termina invariablemente con cada versículo, hasta que los cantores se duermen de pié, cantando siempre, absorvidos por el sentimiento místico que los inspira. Tiene mucho de tierno y de noble ese círculo numeroso y sencillo del hogar inglés en el dia Domingo; y si el arte no concurre á dar los retoques de la

estética á aquella escena, no puede negarse que la fé religiosa la ilumina con las tintas simpáticas y suaves del amor y de la virtud.

En medio de la ceremonia asomaba la cabeza por uno de los largos corredores del buque y observaba la escena un muchachon de 18 años mas ó menos; y como todos los ingleses de abordó eran protagonistas en aquel momento, me llamó la atención aquel curioso, que teniendo en todo su rostro bien impresos los rasgos fisionómicos de Jhon Bull, se mantenía irreverente y alejado de aquel grupo de sus compatriotas que adoraban al Señor: «Y Vd. porque no reza?» le pregunté en el mejor inglés que pude preparar de antemano:—«*Because I am á catholic,*» *Porque soy católico*, me contestó sonriendo; «*and Irish,*» agregó, «*é irlandés.*» La pregunta no tenía réplica: el irlandés estaba en su perfecto derecho de mantenerse retraído de aquellos compatriotas herejes. «*Y sabe vd. lo que cantan en este momento?*» insistí yo, tratando de orientarme en el significado de las oraciones?—«*Están cantando el psalmo en que David cuenta cómo de una pedrada dejó tuerto al gigante Goliath.*» Me quedé pensativo y puse á prueba todas las fuerzas mensageras de la memoria para recordar y confirmar el dato de mi irlandés: ¡Ah! En vano! Mis escasas lecturas de la Biblia se habían disipado. Mi irlandés, notando mi silenciosa incredulidad, insistía en convencerme; y ante su cara impávida y peculiarmente ingénua, casi estaba por admitir la *escena de la pedrada* como canto sagrado, cuando un hombre de edad tomó bruscamente del brazo á mi interlocutor y lo sacó fuera. No había tal canto religioso; temí por un momento que el *irlandecito* hubiera querido burlarse de mí, y me incliné despues por amor propio, á creer que quizo pasar por muy informado en el culto protestante; pero ni una ni otra razón justificaban el dato del irlandés. Este pobre muchacho era un loco, cuyos padres, estancieros del Pergamino, lo mandaban á un afamado ma-

nicomio de Dublin; la noche antes, en momentos en que uno de esos turbiones rápidos y pasajeros del trópico, azotaba el costado del buque y hacia silvar las cuerdas, el irlandecito, en la cubierta, corriendo despaavorido, procuraba tomar caballo para atajar la majada, que, según él, vagaba errante en aquel momento perseguida por el huracán; se creía en su rancho y en sus campos cuidando el rebaño de sus padres!

Todavía no me perdona un caballero inglés, compañero de viaje, que yo me ría por haberle oído cantar el psalmo en que David deja tuerto de una pedrada al gigante Goliath!

Por las noches para matar las horas monótonas, sentados sobre el puente y observando las evoluciones de las estrellas ó el casco todavía escaso de la luna, que, como una gamera en fuego, desaparece en el Océano, hemos pasado momentos deliciosos oyendo las dramáticas recitaciones de los oficiales que nos cuentan sus viajes por países y mares remotos. Uno de ellos, gallardo muchacho de 25 años, que me trae á la memoria, no sé por qué combinacion de la imaginacion, el tipo de Henderson de la *Novia del Hereje*, me cuenta sus viajes por los mares de la China; ha comenzado su carrera sobre la cubierta de un *clipper* en cuyo velámen se habian empleado dos mil quinientas yardas de tela, y cuya marcha con viento en popa rayaba en 15 y 16 millas. Los fletadores del «*Eolian*» ávidos por ser los primeros conductores de la nueva cosecha de té, procuraban siempre que su capitán penetrara el primero en Liverpool; y la codicia humana buscaba y anhelaba la tormenta para soltar á sus ráfagas furiosas todas las álas de la nave, y volar con la tempestad como los pájaros de la mar. De pronto el huracán encerrado en el cóncavo seno de la gávia, brama por dar salida á la ráfaga al través de la tela; en vano el noble tejido resiste, pues al fin el cable de la escota cede y reventa descargando con sus extremos, enroscados como una culebra, un latigazo furibundo, y la vela, libre del mástil, se escapa y atraviesa la oscuridad perdiéndose en ella á la

distancia, como si fuera el blanco pañuelo de una niña que el viento hubiese arrancado de sus manos. El *Eolian* y sus compañeros de la misma compañía de *Clippers*, representaban con sus rivales, en aquellas carreras alijeras, la batalla de los Horacios y de los Curiacios; algunas veces todos los *clippers* arribaban á los puertos ingleses con mas ó menos intervalos de tiempo, pero no pocas veces, alguno de los émulos del *Eolian* quedó sepultado en las profundidades del mar, con los palos para abajo y mostrando la quilla: *el hueso central de la pechuga* como dicen los marinos cuando hablan de esta posicion incómoda. Las novelescas leyendas del *Flying Dutchman* del *Red Rover* y del *Pirata* no alcanzan la fantástica realidad de los viajes de los *clippers* modernos.

Otro oficial me ha contado sus viajes por el Norte, sobre aquellos mares ágríos y sañudos que navegaron las flotas de los antiguos no-man-los.—Inmensos desiertos en el invierno, el horizonte cierra sus líquidos y azules límites por una barrera de blancas y puntiagudas montañas de hielo, que semejan las ruinas de una ciudad abandonada y congelada bajo los frios boreales. El marino allí se defiende del témpano flotante que lo acomete con el empuje que le imprime la variacion de las corrientes; allá vá la masa muerta boyando al acaso y desprendida de los eternos muros polares! ni un rastro de la tierra sobre ella, ni una hoja de verdura, ni un rayo de la cariñosa y fecunda naturaleza del globo sobre aquel terron de las aguas congeladas. A veces, para demostrar mas al hombre la salvaje fisonomia de aquel inmenso sudario de la tierra, el témpano sirve de flotante pedestal á un oso blanco, que, sentado magistuosamente sobre él, semeja en todo su conjunto un trozo de escultura digno de figurar al pié de un pórtico asirio. Oh! cincel maravilloso del capricho y de la fantasía! Tú bordas incesantemente en los copos sùtiles de la nube y en la masa diáfana de los hielos, los cuadros y las

formas que ningun artista humano derramó jamás en la tela ó arrancó de las duras y rebeldes venas de la piedra!

Las narraciones de los viajes por los mares polares terminan tiritando de frio todos los circunstantes; ya nos parece vernos en aquellos extremos embrionarios de la tierra: y estamos bajo el mismo sólio del sol en el centro mismo del Atlántico, frente á las regiones en que la tierra abre, en un amor continuo y nunca interrumpido, sus senos ardientes á los besos del astro bajo cuyas caricias se abren, abanicadas por el aura, las indolentes y voluptuosas hojas de los bananos, y se cimbran los troncos esbeltos y lascivos de las palmeras!

Los oficiales del *Elbe* han hecho el gasto de charla, en la mitad de la noche. Ahora nos toca á nosotros: y mas de uno se carcome de envidia con la historia del Rey de las Manzanas que les hace mi compañero, y en la que yo pongo mis notas. Recuerdo que Miguel Cané, nuestro amado Miguel, (permitaseme este desahogo en el Océano) se escandalizaba de la pronunciacion con que los ingleses disfrazaban á Mejillones: *Maiquel Jones*. Pues bien; nosotros hemos conseguido un specimen de *spelling* mucho mas divertido; merced á la dúctil lengua de mi oficialito del *Eolian*: *Shayhueque* se llama *Shawguiayquay*. En vano trabaja y hace un ruido infernal con el paladar, en medio de las mas dolorosas gesticulaciones, la lengua sajona no dá mas. No debemos reirnos nosotros; en el Plata una antigua y noble familia de apellido *Speakerman* degeneró en *Piquiman* á la segunda generacion. Nunca encontrará la filolojia un bastardo mas escandaloso!

Hemos tenido suerte embarcándonos en el *Elbe*. Hasta ahora no nos hemos fastidiado ni un momento, y no sé si me atreveria á asegurar que no soy de los halagados con la idea de llegar á Southampton el 31 como lo pretenden las impacientes rotaciones del hélice. Si un muchacho soltero hiciera esta confesion, mas de una sonrisa se dibujaria en el

rostro de los lectores maliciosos. Pero nuestra resignacion con el viaje es amenizada todos los dias por los oficiales del vapor que son nuestros buenos amigos. Todos han viajado mucho; el uno al sur, el otro al norte, este á las Antillas, aquel en la India; y la charla rueda y rueda incensantemente sobre las errantes peregrinaciones del hombre sobre la tierra. Tengo libros, mesa, papel y tinta en mi camarote que es una habitacion con dos ventanas á una plaza solitaria en la que no incomoda el ruido de los carros; y me atreveria á escribir un viaje porque no hay punto del globo, hasta la fecha, que no hayamos visitado siguiendo el movimiento incesante de la lengua de nuestros ingleses!..... y hay quien les llama frios y egoistas, secos é incommunicativos! Si estuviera en una nave de otra nacion (no ofendo á nadie y no escluyo á los nuestros,) habria talvez ocasion para pensar si nuestros huéspedes terian ó no la fantasia muy simpática para la inventiva; pues delante de la sobria simplicidad de los ingleses, ni la sospecha de la mentira se asomá al espíritu!

Es mas facil encontrar un inglés que beba grosella, que un inglés que mienta cuando trata con caballeros.

EL CENTENARIO DE RIVADAVIA EN EL OCÉANO

Océano Atlántico, Mayo 20 de 1880.

Hoy se animan los recuerdos de la patria; todos estamos con el pensamiento en Buenos Aires y pretendemos convertir la estensá cámara del vapor en un pedazo de suelo argentino. Los ingleses se prestan con un entusiasmo febril á cooperar en la fiesta, nos han acompañado á ensayar nuestro himno para partes y coros; y su decision es tan vehemente, que hasta uno de los pastores presbiterianos que nos acompañan, aunque anciano yá, se enardece, sobresale en el coro y canta como si cantara «*God save our gracious Queen*», «*Sean eternos los laureles que supimos conseguir!*» El otro, un anglicano que por simple placer hace el viaje de ida y vuelta del *Elbe*, comienzá á contagiarse con el ardor patriótico de su colega disidente. El dia de la Reina Victoria está próximo, y los argentinos nos preparamos tambien á mezclar nuestras voces en el himno inglés para cantar con sus súbditos.

Send her victorius
Happy and glorious
Long to reing over us.

.....
La fiesta ha sido hermosa y todos hemos tomado parte en ella. Ojalá se haya celebrado en la patria con los dulces himnos de la paz! He contado á grandes rasgos la vida de

Rivadavia en medio de la mas elocuente simpatia de argentinos y extranjeros; y mis cortas palabras han merecido el honor de la traduccion de parte de un inglés entusiasmado.

Una lójica asociacion de ideas me trae á la memoria en el dia de Rivadavia, el recuerdo de la «*Misletoe*» y de la *Fama*, saliendo del Plata al Océano con Mariano Moreno, para darle al poco tiempo sepultura en las aguas saladas, como á Palinuro, el piloto de Troya; del *Agenor*, clavado en el *Banco Inglés* salvando en sus despojos á Valentin Gomez mientras que la balsa de Luca desaparece para siempre con el cisne que canta su último himno; de la *Mosca* perdida con Rojas, (su hermano en la vida y en la muerte), y de las naves por fin, que en 1814 llevaban á Europa á Sarratea, Belgrano y Rivadavia, con un programa de transacciones que debia desarrollarse con cuadros tan varios, como los que ofrecieron las nobles tentativas del último sobre el gabinete inglés, y escenas tan grotescas como aquellas en que figuraba como protagonista el aventurero conde de Cabarrus.

En aquellos viajes interminables en que el viento, el siempre caprichoso elemento, era la única fuerza con que contaban los viajeros, cuánto debieron sufrir nuestros padres cuando la vela, batida de frente, los obligaba á retroceder, ó cuando caida y colgando de las vergas aumentaba la impaciencia de los corazones ávidos por una ráfaga propicia! Cuánto debieron sufrir ellos, llenos de dudas por la suerte de aquel embrion de patria que habian dejado, espolloneados por el aguijon de la esperanza, martirizados por la falta de fé unas veces, y otras por los negros temores que les inspiraban los hados todavia indescifrables de la República Argentina!

Rivadavia ya pertenece á la posteridad; en el dia de su centenario puede ser juzgado como Chatham ó como Mirabeau, dejando destacarse las líneas incorrectas y gruesas

de su fisonomía á la simple luz de la historia; exhibiendo su espíritu ámplio y fantástico como el de un profeta Judío, diseñando aquel físico ampuloso y sacerdotal que cae tan simpáticamente aún bajo la punta del lápiz mas inesperto. El vano elogio estinguido con la *loa*, que nuestros padres alcanzaron hasta el primer cuarto de nuestro siglo, sería indigno de Rivadavia en el día de sus cien años!

Arrebatarle uno de sus defectos sería como incurrir en la necesidad de pretender contornear aquellos labios gruesos, aquellas mejillas de triton y aquella cabeza hermosa y tosca que siempre parecía iluminada por la revelacion de la verdad. Frio é indiferente con los detalles nimios de la vida, omnipotente en la tribuna y en la antecámara, incompatible á los efectos de la ternura, su inteligencia capaz de comprender la magestad de Enéas perorando *ab alto toro*, era rebelde para enternecerse con la nota melancólica y sentimental de *los Tristes*. No hace mucho que un viejo amigo norte-americano, que está en el Plata desde 1824 y que conoció á Rivadavia y á San Martín, al recordar al primero lo hacia siempre con la mas estricta gravedad, mientras que hablaba del segundo, con una abierta y completa simpatía: el rastro luminoso del primero envuelve todavía su figura como la de un astro para todos sus contemporáneos, tanta era su magestad; mientras que la figura de San Martín, apesar de su altura, les permite apreciarlo en su inmortalidad como á un camarada. Rivadavia nunca fué camarada de nadie, aunque tuvo muchos amigos; el respeto se fundaba á su alrededor, y es fama que el pescuczo del Coronel Castañón, su edecan, no salió nunca del martirio de una rijidez metálica mientras Rivadavia estaba en su despacho. El ingenio ó la lógica de su origen, si el dato es exacto como lo creo, han revelado el apellido genuino de Rivadavia; sus antepasados llamaronse *Riva da Via*, (*orilla del camino*, en portugués) y en el vástago talvez se revelaba la soberbia sangre lusitana.

El niño que nació ahora un siglo, deletreó las primeras sílabas en los bancos de la escuela de D. Márcos Salcedo, dõnde seguramente *la letra entraba con sangre* y la palmeta tomaba una gran parte en la educacion popular. Bajo las bóvedas del CONVICTORIO CAROLINO, se encontró por primera vez en el campo de las ideas con los que debian ser despues sus compañeros; y estudió filosofia en el curso que don Valentin Gomez dictó el último año del siglo pasado y el primero de éste. En aquellas bóvedas y en aquellos bancos fueron condiscípulos con él, el simpático Matias Patron, Tomás Anchorena el tribuno del Congreso de Tucuman, Manuel Garcia el primer financista de la revolucion y el sensato Ministro de Rodriguez despues, D. Juan Ramon Rojas, militar y poeta, y Vicente Lopez el autor de la *Cancion Pátria* que nuestros abuelos no podian entonar sin las lágrimas de los grandes recuerdos en sus ojos. Si algun pintor pudiera arrojar sobre el lienzo aquel grupo de condiscípulos sobre cuyos destinos la providencia ya habia dictado sus designios, haria un hermoso cuadro: comparable con aquel otro grupo que representa en Inglaterra á los jóvenes fundadores de la *Revista de Edimburgo*, llamados despues á manejar el imperio político y literario de su tiempo. Hé aqui un rasgo de la vida de Rivadavia que merece anotarse: discípulo tambien del presbitero Fernandez, lo protejió siempre cuando dispuso de grandes posiciones públicas; fué ese el único favoritismo que consideró compatible con su primitiva y casi salvaje integridad!

No fué abogado; ni *el gorro* ni *el anillo de la ciencia* le fueron discernidos; pero amante apasionado de la educacion primaria y superior, su nombre, arrancado de los anales escolares y universitarios, representaria una culpable omision de parte de sus biógrafos. El funda para siempre con Rodriguez y su condiscípulo Garcia, la Universidad en 1821, levantando su voz en aquel acto donde *nació* la casa en que se han formado las generaciones argentinas que

comienzan con Lafinur y los Varela; las que les siguen con Cané (el viejo) Alsina, Gutierrez, Alberdi: las subsiguientes ya despotizadas por la tiranía y las recientes en que los niños del aula vuelven á las cátedras con Goyena, Estrada, Wilde y tantos otros cuya lista me es dulce recordar. Rivadavia fué el importador de los primeros sábios europeos. Asilado en Lóndres encuentra á Carta Molina y lo envia á Buenos Aires para plantear los estudios de las ciencias naturales. Los primeros instrumentos perfeccionados de física los obtiene este sábio italiano, prófugo del papado y de los reyezuelos de los diversos estados de la Italia esclava. Proteje á Mossoti, Fabricio Mossoti, cuya tumba visitaré para cumplir el voto de un antepasado mio, muerto yá como él, con quien se amaron en la inteligencia y con el corazón, contemplando los cielos meridionales con la serenidad de los mismos espacios que observaban. Dulces y puros espíritus ambos como el velo de la *Via lactea*; en cuyo elemento cósmico sumerjian unidos la mirada, tratando de indagar los misterios de aquel giron luminoso del universo, en donde Dios derramó el núcleo insumable de los mundos.

Pero me adelanto demasiado y paso por alto los primeros tiempos de la vida pública de Rivadavia: aquellos que sucedieron á las invasiones inglesas: y que lo contaron como guerrero en los cuadros del Tércio de gallegos. Actor de la Revolución, reveló en las reuniones preliminares que la prepararon la pujanza característica de sus propósitos, con la voz cavernosa y sonora á la vez con que acostumbraba hacer vibrar su palabra en los clubs y en las asambleas revolucionarias. Ministro de la guerra á la caída de Saavedra, mantiene abierto el templo en la lucha esterminadora, para castigar con todo el rigor de la ley al orgulloso y temerario Alzaga, frente á los mismos balcones en que el Alcalde de 1807 habia reparado el desastre del puente de Galvez. Con su indomable energia habilita el desprovisto ejército del

Alto Perú para que Belgrano avance sobre Tristan, lo deshaga en Tucuman y lo rinda en Salta. Pero cae antes de estas victorias, á las que habia cooperado, arrastrado por la ola revolucionaria que agitaba al mismo tiempo el mar de las pasiones domésticas. Aquella conjuracion de Alzaga, entre cuyos inclementes refrenadores figura Rivadavia, como columna capital del cuadro, y en cuya penumbra se destacan distintamente los perfiles de Agrelo, de Vieytes y Chiclana y el busto anguloso y vengador de Monteagudo, semeja una escena de la revolucion francesa, en la que bebieron nuestros padres toda la sávia que alimentó á la nuestra: la organizacion politica de los ejércitos, los triunviros y los directorios, los himnos, el gorro frigio, la escuela literaria y la pomposa y clásica majestad de las arèngas. La revolucion no se habria salvado sin el sacrificio de las cabezas españolas; las crueldades de *Potosí*, *Cochabamba* y *la Paz*, bañadas en sangre, como lo dice la *Cancion* histórica, trajeron la represalia de *Cabeza del Tigre*, la ejecucion de Nieto, Paula Sanz y otros;—y la de Alzaga y sus cómplices fué el castigo tremendo pero justiciero de una conjuracion que amenazaba con la ruina al programa de Mayo y con el puñal ó la horcá á sus autores. Hé aquí como nuestros padres, que iniciaron con Moreno, Rivadavia y sus colaboradores, un programa liberal contra las instituciones y los gobiernos coloniales, fueron solamente liberales en los fines pero absolutos é intransigentes en los medios. La revolucion de Mayo no podia triunfar de otra manera.

Rivadavia no se desprendió nunca de aquella solemnidad que siempre fué el rasgo peculiar de sus obras y de sus palabras. Si contra él se esgrimian las inclementes pullas de la sátira ó de la burla, la invectiva apasionada, ó el apodo tanto mas injurioso cuanto mas feliz, él atravesaba por sobre las cosas de la tierra como un pontífice invulnerable, enhiesto é inflamado como el ave sagrada del templo

de las Brahmas. Mariano Moreno, con la penetrante agilidad de su pluma, lo borda de un rasgo, á propósito de la cuestión que promovió á la casa de D. Antonio Poroli; ya lo presenta como *comerciante repentino*, ya usurpando *los aires de los sábios sin haber concurrido á las aulas*, ya de *rejidor* etc. Dorrego y Manuel Moreno lo maltratan en el Congreso y en la prensa; y los graciosos pliegues de la fisonomía de D. Manuel Garcia se acentuaron mas de lo regular alguna vez al oír los proyectos del *Canal de los Andes*, verdaderos *Castillos de España* de una imaginacion calenturienta y enferma con la fiebre de la iniciativa.

Intransigente con la chicana y con la travesura política y diplomática, se enemista con Sarratea, su colega en la mision á Europa de 1814: y no transije con los dulcamaras como Cabarrús, ese parroquiano de la alcoba en que el príncipe de la Paz reproducia las escenas escandalosas de los ministros de Carlos II. Se vincula con los gefes del partido constitucional español y trata de conjurar los peligros con que nos amenazaba la entronizacion de Fernando VII en los momentos mas críticos de nuestra revolucion, cuando los patriotas de Chile habian sido vencidos, cuando Cuyo quedaba abierto á las tropas españolas, y cuando Artigas nos amenazaba con la pretendida federacion de los pueblos que enseñaba desde el campamento de la montonera.

Por su órden los diputados por Buenos Aires se retiran del Congreso que debia instalarse en Córdoba y que estaba sometido al poder militar de Bustos. El procuraba la raconcentraci6n de todas las fuerzas vitales del antiguo Vireynato en Buenos Aires: la vieja y ergullosa capital colonial que él miraba y consideraba como al Paris revolucionario, madre fecunda de los ejércitos que detenian en las fronteras la marcha de las huestes de los reyes coaligados de la Europa contra aquel escándalo de la *canalla* popular que amenazaba los tronos y derribaba la cabeza de los príncipes. El metropolitanismo francés lo habia se-

ducido y fué su norma en 1821-23, y en 1826 y 1827; unitario de escuela y de conciencia, oyó y rebatió con la indignación de un clásico discípulo de Corneille las novedades *peligrosas* que en el Congreso desarrollaban Dorrego, M. Moreno y los demás paladines del federalismo orgánico.

Nunca Rivadavia dió tanto nêrvio y tanto fuego á la autoridad como cuando D. Martín Rodríguez lo llamó para confiarle el ministerio de gobierno. Su edad política mas lucida comienza con el último relámpago de la tempestad de 1820 que brilló en el horizonte. Toda la administracion que nos ha rejido hasta hace poco, y parte de la que nos rige todavia, apesar de nuestras reformas constitucionales, salió como un bronce, fundido por sus manos y concebido por su cabeza. Comienza por dar al debate parlamentario todas las amplitudes con que él lo habia visto manifestarse en el Parlamento inglés; y en una de las primeras sesiones de Agosto de 1821: fulmina á don Pedro Medrano desde la tribuna del ministerio, á propósito de la cuestion del Congreso en Córdoba; distribuye el poder organizando sus elementos, reemplaza, cometiendo un error sincero, el Cabildo con la reforma de la administracion judicial copiada de la Francia restaurada: crea el Archivo, el Registro Oficial, el Registro Estadístico, construye la áctual casa de la Legislatura en los solares que pertenecieron á las Temporalidades, funda la Beneficencia y la entrega á la direccion de la muger argentina.

Su espíritu reformador tenia que acometer una empresa mucho mas delicada y trascendental todavia. La iglesia argentina, aquella que compartió con nuestros primeros generales y tribunos la suerte de la revolucion de Mayo, habia caído en un período de decadencia vergonzosa. El escándalo y la ignominia trascendian por los muros macizos y coloniales de San Francisco y de los otros conventos de frailes. Ya no estaban habitadas aquellas celdas por el dulce Fray Cayetano Rodríguez, cuya virtud religiosa y

cuya honestidad de hombre resplandecian en su fisonomia y brillaban en sus letrillas. El padre Castañeda, poco ligado con el nuevo ejército de enclaustrados que habitaba las bóvedas de los conventos, se ocupaba de hacer el panfleto en la calle pública, defendiéndose él mismo por un lado, atacándose por el otro, pintándose como un santo en una hoja y exhibiéndose en otra colgado de la horca bajo la influencia de los últimos estertores de la agonía. El asesinato del padre Muñoz por otro fraile franciscano, cuyo nombre se me vá, clamó al cielo y complementó la serie de escenas claustrales que el vecindario narraba en los corrillos. Entónces se alzaron los virtuosos sacerdotes de los primeros tiempos, los que habian roto con Roma y con los Papas: y Agüero y Gomez unieron su voz á la de Rivadavia en la memorable sesion del 21 de Diciembre de 1822. Pocos meses despues de conseguido el desalojo de los conventos, la canalla de sacristia encabezaba un motin que el coronel Muñoz deshacia en la plaza de la Victoria. La secularizacion de personas y edificios quedó consagrada, hasta que desgraciadamente se toleró despues el sistema suprimido.

Todo el período de Rodriguez es rico en colores históricos; y Rivadavia no cesa de iluminarlo. En él se agita una prensa de combate llena de tonos literarios y políticos. *El Granizo* apedrea la cabeza de D. Pedro Feliciano Cavia, con la mano traviesa de los Varela. Parece verse á *Don Magnifico*, el redactor de *El Tribuno*, pasar immaculado y compuesto como recién salido de las manos de Figaro, con el pescuezo duro por la impresion de la antigua palanganilla en que aplicaban el jabon los barberos de otros tiempos; — la prensa que comenzó en 1821 y terminó en 1829, siempre tuvo en accion á los amigos y á los enemigos de Rivadavia: ahí están *El Centinela*, *El Tiempo*, *El Pampero*: en ellos está la historia de las pasiones vehementes de aquel tiempo.

Las letras tuvieron tambien en aquellos dias sus representantes: *La Sociedad Literaria*, de la cual nacieron *El Argos*

y *La Abeja Argentina*;—allí escribieron Gomez, Luca, Rojas, Lopez y á su alrededor se inspiraron Lafinur y Juan Cruz Varela, los dos poetas y condiscípulos. Aquellos tiempos oyeron la música del primero en las tertulias, las polémicas ardientes sobre filosofía que el artista empeñaba durante el día con el Padre Castañeda; aquellos tiempos en fin oyeron la *Dido* del segundo, leída por primera vez en una noche del invierno de 1823 en la casa del ministro Rivadavia, y la presenciaron despues en el teatro declamada por Morante, el primer intérprete del teatro de Alfieri en Buenos Aires, el autor de Tupac-Amarú y el artista de las primeras impresiones de nuestros padres.

Rivadavia vuelve á Europa en 1824 despues del gobierno de Rodriguez y llega á Inglaterra en una época en que Canning, despues de su liga con Castlereagh, acaba de subir al poder. Rivadavia fué saludado por los diarios ingleses y recibido por Canning apesar de los inconvenientes que se encontraron en sus credenciales. El ministro inglés, hizo saber á toda la Europa que la Inglaterra estaba dispuesta á mantener relaciones de amistad y comercio con las Repúblicas Sud-Americanas, y que al efecto, acreditaría en ellas representantes de la Gran Bretaña. Rivadavia pudo ver en el tiempo que permaneció en tonces en Inglaterra, la figura que el gran Canning hizo bajo el Ministerio del Conde de Liverpool, y como preparó la ruta para hacerse dueño del gabinete despues que este ministro abandonó su puesto.

Todos conocemos la historia de la Presidencia y del Congreso de 1826, en qué la gran figura del patricio hace un esfuerzo gigantesco para salvar la union nacional en medio del desastre que le preparan los caudillos del Interior y de las tormentas parlamentarias que se produjeron. Rivadavia lucha con la borrasca, la domina á veces, la contiene, la posterga, el ejército argentino se llena de gloria en Ituzaingo el 20 de Febrero de 1827, y las naves argentinas dirijidas

por Brown baten los navios imperiales en el Plata, en Montevideo y en Buenos Aires. Pero la Constitución de 1826, sancionada en Diciembre fué como un dardo de fuego arrojado á los pueblos del Interior; la presidencia fué desconocida por ellos, y apesar de todo el porvenir grandioso que soñó la fantasia del gran hombre de Estado, Rivadavia se desprendió del mando en Julio de 1827. Los gobiernos provinciales volvieron á predominar y la organizacion definitiva de la patria quedó librada á los misterios que encerraba el porvenir.

Entonces desapareció de la escena pública este meteoro lleno de luz: que deslumbra, cualquiera que sean los rasgos oscuros con que sus enemigos quieran oscurecerlo. En 1833 traducía paciente y tranquilamente en Europa los libros de Azara, á quien profesaba una admiracion sincera; y de estas tranquilas tareas, que le recordaban los tiempos en que habia hojeado á los enciclopedistas del siglo XVIII, y leído la Corina, vinieron á sacarlo los anatemas de sus enemigos, que desde Buenos Aires lo llamaban al banco de los acusados;—herido y lastimado, en un rasgo sublime que pinta por sí solo toda la altanería y la pomposa valentía de su carácter, se presenta ante ellos como un romano antiguo diciéndoles: «aquí estoy, juzgadme y castigadme». Pero el destierro le espera en el acto de pisar la orilla del rio nativo, y vuelve al extranjero creyéndose siempre el ungido del pueblo y el benefactor de sus conciudadanos. Lo fué en efecto cualesquiera que sean las formas de su infatuacion.

Su muerte en el destierro es una de tantas escenas de nuestros tristes periodos históricos; echemos un velo sobre aquella neblinosa mañana de Setiembre que anunció su muerte desde la tierra europea.

El dia antes de embarcarme, al pasar por la ancha calle central de la Recoleta donde me habia llevado el cumplimiento de un deber piadoso, ví al lado de la urna de Lavallée la que guarda los despojos de Rivadavia en la tierra

que lo vió nacer. Nuestros compatriotas estarán cubriéndola hoy de verdes y nobles laureles, envueltos con las banderas de la patria. Dios haga que ante aquella urna, que encierra los últimos despojos de una víctima de las pasiones políticas y de un valiente campeón de la nacionalidad, los odios se acallen, las ambiciones cedan y los argentinos vivan para siempre unidos respetando la historia y la tradición. Si la sombra del patricio se alzara del eterno panteón, podría repetir entónces con la voz de la inmortalidad sus últimas palabras en las calles de Buenos Aires cuando sus enemigos lo conducían en cumplimiento de la orden de destierro: «No: ese pueblo no me detesta.»

.....

Por estas mismas ondas que surcamos, pasó Rivadavia llevando á Europa el corazón lleno de dudas y temores. Sobre el Océano nos unimos al homenaje que la patria le rinde en estos momentos.

Saludemos los cien años que han trascurrido desde el día en que uno de nuestros progenitores asomó su espíritu á la luz de lo creado. Hoy la voz tonante del tribuno, era el simple quejido de un niño que apenas había pasado de las formas rudimentarias del embrión.

BEATRICE

31 de Mayo de 1880.

Nada conmueve tanto mi alma como la historia ó la vista de los niños desgraciados. Cuando uno de esos seres débiles, sobre los que parece que pesára una maldicion terrible, pasa por delante de mis ojos en los brazos de una madre menesterosa con aquella mirada melancólica que revela los dolores prematuros de la vida, siento una impresion profunda, y pienso en la relativa felicidad de los míos, repartida, tal vez al azar, por la mano del que todo lo puede. No he podido leer nunca sin un dolor intenso, sin uno de esos dolores que parecen causados por una garra que apretára el corazon dentro de sus músculos, los romances en que el protagonista es una criatura destinada á seguir la estrella negra que le persigue en el drama de la vida, bajo el pincel inclemente de Dickens ó de Alfonso Daudet. Cuando lei por la vez primera á *Oliver Twist*, el romance de aquel desgraciado muchacho caído en el seno mas hondo de la plebe inglesa, comprendí cuanta verdad debia haber en esos cuadros pintados por el mas grande de los novelistas modernos, el moralizador de la sociedad inglesa, que no escribió jamás un libro sino para mostrar una llaga é indicar su remedio; y cuando poco despues me cayó en las manos el *Jack* de Alfonso Daudet, el libro predilecto del autor, comprendí que si era imposible sacudir aquella lectura que me atrala magnéticamente, no era

menor la crueldad que habia por parte del maestro, que nos hacia recorrer ese calvario, empleando los mejores rasgos de su ingenio. Aquel niño cuya estrella asoma con el dia mismo en que la liviana madre pretende introducirlo en un colegio donde se educan los hijos de las familias mas distinguidas, dirigido por un aventurero; los negritos nobles enviados desde la India á Paris para sufrir las infamias y castigos de los salvajes de la civilizacion; la leyenda del *niño principe*, su muerte y su entierro; la horrible peregrinacion de *Jack* sobre la tierra, aquel finel frio y fatalista que termina el romance, dejan al espiritu sumido en una verdadera amargura y por muchos dias bajo el peso de la tétrica lectura.

No voy á hacer el relato de la vida de un sér tan desgraciado como *Jack* ó como la de aquellas criaturitas del Hospital de *Yenkins* el médico de *Nabab*, que por docenas mueren de hambre bajo el farsáico sistema de crianza de que aquel gran bribon decia haber descubierto. No quiero dar á la fantasía participacion de ningun género en esta página, que será tanto mas tierna cuanto mas cierto es el motivo que la inspira.

En medio de la felicidad en que viven los niños que saltan de un lado al otro del buque, que juegan sin cesar hasta la hora en que se recojen, hace contraste uno de ellos con quien no es posible dejar de simpatizar desde que se repara en él.

Llevábamos dos dias de navegacion: y una mañana, al subir el puente, me encontré con un círculo de niños que jugueteaban haciendo un bullicio escepcional. Habian formado un círculo con las sillas y trepado sobre ellas: cambiaban de asiento los unos con los otros hasta que uno de ellos quedase sin sitio en donde sentarse. La bulla seguia dándome gran gusto en observar la escena, aunque con algunas protestas por parte de los pasajeros que hacian lectura solemne abordo. De pronto, un objeto extraño

vino á caer sobre la cubierta á poco trecho de donde los niños jugaban; todos ellos abandonaron sus sillas para informarse de quien era aquel personaje llovido del cielo que acababa de embarcarse en el vapor; y el oficial de guardia que habia corrido al mismo tiempo que los muchachos, levantó del suelo un *pescado volador* que mostraba al sol sus escamas plateadas blandiéndose nerviosamente, extenuado de fatiga por la falta de su elemento vital. Una gritería homérica se levantó al rededor del oficial, que tenia el pescado en alto para librarlo de los muchachos que saltaban sobre él para quitárselo con el derecho del mas fuerte. Se hizo una transaccion al fin: el pescado fué destinado á ser disecado y jugado á la suerte entre los que se disputaban su propiedad; un marintero, maestro en el arte de embalsamar, lo tomó y lo llevó á la proa para practicar allí la operacion seguido de la bulliciosa falange que le interceptaba el paso con preguntas y con observaciones de todo género.

A un lado de las sillas abandonadas, acostada sobre un pequeño colchon tendido en uno de los bancos, habia quedado, mirando con fijeza el grupo alegre que se alejaba. Era una niña de cinco años á lo sumo, con unos ojos claros y preciosos sobre el óvalo mas correcto y simpático en que puede encerrarse la fisonomia de un niño. El cabello rubio y fino como una seda le caía abundante sobre los hombros; y algunos risos que le sombreaban la frente, le daban un tinte especial de gracia que contrastaba con la dulce melancolía de su semblante. Era una de esas dulces fisonomias tan peculiares de los niños ingleses que solemos admirar en sus preciosos grabados; — tenia en sus manos una pequeña muñeca, bastante estropeada yá y que demostraba en su cara inmóvil de porcelana y en sus brazos tiesos y despintados, haber hecho una larga campaña de entretenimientos para su dueña. Ella la acariciaba contra su pecho, la sentaba á su lado y parecia tener de cuando en cuando conversaciones de muchísimo interés con su

inmóvil compañera, cuando los demás niños se alejaban y la dejaban sola. Me movió la curiosidad aquella interesante criatura y trabé con ella una de esas conversaciones con que es tan fácil cautivar por un momento la inconsistente amistad de los niños.

—Cómo te llamas? le pregunté ¿por qué no juegas con tus amiguitas?

—Me llamo *Betta*, no juego porque estoy muy enfermita y no puedo caminar; mire vd. que bonita muñeca me ha dado Fanny, agregó, procurando llamarme la atención á su juguete.

—Pobre *Betta!* no puedes caminar: por qué no puedes caminar?

—Porque cuando era chiquita me dieron un golpe aquí, me dijo, señalándome el cuello—y evadiendo la contestación de una nueva pregunta que yo iba á hacerle, agregó:—Voy á darle muchos besos y hacerle muchos cariños si vd. me regala una muñeca como la que tiene Fanny.

Una señora que estaba á mi lado leyendo, al verme al lado de la niñita me saludó afectuosamente dándome motivo para entrar en conversacion con ella.—«Es una pobre niña enferma que llevamos á Inglaterra» me dijo, «para ponerla bajo el cuidado de un médico muy distinguido que dirige uno de los principales hospitales de niños en Lóndres. Sus padres son unos pobres pero honrados ingleses que viven en Montevideo; sus escasos medios no les han permitido traerla á Europa personalmente; y mi marido y yo, interesados vivamente por esta niña, hemos querido traerla con nosotros y ponerla en el establecimiento médico que nos han indicado. La enfermedad de esta pobre criatura, segun los médicos, requiere un tratamiento inmediato que no ha sido posible aplicar en Montevideo; tiene cinco años y no puede dar un paso; para incorporarse necesita hacer un gran esfuerzo; tiene afectada la médula espinal y su desarrollo físico es lento y laborioso, como puede vd. notar, obser-

vando lo delgado de sus brazos y el hundimiento de su pecho».

Mientras la señora me dirijia la pálabra, la niña obligándome á mirarla, me pegaba en la cara con una de sus manitos, procurando que le contestara las preguntas que me dirijia sobre la muñeca que le habia ofrecido—« Señor, señor, vd. me vá á regalar una muñeca rubia, que lllore, con vestidos muy lindos, mas lindos que los de la muñeca de Fanny? esta que tengo es vieja, está rota y tiene ya muy sucio el vestido, la tiró Fanny al suelo porque ya no le gustaba, y yo pude recojerla, pero no me gusta, quiero otra y como mi papá y mi mamá no están conmigo no tengo quien me la compre. Vd. me vá á comprar una ahora, ahora mismo, y yo lo voy á querer mucho, mucho » y la pobre niñita se desesperaba porque yo le atendiera sus palabras y me llamaba junto á sí para que le formalizára la dulce promesa que le habia hecho. Cuando le hube prometido de nuevo el regalo, detallándole todas las preciosidades que iba á contener su nueva muñeca, sus grandes pupilas, dulces y claras, se dilataban con admiracion; y su fisonomia atenta, al terminar mi relato, se iluminó con una sonrisa plena de gratitud. No hay nada mas curioso que observar á un niño cuando se le cuenta una historia fantástica ó cuando se le ofrece el juguete de sus predilecciones. Victor Hugo que ha escrito páginas tan tiernas y hermosas sobre los niños, sabe como nadie tocar esos sencillos resortes del lenguaje infantil, tanto mas animado cuanto mas sencillo. Nadie como los niños tiene el secreto de esas espresiones elementales y elocuentes á la vez, que espresan con tanta claridad las ideas y los sentimientos. Las preguntas repentinas y casi siempre de una lójica admirable con que interrumpen el curso de un cuento, las transacciones que el candor y la credulidad les hace hacer á los personajes temibles de la fábula, la defensa entusiasta en que se empeñan por los débiles, y las mil observaciones y

detalles con que procuran siempre llenar el cuadro, ó complementar, para la tranquilidad de su espíritu, las deficiencias intencionales de la narracion, son dignas de ser observadas, por la simplicidad y la pureza con que traspiran los perfumes del alma. Hugo los ha fotografiado en uno de sus mejores fragmentos; creo que es en aquel en que nos presenta dos niños que visitan por primera vez un jardín Zoológico: ven un leon enjaulado, tendido majestuosamente y ostentando su amenazante cabeza cubierta con la larga melena; los tiernos espectadores hacen las observaciones mas curiosas á una prudente distancia de la reja; la hermanita menor cree que es un gran perro, y el mayorcito la corrije diciéndole que es un tigre; no es posible presentar una escena mas dramática ni mas interesante á la vez, que la que anima las impresiones que ellos reciben.

Yo acudí para distraer á mi desgraciada amiguita, á los dulces recursos del poeta anciano que ha cantado con la misma lira de los *Castigos* y del *Año Terrible* las preciosas notas del *Arte de ser abuelo*: y durante las tardes como por la mañana, en medio de las mas halagadoras promesas, he agotado todos los recursos de la imaginacion contándole historias rosadas, hasta que la pobrecita cerraba sus ojos y los velaba el sueño con sus largas y hermosas pestañas. Cuan diferente suerte la de aquella criatura y la de los niños sanos y robustos que corretean por la cubierta en medio del bullicio de los juegos infantiles! todos tienen á su lado sus padres ó los parientes que velan continuamente por ellos; se agrupan junto á la borda para mirar las bandadas de pescados voladores ó en los puertos los terribles tiburones que se pasean al rededor de la popa. No hay novedad que ocurra abordo que no los tenga por espectadores principales. En la hora en que comen, el comedor, visto desde las ventanas superiores de la cubierta, representa la mas animada de las escenas; hay grandes disputas por los mejores bocados; las madres ó las

servientas que los cuidan, se ven en los mas grandes apuros, uno de los muchachos pretende comenzar por un pedazo de *plum-pudding* ó por una rueda de ananá (llena de atractivos aún para los viejos) sin haber probado una cucharada de caldo; este derrama el vaso de agua en medio del mantel y recibe el correspondiente castigo en las manos, lo que le produce un llanto inmediatamente en medio de sus compañeros; aquel, estirando el brazo por sobre los demás se arrebatá las aceitunas; y todos en fin terminan en medio de un ataque general á las fuentes de postres. Aquella escena es de cada tarde. Solo la pobre Beatrice, trasportada sobre su colchon á uno de los sofás del comedor, contempla con sus ojitos ávidos, aquella mesa alegre y bulliciosa á la cual no puede sentarse y en cuyos costados no puede lucir su preciosa cabecita rubia: porque sus espaldas no tienen fuerza para sostenerla. La pobrecita recibe generalmente los despojos de los pequeños glotones que rodean la mesa, y come con santa y dulce resignacion las migajas de aquellos manjares que pasan por sus ojos sin que ella pueda alcanzarlos con sus manos! Yo tenia en mi camarote una caja de dulces que me habian dado en Buenos Aires en los momentos de embarcarme, y la he guardado para Beatrice que me vé llegar todas las tardes con una tableta en la mano, estirándome la suya y anunciándome un beso con los lábios mas puros que es posible imaginar.

—¿Y la muñeca? tantos dias que me has prometido la muñeca ¿cuando me la vés á traer?

—Pronto *Betta*, pronto te voy á dar la muñeca. Era necesario llegar á Lisboa para poder conseguirla; en San Vicente habia registrado todás las pequeñas tiendas de aquel asiento insalubre y estéril sin encontrar nada para Beatrice. Los muchachos con ese egoismo característico que los distingue, vienen todos los dias á su alrededor á entretenerse con sus juguetes, sin que con mis reflexiones pueda obtener que se los presten á Beatrice por un momento

siquiera. Todas las aspiraciones de la enfermita se reducen á tener una muñeca como la de Fanny; sueño dorado que nunca ha podido ver realizado; y ya mis reiteradas promesas, nunca cumplidas y postergadas de un dia para el otro, van haciéndole perder la confianza en mí, inclinándola á creer que la engaño y que nunca llegará el dia en que se cumpla lo ofrecido. Sus compañeras, agrupadas á mi alrededor para oír la repeticion de mi compromiso y la descripcion deslumbrante de mi regalo, movidas por el aguijon de la envidia, le manifiestan con esa astucia tan peculiar de la vivacidad de los niños, que yo la estoy engañando, que en Lisboa no hay muñecas, y que la que yo le compré no será nunca tan linda como la que ellas tienen. Beatrice entonces, tocada en su amor propio y en sus lisonjeras esperanzas, defiende la honradez de mi palabra, y rebate á las envidiosas con una série de preguntas á las que yo contesto afirmativamente, para darle la victoria sobre sus rivales. Los niños tienen á cierta edad una gracia *sui generis* para conversar; y encanta observarlos á una distancia, cuando preocupados de sus placeres inmediatos mantienen entre ellos esos diálogos animados y fantásticos de los primeros años. Desde mi cuarto, y con la puerta entreabierta que dá sobre el salon, los he contemplado los dias hermosos sentados junto á las rejas de una espaciosa ventana que mira al mar, absorvidos por sus juegos sin preocuparse del tiempo que pasa siempre rápido pero liviano para ellos. Beatrice, acostada sobre uno de los sofàs inmediatos, con su muñeca rota en las manos, contempla tristemente el grupo de sus compañeras con el que no puede alternar. La pobre enferma es siempre la desheredada de aquellos placeres.

.....

El Juéves por la mañana avistábamos la embocadura del Tajo.—Muy temprano me lo anunció el *stewart*; me vesti y subí apresuradamente al puente. Todos los pasajeros se

habian agrupado junto á la borda y miraban la tierra todavia lejana.—Desde nuestra salida del Plata no habíamos visto un solo pedazo de tierra risueña. San Vicente, en donde habíamos pasado casi un dia y una noche entera, es un peñasco ágrío y volcánico, sin ninguna vejetacion; apenas se vé una que otra mata enfermiza de *liquen* en los paredes rojizas de la roca. Por las Canarias habíamos cruzado el 24 en la hora del crepúsculo, viendo apenas sobre las nubes mas altas del horizonte una punta blanca, casi imperceptible, que indicaba el pico de Tenerife; y la isla de Palmas que enfrentamos á las 11 de la noche, no fué vista por los pasajeros, porque en aquel momento toda la cubierta de popa, completamente cerrada con banderas de todas naciones, estaba convertida en un inmenso salon de baile, en el qué ingleses y argentinos festejaban unidos el dia de la reina Victoria. De manera que cuando comenzamos á subir las aguas correntosas del Tajo y á ver sus márgenes, no tan pintorescas por cierto como las alegres y montuosas barrancas del Uruguay, un grito de júbilo estalló abordo, y los perfumes de la tierra cercana, que no habíamos aspirado de largo tiempo, animaron mas de una fisonomia quebrantada por el mareo continuo de 20 dias. Poco despues asomó la capital lusitana en el fondo del cuadro, tendida sobre sus colinas en forma de anfiteatro. Todos anhelaban poner el pié en tierra en el instante mismo de soltar el ancla; y yo me apresuraba á hacerlo para no ser de los últimos, cuando al dar vuelta para bajar á mi camarote me encontré con Beatrice abandonada sobre sus almohadas y llamándome cariñosamente con sus manecitas.

—«Todos me han dejado sola, todos se van á pasear allá», y me señalaba la ciudad, «y á mí no me llevan: llévame tú! álzame en los brazos, yo no quiero quedarme sola» me decia con ese acento determinado que los niños ingleses emplean con el que ha conseguido obtener su confianza.

Grande fué mi compasion por no poder complacer á aquella pobrecita criatura, que, sin padres, iba encargada á personas estrañas que dentro de breves dias debian dejarla en la cama de un hospital, en el qué por mas dulces que fueran los cuidados que con ella tuvieran, iban á faltarle los mimos, los cariños, los halagos de que una de esas criaturas goza en el hogar de los suyos. Me separé de ella procurando engañarla con todo género de promesas; y llevando en mi corazon una pena mortificante que contrastaba con la alegria general de las personas que llenaban ya los botes al pé de la escalera del vapor. En uno de ellos se habia instalado la familia á cuyo cuidado venia Beatrice; y Fanny con sus hermanitos esperaban ansiosos el momento en que la embarcacion se separára de los costados del buque para llevarlos á la costa. Instalado yo á mi vez levanté la vista naturalmente para ver los compañeros de viaje que se quedaban abordo y ví la cabecita rúbia y encantadora de Beatrice. La pobrecita niña se habia hecho cargar por un sirviente para ver la partida de sus felices compañeros que la saludaban desde los botes con bullicioso regocijo: pero al reparar en mi, su rostro se iluminó de alegria y con la vocesita infantil me gritó:

«Dont forget my doll!»

«Esta noche la tendrás Beatrice», le contesté: y en aquel momento el envion que á favor de los remos recibió la embarcacion, nos separó del costado del *Elbe*, mientras la dulce niña con sus rúbios cabellos, movidos por las brisas templadas de la primavera, continuó agitando sus manecitas y saludándonos hasta que nos perdimos detrás de las embarcaciones arrimadas á los muelles. Tengo presente todavia la imájen de aquella cabeza angelical inclinada sobre uno de sus hombros que parecia bosquejada por la mano del dolor en la tierra: nunca enternece mas la desgracia y el infortunio que cuando pesa sobre la cabeza

de los niños. Cuál será el destino de Beatrice sobre el mundo! Sus padres la han abandonado á los cinco años á manos caritativas pero estrañas. La pobre victima sin una lágrima, sin un grito, ha aceptado inconscientemente aquella adopción transitoria que debe terminar en un hospital! Todo ese grupo de pasajeros que tocan las orillas europeas traen sus sueños dorados; la mayor parte se prometen los placeres encantados que ofrece la vida de los grandes centros: otros regresan á la patria con una fortuna: solo Beatrice no sabe lo que será de ella mañana, ni donde quedaron sus padres, ni cuando los volverá á ver!

Débil y enfermiza criatura, perseguida por la suerte, como una flor apenas entreabierta cuyo tallo ha roto el viento! ¿Por qué se ha repartido la felicidad con tanta desigualdad sobre la tierra? Quién mas digna que tú de alcanzar sobre ella el destino de los ángeles; y quien mas desamparada sobre el mundo!

.....:
Volvimos a bordo cuando ya la tarde se habia cubierto. En el acto busqué á Beatrice; la enfermita se ' abia dormido esperando nuestro regreso y fué necesario esperar al dia siguiente para verla. Por la mañana, al abrir la puerta, el cuadro de todos los dias se me ofreció a la vista; el grupo de niños y niñas jugueteaba al rededor del sofá en que yacía Beatrice. La gran ventana abierta sobre el mar, dejaba penetrar los rayos de un sol hermosísimo, y á su luz brillaban todas aquellas cabecitas doradas é inocentes que habian vuelto á sus juegos cotidianos. En el momento mismo en que yo abría la puerta, tenia lugar un grande acontecimiento en que la muñeca de Fanny representaba el primer papel; todos los niños formaban un semicírculo cuyo centro estaba ocupado por los juguetes.—Beatrice desde el sofá se incorporaba laboriosamente para gozar de la escena: se celebraba el casamiento de una muñeca y las de mas edad dirijian la ceremonia con la mas imperturbable gravedad. Me acer-

qué al grupo sin ser sentido: y sin que Beatrice me viera llegar, le puse en las manos una gran muñeca. La pobre enferma se mostró sorprendida y deslumbrada, tiró con indiferencia la vieja é inutilizada muñequita que la habia acompañado durante todo el viaje, y comenzó á observar detalle por detalle, el vestido y las galas de su nueva y flamante compañera. Las demas muchachas que se habian apercibido ya de mi presencia descubrieron mi regalo y se agruparon en torno de la enferma; que, temerosa de ser despojada por algun ademan violento y conociendo su debilidad, buscaba mi amparo y apretaba contra su pecho el objeto de sus deseos obtenido al fin.

«*This is my own doll*» les decia: «*this is my own doll*».

Los dias que faltaban para llegar á Southampton fueron sin duda para Beatrice los mas felices de sus dias. En Southampton la pobre niña fué bajada á tierra en brazos, pero sin abandonar su muñeca de temor que cayera en manos de sus compañeras. A la tarde el tren arrancaba como una exhalacion en direccion á Lóndres y en los asientos de adelante iba Beatrice en la misma posicion en que yo la habia visto por primera vez. Aquel viaje era el último que iba á hacer yo con ella: y seguramento, despues de terminado, ya no nos veremos á ver mas en la vida. Despues de dos horas y pico de marcha la agitacion de los pasajeros me hizo sospechar que la capital estaba ya muy cerca, comenzamos á penetrar por caminos y calles, y pocos minutos despues estábamos en una estacion que era una Babel. Los que conocen el momento de poner el pié sobre aquellas plataformas enormes, cuajadas de gentes de toda clase, saben lo que es ese caos. Todos procuramos bajar para recoger nuestros equipajes y volar á los hoteles. Cuando me dirigia con mis compañeros á subir en el carruaje que debia conducirme á mi alojamiento, un muchachon pasó por mi lado llevando en sus brazos á Beatrice con su muñeca.

Procuré seguirla entre el sin número de cabezas que se

interponian; y cuando ya su conductor se iba á engolfar para siempre entre las olas de aquella muchedumbre informe, pude ver por la última vez la cabecita de mi dulce y desgraciada compañerita de viaje, que me tirabá un beso con una de sus manos, levantando en la otra su muñeca nueva.

.

DE LISBOA A VIGO

Southampton, Junio 15 de 1880.

Lisboa: La que un día fué rival de Venecia y de Génova! Cuánto recuerdo se agolpa al espíritu en el instante en que nos despertamos y nos asomamos por la ventanilla del camarote para verla por primera vez! Allí está, recostada sobre las barrancas del Tajo: parece construida de azúcar en la forma de un alto ramillete. Desde la cima hasta la base que limita el río, las blancas casas de la ciudad se desbordan apiñadas sobre las faldas de las colinas que las sostienen.

Instintivamente, después de haber dirigido la primera mirada sobre la capital lusitana, recorro el puerto; ese puerto que abrigó un día las carabelas de Vasco de Gama, que equipó los galeones que se batieron con las galeras turcas y venecianas, los que persiguieron á los piratas griegos del Adriático, que se disputaron con el león de Castilla el imperio de las regiones americanas, las islas de la especería y el vasto mar de las Indias. La flota portuguesa pertenece al pasado; hoy se compone de unos cuantos barcos inermes é inofensivos, fuera del *Vasco de Gama* salido de los astilleros ingleses, casi jemelo de la *Cockrane* y la *Blanco*, anclado delante del pórtico de la iglesia de San Gerónimo, donde el célebre navegante, que le ha legado su nombre, depositó sus últimas ofrendas el día ántes de hacerse á la vela para los mares meridionales de la Africa. Al ver á la fragata, anclada y como dormida sobre las aguas, parece

que fuera un simple objeto de lujo destinado á halagar la proverbial vanagloria de los habitantes de Lisboa. El *Vasco de Gama* con sus corazas de acero nada tiene que hacer en los mares de Europa y mucho menos en Asia ó en América: está en el puerto de Lisboa como Sanson en brazos de Dalila!

Nos apresuramos á tomar un bote que nos llevase á tierra; y á remo, á tiro y á hombro, alcanzamos el primer escalon del muelle. El Tajo tiene las mismas mañas instables que el Plata; pero en vez de usarse aquí la *cómoda* carretilla tripulada por los simpáticos compadritos del Bajo, los cuatro marineros que tripulan el bote, cuatro atletas con pechos y espaldas de gladiadores romanos, arrojan á empujones la embarcacion sobre la orilla, sin mas contratiempo que las pruebas de equilibrio con que pasajeras y pasajeros se ven obligados á abrazarse con efusion involuntaria á cada arremetida. No sé que estraña impresion me causó oír hablar á aquellos hercúleos descendientes del Rey Don Sebastian, el idioma de una estensa seccion geográfica en la que no se encontraria un gladiador aunque se pusiera á contribucion toda la raza que la ocupa.

No tenemos sino cuatro horas para recorrer la ciudad. Es dia de fiesta y los principales establecimientos públicos están cerrados. Nos vamos al Carmo, antiguo templo gótico, ocupado hoy por el *Museo de los Arquitectos*. Las ruinas sirven de entrada al establecimiento; permanezco absorto delante de aquellos arcos gigantescos, que con la agilidad exelsa del arte gótico ascienden con audacia en la curva hasta unirse graciosamente en la altura del remate. Pilastras destruidas y sarcófagos en piedra y en mármol, diseminados bajo la arqueria en un abandono doloroso, demuestran que los *Arquitectos* portugueses honran poco aquellas reliquias preciosas. La yerba crece con abundancia en el patio de la entrada formado por el antiguo edificio del templo hoy en ruina; un viejecito bajo y

regordete, con la cara colorada como un churrinche, con una vocesita ronca, destemplada é impertinente, con todos los rasgos fisionómicos de un topo, nos recibe con agasajo á la entrada, condenando á la inaccion mas completa con una mirada furibunda á uno de sus subalternos que se apresuraba á servirnos de guia. Este ente singular padece de saludos intermitentes; en vez de proporcionar los datos y esplicaciones que le pedimos, nos contesta con sonidos guturales en los cuales apenas se adivina uno que otro monosilabo aislado sin verbo ni conjunciones. • *Y esta cripta de que siglo es? — Vielha muito vielha!!!—Si pero de que tiempo?—Do tempo pasado; vielha muito vielha!— Pero con mil diablos! Cuantos años se le atribuye? —Muitos años fncados, muitos! —Tiene Vd. una guia? Véndame un ejemplar—Guia, innecesaria, informaré, senoria verbalmente— Vaya vd. al diablo! ¡Ya! Ya obrigado,...y lo acomete una recrudescencia tal de cortesias, que es necesario recibirlo en forma de C. para evitar las invasiones de su abdómen.*

Recorremos el interior donde hemos visto algunos trozos hermosos de arquitectura gótica; sepulcros en mármoles de héroes y prelados del siglo XI al siglo XIV, y algunas estatuas de gran valor histórico. Los objetos modernos no pasan de la mediocridad; la *sociedad* de los arquitectos haria bien en cambiar la salida por la entrada del Museo. Si la arqueria gótica derruida que cae sobre la via pública se cubriera, y al pié de ella se colocara la preciosa série de sarcófagos que se encuentran aglomerados en el interior sin órden y sin cronología, los demas objetos del Museo del Carmo podrian colocarse en la calle para que el primer pasante los recojiera; y la coleccion seria reducida pero no por eso dejaria de ser hermosa. Tal como está, es imposible imajinar una reunion de heterogeneidades mas singular; al lado de la tumba del rey Don Juan, que es preciosisima, se encuentra un sinnúmero de chucherias de las posesiones portuguesas sin valor de ningun género; y mas allá la pe-

queña colección de vasos y canopas peruanos formada por el Visconde de San Juanario, en la que solo algunas piezas de escaso valor son auténticas, no siendo las otras sino falsificaciones groseras de la antigua alfarería de los quichuas. El Visconde de San Juanario ha sido víctima sin duda de algún boliviano travieso de las sierras ó de algún cholo ladino de Lima fabricante de cántaros de barro, que no ha tenido escrúpulo en modelar y cocer para el señor Visconde, figuras de Incas con colas de gallo, y otras raras preciosidades que se lucen en el Museo de Arquitectos de Lisboa!

Quise reirme, pero me acordé de un furioso aficionado á cuadros antiguos que dejé en Buenos Aires y que en cada visita que le hacia me mostraba media docena de Riberas y Murillos encontrados por casualidad en una casa vieja de una señora de las provincias comprados por cuatro bolivianos. Y los tales Riberas y Murillos, han pasado su vida desde que fueron pintados, en las paredes de los remates, condenados á llevar el número de orden en uno de sus ángulos, como conscriptos á quienes no se les vence jamás el término de su servicio.

La iglesia de San Roque, una de las maravillas de Lisboa por los preciosos mosaicos de uno de sus altares, y la *Sé*, antigua mezquita morisca, merecen estudiarse por su inmenso valor histórico; pero de Lisboa no se encuentra guía, ni impresa, ni en carne y hueso; y declaro que mi ciencia y el escaso tiempo de que he dispuesto allí, no me han permitido formarme una idea exacta de las bellezas que contienen estos dos templos. En uno de ellos, me encontré con un guía de poco mas ó menos competencia que el del Museo de los arquitectos. Aquel esquivaba las preguntas con saludos incesantes; el Sacristan ó cuidador de la iglesia de San Roque, tiene otro recurso no menos ingenioso: cuando se le hace una pregunta, contesta en una voz tan baja y en un portugués tan vertiginoso, que

lo deja á uno tan enterado como antes despues de la contestacion. Sali ardiendo á la calle con aquel par de ignorantes ingeniosos que han descubierto el medio de ganar sus propinas sin saber una sola palabra de lo que tienen entre manos.

Despues de recorrer la ciudad en un *carro aperto*, de visitar parte de la *Escuela Politecnica*, entrábamos al Hotel de Gibraltar, en medio de un tumulto de gente que se agolpaba sobre una de las calles inmediatas movida por una curiosidad cuya causa ignorábamos. Pregunto al primer portugués que encuentro á mano, el motivo de aquel inmenso concurso de hombres, mujeres y muchachos: «*es San Jorge que viene, San Jorge!*» me contesta y quedo tan enterado como antes.

Al fin consigo informarme: aquel dia se celebraba la fiesta de San Jorge, con una de las procesiones anuales mas fastuosas y populares que se celebran en Lisboa; toda la corte y la alta nobleza asiste á esa fiesta en carruages descubiertos en cuyos troncos piafan las parejas de caballos mas soberbios que tiene Portugal.

San Jorge dá motivos todos los años para una escena altamente curiosa. El santo es de carne y hueso pero de dimensiones colosales; un verdadero jastial, el portugués mas grande que se pueda encontrar desde el sur de Portugal hasta las márgenes del Minho. En los dias anteriores á la fiesta se celebra un concurso de los hércules del reino, y el mas grande, el mas fuerte, el mas pesado de entre ellos, que alcanza la suprema felicidad de pesar 350 libras, ese consigue el alto honor de calzar las vestiduras y de empuñar las armas del santo. No es posible imaginar un portugués mas tremendo que el San Jorge de 1880. Uno de mis buenos amigos de Buenos Aires que desde el Colegio tiene fama de achatar una bala de un puñetazo, hijo del país puro y criollo incompatible con todo lo de este lado del Atlántico, seria un pigmeo al lado del San Jorge portugués. Para formarse una idea del tamaño de este mastodonte

canonizado, baste tener presente que su competidor en el concurso de este año fué considerado nada mas que como bueno para servir de niño Dios en las fiestas del Nacimiento; y eso, que puedo afirmar que no hay ningun indio patagónico que le llegue al hombro á este recién nacido.

La procesion desfíló magestuosamente mientras almorzabamos. San Jorge cabalgaba sobre un caballo, hermano jemele de los que usa el Sr. Bagley en uno de sus carros; el gigante llevába sobre el lomo cuatro arrobas de armadura, y apesar de su contextura hercúlea, podía adivinarse en su rostro el deseo vehementísimo de vestirse de brin; caballo y caballero conducen diez arrobas en coraza, cota de malla, arneses, yelmo, lanza, espada y escudo. Si exajero atribúyase á que escribo bajo el influjo de impresiones portuguesas. Los palafraneros y guardias que custodian al Santo en esa fiesta no le permiten la mas mínima inclinacion de cabeza; asi que se descuida é inclina la frente, bajo el peso del casco, para apoyar la barba en el pecho, los guardianes con una dulce cárcicia de vara, lo obligan á volver á la apostura solemne que le corresponde—«*Tem firme e dereito*» le dicen: y San Jorge, exhalando el suspiro supremo de los gigantes, enarbo'la en su nervudo pescuezo aquella cabeza que él mismo quisiera suprimir como el mayor de los estorbos humanos. Yo nunca he visto una fisonomía mas triste que la del pobre santo cuando abandona la cómoda posicion de la curva por la airosa y enhiesta actitud de los caballeros andantes.

Cuando la procesion termina, seis hombres desmontan á San Jorge, que se desploma como un alud de su corcel; y mientras le desprenden y destornillan aquella cáscara de fierro monumental, el santo gigante se desvanece y hay que suprimirle algunas libras de sangre para que se restablezca de las fatigas de su paseo triunfal. Segun me han dicho aquí, el San Jorge del año pasado quedó en un estado tal despues de la procesion, que no podia levan-

tar un escarvadiente sin sentirle el mismo peso de la tremenda espada del santo.

Dejamos á Lisboa á las 4 de la tarde y comenzamos á bajar el Tajo entre preciosas barrancas cuyos innumerables y blancos molinos me recuerdan las comarcas de la Mancha en los tiempos del famoso hidalgo. Don Quijote es tan español como portugués; para mí la península no tiene límites políticos; y cuando me cuentan que detras de esas montañas de la costa, la comarca continúa invariable hasta la tierra castellana, me parece que podría recorrerse toda España y todo Portugal como un solo país y hablando casi una misma lengua. Que me perdone un furioso hablista español, partidario apasionado de la Academia, que sosteniendo la necesidad de mantener estacionario el idioma castellano para conservarlo immaculado, decia del portugués—*Calle usted señor, con esa horrible putrefaccion del noble idioma español!*

Cuando se entra á Vigo, un grito de admiracion se escapa involuntariamente. Hoy es un puerto solitario y es sin embargo uno de los mas hermosos que tiene el Atlántico sobre la costa europea. De cuando en cuando los poderosos navios ingleses que componen la escuadra del canal, echan sus anclas en aquella bahía espaciosa y tranquila: refrescan sus viveres y vuelven á la mar por entre aquellas puertas gigantescas de peñasco^s que dan entrada al puerto.

Bajo á tierra con mi compañero. «¿Dónde está el Castro?» «*Allá señoritu*» me contestan cien voces señalándome la cumbre de la montaña que sirve de espalda á la poblacion— «*Quiere V. ir al Castro, le daré á su merced una berlina, ó un asno, ó un chico que lo lleve á Vd. en brazos.*» Opto por el primer medio de locomocion y llegamos en media hora casi á la cima. El cochero detiene el vehiculo porque la cuesta es inabordable y comenzamos á caminar á pié hasta llegar al primer escalon de la muralla: titubeamos si seguiríamos ó nó, al ver un centinela que se paseaba en

una de las almenas; pero despues de un corto tiempo de vacilaciones resolvimos seguir adelante:—Apenas hemos puesto el pié en el último escalon de la muralla oímos distintamente una voz militar que nos invita á detenernos con un dulce «*Atrás.*» «Traen ustedes pase del general?—No Pues tengan ustedes la bondad de marcharse»—No era muy politica la contestacion pero era terminante. Buscamos el medio de allanar las dificultades y con la sonrisa mas amable hicimos presente al centinela que éramos extranjeros y que queríamos visitar las ruinas de la fortaleza.—«Ruinas! *Vayan ustedes con Dios: no hay baluarte mas fuerte en toda Europa! A ver, que vengan á tomarlo los franceses!*»

Habiamos cometido una barbaridad y tratamos de enmendarla:—hicimos presente al centinela que queriamos ver al oficial encargado de la fortaleza. «*Diga vd. el gobernador*»—«*Pues bien, al señor gobernador de la Plaza*», preguntó mi compañero, como si preguntara por el Papa—«*Está en cama ahora*»—«*Quisiéramos enviarle nuestras tarjetas pidiéndole permiso para visitar el fuerte*»—«*Y con quién pretenden vds. mandarle ese recado?*—*Con alguien, con algun soldado, con....*»—«*En la Plaza no hay sinó tres personas El señor Gobernador, Perico que duerme porque anoche hizo la guardia y yo que la estoy haciendo; Perico no puede venir, el señor gobernador tampoco, aun que los llame no me oirían y además no puedo llamarlos, porque ¿cómo he de abandonar mi puesto?*»

Casi estuve por animarme á tomar el fuerte á viva fuerza, ante aquella original contestacion del simpático centinela. Nos resolvimos á recorrer los muros por el lado exterior.

Vigo de Vicus, pueblo, fué una colonia romana, y el Castro no es otra cosa que el antiguo campo fortificado; *castra*, segun el viejo nombre. La ciudadela está casi en ruina; pero en la base puede todavia admirarse la sólida construccion de los primeros ocupantes de aquella magnífica

posicion de guerra. Algunos arcos romanos, sobre los cuales se ha levantado la parte superior de la muralla y de los bastiones modernos, dan entrada á galerias subterráneas que están cerradas hoy por una inmensa aglomeracion de piedras. Nada puedo decir de la parte interior de la muralla debido á la obstinacion del centinela para no dejarnos entrar; así es que nos volvimos al pueblo inmediatamente, bajando la cuesta con rapidez.

El cochero que guiaba la berlina era un excelente muchacho concienzudamente informado de todo lo que contiene y sucede en la poblacion. Nos mostró todo lo que hay en Vigo; nos hizo recorrer el *Arenal*, uno de los caminos mas hermosos y pintorescos que es posible imaginar, el puerto y las calles principales del pueblo. Vigo, mas que una ciudad parece una casa de familia; de repente el cochero, como si se tratara de la cosa mas natural del mundo, se detiene en plena calle pública con un amigo ó una amiga, se entera de su salud, lo informa de la suya propia, le dá la mano y nos hace disfrutar de cinco minutos de conversacion. Nos lleva á ver el templo, una preciosa construccion de piedra en estilo griego, decorada de severas columnas dóricas que dan á la entrada una gracia especial por el arte y el gusto con que están construidas. La puerta está cerrada, pero nuestro conductor no se turba, salta del pescante, ata el macho á un poste, y se precipita sobre una puerta de calle vecina; al poco rato regresa trayendo al sacristan que esgrime en la diestra una llave monumental que cualquiera confundiria con una pistola de chispa. El sacristan abre la puerta y conseguimos examinar el edificio que es una verdadera joya. Despues nos sumerjimos en una infinidad de calles llenas de casuchas que apesar de su insignificancia ostentan sobre sus puertas las armas de sus nobles habitantes. El cochero nos proporciona todos los detalles que le pedimos sobre aquellos viejos y preclaros descendientes de la nobleza gallega. Al dar vuelta una

esquina, encontramos á un señor anciano vestido con un traje color ciruela, sostenido en un baston nudoso — El cochero lo saluda con respeto y en el acto, con aquella curiosidad indiscreta con que se inquiere siempre todo lo que se vé en un punto que se visita por primera vez, preguntamos por el nombre de aquel personaje.

«*Ese es D. Manuel de Vigo, el caballero mas rico del pueblo, tiene ochenta mil duros doblados*». El Creso de Vigo ha podido oir los informes que sobre él nos comunica nuestro cochero y nos hace un saludo cordial como señal de inteligencia. Procuro saludar con el mas atento y respetuoso ademan á aquel caballero que queda profundamente satisfecho de la admiracion que nos ha causado.

A mediados de 1707, frente á Vigo, se encontraban fondeados los galeones españoles cargados de oro y plata procedente de América; las escuadras de Inglaterra y de Holanda se presentaron en el puerto y echaron á pique las naves indefensas; las riquezas quedaron sumerjidas hasta ahora; pero la gente baja de pueblo, al oido, y con prudente reserva exigiendo juramento de no decir nada, con cruz de dedos y el beso correspondiente, asegura que *Don Manuel* se ha pescado la mayor parte de las barras; y que por esa razon fracasaron los trabajos de estraccion que una compañia francesa comprendió ahora poco perdiendo [al fin] todo su capital en la aventura.

SOUTHAMPTON—WINCHESTER—BROMLEY

Las campañas inglesas

Lóndres, 15 de Junio de 1880.

Cuando pensaba sobre Inglaterra sin conocerla, Lóndres, la gran capital, no despertaba en mi tanto interés como el *citycountry* y las campañas inglesas. Recordaba á Pitt, y me imaginaba verlo caminando entre los troncos de nobles encinas y siguiendo el grupo de los amigos de su padre, que señalaban yá el porvenir político de aquel jóven cuando apénas habia abandonado las aulas. Evocaba á Macaulay, buscaba un cuadro para Palmerstone, y veía al primero, paseándose inspirado por el vasto parque de su *countryhouse*; y al segundo entrando al *farmyard* de Romsey sobre su pacífico caballo, que al verse en la querencia demandaba los mimos de los palafreneros con un relincho generoso.

He tenido el valor de abandonar á Lóndres por algunas horas para recorrer las ciudades y pueblos inmediatos; y si los cuadros imaginativos que ántes me forjaba sobre ellos tenian los simpáticos colores que deja la reminiscencia de las lecturas, la realidad los ha sobrepasado; porque he tenido la suerte no solo de estudiar de cerca las ciudades y campañas, sinó la de ver tambien; por unas horas, cómo se mueve en el hogar esa sociedad inglesa que llaman *fria y flemática*

los que hablan de ella sin conocerla, por el hecho solo de haber pasado por los umbrales de las puertas cerradas. Me he detenido día y medio en Southampton y sus alrededores, parte de otro día en Winchester: me he detenido en Bishoptoke: me he sentado en Richmond á contemplar el magestuoso silencio de los bosques: he recorrido á Chislehurst y he tenido por último el honor y el placer de ser recibido en el hogar y en la mesa de un miembro de la *gentry* inglesa, en la casa de sus antepasados situada en la orilla de un parque verdaderamente señorial, cerrado por robles, encinas y nogales que desde ahora doscientos años sonrien al llegar la primavera; y entregan el tributo de su follaje á la tierra cuando las nieves del invierno estienden su sudario sobre la bóveda de sus copas.

Southampton tiene dos fisonomías distintas;—la moderna animada por el bullicio de los *docks* á cuyos flancos se amuran los grandes *steamers* que vuelven de la India ó que zarpan para Australia; y la antigua, que mira melancólicamente al pasado desde las viejas murallas Sajonas y Normandas, y desde las ruinas solitarias de la Abadía de Netley. Y si el recuerdo de la antigüedad nos hace revivir las reminiscencias y aguijonea nuestra curiosidad, allá, un poco mas adelante de Southampton y en el camino de Londres que nos atrae como la boca de un gran mónstruo, está Winchester, Winchester la sabia y la pía, con su catedral y su colegio, cuyas bóvedas no es posible mirar sin sentir el vértigo de la admiracion y caer de rodillas ante aquellas naves que sostienen el peso de nueve siglos.

El día que recorrimos las antiguas murallas de Southampton y las ruinas de la Abadía de Netley, era un día á propósito para contemplar silenciosa y tristemente los monumentos del pasado. La primavera habia cedido uno de sus días al invierno; la niebla cubria la ciudad, y una lluvia lenta pero penetrante, que caia sin cesar, nos quitaba la esperanza de ver un pedazo de cielo azul siquiera al través

de la vasta bóveda del espacio cubierta por espesas y densas nubes.

Las negruscas y viejas murallas nos contaban su historia bajo el velo neblinoso de aquel día. El arco del Bar-Gate y los retratos casi borrados de Sir Bevis de Hampton y de su escudero el gigante Ascuparto, me avivan, después de quince años, los recuerdos de la *Dama del Lago*. ¡Oh! grande Wa ter Scott! qué piedra de las viejas abadías, qué puente derruido ó qué almena sajona de antiguo castillo, no te debe su historia? Cada una de tus novelas puede servirnos de guía para viajar desde Southampton, el antiguo asiento del Rey Juan, hasta Invernes el extremo de la tierra escocesa, donde todavía, como en los romanescos tiempos de Lamer-moor, el *Highlander* regresa por la noche á su *cottage* cantando sus aires nacionales y llevando sobre el lomo del Shetland, el ciervo que ha caído rodando bajo la boca de su rifle desde la enhiesta cumbre de los riscos hasta el verde lecho de los valles.

Southampton fué el cuartel general de la antigua y victoriosa caballería inglesa. Sus murallas vieron embarcarse un día los arqueros y caballeros que vencieron en Cressy con Eduardo III y el Príncipe Negro, y los guerreros que ganaron la brillante victoria de Agincourt con el rey Enrique V. Hoy, bajo los arcos de los muros que vieron salir aquellos guerreros cubiertos de fierro desde la cabeza hasta los piés, dirijiendo los enormes caballos normandos con que aplastaban las líneas enemigas, la pequeña industria moderna ha formado su colmena: las mujeres tegan, ó fabrican manteca: los hombres cocen velas y deshacen cables, y los emprésarios electorales colocan sus grandes anuncios recomendando eficazmente sus candidatos: así, bajo los muros de la edad media el pueblo mas libre de la tierra ejerce los grandes derechos de la soberanía popular! Nosotros hemos enmascarado el Cabildo de 1807 y 1810 con una capa moderna, quitándole sus pequeñas pero históricas propor-

ciones; y no há mucho que, con dolor, contemplaba el vacío que en Montevideo habia dejado la demolición de las viejas murallas españolas de los tiempos de Zabala, de Alzaibar y Ceballos, que presenciaron las épocas coloniales, los tiempos revolucionarios, y que defendieron y salvaron los penates de la nueva Troya en la guerra contra los tiranos. El vecindario de Southampton ha respetado con veneración las murallas en que están impresos los anales sajones, normandos é ingleses; el último muchacho vagabundo de las calles sabe donde está la escasa parte de la pared del palacio donde el rey Canuto, con motivo de sus ardientes querellas con Edmundo Ironside, congregó la célebre Asamblea de Obispos y de nobles que fortaleció su poder político y militar con el apoyo de los prelados y de la nobleza.

Dentro de la muralla, cuyas piedras no han sido removidas por el espacio de cerca de nueve siglos, hay una lechería; y al lado, unas cuantas muchachas del pueblo preparan con una crema exquisita las primeras fresas de la primavera, rosadas y gruesas como las mejillas de las vendedoras. Mas allá, *French Street* recuerda el esfuerzo con que los vecinos de Southampton, en el siglo XIV, rechazaron á las tropas francesas que asaltaron la plaza; y desde la parte superior de las murallas que dominan el puerto, puede verse todavía el paraje en qué Felipe II, taciturno y siniestro como Tiberio, desembarcó para desposarse con Maria Tudor bajo las bóvedas de la Catedral de Winchester. En una de las calles angostas que conduce á la puerta de las murallas que cae del lado del Oeste, me llamó la atención una casa de proporciones características y peculiares; una de aquellas construcciones confortables y hermosas del tiempo de los Tudores: era la casa de los condes de Southampton, construida en el siglo XVI, donde Guillermo Shakspeare solia leer á su amigo Enrique Wriothesley las dulces estrofas de «*Venus y Adonis*». Las vidrieras de los balcones, compues-

tas de innumerables y pequeños cristales cuadrados, y la baja pero ancha ventana del centro, parece que van á abrirse de un momento á otro para dar paso á Isabel y á sus favoritas, rodeando á Drake que acaba de regresar de su viaje de circunnavegacion, á Ben Johnson, y á Shakespeare que acaba de hacer representar su nueva comedia en medio de los aplausos de una corte deslumbrada por su génio!

Apesar del mal tiempo, salimos fuera de la ciudad, cruzamos el Itchen y tomamos el camino de la Abadia de Netley. El dia se oscurecia rápidamente, y la naturaleza, dormida bajo la accion de la lluvia, exhalaba ese murmullo característico que constituye el silencio de las campañas. Entramos á las ruinas bajo una bóveda tupida formada por las copas de árboles seculares; y al llegar al extremo de la calle, nos encontramos delante de la casita que ocupa el guardian de la Abadia. Es un viejecito que ha arreglado su morada en una parte del antiguo edificio y que pasa su vida, como un ermitaño del siglo XIII, contando diariamente la historia del lugar á los que se acercan á visitar aquellos sitios. Nuestro hombre nos declaró que el dia no era á propósito para recorrer las ruinas, y buscó mil pretextos para excusarse de acompañarnos. Contestamos sus argumentos, uno por uno, y lo convencimos con el supremo recurso. El dia no podia ser mas oportuno; cuando entramos al plantel del antiguo templo, y cuando la imaginacion, continuando la línea rota de los arcos góticos, reconstruyó aquel asilo de la antigua piedad religiosa, forjándose en los años de su esplendor, pudimos concebir y admirar recién su augusta belleza y compararla con el espectro melancólico de sus ruinas actuales. Yo me senté á contemplarlas en la base del antiguo altar principal del templo. Nunca he sentido como entonces la influencia de la soledad; la cruz que forma el plano de las iglesias cristianas está intacta; los arcos góticos, resentidos con la influencia del gusto inglés que disminuyó la agilidad

y la esbeltez de sus formas, no dejan por eso de tener su originalidad grandiosa; la yedra ha trepado hasta las últimas estremidades de los muros y cubre, como con un gran manto toda la estension de las paredes; los pájaros de los bosques vecinos revuelan y cantan por allí dentro; y las golondrinas que regresan de sus emigraciones, vuelven á ocupar sus nidos favoritos entre las molduras de los arcos, ó entre los intersticios de las bóvedas interiores. Ellos son los únicos seres de la creacion que en aquel lugar saludan con los himnos de la nueva vida, á la tierra que despierta del sueño helado del invierno: son los únicos, que, bajo aquella mansion abandonada y solitaria, cantan al amor y la felicidad! La noche comenzaba á envolvernos y nuestro guia parecia contrariadisimo con las proporciones que tomaba nuestra curiosidad y nuestra visita.

«—De noche no es posible ver nada» nos decía, y ademas el espectáculo es muy triste!

«—No hay espíritus aquí por la noche?

«—Ya nó: los frailes blancos no han vuelto á aparecer desde el tiempo de nuestro *buen rey Harry!* Cuando nuestro *buen rey Harry*, que el señor guarde en gracia, derribó la abadía y persiguió é hizo ejecutar á los santos moradores de esta casa, los trabajadores del rey conducian durante el dia, para construir la torre de Hurst, las piedras que caian bajo el fuego de los cañones. Por la mañana, las piedras acarreadas á Hurst, volvian á aparecer en este lugar. Un dia ese cañon que está enterrado ahí cerca de la vieja piscina del templo, tronó por diez horas sobre el arco del Este y lo derribó hasta no dejar sinó las señales de su cimientó; á la mañana siguiente el arco estaba intacto, y el cañon amaneció clavado en el centro del espacio ocupado por la iglesia. El rey bramaba de ira, y comisionó á uno de sus caballeros para que persiguiese á los que burlaban así sus decretos; el comisionado, al llegar la noche, tomó su espada y su lanza y se situó en el camino principal de Netley para descubrir y

castigar á los espectros; á media noche, al resplandor de una luna plateada, las misteriosas sombras de los frailes blancos comenzaron á desfilár por entre los angostos corredores góticos del monasterio arruinado, el templo fué reconstruido, en un instante por ellos, y el caballero mismo ingresó en las cofradia de los espectros. A la noche siguiente otro caballero fué mandado que siguió la misma suerte de su antecesor; y es fama, que todos los nuevos caballeros que nuestro *buen rey Harry* envió en contra de las fantasmas de Netley, tuvieron igual destino que el primero. Las sombras desaparecieron cuando nuestro *buen rey Harry* perdió la vida: desde la noche de su muerte *los frailes blancos* no han sido vistos de nuevo por el vecindario.»

La leyenda aumentaba el sombrío aspecto de la escena. Estábamos en el *Refectorio* del monasterio sostenido sobre la franca y sólida curva de veinte arcos normandos, delante del antiguo hogar en que debieron sentarse los primeros moradores del convento, cuando volvian por la noche de sus largas peregrinaciones. Algunos rastros de las viejas pinturas pueden todavía adivinarse en la muralla superior de la gran chimenea. Sobre esas losas toscas ha descansado de la batalla el caballero inglés que volvía del campo sangriento de Poitiers; allá en el rincón del espacioso refectorio ha aplacado la sed y el hambre, con las frutas secas del convento, el Cruzado que regresaba de Palestina; y se han curado también las heridas del desconocido que ha caído con la cimera rota y la cota perforada en la arena ardiente del torneo; y tal es el influjo solemne del lugar, que le parece á uno ver á los frailes al rededor del enorme fuego que ardió en el hogar, recitando sus oraciones y cenando frugalmente sobre la vieja y tosca mesa de encina. Cuando el silencio de la noche envolvía aquella mansión piadosa, y sus moradores se entregaban á la vigilia ó á la penitencia, no pocas veces, los golpes repetidos que resonaron sobre los hierros de la puerta principal del monaste-

rio, anunciaron á un trovador extraviado, que pedia asilo, con su laud, al hombro, despues de haber llamado en vano á los umbrales del castillo vecino.

Toda la edad media surge viva desde que se posa el pié en las ruinas de Netley. Entrada ya la noche y bajo la lluvia que no cesaba de caer un solo momento, abandonamos aquellos sombríos y solemnes lugares, donde hemos vivido por unas horas de la vida del pasado.

Por la mañana siguiente, el tren volaba hácia Winchester. Winchester es el centro de la civilizacion inglesa;—la raza sajona no ha sido modificada en Inglaterra desde que el a ocupó su suelo. La conquista normanda dió muchas generaciones de reyes franceses: dió una aristocrácia francesa, y modificó profundamente el lenguaje y las leyes sajonas; pero no cambió esencialmente la sangre de la familia vencida. Los franceses invadieron sin mujeres: asi fué que la mujer sajona fué la madre de las generaciones subsiguientes; y á pesar de la victoria normanda, el viejo tipo sajón reapareció, invocando para sí su título lejítimo de origen teutónico. En Winchester están los penates sajones salvados al través de los siglos con las tumbas de sus reyes; y algunos de los arcos oscos y sencillos de la Catedral acusan todavia la severidad y la solidez de su gusto arquitectónico, contrastando con las pretensiones ornamentales del gusto normando y con la elegancia de la éra mas brillante del *estilo puntiagudo* como lo ha llamado Fergusson. Las tradiciones de la Catedral de Winchester arrancan desde el tiempo del rey Lucius, descendiente del jefe breton á quien los romanos llamaban Caractacus. Desde entónces hasta los tiempos de Alfredo el Grande, el sentimiento religioso, realzado por los grandes repretantes que tuvo en Winchester continuó ejerciendo, cada vez mas, su influencia sobre los normandos; y supo atraerse la veneracion de los sajones mismos, á tal punto, que aquel vino á ser uno de los principales centros de la propaganda cristiana

Cuando se entra por primera vez á la Catedral de Winchester, el magestuoso silencio y la soledad de las naves sellan nuestros lábios. El catolicismo ha dejado allí algunos rastros de sus concepciones artísticas; puede verse todavía la representación de los milagros y la corte de las deidades que forman su Olimpo. Cuando se avanza poco á poco hacia dentro, se llega á la Capilla de *Nuestra Señora*, situada en el último límite de la Catedral, en la pared del pequeño oratorio, y se descubre una serie de pinturas católicas que contrastan curiosamente con la severa desnudez de los oratorios protestantes. Entre estas pinturas, hijas de la imaginación de los antiguos creyentes, me llamaron la atención dos cuadros por la originalidad de su concepción: el primero representa un muchacho judío arrojado por su padre á una hoguera por haber recibido la eucaristía, pero la Virgen lo está salvando de las llamas; en el segundo, luchando el artista por materializar una concepción complicadísima, nada menos que la historia de una monja muerta que vuelve á la vida para confesar un pecado que había ocultado, cae en un dédalo de materialidades singulares, por no decir absurdas. La Reforma ha pasado con desden sobre estas imágenes que debieron halagar el espíritu fanático de Felipe II, cuando los grandes prelados del culto romano bendecían su unión con María Tudor en 1554.

Sobre la pared que divide el Presbiterio y el sagrario de la nave norte de la Catedral, están colocadas las urnas funerarias que guardan los despojos de Canuto, de Guillermo Rufus, de la reina Emma, de Kenulfo, de Edmundo y de Egiberto. En 1797 el profesor Howard examinó el contenido de aquellas criptas que habían permanecido cerradas desde el tiempo de Enrique de Blois (1129-1171). No fué posible determinar con precisión á qué rey correspondían aquellos restos, porque en cada una de las urnas había huesos y cráneos pertenecientes á varios individuos. Pero como las inscripciones, conservadas admirablemente,

indican la existencia de los despojos de los principales reyes y prelados sajones y normandos, aquellas cajas los guardan en la misma comunidad en que fueron depositados por Enrique de Blois. En la tumba de Guillermo Rufus, abierta y profanada durante el *Commonwealth*, los rebeldes encontraron los restos del rey, su vestidura bordada de oro, sus armas y sus anillos; sus restos están mezclados hoy con los de sus antepasados y con los de sus descendientes.

Winchester posee uno de los grandes colejos ingleses: rival de Harrow y de Eton; está á poca distancia de la Catedral y se llega á su puerta de entrada despues de haber recorrido los barrios mas antiguos y pintorescos de la ciudad. Los muros del colejo de Winchester, como la parte principal de la Catedral, fueron levantados en el siglo XIV por Guillermo de Wykeham siguiendo el estilo perpendicular gótico del cual hay muestras preciosas en sus cláustros y en la *capilla*. Entramos al caer de la tarde por aquellas puertas macizas que han visto entrar niños á muchos de los que han sido despues grandes hombres. Los escolares jugaban en el *cricket ground*; habian cesado las tareas del dia; algunos que habian demorado mas que los otros en las aulas se desprendian los manteos tradicionales y los colgaban en las perchas de los corredores, vistiendo la camiseta de flanela y los zapatos de banda que los ingleses usan para sus juegos atléticos. La educacion de las fuerzas fisicas es tan estimada como la educacion moral en Inglaterra: y el muchacho que en las primeras horas de la mañana ha escrito, despues de esfuerzos inauditos, diez renglones de versículos griegos ó romanos, dispara por la tarde sobre su adversario con la fuerza de un atleta la bola errante del *cricket*. Nosotros, naturalezas enfermizas, no practicamos la higiene que debieran observar todos los hombres de educacion literaria ó científica. Los ingleses recobran todos los dias en el campo las fuerzas intelectuales que emplean en el banco de estudio; han suprimido la vida sedentaria;

han destinado la noche absolutamente para el sueño, la mañana para el estudio y la tarde para el *box*, el *cricket* y el remo. Todos los estudiantes de Winchester y de los demás colegios ingleses tienen bien equilibradas las fuerzas físicas con las fuerzas morales.

En los claustros de Winchester han hecho sus primeros estudios muchos de los hombres más célebres de la Inglaterra: John Rusell, uno de los campeones de la reforma parlamentaria, Lord Selborne, Addington y Cardwell, que fueron grandes oradores y grandes hombres de estado; el conde de Northbrook, actual Lord del almirantazgo á cuyo hermano he tenido el gusto y el honor de tratar no ha muchos días, William Collins uno de los poetas más populares de la Inglaterra y Young, el tierno Young el maestro de la elejía moderna han salido formados de allí. Entre esos jóvenes que miden sus fuerzas físicas y su agilidad sobre el verde musgo del parque de Winchester, cuántos no estarán destinados á seguir las huellas luminosas de sus antepasados en las ciencias, en las letras, y en la política de su país! En Inglaterra, como en ninguna otra parte, los hijos y los nietos heredan los talentos de los padres y de los abuelos. La genealogía científica de Carlos Darwin comienza con Erasmo Darwin su abuelo; Chatham deja á Pitt, y el último triunfo electoral de los *whigs* ha dado en la Cámara de los Comunes un asiento, al lado de su padre, á cada uno de los hijos de M. Gladstone. Se comprende y se justifica el orgullo inglés, porque en la alta vida de estado los advenedizos y los aventureros jamás obtienen entrada, ni conquistan éxito. El sentido público es tan influyente en este país, que los hombres, desde niños, desde que escriben ó recitan los primeros ensayos clásicos de las aulas, ya están sujetos al fallo de la opinión; los traviosos son señalados con el dedo, las mediocridades permanecen en el justo medio, los talentos se dividen y se clasifican: y los genios ocupan la eminencia, cualquiera que sea la influencia de sus émulos y las vallas que encuentren en su camino.

Es un grande error á mi juicio pretender encontrar en Lóndres el estado normal de la vida inglesa. Dickens, el gran maestro de las costumbres sociales de este pueblo, ha creado á Pickwick, por ejemplo, en Lóndres; pero lo ha hecho vivir mas y casi siempre en el *city-country* y en la campaña inglesa. Prescindamos del sarcasmo cruel con que el benefactor de la humanidad y el grupo de sus amigos Mr. Snodgrass, Mr. Tupman y Mr. Winkle, representan sus papeles en aquellos anales inmórtales del ridiculo, y observemos que á pesar de todas las burlas, de todos los accidentes, de todas las desgracias que caen sobre el protagonista, la escena en que se mueven los personajes son aquellas casas confortables de campaña, rodeadas de castaños y nogales, en las que por la noche la familia y el círculo de amigos de la casa comentan desde el *country-house* la vida de la ciudad, y preparan para el dia siguiente las partidas de caza, de pesca y de equitacion á que son tan aficionados, no solo los miembros de la alta clase social, sino tambien los de las clases medias.

El otro dia por ejemplo, he tenido la felicidad de visitar con cordialidad una de las familias inglesas mas distinguidas de Lóndres. El tren me llevó desde Canon Street, en los barrios mas bulliciosos de la City, hasta Bromley, á 12 millas de Lóndres. Me acompañaba el dueño de casa; visitamos de paso á Chislehurst: y en la Capilla Católica del pueblito, vimos la tumba de los dos Napoleones chicos. Allí la ciega obsecacion de los imperialistas, que justifican las vergüenzas del imperio francés de 1870-1871, mantiene siempre llena de coronas, con motes políticos, la tumba del hombre que despotizó y militarizó á la Francia por veinte años consecutivos, que suprimió la libertad política y que fomentó el fanatismo para levantar en su favor las fuerzas numerosas de la ignorancia y del atraso. En frente yace el príncipe desgraciado, el último vástago de una familia salida de la nada y vuelta tambien á la nada, como si el

cielo hubiera querido castigar de ese modo á los aventureros. La madre, la viuda desolada, está en Africa. Cercano á la iglesia, el pequeño castillo de Chislehurst, ocupado por la escasa servidumbre de Eugenia, ha quedado abandonado por los antiguos huéspedes de las Tullerías. Los ingleses no tendrán que lamentar nunca sinó las excentricidades de la reina y la liviana mediocridad del príncipe [de Gales: felizmente para ellos, sea que gobierne Mr. Gladstone, sea que gobierne Beaconsfield, en los destinos del pueblo inglés, las extravagancias de la reina y las liviandades del príncipe, no producirán las guerras que Napoleon terminó en Metz y en Sedan.- Los ingleses pasan por Chislehurst experimentando lo que ellos llaman *piEDAD privada* por los muertos; en cuanto á la *piEDAD pública* no se han permitido expresarla todavía; y creen que no tienen ningun derecho para hacerlo. Hay una exquisita discrecion en estemodo de pensar.

Sobre el camino de Chislehurst á Bromley está la casa de Carlos Darwin, que es una preciosa casa de campo con balcones salientes y vestida de yedra. El viajero de la *Beagle* estaba ausente y recorría en carruaje el bosque vecino. En las inmediaciones vive Lubbock el sábio profesor de ciencias naturales; y no muy léjos de Bromley está la casa en que el gran Chatham pasó los últimos años de su vida. El caballero que me acompañaba, cuyos antepasados viven en Bromley desde hace siglo y medio, me decía que Chatham tenía la costumbre de contar las horas por el reloj que sonaba en la torre de la casa de sus antepasados: y que fué esa misma campana la que señaló la hora de la muerte del grande hombre de estado. A los diez minutos de camino hecho en su carruaje, hacíamos llegado á Bromley y penetrábamos en uno de esos parques que solo se ven en Inglaterra. Llegados al castillo y despues de haber saludado á las señoras de la casa en una habitacion vestida toda con telas del Japon y de Persia y adornada con objetos riquísimos del Oriente, mi

amigo me invitó á pasear por los bosques y los parques. Estaba completamente olvidado de Lóndres y en mi elemento: loco de curiosidad por darme cuenta de aquella mansion verdaderamente señorial. Atravesamos el prado y llegamos á la orilla de un estanque en cuyas márgenes se reflejan los follajes de pinos y avellanos cuyos troncos cuentan mas de dos siglos. En el estanque habia truchas, y en el bosque faisanes y liebres. Si hubiera tenido anzuelos habria cometido la exentricidad de rogar al dueño que me permitiera despuntar el vicio dejándome sentar al borde de aquellas aguas; y si hubiera sido invierno, me habria ensayado por primera vez en el tiro de los faisanes y de las liebres, aunque hubiera sido esponiéndome á representar una de aquellas escenas de caza de Villers-Cotterets en que el viejo Dumas, figuró siendo muchacho, y que en su vejez nos ha contado con tono tan esquisito y tan burlesco. Mas de uno de mis amigos me condenará por original incorrejible oyéndome hablar de liebres y faisanes á pocas millas de Lóndres; pero yo sé quien me tendrá envidia cuando sepa que los he visto volar de un rincon al otro del bosque y que he estado á punto de hacer una *barrida* como aquellas que solemos hacer los aficionados en Buenos Aires, en el campo del temible Sr. Merlo. Durante el invierno, el dueño de casa voltéa con sus amigos 300 piezas, que se reemplazan fácilmente en la primavera siguiente; yo le contaba que el número de sus víctimas durante la estacion, era el mio durante una escursion de dos dias con otro amigo; y quedaba deslumbrado, soñando con una partida de las nuestras, mientras yo veia volar un faisán y encontraba que el tiro y la pieza bien valian la mejor martineta de nuestros pajonales. Perdónenme los profanos esta digresion, pero no es posible prescindir de la caza cuando un inglés rico lo recibe á uno en su casa de campo.

Llegamos al castillo á la oracion cuando la campana del reloj de Chatham tocaba las 8. La noble casa, una ma-

ravilla de *confort* y de elegancia, nos recibió hospitalariamente reuniéndonos al rededor de una estufa cariñosa á pesar del verano. Mi amigo me mostró la vieja biblioteca de sus antepasados; me creí trasladado por un momento á los tiempos de los Jorge tan gentilmente historiados por la pluma maiciosa de Thackeray; no habia en la primera sala de aquella preciosa libreria, ninguna obra de los últimos tiempos; la primera que cayó sobre mi vista fué Locke, y siguiendo la fila me encontré con Bacon y con todos sus predecesores; la historia de Inglaterra de Catalina Macaulay, Hume, la correspondencia de Wellington, y los filósofos franceses del siglo XVIII. La mayor parte de aquellas ediciones contaban entre 80 y 150 años, y estaban como recién salidas del taller de encuadernacion. Sobre las paredes, admiré retratos preciosos de Tennyson, de Longfellow, de Sir W. Herschel, de Darwin—los hijos de las ciencias y de la musa moderna; y cuando con la curiosidad satisfecha, salí de aquel recinto, me pregunté á mi mismo ¿á qué van á Lóndres los hombres que tienen, en una morada como ésta, su familia, sus libros, el parque y el bosque, el encanto de la vida doméstica y las distracciones de la vida de las campañas?

.....

La locomotora acaba de detenerse en una estacion cuajada de jente y alumbrada como el dia. El guarda-tren me disipa mis dulces recuerdos de Bromley gritándome al oido «*Charing—Cross!*»

CUÁDROS PARLAMENTARIOS

La Cámara de Comunes

Lóndres, Junio 30 de 1880.

Se daba la *Fedra* en *Gaiety Theatre*:—Sarah Bernhardt, esa Sarah que es conocida en Buenos Aires como la heroína de los proscenios y de los salones parisienses, hacia de protagonista, de esposa adúltera e incestuosa á la vez. Delgada y alta, sin las formas esculturales de la Ristori de los buenos tiempos, sin ser bella, pero iluminada la fisonomía por ese rasgo peculiar que sellaba el gesto trágico de Rachel, Sarah Bernhardt es sin duda una mujer dotada de todos los innumerables y delicados detalles que forman, como en un molde, á las hijas del arte. Con razón es la mujer verdaderamente revolucionaria de Paris; la mujer para la cual, apenas lanzada en su carrera artística, Francisco Copée escribía su *Zanetto*; la mujer en cuya frente el viejo padre del romanticismo depositaba, ayer no más, en su cumple-años, el beso protector y paternal del poeta que creó á Doña Sol; la mujer que exaspera los odios obscenos de Zola en uno de los pasajes de esa epopeya licenciosa que llaman *Naná*, y que tanto ha corrido en Buenos Aires; la que reúne en su casa lo mas selecto de la pléyade literaria francesa, de la vieja y de la nueva época, desde Emilio de Girardin que todavía galantea como en 1848, hasta Guillermo

Guizot el hijo del austero ministro de Luis Felipe; que, según el rumor del boulevard, de los *foyers* y de los cafés, toma parte en más de una de las inspiraciones de la artista; la mujer en fin que habituada á los mimos de una sociedad entera, y á las victorias incesantes de la escena, fracaza en el estreno de la última pieza de Emilio Augier, arma un alboroto, riñe con el autor, riñe con el director de la Comedia Francesa, deserta del teatro, y rompe en pedazos el título de sacerdotiza del templo de Racine y de Corneille, haciéndose condenar en un pleito, con la más alta indiferencia, al pago de 150,000 francos, mientras que representa en Londres la *Fedra*, *FrouFrou* y *Adrienne Lecouvreur*, delante de toda la aristocracia inglesa, que desciende al oír la de lo alto de su desdén y de su orgullo, á llorar cuando estallan los celos de la heroína griega, cuando espira la hija de la fatalidad humana, ó cuando muere, envenenada por una rival despechada, la melancólica víctima del arte y del amor.

Yo he visto á todas las damas de los palcos principales del *Gaiety*, llorar como *magdalenas*, pero sin levantar la vista ni por un instante del libreto de la pieza.....en inglés. Las damas inglesas tienen el corazón tierno como todas las mujeres; y aunque á primera vista aquellas fisonomías elípticas como un escudo de armas, con cuatro rulos por banda, parecen ser insensibles, puedo asegurar que no lo son; porque más de una, y entre ellas la duquesa de Westminster, lagrimeó tanto en la representación de la *Fedra*, que por cuatro ó cinco veces tuve yo que llevar el pañuelo á mis ojos, para dejar bien sentada la ternura proverbial de nuestra raza latina.

Aquella noche tuvo para mí otro encanto. Mr. Gladstone y su familia estaban en el palco *avant scène* de la izquierda, frente á mi asiento. El deseo de ver la pieza completa me había llevado temprano al teatro; ocupé mi lugar cuando no estaban encendidas aún las luces, ni más ni

menos que como esos parientes del Pergamino ó de la Capilla del Señor, que nos solian llegar á Buenos Aires con unos deseos amenazantes de ir á tomar el postre en Colon para no perder ni una silaba de los «Veinte años ó la vida de un Jugador». Esperé con una paciencia ejemplar que 'os actores se apiadasen de mi anticipada curiosidad; pero cuando el teatro se iluminó, comencé á sentir, minuto por minuto, todos los escozores de la impaciencia. De repente, y mientras yo interrogaba los mas mínimos movimientos del telon, un aplauso unísono resonó en toda la sala. En el primer momento no pude darme cuenta de aquella repentina manifestacion; pero, como al primer aplauso se siguió otro y otro, dos y tres y muchos mas, me resolví á interrogar á mi compañero violando la regla que suelen darnos algunos viajeros en Buenos Aires, de que es inútil preguntar nada á los ingleses, consejo malo y egoista de los que no saben preguntar en inglés. Interrogado mi vecino, me sacó de dudas con una amable simpatía, pero no sin mostrar su sorpresa de que yo ignorase que se apiaudia la entrada de Mr. Gladstone. En efecto, el *Prime Minister* acababa de sentarse en el primer asiento de su palco, pero hacia tan poco caso de los aplausos que ni siquiera se dignó dirigir una sola mirada á sus fervorosos partidarios del paraiso. Me olvidé de la Fedra, de Sarah Bernhardt y de Racine; y cuando el primer acto terminaba, yo tenia los ojos clavados en Mr. Gladstone con toda la impertinencia de un novio que milita en el primer periodo de sus embebecimientos. Mr. Gladstone gozaba plenamente, al parecer, de la tragedia; habia depositado su hermosa frente, llena de las combinaciones políticas de la actualidad, entre sus dos manos, y con la mirada fija en la escena apoyaba los codos en la baranda del palco. Cuando Sarah Bernhardt lanzaba una de esas tiradas elocuentes y brillantemente rimadas del endecasílabo clásico, la actitud de Mr. Gladstone volvíase cada vez mas negligente para con el público; el rostro desaparecia entre

las manos y los codos invadian una buena parte de la baranda obligando á retirarse á los del vecino. Mr. Gladstone seguia el espectáculo con las pruebas evidentes de una atencion concentrada. Conocedor agudísimo del teatro, pues que el asiento de Westminster en que se levanta para hablar vale la mas alta de las escenas conocidas, apreciaba sin duda en aquel momento, la diferencia de las pulidas y bien torneadas trajedias de los escenarios de Luis XIV, comparadas con las llamaradas que el génio de Irving y de la Ellen Terry arrancan de la roca de Shakspeare en las tablas del *Lyceum*. Hace pocas noches que ví allí el *Mercader* representado por estos dos grandes discipulos del autor de *Hamlet*, y no puedo borrar todavía de mi espíritu la profunda impresion que me produjo Shylock.

El teatro necesita un artículo aparte que haré mas adelante.

Aunque Mr. Gladstone está en el primer periodo de lo que se llama propiamente ancianidad, es un viejo fuerte, ágil y espresivo. Su fisonomía es un espejo: toda su alma y su espíritu se asoman á sus ojos: tiene una de esas naturalezas abiertamente democráticas que vierten, con un solo gesto y en un solo movimiento, todo lo que sienten y aún todo lo que van á sentir segun el desarrollo del espectáculo, ó el giro de los acontecimientos. En la Comedia Francesa lo he visto absorto, arrebatado por la mas profunda atencion, siguiendo con la fisonomia, todas las impresiones del drama en una exitacion evidentemente nerviosa. No sabe afectar esa indiferencia artificial y disimulada de los altos personajes, que admiran en silencio pero sin dar pruebas de emocion, para no comprometer su altivez obligatoria confundiendo con la plebe que grita, que esclama, que rie ó que llora. Mr. Gladstone, segun me informan, es un hombre que no puede mirar

fuegos artificiales sin unir sus exclamaciones de asombro á los de la muchedumbre; y por lo mismo, no es extraño que la tragedia comience por sentarlo atentamente en la silla, y que acabe por derramarlo en la escena como si lo arrastrara en su corriente. Lo he visto y lo he oído en el parlamento, hace pocos días, en una de las cuestiones políticas y sociales más interesantes de la actualidad; cuestión que me ha hecho presenciar un pequeño escándalo en el recinto mismo de la Cámara de los Comunes: que tiene revuelto á Londres en estos momentos, y que amenaza producir una verdadera revolución en el parlamento, fuera del parlamento y en la plaza pública.

Las cuestiones religiosas agitan toda la Europa: en Alemania la transacción del gobierno con los clericales no ha hecho sino aplazar las hostilidades por un poco de tiempo. Ayer se ha ejecutado en Francia el decreto del 29 de Marzo; los jesuitas han sido espulsados como ahora un siglo; se ha dado cumplimiento al decreto del Parlamento de París de 1762, al edicto de 1764 y á los decretos de 1767, que suprimieron en Francia la Compañía y que llevaron las mismas ideas á la España de Carlos III. Todo París, clericales y liberales, se había dado cita ayer en las puertas de las casas de la Compañía. La espulsión debía ser simultánea en los departamentos; y apesar de los gritos y protestas de muchos caballeros y señoras energúmenos, la República, con mano fuerte, abrió las puertas que se cerraban con buenos y hábiles cerrajeros, y puso la mano sobre el hombro de los desobedientes con la eficacia que es menester usar con los que se resisten á cumplir la ley. En Bélgica, el divorcio entre el poder político y el Papado toma proporciones alarmantes; y en Inglaterra por fin, en Londres, en el seno del parlamento, M. Gladstone el orgulloso vencedor de la última campaña electoral, se constituye defensor de Mr. Bradlaugh, y sufre en el primer encuentro una derrota debida á la coalición de los torys con los irlandeses y los judíos. En esta

cuestion he visto al impresionable admirador de Sarah Bernhardt, echar chispas de ira por los ojos y rayos de fuego por las lábios. La derrota ha sido estruendosa; y los conservadores han gozado bulliciosamente de un triunfo, que, si no ha tenido un éxito definitivo, les ha dado por lo menos el medio de dividir la mayoría y de comprometer la política *whig*. Mr. Bradlaugh, electo por Northampton como el representante más neto de las ideas ultra liberales, parece resuelto á reproducir en el palacio de Westminster las escenas de Wilkes, el famoso miembro de aquella licenciosa cofradia de libertinos de Medmenham-Abbey que habia escrito sobre los muros de la abadia esta obscena divisa rabeliana: «*Fay ce que voudras.*»

No acuso á Mr. Bradlaugh de la impudente inmoralidad de Wilkes. La sociedad inglesa, intransigente y orgullosa de sus buenos hábitos, castigaba con la espulsion de Wilkes, á un calavera desenfrenado é insolente, que apesar de la ardiente defensa de Guillermo Pitt, no podia sentarse en el parlamento sin profanar las tradiciones de la nobleza y de la *gentry*. Lo prueba el eclipse que en los dias del ministerio inhábil de George Grenville, sufrió el gobierno parlamentario. Las manías de Jorge III comprometieron entonces las libertades inglesas, dieron por resultado la insurreccion de las colonias americanas y hasta hubo aplausos para los desbordes de Sir Francis Dashwood, el décano de todas esas orgias.

Supongo á Mr. Bradlaugh un sujeto perfectamente honesto, incapaz de vivir con la sociedad del *Pavillion* ó del *Aquarium*. Pero con toda la franqueza que me inspiran en este momento los sucesos, declaro que Mr. Bradlaugh está muy cerca de ser un espíritu completamente desenfrenado y entregado al fanatismo liberal como otros lo están al fanatismo religioso. Es un *free thinker*, pero del género insoportable de la falanje irregular, del tipo de los demoleedores que creen que basta ponerse la corteza de Mazzini

para tomar la estatura del maestro; de esos espíritus cavilosos que interrumpen un casamiento por el pretendido temor de que la bendición salida de las manos de un cura católico, ó de un ministro protestante, magnetice su conciencia de liberales; de esos políticos que pretenden tener fijos sus ojos en el semblante de sus electores y que simulan consultarles todos sus actos; de los que no bautizan un muchacho siquiera por dar gusto á las tías viejas de la familia: de los que prohíben terminantemente á su mujer que pongan los piés en la iglesia: en fin, de los de la estofa ridícula de *Daniel Rochat*, un ser insufrible é incompatible con el buen sentido.

Parecerá raro que un espíritu de este género aparezca en los círculos políticos de actualidad en Inglaterra; y sin embargo, Mr. Bradlaugh es el ejemplar mas típico del liberal furibundo. Provoca en el parlamento una cuestión prévia á su ingreso, que levanta contra él, y contra el gobierno que lo sostiene, los gloriosos pendores de la tradición anglicana: judíos, católicos y protestantes, como tocados por un solo resorte, recuerdan juntos las campañas parlamentarias de la Reforma religiosa, se reconocen unidos por el sentimiento oficial y tradicional que exige de todos los miembros de la política británica la creencia en un Dios, y tocan al escándalo contra el ateísmo impávido y fátuo de Mr. Bradlaugh. Elécto miembro de los comunes, Mr. Bradlaugh es llamado á prestar el juramento de orden ante el *speaker*; pero él, en medio del asombro de la *Casa*, ofrece sustituir el juramento por la simple afirmación, fundándose en que no siendo un cuerpo monástico aquel en que debe ingresar, el juramento religioso no tiene objeto, y basta con la simple afirmación que es compatible con la naturaleza política de la Cámara. La proposición cae como una bomba en el campo diminuto de los conservadores; Mr. Disraeli, á quien ni las derrotas, ni los proyectos fallidos desaniman, se pone en campaña desde sus posicio-

nes de retirada: la fatuidad de Mr. Bradlaugh le ofrece la ocasion de realizar una preciosa operacion de estrategia parlamentaria. El coloso del *torismo* golpea el parche de alarma contra el advenedizo que pretende eximirse de jurar como católico, como judío ó protestante, y aún de afirmar como quákaro: y sin dar la cara, sin asomar ni siquiera una línea de aquella fisonomia afilada y enigmática en el mismo cuartel de la victoria liberal, convoca todo el parlamento, y apesar de la fuerte influencia del gabinete y de los esfuerzos de Mr. Gladstone, los liberales se dividen: y el campo queda por los principios conservadores en el primer encuentro.

Yo asistí el día del debate. La sesion comenzó á las 2 de la tarde, se suspendió á las 7, continuó á las 9 y terminó á las 2 de la mañana. Con un jóven é inteligente compatriota conseguimos los mejores asientos que es posible obtener en la galeria; pasamos por todas las formas solemnes del ingreso, que difieren un poco de aquella manera de entrar un tanto campechana que usan entre nosotros los asistentes de la barra. Al pié de la estatua de Hampden habia esperado por la mañana media hora para que me llegara mi turno; pero por la noche fuimos mas felices porque empleamos un medio mas á tivo de penetrar sin hacer antesalas. De nuestro asiento podiamos ver con una comodidad envidiable aquel salon cuadrado y bullicioso donde se gobierna la Europa desde Lóndres hasta Gibraltar, y desde Gibraltar hasta Oriente. El primero sobre quien cayó mi vista fué mi personage del teatro en la noche pasada, Mr. Gladstone. Tenia la cabeza descubierta, y estaba vestido con aquella negligencia inglesa que equivale no pocas veces á la elegancia. Parecia mas pálido que de costumbre: y bastaba reparar en la mirada penetrante que fijaba unas veces sobre sus adversarios, y otras sobre los partidarios que en aquel

momento desertaban de sus filas, para conocer que estaba nervioso é inquieto. Tenia por delante su cofre de apuntes y papeles; y á cada momento hablaba con sus colegas de las bancas ministeriales, como si les consultara ó preguntara algo de interés. A su espalda estaba Bright mostrando su fisonomia abierta y espresiva, repantigado cómodamente en su asiento y con el sombrero echado sobre la nuca, con las dos manos en los bolsillos y en una tranquila actitud de observacion ¿Quien podria decir, al verlo con aquella facha de capitán de buque de vela, que ese cuerpo, cuando se incorpora y levanta la hermosa y blanca cabeza con que Dios lo ha dotado, podria servir de modelo á un escultor para bosquejar la estatua de Demóstocles! A la izquierda de Gladstone se sentaba el Marques de Hartington, miembro indispensable del gabinete á causa de su titulo, porque en Inglaterra no se concibe un ministerio sin una cuota proporcionada de duques, y á falta de duques, de marqueses, como el de Hartington, heredero de uno de los mas grandes ducados *whigs*, dueño de un grupo de votos en la Cámara y de una poderosa influencia electoral en las campañas de Irlanda. Cuántos Hartington sin títulos hemos tenido nosotros en nuestros gobiernos y parlamentos! A la derecha— Granville, el sucesor de Salisbury; una fisonomia alegre y chispeante que contrasta curiosamente con la *mine* reposada de los ingleses; con razon se ha dicho que su rostro y su figura, harian que el espectador lo tomara por un hombre de estado frances bajo la Casa de Orleans: inferior á Salisbury, y á Cairns y á Derby, y victima algunas veces del sarcástico Lord Grey, Granville no representa, en toda su elevacion y magestad, el alto tipo del hombre de estado inglés pero es un monumento de honorabilidad política y uno de esos hombres parlamentarios que, aunque mediocres, son tan útiles como necesarios. Dentro del grupo ministerial se estiende un sinnúmero de paladines de los últimos tiempos, y en frente, toda la falanje conservadora se

destaca orgullosa y formidable con la alianza Persa que acaba de celebrar con los católicos para batir al ateo. En el primer grupo, llama la atención Mr. Forster, el orador más claro, más conciso, más lógico, y más hábil de la Cámara sin exceptuar á Bright y á Mr. Lowe: el mismo Gladstone no tiene las preciosas y altas calidades de abogado que distinguen á Mr. Forster. Mr. Forster tiene una cara vulgar pero animada, es más bien bajo, ancho de espaldas y de figura bastante comun. Pero cuando se saca el sombrero y pide la palabra y cuando comienza á burilar su discurso, parece un jugador de ajedrez que presenta al adversario todas sus piezas acechándolo con cada una, hasta que lo estrecha y lo rinde con la aparente distracción de los jugadores de lujo y con una soltura y una bonhomía preciosísimas. Carece es cierto de la frase caliente de Gladstone; le falta la pasión de Bright y aún la elegancia de Lowe; pero cuando ataca ó para un golpe, lo hace con la frialdad de un geómetra que sabe de antemano el resultado de la operación. En el segundo grupo se han aglomerado los agitadores irlandeses, los católicos fervorosos y ardientes, Parnell, O'Sullivan, y la fracción numerosa que ellos encabezan.

Mr. Gladstone había hecho por la mañana un discurso lleno de pasión en favor de la admisión de Mr. Bradlaugh por simple afirmación. Cuando se levantó para hablar, la sala quedó dominada por un silencio profundo. Las palabras con que se introdujo hubieran denunciado para el más profano de los espectadores, al jefe de un partido. Quería desarmar á los adversarios pretendiendo hacerles comprender que se trataba de una cuestión de muy poca monta: cuestión que en todo caso el parlamento no tenía competencia para decidir, pues que debía someterse á los tribunales de derecho. Sostuvo que la simple afirmación de cumplir con su deber de diputado, debía bastar para la admisión de Mr. Bradlaugh; y que, desde que este era un caballero, la afirmación de simple carácter político obligaba su honor al

cumplimiento de su promesa, que era el objeto principal de la forma de ingreso, mientras que queriéndole dar al juramento parlamentario un carácter religioso, y no siendo creyente Mr. Bradlaugh, era difícil que bajo su imperio se creyese obligado á cumplir lo que solo habia jurado sometándose á una fórmula impuesta. La casa oía con atencion; pero fuera de uno que otro «*hear*» que lanzaban los adoradores del primer ministro, los adversarios se mantenian frios y rehacios, esperando su turno para contestar los fuegos del coloso.

Gladstone simulaba un exelente buen humor; pero el resultado de la votacion, sospechado de antemano, lo tenia montado en una cólera clara y manifiestamente refrenada, pronta á derramarse como un torrente en el instante mismo en que le faltara el dique débil de la calma nerviosa y aparentemente risueña que simulaba. Habla con la arrogancia de todos los discipulos de Oxford; es algo difuso pero hab'a con un arsenal de ideas colosal: su discurso tiene mucho de panorámico, y no termina nunca naturalmente sino tronchado por el medio como una serpiente; — impetuoso y vehemente, no admite ni una guiñada imperceptible del adversario, y cuando el rayo del sarcasmo revienta á sus piés, se yergue súbitamente, y como un guerrero asediado que desde lo alto de la torre deja caer un peñasco sobre las cabezas de los asaltantes, esgrime la invectiva, la lanza al rostro mismo del enemigo, y saca de este verdadero encuentro á mano armada, una fuente nueva de inspiraciones que corre y se derrama con abundancia, para remontar y estenderse en uno de esos periodos que tienen toda la hermosura y la grandeza oratoria—el color, la vida, la pasion, la luz y la fuerza.

Lo he oido dias pasados en una discusion sobre las tierras de Irlanda, achatar como una oblea á un miembro de la Cámara que pretendió hacerle algunas observaciones impertinentes. Y sin embargo de esta fuerza de titan, de ese

poder de elocuencia que abrumba y deslumbra á la vez, no es posible imaginar un espíritu mas susceptible: una lapicera con la pluma calzada dirigida contra Mr. Gladstone lo pone fuera de sí, y desde que percibe el puntazo se esquivaba como una niña cosquillosa. Le hace poca gracia la caricatura ó la sátira y siempre vive prevenido contra ellas.

Cuando la sesion de la mañana terminó quedando citada la Cámara para la noche, Mr. Gladstone parecia haber conjurado un tanto la indisciplina que, a propósito de la Cuestion Bradlaugh, se habia suscitado en las filas liberales. Pero por la noche la desercion se hizo mas seria ante la influencia misma del primer ministro, que presenciaba mudo, pero agriado, aquella enorme falanxe que se habia agrupado contra él para defender una fórmula histórica y tradicional de la Constitucion inglesa. Sullivan tomó la palabra en medio de una atencion atrayente; irlandés y católico de la mas lejitima especie, apasionado y agresor, hizo un discurso que levantó gritos y exclamaciones de entusiasmo entre los miembros coaligados, y especialmente entre los irlandeses de su grupo. Recordó las viejas y gloriosas sesiones de la reforma religiosa; los tiempos de Cobbet, de O'Connell y de Cobden, la emancipacion de los católicos y la consumacion de esa Reforma benéfica, apesar de los elementos egoistas y reaccionarios del pasado, que tenian sofocadas las libertades inglesas. Pero esa reforma, exclamó Sullivan, fué llevada á cabo por un partido y por un pueblo que creia en un Dios: que tenia un príncipio religioso; y cuando las puertas del parlamento quedaron igualmente abiertas para protestantes, católicos y judios, la entrada quedó espedita para los que creian en un Ser Supremo y comun de todos los pueblos civilizados de la tierra. La Constitucion inglesa, agregó en una frase que es todo el análisis filosófico de ese gran monumento político, *has grown, it has not been made; hã emanado, ha brotado, no ha sido hecha*; y en ella se han incrustado todos los elementos nuevos que la hacen grande y

libre, histórica y británicamente considerada. Protestantes, judíos y católicos, «somos todos ingleses» por que creemos todos en un Dios, que es el Dios de nuestra historia y el de nuestros antepasados. La batalla por la reforma consistió en dar iguales derechos políticos á los que tenían análogos sentimientos religiosos; y si era justo que el protestante se sentase en esta casa y gobernase la nación desde ella, justo era que se sentase también el judío y el católico que tenían con él en la historia política, un origen común. Para entrar pues en esta casa es necesario una creencia, una religión, un principio histórico ó una fórmula consagrada por la ley que puedan profesar todos sus miembros sin abjurar de sus ideas. Pero Mr. Bradlaugh no cree en nada: Mr. Bradlaugh exige salvar los umbrales de este recinto pisoteando la tradición de todos los ingleses: pretende derrocar la fórmula parlamentaria, pretende violar la Constitución y alterar los grandes gloriosos preceptos q'la han fundado, sin precedente de legislación especial para sus ideas; Semejante audacia debe ser rechazada negándosele su pretensión, negándosele la petición de afirmar; y aún mas, negándosele el derecho de jurar, si lo pidiera, por el solo hecho de no haberlo reconocido como un acto espontáneo al ingresaren la Casa.

El orador era interrumpido con muestras vivísimas de aprobación. Toda la orgullosa falange parlamentaria de las familias históricas se había enrolado en la mayoría que pedía la clausura de las puertas para Mr. Bradlaugh. Sin embargo, varios de sus sostenedores se levantaron para desmontar el efecto que había hecho el discurso de Sullivan; y sobre todo la resolución de no admitir á Mr. Bradlaugh, fuera con juramento ó con simple afirmación, como él lo pretendía. Mr. Childers, sin la pasión de Sullivan ni el brillo de la forma, hizo un discurso hábil y original que demostró hasta que punto, un hombre de sus condiciones sirve para parar el golpe de maza que acababa de descargar el adversario en el centro mismo del Ministerio.

Mr. Childers afirmó que en las dos comisiones á qué habia pasado el estudio de la proposicion Bradlaugh, no se habia hecho la mínima observacion respecto á su ingreso; y que lo único que habia estado en tela de juicio habia sido si tenia derecho á afirmar ó si estaba obligado á jurar. Lo demás era inconducente; la mejor manera de prevenirse contra el ateísmo, era evitar que Mr Bradlaugh y sus amigos ascendieran á mártires y para combatir la circulacion de sus obras, que habian sido tan popularizadas por la oposicion levantada contra su ingreso, era hacer justicia. Si se queria arruinar al ateísmo y concluir con los ateos, no debia convertirseles en mártires. La discusion cayó entónces en manos de los *menores* y recomenzó el bullicio de colmena y de gritos en que están obligados á hablar siempre, y en todas partes del mundo, las medianias parlamentarias.

Sin embargo, en el parlamento inglés se castiga de una manera ejemplar á los fastidiosos que toman la palabra para manifestar una opinion fundada en lugares comunes, que ellos consideran de una importancia indispensable; es calidad de los necios violar siempre el silencio protector que los ampara, y regla y derecho de los miembros del Parlamento castigarlos ejemplarmente.

La discusion estaba ágotada, y despues de haber hecho uso de la palabra Gibson, Northcote y Daly, la cámara se encontró invadida de miembros recién llegados; estaba literalmente llena; los agentes políticos de cada bando habian salido á la caza de votos á los Clubs, á Pall Mall, á Saint James, á Covent Garden y á Her Magesty; jóvenes y viejos, miembros del parlamento todos que no tienen otro rol por desempeñar que la breve tarea de votar, entraban á la sala á última hora vestidos con la mas rigurosa etiqueta: camisa immaculada, cuello hasta la altura de la campanilla, frac al cuerpo, las manos sin guantes pero llenas de anillos, el pantalon angosto y corto, dejando ver la media de seda estrechada por un zapato inglés chato, esco-

tado, aristocráticamente longitudinal y orlado por un moño ancho e indolente, destinado á hacer el papel de banderola en aquellos piés que no permitirían á Mercurio levantar el vuelo si los Dioses lo hubiesen dotado con ellos. Los diputados que habían presenciado toda la sesión estaban fastidiados, y los que recién llegaban lo estaban con mayor razón, puesto que no sabían de lo que se trataba.

Creíamos con mi compañero que el momento de votar era inminente, y nos preparábamos á observar el procedimiento, cuando del fondo de uno de los bancos liberales se levantó Mister Thorold Rogers y pidió la palabra. La Cámara, como un regimiento de línea, y como si obedeciera á una orden, se cubrió inmediatamente. En el rostro candorosamente iluminado por unas ganas famélicas de hablar, comprendí en el acto que Mr. Thorold Rogers iba á ser la verdadera víctima del drama Bradlaugh. El orador, en el instante mismo que amenazó con la palabra, fué recibido con una verdadera descarga de «*No, no, no, yau, yau, no, no, yauuuu*». Al principio eran veinte voces; cuando en la primer pausa Mr. Thorold Rogers lanzó para empezar el «*Gentlemen...*» que equivale á nuestro señor *Presidente*, las veinte voces fueron cincuenta, al segundo «*Gentlemen*», cien; al tercero, trescientas: y al poco rato, toda la Cámara vociferaba contra el fastidioso. Mr. Rogers con la sonrisita del inocente que no sabe como salir de la embarazosa posición en que él mismo se ha colocado, insistía en continuar; pero la Cámara entera sumergía sus palabras con gritos unisonos y estentóreos de desaprobación. El orador presentaba un espectáculo extraño, porque á la distancia se *le veía* hablar pero no se le oía hablar; sus ademanes eran irreprochables y sus labios se movían con un entusiasmo visible; pero la gritería que ya tomaba las proporciones de una manifestación grave, ponía á Mr. Rogers en el caso de desempeñar una pantomima curiosísima. Mr. Brand, *el speaker* de la Cámara,

no se preocupaba ni de la víctima ni de los manifestantes: observaba la escena con una bondad benedictina, con una cara bastante aurrada, pero llena de un gesto de dulzura que se acentuaba mas al dibujarse entre las alas plegadas de su enorme peluca. Mister Thorold Rogers comenzó á picarse y á montarse en cólera poco á poco, alzó la voz y cayó de lo alto de una nota ahogado por un grito de 400 voces ; al fin hizo un esfuerzo supremo, respiró é hinchó sus pulmones para ahogar aquel coro de mal educados, pero al hacer el movimiento mañal para proferir el primer grito, la Cámara suprimió las pausas de sus exclamaciones y formó un coro sordo de la monotonía mas insoportable. El honorable *gentleman*, no se dió por vencido todavía, tomó un libro y pretendió leer, pero no bien el libro apareció en sus manos, cuando el escándalo sobrepasó los límites de lo imaginable; y Mr. Thorol Rogers, acosado, convertido de manso cordero en un jabalí enfurecido, levantó el libro entre las manos, lo arrojó furiosamente á sus piés, y cayó desplomado sobre su asiento, morado de indignación y crispado de cólera. Un nuevo grito, el grito de la victoria, saludó al vencido, y terminó aquella escena parlamentaria que en cualquier otro país de la tierra habria producido consecuencias deplorables.

La hora de votar llegó, y el *speaker* proclamó 230 votos por la admisión de Mr. Bradlaugh y 275 por el rechazo. Los vencedores festejaron el triunfo con repetidas manifestaciones de júbilo. Pero la cuestión Bradlaugh no debia terminar aquí, al dia siguiente el Diputado por Northampton iba á negar á la Cámara el derecho de espulsarlo que ella se arrogaba, y se iba á presentar pretendiendo sentarse en su recinto. Veremos en seguida las consecuencias de este grande acontecimiento parlamentario.

CUADROS PARLAMENTARIOS

Y

ESCENAS POPULARES

Lóndres Julio 1^o de 1880.

La cuestion Bradlaugh estaba destinada á producir grandes acontecimientos cuyo interés se centuplica para los que ponemos los ojos por primera vez en la escena política de la Inglaterra. El parlamento declaró por una mayoria importante y apesar de la intervencion poderosa de Mr. Gladstone y de todo el ministerio, que no recibiria ni el juramento ni la afirmacion del miembro por Northampton. Los conservadores, bajo la direccion de su *leader* Sir Stafford Northcote, habian conseguido sin duda una victoria de doble importancia: — los principios políticos de la fraccion *tory* habian predominado y una cuestion de partido habia sido ganada por ella, por que el rechazo de Mr. Bradlaugh, importaba un voto menos en las filas liberales; al otro dia de la gran sesion, los diarios de la mañana y especialmente los diarios oposicionistas, enunciaban la derrota del gobierno y la division de los liberales; pero la cuestion, que aparecia definitivamente terminada con la resolucion votada, debia de reanudarse, complicarse y modificarse como lo vamos á ver.

A la mañana siguiente todo el mundo anunciaba que Mr. Bradlaugh, apesar de la resolucion del parlamento, se empeñaria en ocupar su puesto y provocaria un incidente, los pedidos de entradas habian alcanzado á los últimos limites de la demanda; era de verse los grupos de hombres y mujeres que rodeaban las avenidas de Westminster aquel dia, desde Trafalgar Square hasta las mismas puertas de *la casa*; señoras respetables por sus canas y por sus pelucas, con diarios y folletos en las manos, esperaban la llegada del atéo con ese rostro escandalizado con que los ingleses ven aparecer en su mismo Lóndres, como brotado de las entrañas de la tierra, un héroe de la demagogia latina; de larga melena, de trage estrafalario, teniendo á Danton por modelo físico, y á los héroes de la Comuna por ejemplo moral.

En efecto todo era cierto; Mr. Bradlaugh iba á tener la audacia sin igual de rebelarse contra el voto del Parlamento, y la escena á que iba producirse era una verdadera novedad en los anales parlamentarios de la Gran Bretaña. A las doce y media de la mañana Mr. Brand, ocupaba la silla del *speaker* con casi todos los miembros de la Cámara; el palco diplomático, las galerias, todos los rincones del recinto estaban ocupados por un público silencioso, que sin pestañear, se mantenia ávido de emociones. Apareció Mr Bradlaugh y todas las miradas cayeron sobre él. «*Bradlaugh,*» «*Bradlaugh,*» «*Bradlaugh,*» murmuraron á mi alrededor mas de cien voces. Mr. Childers, tenia hasta cierto punto razon, cuando contestando á Sir Stafford Northcote, le decia:— «vais á hacer una víctima de ese atéo»; hoy Mr. Bradlaugh es el hombre mas popular de Lóndres, por diez ó quince dias; alcanzará el prestigio pasajero de una opereta, pero habrá sido gran hombre como son márriposas los gusanos.

Abierta la sesion, Mr. Bradlaugh en medio de la atencion general, se dirige firmemente á la mesa que domina el

asiento del *speaker*, como manifestando la resolución de que se le reciba el juramento. Mr. Brand se levanta como la estatua del comendador y lo detiene con una solemnidad llena de magestad.

—«Tengo que informaros, le dice, que la *Casa* en su última sesión, adoptó la resolución de Sir Hardinge Giffard, por la cual no se os debe recibir juramento ni afirmación. En consecuencia de ella tengo que pedir os que os retireis.»

Mr. Bradlaugh no se inmuta; Gladstone observa atentamente la escena destacándose su figura del grupo numeroso del ministerio. Parnell, Sullivan y los irlandeses, no pueden disimular el rasgo de indignación que se dibuja en sus semblantes; Forster contempla la escena con una sonrisa tranquila y el banco de los conservadores con Northcote al frente, parece una compañía de la *Guardia* por su actitud inflexible y orgullosa. El *speaker* ha acompañado su última palabra con un político pero significativo ademán de mano, que significa en el más sencillo idioma de las señas, «*mándese usted mudar.*»

Mr. Bradlaugh no se mueve y parece resuelto á todo.

«Antes de retirarme, dice, he de pedir por vuestro intermedio, que la *casa*, fiel á sus viejas tradiciones, me escuche antes de poner en vijencia su resolución. No hay precedente.....»

Mr. Bradlaugh no puede proseguir; sus primeras palabras, han sido recibidas con muestras vivísimas de desaprobación en los mismos bancos liberales, y cuando sin preocuparse de ellas ha querido continuar resueltamente su discurso, los gritos de «*Orden*», «*Retiraos*» han apagado su voz.

El incidente está empeñado y el parlamento se encuentra comprometido por la primera vez en muchos años, en una escena verdaderamente revolucionaria é imprevista.

El *speaker* se levanta y domina como Neptuno aquel mar que comienza á agitarse violentamente.—«Entiendo que deseais que la *casa* os oiga sobre el pedido que promoveis.

Ese pedido corresponde resolverlo á la *Casa*. Os invito á que os retireis para que la *Casa* resuelva vuestra solicitud.»

«—Me retiraré mientras ella se considera;» replica Mr. Bradlaugh que se halla resuelto á llevar el incidente al último limite. Mr. Bradlaugh se retira. Laboukere hace mocion para que sea oido; - la mocion es apoyada, pero Mr. Walpole observa con razon que ella es ambigua y piensa que la intencion de los que la apoyan debe de ser, que Mr. Bradlaugh hable desde la barra; un diputado pide que el ministerio indique que procedimiento debe seguirse; la mocion es recibida con salvas nutridas de *noes*; el ministerio guarda atencion, y por último, el *speaker* proclama el derecho de Mr. Bradlaugh á ser oido desde la barra. Este se presenta de nuevo con la franca impertinencia que lo distingue.

«Señor, dice, tengo que pedir indulgencia á cada miembro de la Cámara, si hallándome como me hallo en una posicion sin ejemplo en la historia de *esta Casa*, trato de dar algunas razones para demostrar que la resolucion que se me ha comunicado no debe cumplirse. Si no fuera por demas recordar las tradiciones de la *Casa*, yo apelaria ante ella misma, para demostrar que no hay un solo precedente en sus anales que demuestre que el parlamento ha juzgado á uno de sus miembros en su ausencia, arrebatándole los derechos constitucionales de que está investido; (la atencion se establece por unos cuantos *hear* que se dejan oir en la primer pausa del orador). Aún á los miembros que han sido suspendidos legalmente, se les oye antes desde sus asientos; y no comprendo como es que la *Casa* puede ser menos justa conmigo que lo que ha sido con otros miembros de ella. (Los *hearse* repiten y los gritos de *order* los contestan) Si me declarais indigno de sentarme entre vosotros, á lo menos deberiais haber usado la generosidad que el juez usa para con el criminal. Pero es que yo no me encuentro aquí como un culpable, sino como el escojido de una seccion

electoral de este país, que tiene un deber que cumplir. Me encuentro aquí resuelto á observar el mas profundo respeto por la *Casa*, de la cual espero y entiendo formar parte y á cuyas tradiciones no he pensado arrojar ni siquiera una sombra de ataque. Me encuentro aquí dispuesto á cumplir con cualquier fórmula que esta *Casa* exija ó con cualquier forma que la ley le permita exigir y pronto á desempeñar cualquier deber que la ley me imponga. No argüiré en este acto sobre si la *casa* está ó no habilitada para resolver algo en contra de la ley, porque debo imaginarme que aun los mas intransigentes de aquellos que me han combatido, difícilmente se hallarian preparados á poner en los lábios de una persona que consideran demasiado aventurada en ideas políticas, un argumento tan peligroso como este. No pido á esta casa favor ninguno para mí ni para mis electores, hablo en los límites de la ley y pido únicamente la justicia que siempre ha sido distribuida. Tengo que pedir indulgencia por ciertas palabras pronunciadas en contra mia; algunas de ellas, segun siempre lo creí, no debieran haber sido pronunciadas nunca por caballeros ingleses en ausencia de su antagonista y sin un aviso de antemano. Tambien hubo, es cierto, palabras generosas y valientes pronunciadas en favor de quien parece ser en el presente una fuente de trastornos y agitaciones y pongo estas generosas palabras en frente de las otras. Si las actas son exactas, veo que otros nombres fueron puestos al lado del mio en el calor de la pasion y del debate, y es de presumirse que al caballero que usó esas palabras, le faltó la hidalguia bastante, porque aunque yo pueda contestar las que contra mí iban dirigidas, los aludidos no lo pueden hacer y nada justifica la introduccion de ningun otro nombre con el mio. En este momento pido justicia desde este sitio;—por derecho (apuntando á los asientos) es allí donde me corresponde pedirla. Este derecho lo invoco en el nombre de los que me han enviado aquí. No ha habido ni antes de mi eleccion ni

durante mi eleccion ninguna incompatibilidad legal. Se dice «*debiais haber prestado el juramento como lo hacen los demás miembros*». Yo traté de ponerme en las condiciones de todos los miembros que ingresan; es fácil imaginar un hombre, que encuentre en la fórmula de un juramento palabras contrarias á sus creencias y todo mi delito consiste en haber preguntado sinó habia una fórmula de ingreso compatible con mi honor y con mi conciencia. Si no he entendido mal, creo que hubo miembros de esta Cámara que dijeron que no tenia ni honor ni conciencia. No he demostrado lo contrario optando por la fórmula que era compatible con mis ideas, y no por la que no lo era? (*Aplausos y llamados al orden.*)

.....

La ley me dá el derecho para prestar el juramento. La ley me dá el derecho de ocupar mi asiento allí. Teneis el derecho de arrojar me, pero no teneis el derecho de hacerlo sin oirme desde mi asiento. No me podeis negar el derecho que tiene todo miembro de esta *Casa*. Suponed que declarais vacante mi cargo, qué debo decir á mis electores, al regresar á Northampton? Ciertamente es que yo carezco de las tradiciones de familia de muchos de vosotros, pero en cambio, tengo las tradiciones del pueblo que me envía á este recinto para representarlo. Entendeis que debo acudir á Northampton en apelacion contra vosotros? Pensais que debo dirigirme á mis electores pidiéndoles que ellos revoquen los mandatos de esta *casa*? Espero que no, pero si asi lo quereis, que asi sea! Si la Cámara se ensaña contra un hombre aislado, que use de los medios que cree debé usar; que se dé la batalla, que ella no va á tener lugar con el distrito de Northampton solamente.»

Este discurso ha sido considerado por los *londoners* exaltados, como una pieza maestra; á mi juicio no pasa de ser una muestra de baja oratoria clubista; débil, cinica y plebeyá. Mr. Bradlaugh, contesta con una puerilidad á los que

le han negado el honor y la conciencia; declara estar dispuesto á jurar, despues de haber provocado la tormenta, adelantando sus opiniones filosóficas sobre el juramento é insistiendo sobre la incompatibilidad que media entre ellas y la fórmula de ingreso. Promueve una cuestion capital para hacer ruido y cuando la mayoria le cierra la entrada con dos vueltas de llave negándole el derecho de afirmar y el de jurar, implora el juramento; él, que profesa principios é ideas que lo inhabilitan para jurar, él que cree que jurando no se encuentra obligado solemnemente al cumplimiento de su deber, él en fin que considera farsáica la fórmula consagrada por la tradicion parlamentaria de la Inglaterra!

La escena iba á llegar hasta los límites inusitados en que la impertinencia de Mr. Bradlaugh queria representarla.

Mr. Labouchere hace en seguida una mocion para que en vista de lo alegado por Bradlaugh le sea aceptado el juramento. La mocion despues de un corto pero ágrío debate, es rechazada y el protagonista se presenta de nuevo para oír su sentencia ante el *speaker*.

—«Mr. Bradlaugh, os presentasteis esta mañana solicitando prestar juramento y os ordené que os retiraseis. Expresasteis entonces el deseo de ser oído antes de ser definitivamente obligado á retiraros. *La casa* admitió vuestro pedido y habeis sido escuchado. No teniendo órdenes ulteriores *de la casa*, á las que os hé comunicado, os ordeno que os retireis.

—Me permito insistir respetuosamente en el derecho que me asiste para considerarme como miembro debidamente electo por Northampton, y os pido me recibais el juramento, para ocupar mi lugar, por cuya razon me niego respetuosamente á retirarme.

La tormenta se aproxima á su periodo crítico con esta contestacion terminante; los gritos de «orden» se repiten en los bancos conservadores y la calma parece abandonar los

espíritus mas serenos. *El speaker* ha oído las últimas palabras de Mr. Bradlaugh con impaciencia mal disimulada y montando su fisonomía con un poco de energía deja dibujarse en ella al mismo tiempo, una sonrisa desdeñosa, propia de aquel que tiene los medios de hacerse obedecer y respetar.

— Os hago saber que las órdenes de *la casa* son de que os retireis.

— Con respeto me rehusó á obedecer las órdenes de *la casa*. Ellas son contrarias á la ley.

El speaker se levanta entonces lleno de tranquilidad.

— Debo pedir á la Cámara que preste su autoridad á la presidencia para cumplir sus mandatos. Carezco de autoridad sin órdenes de *la casa* para ejercer sus poderes y debo por esa razon pedir que ella me dé instrucciones sobre el caso que ocurre.

Pendiente la demanda del *speaker*, la tormenta estalla en el recinto; el *speaker* se mantiene de pié esperando que la Cámara lo inviste con sus altos poderes para proceder á ejecutar sus órdenes. Bradlaugh espera impasible al desenlace de la escena; la agitacion en las bancas crece por instantes; parece que el gran sistema parlamentario de la Inglaterra pasa por un eclipse y que sufre una crisis con aquella escena bastarda en el linaje de sus cuadros históricos; se comprende en los anales legislativos de Westminster, que Pitt, en pleno parlamento, cante sarcásticamente en las barbas de Grenville una cancion de moda con que lo pone en ridiculo; que figuran en ella, entre alusiones evidentes con el sobrenombre de la *Percha* y la *Elefanta* las duquesas de Kendall y de Artington queridas de Jorge I ; que Walpole haga travesuras políticas de todo género durante su larga administracion; pero la escena provocada por Mr. Bradlaugh, la eleccion de Mr. Bradlaugh, y el mismo Mr. Bradlaugh, no son elementos propios del carácter político y constitucional de la Inglaterra. Las ideas

radicales, digo mal, el ateísmo y el socialismo, comienzan á manifestar síntomas de epidemia en la Gran Bretaña y me temo mucho que en las últimas elecciones generales, en que Mr. Gladstone ha tomado tanta parte, hayan ocurrido casos graves; entre ellos el de Mr. Bradlaugh es típico.

El incidente Bradlaugh requería sin embargo una solución compatible con la magestad del parlamento desconocida por el recalcitrante. Northcote se levanta para observar cuan difícil se hace la posición del primer ministro, defensor de los derechos de Bradlaugh; el golpe es á fondo y la estocada tirada en el más oportuno de los momentos. Northcote propone además que se invista al *speaker* de los medios necesarios para someter á Mr. Bradlaugh al cumplimiento de las órdenes de la cámara. Mientras se decide el punto y los miembros abandonan sus asientos para permitir la recepción de sus votos, Bradlaugh permanece inmóvil en el mismo lugar. La cámara vota; todo el parlamento con muy raras excepciones, liberales, conservadores y católicos irlandeses, aceptan la moción Northcote:—el *speaker* ordena á Mr. Bradlaugh en nombre de la cámara que se retire.

—Con sumisión, señor, declaro que la orden de la Casa es contraria á la ley y me rehúso terminantemente á obedecerla.

—El *Serjeant-at-arms* conducirá fuera á Mr. Bradlaugh.

El mayor Gossets, rigurosamente vestido con el traje ceremonial, llevando su espada al cinto, se adelanta hasta la mesa del *speaker* y deja caer su mano gravemente sobre el hombro derecho del rebelde.

—«Me someto al *Serjeant-at-arms*, dice Mr. Bradlaugh, pero tan pronto como me deje fuera de la barra, volveré á ocupar mi puesto inmediatamente.»

Gran sensación en la casa; Mr. Bradlaugh es conducido fuera de la barra por el *Serjeant-at-arms*, pero una vez libre de él, avanza hácia su puesto de nuevo. Después de algunas alternativas, imposibles de ser descritas, y en

medio de una agitacion general, Mr. Bradlaugh consiente en permanecer un poco distante de la barra. Aqui, la escena comienza á llegar á su término. Bradlaugh se niega á abandonar el recinto é invoca sus derechos de diputado.

«Reclamo mis derechos como miembro de esta casa, esclama Mr. Bradlaugh detenido por el brazo del agente policial del Parlamento!

El *Serjeant at-arms* lo hace retroceder pero el rebelde, deshaciéndose de su aprehensor, viene resuelto ante la misma mesa del *speaker* y repite:—«Reclamo mis derechos como miembro de esta *Casa* para prestar juramento. Admito la facultad de la cámara para arrestarme, pero no le reconozco el derecho de escluirme (los *hear, hear*, resuenan en el recinto.) «No consentiré mi exclusion.»

Bradlaugh es arrebatado de nuevo por el *sarjeant-at-arms*. La *casa* clama porque hable Gladstone y el nombre del primer ministro es repetido á gritos en los bancos liberales. Los conservadores piden que hable Northcote *su leader* y despues de algunos minutos de excitacion, Northcote se levanta y funda con palabras ardientes, una mocion para que Mr. Bradlaugh sea *puesto bajo la custodia* del *Serjeant-at-arms* por haber desconocido y resistido la autoridad de *la Casa*. Bradlaugh pretende levantarse para replicar al orgulloso representante del torismo actual, pero en aquel mismo momento, pálido pero con el semblante lleno de firmeza, la voz serena y la mirada franca, se levanta Mr. Gladstone en medio de un aplauso estruendoso que lo saludaba. El gefe de los liberales, comienza por salvar la responsabilidad del gobierno en el incidente que tiene lugar y deja ver bastante claramente que aquella madeja mal envuelta por la efusion de los liberales y conservadores de ideas religiosas intransijentes, ha producido aquel enredo difícil de desatar. Pero concretándose á la mocion de Northcote y tomando como causa de ella las escenas curiosas y sin precedente que han tenido lugar, conviene en que *la Casa*

no puede salir con honor del incidente sinó votando la mocion y suspendiendo por medio de ella la continuacion de aquella escena.

Bradlaugh no se dá todavía por satisfecho; pretende hablar, pero el *speaker* le impone silencio. Finigan, uno de los diputados exaltados recientemente electo, se permite observar que la Cámara no tiene jurisdiccion sobre Mister Bradlaugh para decretar su prision, pero la *casa* salva la buena doctrina Constitucional por 342 votos contra 5. En el momento de cumplirse el mandato de la Asamblea, Mr. Bradlaugh ha abandonado el recinto, pero el *Sarjeant-at-arms* vuelve al poco tiempo á informar que ha aprehendido al rebelde, y que lo tiene á disposicion de la *Casa* en la torre de Westminster.

Al dia siguiente, todo Lóndres estaba lleno del nombre de Bradlaugh; los grabados mostraban á Mr. Bradlaugh en las diferentes escenas que habia representado en el parlamento. Bradlaugh negándose á obedecer los mandatos de *la casa*; Bradlaugh conducido por el *Serjeant-at-arms* fuera del recinto; Bradlaugh en la torre; Bradlaugh en las esquinas pintado al carbon, al lapiz y á pluma;—por la noche un dibujante que traza un retrato en un minuto con un pedazo de tiza, bosqueja en un teatro de pacotilla la imágen de Mr. Bradlaugh con un par de rayas y algunas curvas que forman el cabello y la barba; Bradlaugh es el asunto del dia. Se vuelve á hablar de sus libros; de sus juicios escandalosos ante el jurado, de sus discursos, de sus panfletos. Hasta su obra, *The fruits of Philosophy*, digno émulo de *Nana*, en la cual se dan al pobre los consejos mas brutales contra la naturaleza; es ensalzada por sus adoradores demagogos é indisciplinados como un monumento de moral popular. Mr. Bradlaugh se ha enrolado en las aventuras desde muy jóven y tiene una historia tormentosa; ha sido procurador, instructor religioso en una escuela protestante; renegó de sus creencias en 1849; abandonó su puesto y se hizo lector

público y panfletista. En 1850 se alistó en un cuerpo de dragones, y cansado del servicio militar compró su rescate en 1853. En 1858 y 1868 redactó el *Investigator* y el *National Reformer* en los que proclamó sus teorías exajeradas y revolucionarias, sin éco ninguno en la gente sensata. Ha tomado últimamente gran parte en el *Movimiento Republicano* y despues de muchos tiros de audacia, se ha hecho elegir miembro del parlamento por Northampton. Hé aquí su historia á grandes rasgos, suministrada por un vecino *tory* de mi asiento en la barra, que lo detesta cordialmente y que teme muchísimo por la vida del Czar en el caso que á Mr. Bradlaugh se le ocurra trasladarse á San Petersburgo.

El 28 de Junio por la tarde la plaza de Trafalgar estaba ocupada por veinte mil partidarios de Mr. Bradlaugh. El cautivo, habia sido puesto en libertad el dia antes, sin mas incomodidad que la de oír muy de cerca por una noche los tañidos sonoros de la campana del reloj de Westminster. Desde los balcones de *Morley's Hotel* se podia presenciar cómodamente aquel *meeting* que pasaria por monstruo en Buenos Aires y que no ha tenido éco en Lóndres; la multitud se habia congregado para protestar contra la *exclusion inconstitucional* de Mr. Bradlaugh. Me declaré manifestante y abotonando desde arriba á abajo mi levita á la manera de un clérigo inglés, para evitar las escursiones de manos estrañas en los bolsillos del chaleco, traté de tomar mi puesto lo mas cerca posible del sitio en que debia hablar Mr. Bradlaugh.

Despues del incidente ocurrido en la Cámara, Gladstone con el propósito de atenuar y modificar la derrota esperimentada, trató de buscar un recurso parlamentario que diera por resultado el ingreso de Bradlaugh con el voto unánime de su partido. Algunos habian votado por el

rechazo del electo, fundándose en que no había ley que autorizase la entrada de un individuo que no podía jurar por que no pertenecía á ninguna creencia reconocida, y que no podía tampoco afirmar por que no era *cuácaro* cuya admision, sin juramento, está prevista por la ley. Y bien, Gladstone, hizo en términos generales un proyecto de ley para que Bradlaugh, aprovechándose indirectamente de él, ingresase á la Cámara. Este proyecto decia: «Todo miembro recientemente electo que ofrezca una afirmacion en vez del juramento requerido para el ingreso, podrá incorporarse á la Casa afirmando solemnemente el cumplimiento de su deber.

Este proyecto ha sido desfavorablemente recibido por la opinion pública; todo el mundo ha visto en él una evolucion vulgar aunque práctica para abrir las puertas al espulsado. Hubiera sido mejor que Bradlaugh hubiese ingresado bajo la fórmula de la afirmacion, consentida de antemano, ó bajo la del juramento mismo, cuando lo reclamaba con súplicas del *Speaker*. Este último temperamento habria sometido al campeon materialista y hubiera servido para patentizar la energia de sus convicciones. Pero el proyecto de Mr. Gladstone inspirado en la poca escrupulosa filosofía de la conveniencia, no solo es una revocacion inusitada contra la resolucion parlamentaria, sino que tiende á favorecer directa y abiertamente el ingreso de Bradlaugh, indigno por cierto de merecer un acto tan marcado de debilidad política por parte de los que le negaron el derecho de ingreso. Nadie ha visto en el proyecto de Mr. Gladstone una ley de orden general; detras de la mesa en que el proyecto ha sido leído, está Bradlaugh haciendo antesala para introducirse por una gran puerta; él, que segun la masa considerable de la opinion pública, debió haber entrado por una madriguera. El proyecto de Mr. Gladstone, arréa indudablemente una de las enseñãs de la tradicion parlamentaria de la Inglaterra; convertido en ley, los ministeriales que lo sancionen y que

hayan votado en contra de Bradlaugh, tragarán sus palabras anticres y bajarán la cabeza ante las conveniencias de partido. Mr. Gladstone abre á *la casa* un *locus penitentiae*, segun la frase espiritual de Northcote, y *la Casa* se arrepiente de su intransigencia con el agitador incrédulo y demagogo. La perfeccion politica será siempre un problema, aun en la gran escuela de la libertad!

Mr. Bradlaugh se presentó en el meeting con una copia del proyecto de Gladstone en la mano. « Solo la coalision « de los conservadores y de los fanáticos, dijo, ha podido « violar la ley. No habeis concurrido á este sitio por mí, « ni por mis derechos, sino por los derechos constitucionales de un cuerpo electoral. Esperad tranquilamente hasta « el jueves á la noche para que la cuestion se ventile definitivamente. Conservad el orden y retiraos pacificamente á « vuestros hogares. Pero antes quiero preguntar á los « hombres de Londres, lo que ya he preguntado á los hombres de Northampton. ¿Aprobais miconducta? Responded, « tranquilamente levantando vuestras manos! (los brazos se « levantaron con las manos abiertas y veinte mil voces « contestaron afirmativamente al agitador popular.) Os lo « agradezco porque esa contestacion me fortalece en mis « principios. Tanto Mr. Bright como Mr. Gladstone han « dicho que ha pasado el tiempo de los testos religiosos para « *la Casa de Comunes.* » (Aquí los vivas á Gladstone resuenan al pié de la columna de Nelson, protegida por los cuatro leones gigantescos que se levantan majestuosos entre aquel océano de cabezas humanas.) (Una voz propone tres vivas á Gladstone.) « Sí, tres vivas por Guillermo Edwart « Gladstone; tres vivas por el hombre, que teniendo un « espíritu religioso, en su amor por la justicia, se ha conducido rectamente con aquel que no simpatiza con sus « creencias. Tres vivas por el guardian de la libertad « inglesa, que no patrocina el grito de los fanáticos contra « los electores que votan por un hombre impopular. Tres

« vivas por Mr. Gladstone, que resuenen en los corredores de San Estevan! »

La muchedumbre se amura al rededor del tribuno y prorrumpe en gritos prolongados; la policia tuvo que ser un tanto mas euérgica que de costumbre, la turba se aglomeró en los alrededores del palacio de Westminster al terminar el meeting; los *policemen* hacian esfuerzos sobrehumanos para contener á las masas invasoras; los gordos calzados entre los grupos y rodando involuntariamente á merced de los empujones, pasaban por las horribles sofocaciones de la robustez; los flacos no perdian rendija por donde escurrirse; hubo algunas señoras *Bradlhauguitas* emparedadas por algunos momentos entre las ondas de la muchedumbre, que soportaron heroicamente el vaiven popular. Hubo otras que salieron despeinadas y desechas pero inglesamente resignadas del centro de la multitud; con la peluca trastornada, los rulos lacios y desenvueltos; pérdida de un guante, mutilacion de las pulseras de oro de Abisinia, el paraguas vuelto á la inversa como amenazando tragarse al primero que se atreviera á desempeñar el papel de salvador. La policia tuvo que ser reforzada considerablemente con nuevos agentes que llegaron de *King Street Station* y merced á su actitud se aplacó aquella tormenta popular y la turba se dispersó en grupos, refrescada por un aguacero manso pero bastante eficaz para aplacar los espíritus y mojar los cuerpos.

El Juéves siguiente el proyecto del ministerio referente á la forma de ingreso era votado por los liberales contra la masa compacta de conservadores que defendieron enérgicamente los dioses tutelares de sus principios políticos y religiosos. Solo cuatro liberales, firmes en sus puestos, votaron contra el proyecto del Ministerio, á todos los demas los dobló la irresistible influencia de Mr. Gladstone que ha concluido al fin por hacer un partido liberal con una amalgama informe de elementos antagónicos y heterogéneos. En consecuencia de la resolucion de caracter general

votada, Mr. Bradlaugh, acojiéndose á ella, solicitó el derecho de ingresar, bajo la fórmula de la afirmacion y le fué concedida por la mayoria, siempre contra el voto implacable y severo de los *torys* que lo han visto incorporarse á la Cámara sin descender de lo alto de su desdén.

Mr. Gladstone ha ganado la victoria definitiva, pero el ejército ha flaqueado en el primer encuentro y ha dejado ver mucho de aquella indisciplina que solian demostrar las falanges mercenarias de Cartago que hablaban lenguas distintas, delante de las legiones romanas que hablaban una soia y propia lengua. Los *whigs* no son hoy los *whigs* de los tiempos pasados; son un partido anómalo del cual ha dicho con profunda razon el agudo Beaconsfield, que es un nido de aves distintas, un partido aristocrático—democrático, en el cual brillan los Gladstone, los Grenville y los Hartington al lado de los Sullivan, los Parnell y los Brad'ough; furiosos enemigos los dos primeros de la tradicion anglicana y el último, un aborto francés del 93 en la época normal que ha legado al pais la profunda y educadora Revolucion inglesa. Y no son ellos solos los que hacen causa comun hoy con Mr. Gladstone y los que se enrolan en el partido liberal. Forman parte del Ministerio Charles Dilke, Chamberlain y el Profesor Fawcett; los tres han sido miembros del *Radical Club* hasta el dia de su nombramiento y han dejado de formar parte de él en cumplimiento de sus reglamentos, que ordenan que todo miembro de la Corporacion que ocupe un puesto en el gobierno deja de ser *ipso facto* sócio del Club. Sus concólegas acaban de darles en Lóndres el banquete de despedida, pero ellos no han arriado en el ministerio la bandera del radicalismo *a outrance* porque han combatido. En seguida milita el grupo atrevido y revoltoso de los *home rulers* que campea por sus respetos y que vota como le conviene aunque está mas lejos de los conservadores que de los liberales. El triunfo de Mr. Gladstone ha producido algunas elecciones que

pueden considerarse como actos de pura influencia personal; sus dos hijos (que hasta ahora no han revelado dotes sobresalientes por mas que sean considerados por *mozos inteligentes* en Inglaterra, donde parece tambien que es costumbre encumbrar los talentos de los hijos de los grandes hombres,) han conquistado dos asientos en la *Casa*. Herbert Gladstone desempeña ademas el cargo de Secretario privado del Primer Ministro y es el niño mimado de los partidarios calurosos de su padre, pero hasta ahora la *Casa* no ha tenido ocasion de verle hacer las gracias del jóven hijo del Conde de Chatham en su *maiden speech*.

Entre tanto, el partido conservador se mantiene homogéneo y compacto en su derrota; con rumbos claros en la política exterior é interior; con soldados de un mismo credo político y con propósitos de gobierno trascendentales. El comercio, la industria, y las ciudades manufactureras como Manchester, Glasgow y Bermingham no quieren salir del reducido círculo de los negocios; las masas populares saludan á Gladstone como el redentor de la libertad inglesa; se reducen los presupuestos; se suspenden las construcciones bélicas en Woolwich y en Portsmouth; se fustiga á la pasada administracion por los gastos en las guerras de la India y del Cabo, y se garante la paz pública, la paz egoísta y positiva del comerciante; pero cuando en los teatros, en las calles ó en los lugares públicos aparece el enigmático y agudo perfil de Mr. Disraeli, la multitud lo aplaude y lo encomia y le llama «*Nuestro Dizzi, nuestro amado Dizzi!*» Imposible poner en duda su prestigio en el pueblo inglés! Cuando los liberales cantan en los teatros ¡*The good time comes!* la concurrencia se divide en partes iguales y viva á Gladstone y aclama á Disraeli con febril entusiasmo.

La política es como el juego; la parada ha sido ganada por Mr. Gladstone cuando nadie lo esperaba; cuidado con la primer jugada de Beaconsfel.

CUADROS PARLAMENTARIOS

Mr. Disraeli en la Cámara de Lords

Londres, 17 de Julio de 1880.

Roberto Peel fué el hombre mas elegante de Londres en su tiempo y el ministro mas hábil de la Inglaterra; tengo un retrato de él que podria servir de figurin al mas exigente de los artistas de la tijera, y muchas veces, cuando lo he admirado, no he podido comprender como aquel espíritu altivo, enérgico y varonil, rendia un culto tan exacto al arte difícil del bien vestir. Cuando se presentaba en los salones aristocráticos ó en la córte, la envidia rompía sus dientes contra sus trajes, la misma envidia que se habia arrastrado vilmente y dominada por la pasmosa intensidad de sus argumentos en la tribuna y que no sabia como desbaratarlos, encontraba elementos para condenarlo como un espíritu frívolo por razon de la exajerada estrechez de sus pantalones ó la demasiado romántica negligencia de sus cuellos. Quién habia de decirle á aquel altivo y desdeñoso *tory*, que dentro de su misma falange, un jóven habia de salir, que con sus mismos gustos y casi con dotes superiores, iba á disputarle las primicias de la moda y el cetro del gobierno parlamentario que empuñaba á despecho de la mas poderosa coalision de sus enemigos. Benjamin Disraeli hizo sus primeras apariciones en la tertulia literaria de Lady Blessington; tengo tambien su retrato cuando toda-

via no había cumplido los 22 años, en los días en que *Vivian Grey* y *Contarini Fleming* hacían su aparición en las librerías de Londres y la crítica los recibía con toda la saña que provocan las obras de los espíritus fuertes. Era entonces un jóven de rasgos pulidos y delicados; de tez un tanto mate, la cabeza enrulada y artística, la mirada maliciosa, arrojando su rayo penetrante como una tanjente sobre la parte superior de una nariz que podría llamarse grande sino fuera de una corrección perfecta de líneas; la boca gruesa, pesada en sus labios inferiores, recojida y fina en su labio superior indicando así la aguda malicia de un observador temible; de estatura regular y con un conjunto lleno de distinción, ese era Benjamin Disraeli cuando apesar de su nombre, de su apellido y de su origen judío, puso el hombro sobre el grupo intransigente de la nobleza inglesa y se abrió la senda que debía llevarlo un día á ocupar un sitio al lado de los ilustres descendientes de la aristocracia británica que llevan todavía los nombres históricos de Argyll, Russel, York, Derby etc. Hace pocos días que lo he visto, despues de 45 años de escrito *Vivian Grey*; y he tratado de imaginarme el pasado de aquel afortunado hijo de nuestro medio siglo; Mr. Disraeli, no es ya el hermoso jóven de 1828; aquel rulo indolente que cubría su sien, ha caído con las verdes hojas de la juventud, dejando de su pasada belleza unas cuantas hebras que no bastan para disimular las arrugas de aquella frente; pero en cambio el *leon* rival de Peel, mimado de las *ladys* del pasado tiempo y envidiado por todos los elegantes de la época, es el mismo, exactamente el mismo. Mr. Disraeli se para sobre un pié judío, alto de empeine, angosto y puntiagudo como una daga, se cruza la levita con toda la graciosa facilidad de un *gentleman*, y el lazo negligente de su corbata atada con un desden aparente, pareciera deber su nudo á la mano presumida de Lord Byron ó de Goethe.

No he tenido la fortuna de alcanzarlo en la brecha conduciendo á la Inglaterra con la política fuerte y patriótica de Guillermo Pitt; le he visto en sus posiciones de retirada, vencido por el partido *del tanto por ciento* que encabeza Mr. Gladstone y que para vencerlo ha tenido que derramar en las urnas electorales y segun sus propias cuentas publicadas, un término medio de ocho mil libras esterlinas por cada diputado liberal; le he visto sentado en su puesto de par de Inglaterra, mimado por toda la fiera y soberbia nobleza inglesa que quema incienso en su torno desde el Principe de Gales hasta los venerables obispos de York, de Winchester y Canterbury; sentado democráticamente en su butaca, pero con la cabeza descubierta y haciendo un contraste marcado con aquella banca de irlandeses agitadores que gritan y blasfeman en la Cámara de Comunes.

Mr. Disraeli, no podrá encontrar sus blasones históricos, ni la estatua de sus antepasados entre los nichos góticos que rodean los muros de las casas de los Lores; la vieja heráldica normanda no fundió su corona de conde, ni guarda su escudo de armas en aquellas molduras, pero su genio y su carácter han hecho práctica en el parlamento la divisa con que comenzó su carrera, *forti nihil difficile*, y hoy Lord Beaconsfield, vale tanto mas ante la historia de su país, que sus colegas los descendientes de la nobleza que brilló en los tiempos de Guillermo el conquistador.

Benjamin Disraeli es el primer hombre de la Inglaterra en nuestros dias; lo digo sin embozo y confesando la profunda simpatia que me despiertan su nombre, su vida, sus obras, sus talentos literarios, sus gustos artisticos, su fuerza parlamentaria. Desde jóven se ha formado en la lucha, y la historia de su ambicion es la verdadera epopeya de su génio. El supo que era un espiritu superior desde el dia que trazó sus primeras frases literarias en el *Star Chamber*, desde aquel dia, como todos los espíritus privilegia-

dos, buscó en las letras el medio de trepar á la cima y se acordó siempre que habia sido bautizado en los brazos del poeta Rogers y de la aguda Misses Ellis, el espíritu crítico mas fino de su tiempo. Con una naturaleza lejitimamente poética, libre de la jerga universitaria de Oxford y de Cambridge, y aún de la rutina anglicana de los grandes colegios de la nobleza, Benjamin Disraeli fué un verdadero campeador literario en sus ruidosos estrenos y se educó por si mismo, sin tener maestros académicos ni someterse á textos oficiales. Por eso es que un dia, hombre ya, cuando notó que la maledicencia pública no se satisfacía bastante en sus ataques sañudos contra Lord Byron, sino que pretendía negar la profunda revolucion literaria que el autor de Child-Harold habia consumado en Inglaterra y en Europa mismo, él, Benjamin Disraeli escribió el mejor sin duda de sus romances literarios, *Venetia*, y defendió en él, con el nombre de Lord Cadurcis y contra la implacable chismografía de la Corte, al mas brillante y disipadó hijo de este siglo, ante cuya historia romanesca y deslumbrante, es un simple idilio la vida de Musset, y una fiesta inofensiva la tertulia alemana en que Goethe y su pléyade vaciaban las bodegas de Rudeshem.

No ha habido un acontecimiento ruidoso en la historia europea desde 1830 hasta 1880, que no haya recibido una impulsión de esa frente espaciosa. Los últimos cuarenta años de la Europa han pasado y se han sucedido unos á los otros, señalando el nombre de Disraeli en cada uno de los sucesos notables que han tenido lugar. Ningun hombre ha despertado mas emulaciones que él, desde que era niño y digo niño, porque solo á Disraeli en la literatura, le ha sido dado hacer á los 22 años lo que hizo Pitt en el parlamento. El prototipo de la independéncia personal, es talvez el primer hombre de genio en la política inglesa, que jamas haya dejado de pertenecer á su partido; enemigo del sistema de las exhibiciones populares, de que tanto abuso

ha hecho y sigue haciendo su rival, Disraeli, en su legítimo orgullo, ha tenido como nadie el privilegio de considerar con el desden mas alto á las mediocridades, les ha marcado sus defectos con su sarcasmo candente, y enemigo capital de los elementos teatrales con que se fabrican reputaciones en todas partes, nunca ha hecho una cortesía al diarista ó al revistero pronto á tributar un elogio ó á lanzar un dardo envenenado segun los tiempos, los motivos y las conveniencias.

Asi se esplica que ningun inglés de este siglo y del otro, haya sido mas vilipendiado que Lord Beaconsfield, por la prensa de su pais y es por eso que ninguno ha tenido como él, esas garras de halcon con que levanta á sus adversarios y les hace sufrir en la tribuna ó en el romance, todos los dolores vengadores del ridículo. Es el Voltaire parlamentario, pero dotado de la austera probidad británica y de una consecuencia verdaderamente israelista con sus principios, sus actos y sus amigos. Ambicioso en el campo legitimo de la accion, ha ido siempre generoso y desprendido en la esfera de su propio partido y de sus partidarios; *tory* por inclinacion espontánea, desde que tentó por primera vez los favores de la política, comenzó por seguir las banderas de Peel contra Russell y Palmerston, pero el dia que Sir Robert, falto de escrúpulos políticos, hizo traicion á los principios conservadores y tranzó con sus enemigos, Disraeli fué el primero que le disputó el derecho de dirigir el partido y el que contribuyó mas poderosamente á la caída del mas soberbio de los ministros ingleses. Disraeli es el verdadero reorganizador del partido conservador; comenzó por quitarle el apodo de *tory*, designacion que significaba lo mismo que la que distinguia á los *whigs* sus adversarios; congregó á toda la juventud inglesa que se habia iniciado en el parlamento, en las letras y en la prensa, sosteniendo el mantenimiento de las tradiciones británicas y fué el verdadero fundador de la *Jóven Inglaterra* que lo contó entré sus

representantes con Bentick, Lytton Manners, Wyndham y otros.

Los demócratas ingleses de esta época pretenden hacer de Lord Beaconsfield un verdadero dictador político, un intransigente, un espíritu montado en las ideas aristocráticas mas absolutas, un hombre en fin, que cree haber heredado el derecho de gobernar á la Inglaterra como el rey Juan ó como el peor de los monarcas de la Restauracion Eduarda; se le acusa de haber puesto al país en el camino de la bancarrota; de haber falseado la Constitucion británica; de haber especulado con el patrimonio de sus amigos, de haber perdido y oscurecido un grupo brillante de la juventud inglesa; de haber detenido el movimiento liberal de las ideas políticas, sociales y literarias; de haberse puesto una corona sobre las sienes para dominar con el emblema de la nobleza á la masa independiente y democrática del pueblo inglés.

Todos estos cargos están desmentidos por la vida misma de Mr. Disraeli; dentro del partido conservador, ningun político inglés de nuestros dias, incluso Gladstone, incluso Bright, incluso los mismos agitadores irlandeses, ha proclamado, sin contradecirse una sola vez, principios é ideas mas liberales que Lord Beaconsfield. Su querrela y rompimiento con Sir Robert Peel son la mas elocuente prueba del hecho. En 1843, Peel, acosado por los desórdenes de Irlanda, irritado y enfurecido por la insolencia y los desmanes de las turbas encabezadas por O'Connell, arroja sobre el Parlamento con todo el imperio de su orgullo, un proyecto que importaba la anulacion de los preceptos mas notorios de la Constitucion Británica; por ese proyecto se aumentaban las policias y los elementos de represion y se arrebatava á los irlandeses el derecho de llevar armas. En medio de la sorpresa general y arrostrando las iras implacables del mismo Peel que no se da cuenta en el primer instante de tamaña audacia contra su autoridad, Mr. Disraeli que tenia muy poco mas de 30 años, declara que votaria por el pro-

yecto por no negar al gobierno los medios que solicitaba, pero hace un discurso capital en el cual combate á todo trance la política de rigor que desarrollaba el ministerio, defendiendo muchos de los derechos que invocaba la Irlanda.

Esa misma cuestion, que Mr. Bradlaugh ha provocado dias pasados en la Cámara de Comunes, provocando un escándalo é infiriendo un desman á los preceptos de la Constitucion inglesa, la ha iniciado Mr. Disraeli, antes que ningun liberal, á propósito de la eleccion del baron de Rothschild á quien la ciudad de Lóndres se empeñaba en llevar al Parlamento, apesar de los rechazos continuados que sufría el electo por su condicion de judío. Verdad es que Lord Beaconsfield ha sido considerado siempre con marcadas tendencias al Israelismo, á causa de su origen judío; pero cristiano como es y miembro del partido que conserva mas firmemente la tradicion religiosa, él no tuvo reparo en ser el primero en promover la admision al parlamento de los judios y merced á su palabra se operó la reforma del juramento para el ingreso en la Cámara popular. Su Secretario Lord Rowton nos ha dejado un trozo de aquel admirable discurso que oscureció las peroraciones sobre la igualdad civil y política con que los *whigs*, querian agotar la cuestion: « El judaismo, decia Mr. Disraeli, ha « sido el precursor del cristianismo. Nada existe en los « principios de la fé de los judios que los cristianos no « estemos obligados á creer. La primer enseñanza religiosa « que se dá en nuestros colegios, consiste en enseñar al niño « á admirar las hazañas, las virtudes y los sufrimientos de « los prohombres de Israel. Los cristianos adoramos á Dios « con el mismo lenguaje, con las mismas palabras de los « profetas judios ». Y aquel espíritu acusado de intransigente y de retrógrado, alcanzó con su palabra la reforma liberal del juramento, que muchos de los *lords* y *diputados whigs* estimaron como un baldon contra la bandera de la

religion oficial. Y sin embargo, la fraccion liberal, ha abierto hoy las puertas á un materialista demagogo, demoliendo con el proyecto de entrada franca presentado por Mr. Gladstone, el último baluarte en que se custodiaban los penales religiosos comunes á todos los partidos ingleses, sin distincion de *whigs*, de *torys* y de *home rulers*.

Es un error profundo creer en las acusaciones de la prensa inglesa contra Lord Beaconsfield, su politica y su partido. Para los que nos hemos educado en la escuela republicana, la primera impresion simpática la recibimos al apreciar los partidos ingleses superficialmente y tomando como punto de partida la simple designacion de liberales y conservadores. Nos parece que el partido de Mr. Gladstone, Mr. Gladstone mismo, se acerca mucho mas á nuestro modo de ser y de pensar; nos deslumbra en el primer momento esa caravana de pueblo encabezada antes de las elecciones generales por el actual gefe del gabinete; ese pueblo que sale de los talleres, de las fábricas, de los puertos, de los colegios y universidades; que se congrega en Glasgow, Liverpool, Edimburgo, Carlisle, Birmingham, Manchester y Leicester; que elije y obtiene una victoria numérica de primera importancia y cuya victoria se traduce en condenacion enérgica contra la política *militar* de Lord Beaconsfield. Y bien, conviene estudiar el fenómeno de cerca y ver como el último movimiento electoral de la Inglaterra es para esa nacion y aun para los principios sanos de la política europea, una verdadera calamidad. Mr. Gladstone considerado como liberal, está léjos de ser el tipo del liberal que nos cuadra á nosotros hijos de la América latina; Mr. Gladstone, que no trepida en abrir las puertas de la Cámara á Mr. Bradlaugh, se cortaria la mano derecha antes de permitir que una sola puerta de legítimo comercio se abriera el Domingo en las calles de Lóndres; últimamente ha amenazado con cerrar las tabernas, aun para la venta de simples bebidas refrescantes; Disraeli dentro de su partido,

no adopta una medida, no emprende un debate, no compromete una opinion, sin consultar, y sin contar con el juicio de todo su grupo. Lleva su hidalguía á tal punto que frecuentemente se le ha visto sacrificar la ocasion de hacer un discurso capital, por dar á la juventud que se inicia á su lado el medio de estrenarse y conquistar una victoria parlamentaria. Mr. Gladstone monopoliza el debate y pretende imponer siempre la ley y su voto á lo Robert Peel, con toda la magestad irritante de ese orgullo inglés que tanto nos incomoda á los hijos de aquellos paises cuando lo vemos manifestarse. Llamar liberal, la política internacional de los *whigs* es una irrision; la Rusia detenida y sofrenada por el Ministerio *tory* en los últimos consejos europeos, acaba de recibir de los *liberales*, las promesas lisonjeras que constituyen todos sus deseos; la Alemania ha respirado tranquilamente cuando ha visto caer á Lord Beaconsfield, la mano fuerte de la Gran Bretaña que pesaba sobre el continente precisamente para defender la política liberal, para combatir el militarismo y sofocar los últimos desmanes del despotismo en Europa, se ha abierto hoy fácilmente á impulsos del *liberalismo whig*, que comienza por encontrar muy natural el voráz apetito con que la Rusia acecha á sus vecinos y la actitud amenazante con que la Alemania atenta al equilibrio Europeo. Por eso he llamado al partido *whig* actual, el partido del *tanto por ciento*; el partido que cree que la Inglaterra no es sino una vasta casa de comercio que debe tener paz con todo el mundo sin preocuparse para nada del camino que hacen las ideas políticas en Europa. No son por cierto estos *whigs*, los *whigs* de los tiempos de Fox, ni mucho menos los que aceptaron la guerra de Crimea; el partido *whig* históricamente considerado no existe hoy en Inglaterra, porque los elementos triunfantes en las elecciones de Marzo representan no un partido, sino una coalicion de elementos que se han unido accidentalmente en las ciudades y en las campañas y que se dividen todos los dias en el

Parlamento. La incongruencia de su conjunto es tal, que ayer no mas Mr. Gladstone, en nombre del Ministerio que cuenta tres radicales en su seno, ha defendido á todo trance pero en vano el proyecto que abria las bóvedas sagradas de la Abadia de Westminster á los restos del principe imperial; y Mister Briggs, encabezando un grupo numeroso que representaba en aquel momento la justa indignacion de los ingleses contra la profanacion del Panteon histórico, que guarda las cenizas de Pitt y las de los que contribuyeron á abatir las águilas imperiales, lo ha derrotado con la palabra y con el voto llevando á los bancos de la negativa un número considerable de miembros que figuraban como sus parciales en los últimos escrutinios. Verdad es que se defendia un proyecto impopular, un proyecto que solo un pueblo corrompido podia sancionar, pero ello servirá para demostrar hasta donde llega el liberalismo de Mr Gladstone y hasta que grado cuenta con la adhesion de los elementos de su partido.

Mr. Disraeli no ha hecho nunca la *politica comercial* como se llama en Inglaterra á la nueva doctrina liberal. Las reformas capitales lo han contado siempre entre sus iniciadores y asi se esplica que Lord Beaconsfield, desde su retiro en la Casa de los Lords, despierta el entusiasmo que despierta en las clases populares, apesar de las diatribas con que lo combaten siempre los *bourgeois* de las ciudades de Manchester y Liverpool. El ha sido el campeón de la tolerancia religiosa; él ha sido el primero en corregir pacificamente las cuestiones de Irlanda; el primero en reducir los impuestos y en aliviar las condiciones de los pobres; el protector de las colonias; el autor de todas las leyes sobre propiedad literaria; el difundidor mas infatigable de la educacion popular, el iniciador en fin de todas las instituciones de caridad que se han fundado en Lóndres, en las ciudades y aun en las aldeas del Reino Unido. Y solo cuando ha visto que la Inglaterra necesita-

ba conservar en Europa la posicion que ocupó siempre, es que ha pensado con la tradicion, que su pais era algo mas que un Banco de descuento universal y que el predominio financiero era un predominio vergonzoso bajo la espada ó el poder militar de las otras naciones. Este es todo su delito, por eso lo befan y lo zahieren, por haber puesto á la Inglaterra en condiciones de no sufrir nunca las vergüenzas de Metz y Sedan. He aquí al orgulloso *tory*, el espiritu intransigente, el aristócrata incurable cuyo retrato embadurnan por allá algunas hojas que se llaman británicas y que se alimentan de las preocupaciones liberales de las ciudades manufactureras de Inglaterra.

No me ha cabido el placer de oírle hacer un discurso como á Mr. Gladstone, pero le hé oido fundar su voto en un proyecto introducido por los príncipes de la familia real, tendente á abolir la ley que prohíbe el matrimonio de los hermanos politicos. La prohibicion nos parece insólita á los hijos de otros paises; y en efecto, la opinion reinante en Inglaterra, repite anualmente el proyecto en la Cámara Alta, aumentando en cada año los votos por la abolicion de la ley. Sin embargo este año como el pasado, el proyecto fué rechazado, y Lord Beaconsfield fiel y consecuente con sus votos anteriores habló y votó por su rechazo pero sin pasion y sin dar á la cuestion la importancia capital que le atribuia el Obispo de York y sus cólegas. Es menester tener presente que el vínculo matrimonial liga de tal manera en Inglaterra á los miembros de la familia, que la tradicion y los hábitos repugnan una nueva union entre cuñados. Es algo que se considera tan monstruoso como el incesto y la ley reformada no derogaria la costumbre tradicional contra la cual se trata de reaccionar. El Obispo de York no tuvo embozo en afirmar que tal proyecto *era contrario á la ley de Dios*; la razon de este *axioma* no fué dada, por que los obispos de todos los cultos no reconocen la necesidad de las demostraciones;

pero Mr. Disraeli mas elástico que el Omnipotente prelado de la iglesia anglicana, supo hacer, con aquella voz simpática y sonora con que habla, una pintura tan bella, tan exacta y tan profunda del hogar inglés y de la pureza que lo distingue desde siglos, que sus pocas palabras me bastaron sino para admitir sus doctrinas, para justificar por lo menos una preocupacion social y religiosa que entre los católicos se desvanece con las sumas mas ó menos fuertes de las dispensas.

Mr. Disraeli asiste poco á la Cámara de Lords pero vive en frecuente y diario trato con las eminencias del partido conservador. Viudo y sin hijos, busca entre los amigos literarios y políticos el consuelo que no le puede ofrecer el hogar. Artista en sus gustos, es segun la voz pública un verdadero ateniense en su casa, que recuerda todavia las épocas galantes en que el conde de Orsay imponia la ley en los salones de Lóndres. Tranquilo en los tiempos de adversidad política, ha sufrido su última derrota lleno de pasmosa frialdad, y al dia siguiente de la victoria liberal, se ha puesto en pié de guerra para recuperar el campo. Desde luego, lord Beaconsfield, cuenta en las filas liberales con un aliado poderoso y ese aliado es la profunda anarquía que reina en ellas y el orgullo de Mr. Gladstone que pretende en vano disciplinar ese ejército de buenos y malos liberales, en el cual figuran hasta representantes del socialismo rojo.

En la segunda edad de los hombres de Estado, las ideas democráticas se modifican ventajosamente. En Francia, por ejemplo, Gambetta ha comprendido con habilidad y con seso, que la república tiene algo mas que hacer que llevar la cucarda y cantar la Marsellesa. En Inglaterra, donde reina la mas absoluta igualdad política, la opinion pública y los espíritus sérios saben perfectamente que Mr. Gladstone, para triunfar, ha tenido que sufrir una recrudescencia de las pasiones liberales de la primera edad,

mientras que lord Beaconsfield para desalojarlo de sus posiciones, no tendrá sino que aprovechar las discordias que ya han comenzado á estallar entre sus adversarios. Mr. Gladstone para vencer, ha tenido que exajerar su liberalismo y hacerse radical; Mr. Disraeli para combatirlo no necesita sino seguir siendo *conservador* que en su genuino significado inglés, significa defender al país de las exageraciones revolucionarias de la escuela moderna.

No hay partido en la Europa mas *liberal* que el partido conservador inglés y lo que parece una paradoja por la comparacion de dos palabras de opuesto significado, es una verdad cuando se estudia el cuadro actual de la política europea, y se observa de que lado se inclina la política whig.



EL CENACULO DE LA RUE BONAPARTE

Paris, Julio 30 de 1880.

El Sena es el Rubicon para los parisienses de la orilla izquierda : es el limite natural de Paris para la *Gomme* del Avenue de l'Opera, del Boulevard de los Italianos y de los Capuchinos. Las únicas que salvan estas barreras son las golondrinas de Luxemburgo; pero nunca, antes de haber cursado un par de años en las recomendables escuelas de *Bullier* ó del *Chalet*. Ni el *lion* del Bois ni el del café Anglais se presentan en la otra orilla; el alegre bohemio del Boulevard St. Michel, no asoma las narices del otro lado de los puentes que conducen al Louvre ó á las Tullerías. Se asegura por muchos vecinos de la Sorbona y de la Rue des Écoles, que los habitantes de la márgen derecha hablan un idioma distinto y que pertenecen á una raza desconocida todavia. En tiempo de invierno, cuando el nido del estudiante queda vacío de amor y de muebles, cuando aquel se vuela por el balcon abierto, y estos se consumen en la chimenea, una carta que viene de países remotos hace saber al pobre abandonado, que *Mimi* lo pasa bien, en un

primer piso del Boulevard Hausman, delante de un fuego cariñoso, abrigada por pieles de Rusia y protegida por un Lord inglés, que aprovecha la erudicion que la heroína ha adquirido en el verano á la sombra de los árboles que rodean la bulliciosa *Fuente de Médices*. Vuelve el verano ; el lord regresa á Lóndres á gozar de la *season*, y *Mimi* vuela al otro lado del Sena y entra en la bohardilla abandonada, vestida rigurosamente á la inglesa y cantando con alegría la cancion escocesa : « *Within a mile of Edinburgh town* ; » — Una rechifla saluda á aquella *miss* aprócrifa ; *Mimi* se desconcierta, conviene en que le falta pié y estatura para adoptar la noble nacionalidad de su espléndido *snob*, tira sus trajes de seda, arroja sus crepés rubios, se pone su vestido de percal y sale cantando al Boulevard :

« *Non, ma jeunesse n'est pas morte,
Il n'est pas mort ton souvenir* »

Al dia siguiente todo el barrio, desde la fuente St. Michel hasta Saint Sulpice, sabe que *Mimi* ha regresado á la patria ; y el cenáculo de la Rue Bonaparte le dá la bienvenida con una comida espléndida y succulenta compuesta de un *menú* de verano riguroso : — pepinos á la *vinaigrette*, *escarola frisée*, dos porciones de *Sole frit* repartidas fastuosamente en las seis parejas del cenáculo, y un *Macon* que solo tiene de antiguo la partida bautismal. Cuánta alegría reina en aquella fiesta en que *Mimi* canta con vocecita débil, pero juguetona, la siempre nueva cancion del viejo tiempo ; entonces el coro de sus compañeras la incita á seguir con la segunda estrofa y á no descansar hasta haber tarareado la última en medio de los aplausos y de las libaciones.

Es cierto ; — el barrio latino está transformado, está suprimido. Una que otra callejuela sirve de muestra para decirnos lo que era. Napoleon III abrió en él los *boulevards* que segregan aquella gran familia estudiantil que antes vivia amontonada entre libros y papeles de música, entre yesos y lienzos, calaveras y cajas de compases : — la gran familia de

donde salió el inolvidable Murger, de donde han salido en la nueva época Daudet, Gambetta y Theuriet; y en donde todavía están alojados, porque no tienen edad para vivir por su propia cuenta, Maupassant y otros, que acaban de romper la cáscara, y que pretenden pisar en la calle Richelieu apesar de las corridas que les dan los libreros del Palais Royal. Pero si es cierto que la calle está transformada, si es cierto que el sol abrasa en el *Boulevard* durante el verano, y el frío hiela en el invierno, los nidos del tercer piso se tejen por la misma clase de pájaros, las canciones son las mismas, los mozos de las *Brasseries* y de los *Bouillon* son tan canallas como sus abuelos, los árboles del jardín del Luxemburgo no se han secado, y en las vetustas paredes del Cluny y de Thermes no se ha estampado ninguna necedad moderna que profane su noble ancianidad. Y despues, la vida no ha cambiado:—á bailar el Juéves y el Domingo á la sala de *Bullier*, la antigua *Closerie des Lilas* en que toda la bohemia, desde Musset hasta los alegres y espirituales muchachos del día, ha bailado y sigue bailando los walzs alemanes exhalados por unos violines, que segun, la espresion de un poeta de la Bohemia «lloran notas de cristal bajo sus arcos. Y en fin, para que la Bohemia sea completa, tiene tambien su teatro clásico—el *Odeon*: cuyos autores y actores suelen tener orgullo en no llamarse Got, ni Delaunay, ni Coquelin, ni Augier, ni Sandeau, ni Sardou. El *Odeon* tiene sus sacerdotes; y en cuanto á devotos, todo el barrio latino lo adora, cuando no le falta con que pagar un asiento.

El cenáculo de la Rue Bonaparte núm. 24 es un cuarto del tercer piso con una lujosa ventana á la calle. Esta suntuosa habitacion, ocupada por dos hermanos artistas hasta hace pocos dias, tiene tres varas de largo por dos de ancho; y, admírense los que creen que nuestras habitaciones de Buenos Aires carecen de buen acomodo, los dos hermanos han tenido amueblado el cenáculo con los siguientes muebles: dos camas y una mesa; una biblioteca suspendida en la

pared con dos enormes clavos, un caballete y un taburete ; telas en abundancia, en blanco unas, comenzadas y terminadas otras, y algunos bustos de yeso, manos, piés y fragmentos de estátuas colgados tambien de las paredes. Los dueños de esta mansion, en que ha estado instalado el cenáculo hasta hace poco, se llamaban Maurice y Sulpice K. . . Maurice ha pintado mas de una vez, el retrato de *Mimi*, y Sulpice ha modelado su busto. Allí la he conocido yo : en tela y en yeso ; es una muchacha peligrosa, aun al óleo y modelada ; y al verla, me he puesto á pensar grave mente en lo caro que les cuesta aprender el francés á los ingleses del Boulevard Hausman.

Ah ! desgraciadamente no voy á contar las alegrías del Cenáculo : he venido tarde. Si hubiera llegado á Paris en los primeros días de la primavera, habria alcanzado todavia las festivas sesiones de esta mansion, triste y enlutada hoy por la muerte de uno de los hermanos. Hace un mes que ella rebosaba de júbilo ; todo el barrio cantaba en aquella jaula ; el taburete era ocupado por el presidente y las dos camas por los miembros del club ; las señoritas, cuando la tertulia se celebraba con damas, ocupaban el balcon en dos ó tres sillas que prestaba la portera. Los dos hermanos se adoraban entrañablemente, pero eran de génio tan diverso, que en el Cenáculo no se les designaba sino con sus sobrenombres ; á Sulpice, el *anabaptista* : y á Maurice, *Sirop* : aquel era de un carácter fuerte y varonil, éste era, por el contrario, de una dulzura ejemplar. Fué Sulpice quien una vez, con motivo de la primer fuga de Mlle. Mimi, al gran mundo, decia á Maurice con una seriedad inalterable y en medio de las risotadas de los camaradas:—« *Mira Sirop, nunca levantes la mano sobre una mujer. . . sin dejarla caer.* » Y el amante abandonado sonreia ; y perdonaba á la hermosa fugitiva, por el buen gusto que demostraba renunciando á pasar el invierno en la calle Bonaparte número 24.

El arte y la literatura parisienses están muy lejos de ser

el arte y la literatura francesa. Paris tiene su escuela propia, y la Provincia sigue inalterable la rutina trivial de la Academia. Una ocasion, el tío de Maurice y de Sulpice, viejo pintor de la noble villa de Pau, llegó á Paris y se alojó en casa de sus sobrinos. Al día siguiente lo llevaron á ver las telas y las estatuas de los últimos salones. El viejo artista, hijo honesto pero vulgar de los Pirineos, se quedó helado de espanto, como un sacerdote en un *Harem*, delante del cuadro de uno de los muchachos pintores en boga, que representaba á *Rolla*: Rolla abandonando á su querida. La ventana abierta con malicia dejaba ver el amante descolgándose por la baranda sorprendido por el alba. A la verdad, aquel era un cuadro que habria hecho ruborizar á los hijos de Cápua, y cuya estética licenciosa sobrepasa en osadia á las escenas orientales del Palais Royal en el tiempo de la Regencia: digno de figurar en los frescos de sus bóvedas y de estimular el gusto de aquella sociedad mundana en la que el sibaritismo mas refinado alteraba hasta la edad del Amor representándolo adolescente y libertino. El tío de Pau cerró los ojos ante aquella tela á la moda, y su indignacion ha quedado eternamente grabada en un discurso célebre: « Ah juventud! Ah sobrinos míos! exclamó. » En este camino el arte deja de ser sublime para ser in- » fame! Habeis corrompido hasta el idioma francés, el » noble idioma que hablaban los caballeros antiguos que » eran tan honrados que no suprimian una sola sílaba, ni » una sola vocal. Hoy Paris no habla, gesticula y vá en » camino de convertir la lengua en un órgano completa- » mente inútil. Aspirais los vocablos, y los volveis » despues de haberles hecho sufrir una modificacion nasal » que produce sonidos rápidos, breves y *cacareados* á que » llamais idioma francés. ¡Oh profanadores plebeyos de Le » Sage!! . . . Y en el arte? Qué haceis en el arte? Volveis » al estado del Paraiso! Prescindis del pasado, renegais » del Renacimiento: no os bastan las telas que repre-

» sentan los madrigales de los buenos tiempos de los
» Luises, ni los grupos de Girardon, ni las fuentes de
» Versailles : la Madame de Recamier os parece demasiado
» tímida para modelo : y ni Gerard ni David han pintado
» bastante carne *en las Sabinas*, en *Psyche* y en *el Amor* !
» Y para qué hablar de las edificantes *desnudeces* de Ru-
» bens ? Siquiera hubierais imitado esas carnes sanas y
» rosadas ! Sus princesas robustas como las paisanas bel-
» gas, sus espaldas, sus pantorillas, sus contornos, sus. . .
» pero no ! Retratais á la querida de Rolla sirviéndoos de
» la primera *gatita blanca* del Boulevard ! Encaminais al
» arte en la senda de *Namouna* y de *Don Paez* : pintais la
» alcoba, el vestido de percal, los botines de las vidrieras
» del Boulevard des Capucines : el sombrero de aquella
» mala hija del siglo, mas estravagante que el de un mos-
» quetero de Luis XIII, y hasta las ligas rosadas ! ; Ah ! Y
» qué ! ¿ Para qué guardan nuestros museos los pálios ro-
» manos, la púrpura, la sandalia griega, la diadema y el
» coturno ? Desnudad en buena hora, pero con fecha atra-
» sada, desnudad á Fedra ó Cleopatra, á Julia ; desnudad
» aunque sea á toda la familia imperial ; pero á esa *gatita*
» *blanca*, pequeñita, delgada, mal alimentada y visiblemente
» enferma del pecho, que tose al primer golpe de aire, y
» que no puede vivir sino en un invernáculo, como una
» flor del trópico. . . eso sí que no ! Eso es abrir la puerta
» de la alcoba de par en par y exhibirse á los transeuntes ! »

El tio de Pau no dejaba de tener razon en muchas partes de su discurso. Pero lo malo fué, que aunque tan indignado con el cuadro no pudo resistir á las tentaciones de una copia fotográfica ; y sin decir nada á sus sobrinos, por no declinar de su enérgica protesta contra lo que él llamaba crudamente la *Escuela de Sodoma*, compró en la primera tienda una fotografia de la heroina de Musset y la enterró misteriosamente en los bolsillos de su leviton sin decir á nadie una palabra.

Fatalmente aquella tentacion se pagó cara. Al llegar á Pau, el tío se olvidó de su fotografia; y ésta cayó en manos de Madame Bichot su fiel compañera y la tía de los dos artistas de la *Escuela de Sodoma*. Figuraos que el tío de Pau, desde que se habia casado, ganaba su vida retratando al óleo á toda la ciudad y pintando imágenes para vender á los templos y á los fieles. Segun las cuentas de su taller, habia hecho 30 copias de *la Ascencion* de Murillo, que hacian durante el año las delicias de las autoridades de la villa, y que servian, durante las vacaciones, de jarana á Sulpice y á Maurice! Descubierta Mr. Bichot con la fotografia en el bolsillo, aquel hogar conyugal se convirtió en un campo de Agramante; y las hostilidades no cesaron sinó por un solemne tratado de paz que se celebró y cuya condicion principal era « *absoluta prohibicion de volver á Paris á recibir impresiones artisticas.* »

La noticia de la escena matrimonial de los tios de Pau llegó al conocimiento del cenáculo de la calle Bonaparte núm. 24, y fué celebrada alegremente en una sesion interesantisima. Mimi brindó por la eterna felicidad de los cónyuges, y porque la fotografia del cuadro maldito jamás renaciera de sus cenizas como el Fénix. Los compañeros poetas escribieron odas y baladas á la reconciliacion del ochenta veces reproductor del mas casto de los cuadros, del mas puro de los pintores: á las distracciones de aquel Juvenal airado que despues de blasfemar contra las *gatitas blancas*, se habia llevado la muestra á Pau. Maurice sonreia mientras que los demas proponian medios mas ó menos divertidos de contestar el discurso del tío de Pau; y por último, Maurice concibió y propuso una idea verdaderamente cruel que fué festejada con un aplauso: — modelar en yeso al digno M. Bichot y representarlo como un Centauro arrebatando una ninfa. La obra se hizo, y el pobre tío de Pau recibió aquel amargo recuerdo de su

flaqueza. Madame Bichot quedó plenamente convencida de que la *Escuela de Sodoma* solo habia querido aludir, en aquella escultura, á la falta de inspiracion artistica de su marido; y cuando éste insistia, aun á riesgo de comprometer su fidelidad conyugal, esplicando la alusion, con tal de salvar ileso su talento nunca desconocido ni en Paris ni en Provincia, la incrédula Madame Bichot le decia: *No, Jacques, si te han puesto patas de buey!*

La última vez que vi á los hermanos de la calle Bonaparte fué en un Bouillon del barrio latino. Se comia allí alegremente y pasaban de veinte las personas que rodeábamos la blanca mesa de mármol. La comida era frugal pero excelente, y no habia peligro ninguno de que el vino blanco que se bebia condujera á extremos lamentables. No se prevengan los lectores; ya veo mas de uno que se detiene en este renglon y que pregunta ¿Y Mimi?.....Estaba Mimi entre los veinte? Declaro netamente, que si *Mimi* hubiera estado, no lo diria; y que si no hubiese estado no me empeñaria en jurarlo para que algunos lo creyesen. El hecho es, que, estuviese ó no estuviese *Mimi*, no faltaron ni brindis, ni canciones, ni bromas, ni conversaciones serias y provechosas. No se crea que faltaba gente de respeto y de canas en aquella mansion admirable del buen humor. De entrada, un miembro del cenáculo de la Rue Bonaparte me presentó á un oficial noruego, anciano yá, que habia alcanzado el *non plus ultra* de lo raro en clase de accidentes de guerra: nada menos que el que le matasen el caballo en un combate naval; y á un lado de este centauro naval, se sentaba un jóven pintor que acababa de presentar al último salon un cuadro lleno de sentimiento, y que sin embargo habia sido rechazado por infames rivalidades. La tela representaba una cebolla sobre una mesa, cortada por la mitad, y al lado el cuchillo homicida. Los imparciales habian derramado lágrimas ante aquella tela tocante; pero los jurados, siempre injustos, ni siquiera

se habian conmovido. Enfrente de mí saludé á un profesor de música que habia arreglado para piano la mayor parte de los cuadros de Gustavo Doré; y en el otro extremo de la mesa, dos geógrafos discutian sobre la forma de la tierra, estando de acuerdo ambos y de antemano en que su pretendida redondez no pasaba de ser un idilio. Con semejantes bases para el arte y para las ciencias, hubiéramos tenido mucho en que bordar, si la poesía moderna no hubiera estado tambien representada por un poeta distinguido, que habia conseguido inventar un nuevo metro, llamado á ser universal, pues que todos los usados eran la causa de que la poesia moderna careciera de melodia y de medida. El sistema consistia en una aplicacion de la aritmética á la métrica; y el primer ensayo debia aparecer en breve bajo el título de *Guarismos Liricos*.

De sobre mesa se cantó á Béranger y á Dupont en obsequio á los extranjeros: de Dupont, *Les Bœufs* con un colorido breton exquisito; y de Béranger..... una de las canciones mas aderezadas del viejo popular. El autor de los *Guarismos liricos* sostenia que ambas pertenecian al pasado, en que las *Ciencias Exactas* y la poesía eran adversarias por el atraso de los hombres! Se habló de la *comedia francesa*, de la ópera, del baile. Acaba de estrenarse en la calle de Richelieu una pieza nueva de Mr. Dlair autor nuevo tambien; *Garin*: la escena pasa en el siglo XIII y la escuela es indeterminable, porque huyendo de las imitaciones, el autor ha caido en la mediocridad; ha alcanzado diez representaciones, y como un nadador que se fatiga en medio del rio, y que no puede llegar á la orilla, ha sido retirada poco á poco de la escena, para evitar el naufragio del autor ya que no ha sido posible evitar el de la pieza. *Garin* quedó acribillado sobre la mesa del banquete; la historia lo condenó como un bastardo en los anales franceses; y la poesía *moderna* lo repudió por su falta de bagaje aritmético: « Es el último combate

entre los poetas y los números! » exclamó el fundador de la poesía moderna. Se habló de política: indudablemente no son partidarios los que le faltan á la Francia republicana. Si hubiera menos inventores de doctrinas políticas, si las viejas y complicadas cuestiones sociales del tiempo de la monarquía y del imperio, no se hubieran empedernido pasando al tiempo de la República, tal vez el cenáculo podría entenderse mejor. Pero ay de mí! y siento decirlo por esta juventud iluminada por el arte, por las ciencias y por las letras: lo siento por estos hijos incomparables de la gracia, el cenáculo, apesar de su adhesión á Grevy, apesar de su justo entusiasmo por Gambetta, y apesar de su fé republicana, gusta de inventar en política, como en poesía, nuevos métodos y sistemas orijinales, que, aplicados á la dulce ninfa del ritmo, no ofrecen peligros irremediables, pero que adoptados por la República comprometen su suerte seriamente.

El 14 de Julio, con motivo de la fiesta de las banderas, todo el cenáculo de la Rue Bonaparte estaba en las calles de Paris. Sulpicé el escultor se habia colocado en el ojal de la levita una desbordante cucarda tricolor y una cinta de los mismos colores en el sombrero. Su hermano, menos audaz y mas tímido, se habia limitado á colocarse una pequeña cintita tricolor: el poeta llevaba un sombrero azul, blanco y celeste, y en el brazo, sostenido por otra cinta nacional; un gran escudo representando una lira enlazada con un compás y una escuadra—signos de la nueva alianza. El Coronel noruego tambien se habia asociado á la fiesta, y los geógrafos llevaban hasta rulos tricolores como en los buenos tiempos del 89. La Bohemia estaba de gala ese dia: comió delante del bullicioso Boulevard Saint Michel, presida por *Mimi*, que parada en una silla cantó diez veces la *Marsellesa* en medio de un público delirante; y como vivandera de aquella alegre comitiva inició la marcha, atravesó el *Puente Nuevo*, que estaba acostumbrada á

cruzar en invierno con su *Lord*, seguida ahora de sus amigos y llegaron todos á los campos Eliseos que en ese instante desbordaban de pueblo y de entusiasmo. Los primeros gritos de *Viva la República, viva Grey, viva Gambetta*, los iniciaba Sulpice con su voz de titan; y entre los clamores de la multitud la vocecita rota y penetrante de *Mimi* también gritaba « *Vive la République!* » El *cénaculo* de la Rue Bonaparte estaba sentado en las gradas que se habían improvisado con tablas para que el público pudiera presenciar la entrega de las banderas á los cuerpos; y la multitud de las primeras gradas, ávida por ver la ceremonia, se ponía de pié, impidiéndoles ver á los que estaban mas atrás. Aquí era troya: — el *cénaculo* daba el primer grito de protesta; y las sátiras y las pullas, semejantes á un fuego graneado, obligaban á hombres y mujeres de las filas delanteras á sentarse.

Sin embargo había entre estos últimos un caballero á quien el *cénaculo* no había podido reducir á ocupar su silla. Los gritos de « *abajo el filisteo* » « *abajo el obelisco* » « *abajo la grulla* », no daban resultado. El filisteo, el obelisco y la *Grulla*, continuaba de pié sin cuidarse de la gritería. Este, obstinado era un gascon de mala entraña; daba vuelta de pronto para ver á sus agresores y se encontraba con las miradas burlonas del grupo que seguía inclemente en su tarea de hacerlo sentar. Nuestro porfiado tenía grandes pretensiones á la elegancia, pero los recursos, mas que la falta de gusto, no habían podido conseguir un éxito completo. Vestía este caballero de *mahon* rigurosamente (el calor era insoportable) zapatos blancos con puntas negras de charol; y sobre la cabeza un sombrero de paja de un franco, de esos que lo irritan á uno por su abundancia: un desgraciado sombrero de cuya belleza y elegancia no estaba muy persuadido su dueño, apesar de la cantidad en que la misma mercadería estaba repartida en las cabezas de los concurrentes de aquella fiesta popular. De repente y con

toda la gracia de una inspiracion del momento, Mimi parándose á su turno, y apoyándose sobre los hombros, gritó en medio del grupo : « *A bas le Panamá d'un franc cinquante !* »

El *gascon* cayó fulminado sobre su silla ; y sobre todos los Panamá de un franco cincuenta cayó aquel cruel epigrama femenino.

Nunca ha sido mas feliz la Bohemia del *Barrio Latino* que en la noche del 14 de Julio. Los bailes duraron hasta muy tarde, y las alegres cenas del *quartier* se prolongaron hasta la madrugada. Ese dia las libaciones no tuvieron el límite ordinario ; las canciones no cesaron en toda la noche ; Mimi y sus compañeras, del brazo de sus compañeros, cantaron como el *Coq Gaulois* hasta que la Aurora comenzó á alumbrar el domo dorado de Los Inválidos y la flecha de Notre-Dame. Sulpice cantó, á pedido de todos, el *Chant du Depart* ; el coro, la *Marsellesa*, diez, veinte, cincuenta veces. El poeta recitó su primer canto de los *Guarismos líricos* ; pero fué objeto de una rechiffa colosal, mereciendo una ovacion igual el transportador musical de los cuadros de Gustave Doré.

En medio de la alegre mesa de los estudiantes, se apareció, apesar de su pacto de no volver á Paris, el tío de Pau, Mr. Bichot, y apenas los hubo saludado, cuando el hércules Sulpice lo levantó en alto y lo presentó á sus alegres camaradas como el último fauno que la mitología conservaba sobre la tierra. Mr. Bichot reía con un aparente buen humor de las gracias de su sobrino. Cuando el buen tío se quedó dormido en la dulce almohada que un cariñoso Pomard le habia colocado en los sesos, se tanteaba las piernas para evitar que se le convirtiesen en patas de centauro. La Bohemia se recojó á las 8 de la mañana del dia siguiente ; y Mr. Bichot tomaba á esas horas el tren que lo debia llevar á Pau y se despedía de sus queridos y bondadosos sobrinos completamente restablecido de sus excesos.

Dá pena contar que despues de tanta alegría, uno de estos muchachos, el mas dulce, el mas juicioso, el de mas talento y porvenir, debia desaparecer cuando todo le sonreia en torno suyo. A las seis de la tarde del dia siguiente Sulpice, que se acababa de despertar, vió caido en el suelo á Maurice pálido y con el rostro inmóvil: se arrojó sobre él sobresaltado: su hermano no respiraba, estaba muerto. Todos los compañeros se reunieron en el cuarto de los dos artistas al poco rato, y aquellos corazones que habian estallado de júbilo el dia antes quedaron agoviados por el dolor ante el compañero muerto: los ojos de todos se inundaron de lágrimas. Haciéndose paso por entre ellos, entró *Mimi* preguntando á todos con esa interrogancia muda pero elocuente de una fisonomia alarmada por las grandes desgracias, qué era lo que habia sucedido; y cuando vió en tierra y exánime á Maurice, cayó en brazos de sus amigos locamente desesperada y exclamó :

¡ Ah *Sitop* eras el que yo mas amaba de tus amigos !

.....
» MUERTE PREMATURA:—El jóven pintor Maurice K... autor de uno de los últimos cuadros que mas han llamado la atencion en la exhibicion de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, ha fallecido ayer de un ataque repentino cuyas causas no se conocen todavia.»

Al leer esta noticia M. Bichot, que acababa de llegar á Pau dejando sano y bueno á su sobrino se quedó abismado y prorumpió en sollozos que atrajeron inmediatamente á Mad. Bichot.

—Ay hija mia, esa escuela maldita de los Musset es la que tiene la culpa de la muerte de este muchacho, la *Escuela de Sodoma* que pinta á Rolla. . . .

—Cállate Jacques y acuérdate que tu gastaste tres francos en la fotografia de ese cuadro !

LOS PAJAROS DEL DOCTOR BIBOITON

Paris, 5 de Agosto de 1880.

La ribera izquierda del Sena me atrae con encantos irresistibles. Hay tal vez mas luz, mas aire, mas lujo y mas espacio en la Avenida de la Opera, en la Magdalena, en la plaza de la Concordia y en los campos Eliseos; pero mis viejos conocidos, los amigos de mis primeros años, están allí, allí donde se alza el Domo magestuoso del Pantcon: donde se abren las verjas del Luxemburgo, donde los muros vetustos de Cluny se ocultan del sol y del aire de los *boulevards*. Sobretudo, en la madrugada cuando la orilla derecha duerme y los grandes cafés del Boulevard des Italiens cierran sus puertas detras del último calavera, es tan hermoso mirar el despertar de los barrios del viejo Paris! las grisetas que bajan por la calle Soufflot: las puertas de la Escuela de Derecho, de Louis le Grand, de la Sorbonne, del Colejio de Francia, ocupadas por el grupo alegre y bullicioso de los estudiantes: los naranjos del Luxemburgo, inundados por el sol de verano y sahumando con el aroma voluptuoso y fresco de sus azahares aquellas sombrías alamedas de plátanos y de encinas: los cuadros de flores primaverales bordando la tierra, animado todo por el concierto de los gorriones, que cuenta con muchos músicos aunque la pieza no cante sino con una sola nota el refran tierno grave de sus trinos que siempre comienza sin terminar jamás! Aquí vive todo el Paris digno de ser amado; el

Paris del viejo Nisard que le ha oído repetir muchas veces, bajo las sombras de sus árboles añosos, las Egiogas y las Bucólicas del poeta, aquellos eternos alientos de la campaña, del arroyo, del bosque y de los valles! El Paris del alegre y epicúreo Gauthier *que fué canto, color y luz* según la hermosa estrofa de Theuriet; el Paris movable y típico de Nestor Roqueplan y de aquel amado Leon Gozlan, nunca bastantemente llorado por sus compañeros y por sus lectores cotidianos; no ese Paris que es ruso, inglés, español, y hasta alemán, en el Bosque y en la Opera; no ese Paris estúpido que brinca grotescamente en Mabilie, ó que se extasia ante el nécio desborde del vicio en la escena de « Folies Bergers ».

Por aquellos rincones amados me paseaba ayer, deteniéndome delante de los mármoles que adornan el jardín favorito de los poetas parisienses: admirando los *Mendigos Napolitanos* de Petitot, el rostro profético de la *Velleda* de Maindron; y lo que es mas todavía, llena la mente del recuerdo que me ha dejado una escultura nueva—*La Mañana*, que ayer no era sino un terron de mármol de una blancura inmaculada, y que hoy, puesta en el camino del que penetra al Museo del Luxemburgo, le arranca un ¡oh! de admiración idólatra por el génio del arte moderno; una virgen animada por el cincel en aquella masa de azúcar, lava un día remoto en las entrañas de la tierra, condensada y solidificada despues, en sus senos incandescentes, cuando las corrientes atmosféricas enfriaron las fraguas del planeta, para dar á los hombres la masa de que están hechos sus dioses y sus reyes. Aquella virgen indolente, sentada sobre una plancha marmórea, soñolenta todavía, con la mirada impregnada de esa mística vaguedad de las estátuas, denuncia en su rostro aquella edad intermedia en qué la niña no es mujer y la mujer ya no es niña, adivinada por el artista en su período de transición, y descubierta por su cincel entre las venas aporcelanadas de una piedra que comenzó por resistirle brotando chispas, y

que acabó por transformarse, como si fuera pasta dúctil y simpática á las caricias de la forma y del contorno. El arte, hermano de la naturaleza brilla en estas umbrías arboledas, y se asoma entre sus calles, animando ninfas, náyades ó guerreros. Labra la roca en que brota el agua murmurante de la fuente de Medicis y la decora con las divinidades fluviales de la fábula. Sobre su reja he venido á contemplar este lugar donde se dán cita las alegres parejas del barrio: donde vienen á encontrar un aire nuevo los músicos del *quartier*, y el tema de un artículo original los folletinistas agotados por la contribucion diaria de la prensa. Todo se obtiene con la contemplacion de este Eden de Paris, eden que no es ni aristocrático ni bourgeois, que desairan los príncipes de los grandes barrios porque no lo conocen, y del cual se alejan los *bourgeois* porque lo temen.

Un viejo amigo francés con quien nos acercábamos á la fuente escondida entre los plátanos, me señalaba en los bancos que bordan el cristalino y murmurante estanque, á los estudiantes y profesores, médicos, pintores, músicos y poetas; y entre los árboles, menos sorprendidas que Galatea (la heroina de la fuente) las sombras fugitivas de las cantineras universitarias, vestidas con las telas alegres y baratas del verano, y cubiertas por sombreros en cuyas alas caprichosas, todas las flores de la primavera y todos los pájaros del Senegal, habian hecho su pequeño jardin para adornar aquellas cabecitas un poco bohemias y vacias, que viven de sol y de amor.

Entre los árboles el concierto de los gorriones se unia al concierto de las festivas parroquianas del jardin. El *moineau* es el habitante mas parisiense de Paris; es vecino de todos los barrios, hace la ronda de las mesas de los cafés en los boulevards, no se asusta ni de los *fiacres* ni de los ómnibus, hace ladrar á los perritos liliputienses y antipáticos de las grandes señoras: sigue á los niños que comen un biscocho en los parques ó en las calles, y toma una participacion

activa en todo el movimiento de la gran ciudad. Para ellos no hay glorias ni grandezas históricas mas ó menos dignas que otras: anidan bajo el soberbio grupo ecuestre del Carrousel, ó entre los pabellones del Louvre, con la misma comodidad y confianza que bajo el techo antiguo de la fonda del *Caballo Blanco* de la Plaza de la Bastilla, donde, segun Dumas, cenó Coconnas la noche de la Saint Barthélemy.— La Comuna no le quema sus palacios; y el Estado no le quita sus bienes; el *moineau* es rey eterno en Paris, con Luis Felipe, con Napoleon III ó con Gambetta.

Al rededor de la fuente de Médicis, habia el otro dia cincuenta á los menos de estos entrometidos, bañándose de la manera mas descarada delante de un grupo numeroso de espectadores. Siempre me han hecho broma mis amigos por una aficion ingénuá é infantil que tengo á los pájaros; y recuerdo que en una ocasion, un estudio *profundo* de sus hábitos, de sus costumbres y aun de las debilidades mas interesantes que ellos tienen, como los hombres, me valió muchos dias de jarana. Hoy estoy justificado plenamente; cuatro cuartas partes de la poblacion de Paris y una cuarta parte de los estrangeros que lo visitan, no se ocupan ni de teatros, ni de bailes, ni de fruslerias de esta clase, sino de contemplar á los *moineau*. Ya veo la cara de un *touriste bourgeois*, que ha regresado á Buenos Aires contando la hazaña de haber trepado hasta el último escalon del Domo del Panteon, y ávido por una descripcion catalogada é inventariada, contrariarse con una página cuyos actores principales son los pájaros, y meditar en la diferencia que existe en ver estos personajes humildes y la muy erudita de contar los piés de altura de la Columna Vendôme. Por ahí no mas, queriéndose salir de los puntos de la pluma, anda alguno de estos seres seráficos, que espulgan á Bœdeker como si bebieran la crónica de lo desconocido en un papyrus egipcio; echómosle á un lado para que la malicia no lo descubra, y volvamos á nuestros pájaros.

Los *moineau* viven, comen y beben en la calle. Pero los que habitan los contornos de la fuente de Médicis, habitan bajo el enorme gigante Polifemo, cantan desvergonzadamente en su boca, en su nariz y en sus barbas, sin inquietarse de su gesto feroz, y bajan á beber el agua que se derrama sobre la plancha de piedra que representa el lienzo sutil en que yace posada lánguidamente Galatea en los brazos de Acis. — Desde que Debrosse labró el grupo de la fuente histórica, los pájaros comprendieron que el gigante que sorprende á los amantes, jamás se desplomaria sobre ellos ni enturbiaria los cristales en que aplacan su sed. Si es cierto lo que decian los viejos poetas sobre la eternidad de los pájaros, esos *moineau*, que acuden por grupos á la fuente, son dignos de respeto, porque han sido testigos de grandes escenas pasadas, y porque saben de ellas mucho mas que los guias memoristas y rutineros. Ellos son los dueños á perpetuidad de aquel rincon del hermoso jardin; los paseantes los respetan, los niños no los persiguen jamás, de modo que gozan de una verdadera libertad urbana, tan asegurada como la del ciudadano de la nacion mas libre. Desde los plátanos ó desde las calles del jardin se arrojan sobre la fuente con una audaciá impertérrita; siempre hay uno que despotiza con el derecho del mas fuerte, tal vez con el de la edad, ó quizás con el del mas arrojado. Un pliegue de la veste de Galatea basta para saciar la sed y mojar las plumas de aquel bañista alado, que sumerge su pico, corto pero récio, levanta la cabeza llena de gratitud á las nubes germinadoras de la lluvia, ajita sus alas nerviosas, y salta sobre un pilar para contemplar desde allí el pequeño intersticio en que se ha sumergido su cuerpo. La compañía sigue el baño matutino renovando los actores á cada minuto: unos bajan y otros suben; y aquellos pequeños personajes que dan alegria, vida y cantos á la ciudad, consiguen interesar aún la curiosidad de los que creen que en Paris las obras de los hombres pueden oscurecer las maravillas del Crea-

dor. Dios ha puesto en los nervios de las álas de ese ser diminuto é indefenso, mas misterios que los que el hombre ha sorprendido en los espacios y en la atmósfera; la vida y las álas que los hombres quitan y arrancan sin saber reemplazarlas!

Habia entre el grupo contemplativo de la fuente, de los árboles y de los pájaros, un señor de edad á quien los *moineau* trataban con mucha mas confianza que á los demas curiosos. Era un profesor de historia, que, segun nos lo dijo, tenia el mal hábito, todavia á los 60 años, de levantarse con el pan de la mesa en el bolsillo como los muchachos mal criados. Ese pan era el vínculo de simpatia entre el profesor y los pájaros. El pan, desecho en migajas y repartido por el suelo, atraia una nube de aquellos glotonzuelos, que comenzando por acercarse discreta y precavidamente á los piés del anciano, acababan por convencerse que su bienhechor no tenia otro propósito que darles de comer. El doctor Riboiton, y sus pájaros, son populares entre todos los que se acercan á aquel parroquiano popular del Luxemburgo. Diez años hace que el doctor Riboiton dá lecciones de historia y de comer á los gorriones de la fuente de Medicis.—Lleva su silla, la coloca bajo los árboles; y en cuanto se sienta en ella, de los techos y de las calles acuden á devorar su pan sus viejos conocidos. Es increíble la manse dumbre de la comitiva que rodea al viejo profesor; un puñado de migas los reúne, y al poco rato, el doctor Riboiton se encuentra verdaderamente asediado por todas partes; unos recorren el piso, trepan á los palos de la silla, saltan sobre el respaldo y vuelan al rededor del pan, batiéndose en el aire con los otros por alcanzar una miga entre los dedos del doctor; otros, parados sobre sus hombros esperan pacientemente su turno; y cuando obtienen una migaja, la devoran gravemente sin abandonar su puesto; de pronto una miga gruesa que cae al suelo aglomera una bandada que se la disputa heroicamente, hasta que uno de ellos la levanta

en el pico y vuela á devorarla á un lugar apartado para verse libre de sus rivales envidiosos. El doctor Riboiton pretende conocer á cada uno de sus pájaros: sabe la edad que tienen y experimenta por algunos preferencias verdaderamente irritantes; se impacienta con los atropellados, y llega á irritarse con ellos de una manera alarmante; y cuando el desórden se hace visible al rededor de sus piés, ó cuando algun *moineau* se conduce inconvenientemente con su sombrero de copa, les tira un manoton y los ahuyenta,— pero los pájaros no se toman la pena de marcharse muy éjos, y vuelven á la silla y á los hombros y á la cabeza del doctor con la misma confianza que antes, persuadidos de que sus enojos no son duraderos.

No puedo decir qué es lo que impresiona mas, si la bandada de gorriones que come á los piés de aquel viejo orijinal, ó si él mismo. La inocencia infantil que distingue al doctor Riboiton es digna de observacion; él sostiene, por ejemplo, que entre sus discípulos de historia hay pocos que tengan la inteligencia de sus parroquianos de la fuente. Cuando termina el opíparo almuerzo de los *moineau* y la mayor parte de estos lo abandona, el doctor Riboiton observa gravemente la ingratitud de los que se van, y premia la gratitud de uno que otro que permanece esperando que su bienhechor encuentre la última migaja de sus bolsillos. Odia profundamente á las golondrinas, pero con un ódio mortal; pájaro aventurero, sin patria y sin hogar fijo, es la única calamidad de la primavera. El vulgo y los jesuitas particularmente (el doctor Riboiton en esta materia es liberal de petróleo) ha hecho de este animalito inmundo y voraz, un ave sagrada y mística, porque, como ciertos sacerdotes, se introducen en las casas, hacen su nido en ellas, crián todo género de sabandijas, y no bien sus pichones mueven las alas, abandonan el tejado protector que los ha abrigado y se ausentan para climas remotos: á Africa, á la India, quién sabe donde, para volver á incomodar con

sus gritos estridentes cuando los primeros retoños de los árboles anuncian la primavera. La regla del doctor Riboiton es: que ave que no se posa en los árboles, es ave de mala indole, y la golondrina cae bajo esta dura máxima. Pero la causa principal de su adersion contra ella, es el espíritu de conquista brutal que la distingue. El doctor Riboiton nos ha contado que la golondrina, desde que aparece en las calles de Paris, viene dominada por el espíritu de despojo. Los *moineau*, dueños legítimos de los árboles y tejados de Paris tienen siempre el hábito de anticiparse á la primavera para hacer sus nidos; de modo que cuando la aventurera enemiga del Dr. Riboiton aparece en las calles, ya los gorriones están perfectamente instalados, bajo el casco de la estatua de un guerrero, bajo el chapitel complicado de una columna corintia, ó dentro de un caño de desagüe de un cuarto piso, las golondrinas entónces emprenden la conquista de los agujeros ocupados por los nidos de los gorriones; y el Dr. Riboiton no se resigna á permanecer neutral en aquellas batallas aéreas. Segun él, á la aparicion de la primer golondrina en el Luxemburgo, la alarma cunde por el jardin, por el Boulevard Saint Germain por el Boulevard Saint Michel. La fuente permanece abandonada de los gorriones por muchos dias; inútil es llevarles pan por la mañana porque todos están en campaña y comen lo que pueden y lo que encuentran. Entónces el Doctor se dá á todos los diablos y anda con un humor tremendo. Cada golondrina que le pasa como un dardo por las narices, culebreando vertiginosamente, le arranca una maldicion implacable; y si la vé flotando vagamente en el espacio á favor de sus álas nerviosas, pretende desde la tierra adivinar sus pérfidas intenciones. Ah! Entónces querria tener en su casa á todos los gorriones de Paris, proporcionarles nido, comida y proteccion, para defenderlos de sus bárbaros usurpadores.

Oirle contar al doctor Riboiton un combate entre golon-

drinas y gorriones, es algo mas que dramático y pintoresco; los acontecimientos históricos sobre qué diserta diariamente en su Curso, no son sinó escaramuzas ante aquellos combates colosales del aire.

La batalla de las Termópilas ha tenido su igual en las paredes del palacio del Luxemburgo en los primeros dias de esta última primavera. Una pareja de gorriones, que por once años almorzaba todas las mañanas en la silla del doctor Riboiton, habia hecho su nido entre los intersticios de una corniza; la instalacion fué completa y feliz, y yá los viajes repetidos que aquellos moradores del palacio hacian, desde su nido á la silla en que se repartia el pan todas las mañanas, habian indicado al profesor de historia, que contaba con cuatro vidas mas por quien velar. Una mañana la concurrencia de gorriones fué muy escasa y notó principalmente la falta de sus asilados del Luxemburgo. Las golondrinas en cambio se cruzaban por millares en las calles del jardin. Lleno de alarmas, el doctor Riboiton salió, y buscó el paradero de sus gorriones; el aire estaba materialmente poblado de golondrinas que volaban lanzadas de un extremo á otro de la calle, convocando á sus compañeras con ese grito peculiar con que manifiestan la alarma. Arrinconados junto á un agujero de la corniza, y defendiendo la puerta de su nido, estaban los dos gorriones del Dr. Riboiton, viendo la aglomeracion de aquel ejército invasor que se preparaba á traerles un ataque formidable. El combate era desproporcionado por el número y por la fuerza desigual de los combatientes; pero los gorriones defendian su hogar y sus hijos, y en estos casos el valor se redobra en los animales como en los hombres. Las golondrinas comenzaron por circular rápidamente al rededor del nido; pero los gorriones, con los ojos abiertos y atentos al golpe del pico del invasor, no bien éste al pasar les lanzaba un picoton, contestaban con otro defendiendo la entrada del hogar alarmado con un denuedo formidable. El Dr. Riboiton no se

resignó á observar la neutralidad ante aquella batalla desigual cuyo éxito no podía menos de ser totalmente desfavorable á sus gorriones, y sin preocuparse de los paseantes que festejaban su estravagancia, arrojó tanta arena contra las bandadas de golondrinas, que al fin consiguió ahuyentarlas salvando así de la muerte, y de un despojo seguro, á la pareja de gorriones.

El Doctor pretende que los pajaritos no han olvidado su accion y que durante el invierno, cuando la nieve cae abundantemente y la fuente se hiela, los dos gorriones con sus polluelos han de venir á pasar con él muy buenos ratos en su comfortable cuartito de la calle Soufflot.

Parecerá estraña la existencia del Dr. Riboiton. Un hombre, que en Paris, donde hay tanto que ver y tanto en que gozar, se ocupa de dar de comer á los pájaros de la calle y se constituye en su defensor apasionado, no pasa de ser un excéntrico y un estravagante. Todavía en un parque de Lóndres, se comprenderia en un inglés esta monomanía lójica con su carácter y sus gustos,—asi se esplica que los ingleses pasen un dia, desde la mañana hasta la tarde, esperando en la corriente de un arroyo que un salmon salte sobre la mosca artificial que oculta el anzuelo, y emplee media y hasta una hora, en recojer pacientemente su presa; pero que un francés hijo de otro cielo, amante de otros hábitos y costumbres, casi siempre alegre y despreocupado, pierda su tiempo como el Dr. Riboiton, eso no es posible sin que tenga principios de locura.

Que sorpresa no os causará saber sin embargo, que el jardin del Luxemburgo está lleno de doctores Riboiton; de sábios y escritores de primera línea, que despues de sus tareas profesionales emplean su tiempo en la fútil tarea de dar de comer á los gorriones, y que gozan tanto con ese espectáculo como si estuviesen presenciando una pieza de Molière representada por los mejores actores de la comedia francesa. En casi todas las ciudades de Europa, y en Paris

muy especialmente, los pajaritos de las calles y de las plazas son parte integrante de la alegría que reina en ellas. Aquí los hombres llaman á las aves á la vida de las ciudades; allá, nosotros las arrojamos al desierto. Aquí se aumentan y se desparraman por todos los barrios, allá las especies van desapareciendo porque no hay leyes ni doctores Riboiton que las amparen.

.

.

EL TEATRO INGLÉS

Y

L A C O M E D I A F R A N C E S A

Vichy, Agosto 13 de 1880.

Muy fresco llevaba en la memoria el recuerdo de las representaciones que Ernesto Rossi habia dado últimamente en la sala del *Politeama*, cuando vi aparecer, ahora dos meses, al gran Irving en las tablas del *Lyceum*. Se daba el *Mercader de Venecia*. Hacia de *Shylock* Mr. Irving; y de *Porcia* Miss Ellen Terry una actriz de las proporciones físicas de aquella Paladini que gustó tanto en Buenos Aires, pero con una cara que gustaría mil veces mas si se asomara por un instante á una de nuestras escenas. Artista de primera fuerza, que rendiría de admiracion aún á aquellos que viven todavia aferrados á la opinion vulgar de que el teatro inglés es frio como un páramo, y monótono como las canciones de las *ladies* de la aristocracia. Irving no es un lindo hombre como Ernesto Rossi; no tiene una cabeza, un busto y un conjunto en fin, capaz de sostener el birrete de Romeo, el cinto y la espada de Rodrigo, la cota y el casco del dulce Paolo en la *Francesca*. Pero Shakspeare, en la mayor parte de sus tragedias, ha suprimido la belleza física del hombre con excepcion del amante de Julieta. *Hamlet*, la mas pura de sus creaciones, es un jóven enfermizo, pálido, nervioso, que vaga como una sombra, que huye de la pompa

cortesana, que aparece y desaparece enlutado por su eterno y profundo dolor. *Lear* es un anciano que ha llegado á la edad de los bardos de Ossian. El *Moro* tiene la belleza africana. Macbeth y Ricardo III no han sido nunca jóvenes. Falstaff; obeso y pletórico, es el tipo de la glotonería desordenada; y Shylock en fin, pertenece á la raza de los comerciantes judíos que consumían su cuerpo y secaban su alma labrados por la codicia. Así pues, cuando vi salir á Irving, me pregunté si aquel era *Shylock*. Y lo era en efecto! No un *Shylock bourgeois*, satisfecho de sus ahorros; sino un *Shylock* inquieto, desconfiado, harapiento, flaco y alto como un espectro, con el perfil de una ave de rapiña; no anciano, como el Shylock de Rossi, sino un hombre de cincuenta años, con las guedejas cayéndole secas y desgredadas sobre la frente; las piernas de buitre, largas y nerviosas como las de uno de esos pájaros que beben en las aguas putrefactas de las lagunas: las manos afiladas y los dedos semejantes á las garras de un mono: los ojos como carbunclos en los momentos en que la ira corbarde del judío estalla sin testigos: velados por largas pestañas cerdosas, cuando necesita cubrir su alma de hiena con el manto del disimulo y de la hipocrecia. Una manera de entrar en la escena completamente nueva é inusitada entre nosotros;— no parece un personaje salido naturalmente de los bastidores, sino un espectro que hubiese saltado sobre las tablas, como un espíritu malo; y despues, inspirando con su estraña figura y con sus movimientos peculiares, algo mas que la protesta que inspira el alma fría y vengativa del judío, inspirando terror, y para ser exacto y decir la propia palabra, inspirando un asco invencible.

No busquemos en este actor lo que Shakspeare no ha puesto en ninguna de las frases en que Shylock profiere el helado escepticismo que lo caracteriza; no busque tampoco el público las consideraciones con que la forma francesa, por mas crudo que sea el argumento de la pieza, transa con

jas exigencias de su gusto artísticamente refinado. Mr. Irving sobre la escena es el judío de los barricos bajos de la Venecia del siglo XIII, que duerme sobre un monton de paja, y á cuya covacha tiene que penetrar culebreando como un gusano; es un judío de esos que rascan, que acarician y que lamen un escudo antes de recibirlo: de esos en fin que sonrien como un demonio cuando han dado la espalda á la víctima de sus usuras. Esta es la manera mas completa con que me es posible trasmitir la impresion que me hizo Irving la primera vez que lo vi en el teatro inglés.

Cuando le oí el *Hamlet*, mi sorpresa fué mas grande todavía. Pero una y otra representacion me trajeron, sin poderlo evitar, el recuerdo del distinguido artista italiano del *Politeama*. Reconocí una vez mas el mérito de sus nobles y audaces tentativas en el teatro de Shakspeare, y la rara preparacion literaria con que aquel hijo del medio dia ha logrado abordar, con lengua estraña, sin las castraciones de los libretistas, y conservando todo el vigor primitivo de las creaciones del poeta inglés, ese terreno ignoto y nebuloso ante el cual retrocedió el génio aventurero de Voltaire; y en el qué jamás han podido poner el pié ni los autores ni los actores de la grande escena de la calle Richelieu. Será siempre un alto timbre de gloria artistica para Ernesto Rossi haber atacado, el primero, el mas alto repertorio dramático del mundo, y el haberlo hecho conocer en los paises de Europa y de América que no hablan inglés.

He dicho que Irving aumentó mi sorpresa en la representacion del *Hamlet*. Apesar de la lectura reciente de la tragedia, tenia sin embargo en el oído los ondulantes endecasílabos con que Carcano la ha vertido al italiano. No estaba prevenido por el idioma en que lo iba á oír;—esperaba por momentos ver salir al Príncipe de Dinamarca, rodeado de sus amigos, persiguiendo el espectro luminoso de su padre en la estensa esplanada del Castillo profanado por el incesto, por el adulterio y el fratricidio; y no pensaba que el contraste

del idioma en que lo habia oido, con el de aquel en que lo iba á oir, me produciria un efecto tan profundo. Cuando vi atravesar á Hamlet por la escena y hundir en su pecho aquella cabeza siempre combatida por una estraña y honda melancolía, falta de arrogancia, sin la brillante pedreria negra con que Rossi bordaba su traje, con una espada tosca y pesada, atravesada rectamente hácia adelante, como si apuntára siempre la huella escabrosa en que el malhechor se habia extraviado: la mirada cadavérica, los ojos hundidos en sus órbitas profundas, siempre en la penumbra, siempre en el foro, comprendí las grandes ventajas que el idioma y el original daban al artista inglés sobre el distinguido intérprete italiano. Hamlet, la creacion mas inglesa de Shakspeare, no debe accionar ni declamar sobre la escena; las palabras con que su alma, sacudida por las eternas cavilaciones que lo abruman, tiene que manifestarse, son simplemente el monólogo monótono que corresponde á su estado patológico. Hamlet no comunica nunca con el mundo exterior; si lo inquietan sus amigos, contesta vagamente. Todas sus fuerzas morales están absorvidas por su constante preocupacion; y esta absorcion de sus facultades produce la inmovilidad de su mirada y de su gesto, el olvido de todo lo que lo rodea, la cruel é inconsciente negligencia con que aparta á Ofelia, y en fin todo lo que lo constituye sombra en aquella estraña tragedia. No se puede concebir lengua mas elocuente que la inglesa para animar aquel sér en el cual el predominio absoluto de la parte moral ha suprimido todos los medios fáciles y brillantes que el teatro obtiene de los dotes físicos de un actor. Hamlet no expresa la pasion de un amor ardiente como el de Paolo, al cual el idioma y la naturaleza italiana le bastan para triunfar. No es el *Cid*, cuya lengua caballeresca, vertida por los alejandrinos de rimas épicas y académicas, le proporcionan un campo brillante en que moverse. La Inglaterra, que ha respetado hasta ahora con un tino discretísimo los héroes

teatrales de Corneille y de Racine, sin llevarlos á la escena nacional, se contenta con aplaudirlos interpretados por los actores de la Comedia Francesa: y para su propia gloria considera que tiene suficiente con Guillermo Shakspeare.

No sé si á todos los hombres de mi raza y de mis hábitos Shakspeare les hace el efecto que me hace á mí. El escenario y el movimiento de sus obras siempre me causan una sorpresa para la que no estoy preparado. La escena del Juicio, en el *Mercader*, no tiene precedente ni igual en ningun repertorio dramático. Las alternativas de gozo y de ira porque pasa el judío, están preparadas con tal maestría, que el auditorio toma parte en ellas con la indignacion que le produce la perversidad de Shylock;—hombres y mujeres, que han pasado su vida en el teatro oyendo en su propia lengua las comedias y las tragedias del poeta, que saben de memoria sus trozos mas célebres, que están al cabo de la maestría del actor que las desempeña, llámese Garrick, Keen, Hervey ó Irving, presencian consternados, sin poderlo evitar, la saña con que el judío implacable exige la víctima de su usura vengativa. Un silencio de muerte se apodera de la sala entera; la compasion, la indignacion, el terror, la pena, la impaciencia que produce la prolongacion de la escena en que el judío triunfa, se traducen por una atencion nerviosa y mortal. Creeríase asistir á la primera representación del drama ante la corte azorada de Isabel. La sala sumerjida en una luz intermedia, no reconoce otro foco que aquellas tablas en que se desarrolla, demasiado lentamente para la justicia, el proceso del desgraciado Antonio. Todo es real allí. Desaparece la ficcion mientras dura el cuadro; el público está tan conmovido como si fuera el auditorio que presenciara el desgarrante enjuiciamiento de Strafford, la ruidosa condenacion de Warren Hastings ó cualquiera otro de los famosos *trials* de la historia inglesa.

Las comparsas de imbéciles contratados á tanto por

noche, que Rossi se veía obligado á emplear en la representación del *Mercader* en el Politeama, y que si no provocaban la sátira de los espectadores divertidos, pasaban inapercibidos del público, están formadas de una manera especial en las representaciones del *Lyceum*. El pueblo que asiste al juicio de Antonio, compuesto de hombres, mujeres y niños, no es un simple fondo de cuadro: mudo é inmóvil, es una multitud apasionada y revolucionaria, que traduce en sus gestos, en sus movimientos, en sus aplausos y en sus execraciones, todos los rasgos distintivos de aquellas turbas atrabiliarias de la vieja Venecia, vengativas, revolucionarias y plebeyas. El judío la teme y la fulmina con sus miradas iracundas cuando ella se revela contra su derecho y cuando le niega la legitimidad de la cédula en que está escrito su contrato. En esta lucha viva de las pasiones populares, encendidas contra Shylock, Irving obtiene efectos portentosos; hace resaltar sus condiciones miserables; y la rabia de su alma estrecha, y seca de sentimientos humanitarios, rompe la espesa multitud que le cierra el paso, como una fiera rabiosa y acosada, que con las fauces abiertas rastrea y persigue inclementemente la presa que se le desliza por momentos. Las mujeres y los hombres claman justicia: los mucháchos atruenan la sala con sus gritos; Shylock desenvuelve su pergamino, súcio y manoseado diariamente durante los meses que ha esperado impacientemente el término fatal acordado á Antonio. Bellario, que acaba de penetrar disfrazado magistralmente por la Ellen Terry, acaba de asesorar al tribunal en el sentido de los apetitos sanguinarios del judío. La muchedumbre se hielá ante aquella opinion que contiene una sentencia inapelable; los jueces se rinden ante el consejo de Bellario,—entónces Shylock, por primera vez en todo el drama, yergue aquella cabeza humillada sobre sus hombros miserables, alumbrá su rostro desencajado y minado por la avaricia y por la venganza, con una sonrisa satánica,

que desnuda todo el júbilo feroz que lo inunda; y con una mansedumbre melosa y repugnante, como un reptil que se arrastra simulando la gratitud del hipócrita que usurpa á sabiendas, comienza esa série de adulaciones viles y cobardes que Shakspeare hace brotar de la boca irónica del judío en alabanza de los talentos de su salvador. De su sayal harapiento saca la balanza fatal que debe pesar la carne de su víctima. El auditorio se conmueve y prorrumpe en largas y enérgicas execraciones, cuando Shylock, sobre la suela desgastada de su sandalia repasa la navaja que debe extraer del pecho de Antonio el fruto de su estraña codicia. Cómo afila Irving aquel cuchillo corvo y corto como una uña! con qué placer íntimo lo ensaya en el pulgar de aquella mano descarnada é innoble! y cómo lo estiende á la altura de su visual siniestra para convencerse de que la lámina ha perdido todas las melladuras del uso en el frote de la piedra y del cuero! Cuántos efectos obtenidos por su gesto, para incendiar las pasiones vehementes del pueblo que llena las tribunas, y para hacer temblar de espanto á los mismos jueces con la helada perversidad de su alma!

Qué victoria para el actor! El público permanecía suspenso. Su tortura se prolongaba demasiado. Sentí esa identificacion que convierte en actores á los niños en los cuentos y en las fábulas narradas con colores deslumbrantes para sus imaginations: me parecia estar recibiendo las primeras impresiones del drama y de las narraciones en la infancia; y cuando la duda y el primer presentimiento aparecen en el espíritu de Shylock, ante la lectura del artículo salvador de los Códigos Venecianos, respiré profunda y tranquilamente, con esa satisfaccion que produce la rectificacion inesperada de una nueva fatal, la salvacion de un amigo querido, la victoria de una causa santa!

Esta escena, que es incuestionablemente el cuadro capital de la pieza, fué una victoria para Irving y para Ellen

Terry. Shakspeare ha reconcentrado toda la simpatía del auditorio en Porcia: todo el ódio y la execración en Shylock. El judío acaba de elojiar los altos talentos del abogado, cuando este lo fulmina con la ley que castiga el derramamiento de sangre cristiana. El judío está perdido: el concurso que asistía á aquella escena desgarradora, estalla de alegría; Shylock brama de ira, pretende sus escudos, implora su perdon, y sale befoado por la multitud como un maldito: corrido, rodeado, apostrofado, y burlado en su derrota. Entónces es cuando el gran actor inglés se posesiona noblemente de su rol. Me decia un amigo que tenia á mi lado, que entra á su camarín, bañados los lábios en sangre y con las manos arañadas por sí mismo. El despecho del judío está concentrado en rasgos tan vivos, que el actor lo siente y lo sufre como el personaje que representa. Aquella escena en que el judío como un condenado por las iras populares, es acosado por el pueblo, empujado, tironeado é insultado por los espectadores, parece que fuera á continuarse en la calle pública por la manera palpitante como comienza en el recinto del tribunal. Shakspeare la ha copiado al vivo de aquellas puebladas que en los tiempos de las guerras religiosas se levantaban contra los judíos, que los arrancaban de sus tiendas, les saqueaban sus casas y los lanzaban á las plazas persiguiéndolos con un sinnúmero de imprecaciones é hiriéndolos con las piedras del camino. Y esta escena es la que Irving reproduce en el célebre final del cuarto acto del *Mercader*.

He hablado del Shylock y del *Hamlet* de Henry Irving: es necesario ahora hablar algo de la Ofelia de Ellen Terry. Figuraos una cara de inglesa de las mas lindas que se asoman fugitivamente en los carruajes que cruzan por Hyde Park, vestidas con esos *toilettes* estraños por su primitiva simplicidad; un busto que haria creer al espectador francés mas mundano, que era una virgen que la vispera habia abandonado su Pension. La tez de una blancura tras-

parente, con un cabello color de ámbar, unos ojos celestes en cuyas pupilas parece que se asomara la castidad y la inocencia mismas: una voz dulce como un canto: una actitud adorable: un conjunto en fin de dotes naturales y de medios artificiales que hacen de ella una flor, una flor blanca y delicada como la ha soñado el alma del poeta: esa alma robusta y grande que abortó á Lady Macbeth! Esa es la Ellen Terry.

Sin peligro de interpretaciones maliciosas, puedo afirmar algo que muchos observadores penetrantes han de haber notado en la mujer inglesa. Se le cree generalmente helada como lós hombres: apática é inabordable por las ternuras humanas. No se dán, los que tal cosa creen, el trabajo de observar ligeramente su naturaleza. Bajo esa nube de candor en que la envuelve su tez incomparable, se ocultan almas tan apasionadas como soñadoras. Será tal vez difícil tomar posesion en poco tiempo del corazon de una mujer inglesa, pero la conquista hecha, ¡cuidado! que hay muchas Cleopatras en aquella estensa familia de las Ofelias. Parecerá estraña esta reflexion tratándose de una artista que interpreta á la purísima novia de *Hamlet*: que nace y muere como un lirio; pero esa delicada y perfumada creacion de *Ofelia*, nacida para amar y para morir, que espira en las ondas coronada de flores silvestres, lleva en su alma una pasion inmensa, que, desde Shakspearé hasta nuestros dias, ha entregado muchas víctimas al Támesis. Es rara la inglesa enamorada que, en su infortunio, no pierda la razon apelando al suicidio; y que entre todos los medios posibles de suicidarse, no adopte el agua. La Ellen Terry es la reproduccion viva de esta observacion que parece trivial á primera vista, pero que es profundamente exacta.

No he visto nunca reunidas en una artista de una manera tan feliz, la belleza y el talento. Sara Bernhardt es sin disputa un génio dramático de primer orden: tiene la belleza artística, la delicadeza y aquella originalidad de la fisonomía

que impedían que Rachel fuera una mujer fea. La Dudley, nueva discipula de la *Comedia francesa*, es una mujer bellísima; pero ni la primera podría competir con el rostro de la artista inglesa, ni la segunda con su delicadeza y con su jénio dramático. No la comparo con Croizette, porque Croizette es *parisiensemente* bella y nada más. Mlle. Bartet y Mlle. Barretta, no tienen todavía el renombre de Ellen Terry; y siento decir que no tendrán nunca el óvalo en que está dibujada aquella cara verdaderamente encantadora. La *Porcia* y la *Ofelia* de esta hija legítima de Shakspeare pasan en Lóndres por dos creaciones del más alto mérito artístico. El *Truth*, que es el diario de más refinada perversidad para la crítica literaria y artística en Lóndres, clava el diente algunas veces en una que otra estravagancia de Irving sobre la escena, pero se mide mucho para atacar á la jóven artista del Lyceum.

La mujer del teatro inglés está hecha sin disputa para interpretar el rol de Ofelia con más facilidad que otra cualquiera. Los ingleses no llevan al romance, ni á la escena, la *Aventurera* de Augier, ni á la Margarita de Alejandro Dumas. No conciben en el teatro la mujer de conducta equívoca: basta que ella se exhiba en el teatro real de la sociedad. Por eso es que la Ellen Terry, su hermana *Marion* que representa en Haymarket, la Bancroft y todas las artistas distinguidas de los escenarios de Lóndres, no necesitan salir de su medio para actuar en distintos géneros como los actores del teatro francés. No hago una crítica ni ni un elogio de ninguno de los dos teatros; el debate ha sido y sigue siendo largo, aquí mismo; pero conviene observar que si el teatro sério en Inglaterra se defiende valientemente contra el eterno poema del adulterio, cantado en mil formas diariamente por la literatura dramática francesa, los artistas ingleses no cuentan con el variado repertorio que constituye la riqueza de los archivos de la Casa de Molière. Lóndres está invadido por los *arregladores* de piezas fran-

cesas para los teatros *alegres*; y los empresarios ofrecen una *guinea* (cuando la ofrecen) al desgraciado que se atreve á proponerles la representacion de una obra original. Esto es triste!

Sin embargo, la *season* de 1880 ha tenido una excepcion á esta regla. Los Bancroft, Mr. y Misses Bancroft, han dado con Conway y con la Marion Terry, en la escena de *Haymarket*, la comedia *School* de Robertson. Una comedia que es una joyá de gracia y de originalidad, y que ha sido representada de una manera completa por todos sus intérpretes. Un amigo francés á quien le contaba el argumento me decia «pero esa es una pieza de un platonismo primitivo!» Y en efecto: los personajes animados en la escena, son todos extraidos de una escuela de aldea. No bien dos truhanes, solteros y divertidos, caen en aquel recinto de fresca alegría, yá el autor les hace dejar en el umbral todos sus malos hábitos de *Club* y de *high life*, y los enamora de dos alumnas. Escuso arrastrarme en una narracion sucinta del argumento; bastará presentar á los personajes que parecen modelados á lo Dickens. La maestra de la Escuela Mrs. Sutcliffe, diríase exhumada de *Pickwick Papers*; es una vieja romántica y pedagoga, de un trato insoportable, de una impertinencia crónica; enamorada sistemáticamente de su marido, que es el prototipo de la obediencia pasiva aunque con todas las formas magistrales y ridículas del patron de casa, que opina siempre de una manera indirecta, interrogando á su implacable verdugo, y que con toda la inocencia de una alma buena, toma preferencia por *Bella*, una colegial huérfana. Llega un momento en que la ira olimpica de Mrs. Sutcliffe lo aterra de tal modo que él casi se llega á convencer de que ha tenido un momento de estar próximo á serle infiel. *Bella* es la bondad, la pureza y la ingenuidad de la protagonista del *Almacen de Antigüedades*. *Naomi Tighe*, interpretada por la Bancroft, es la muchacha mas filibustera, mas audaz y revolucionaria. Tiene que ver el

exámen del segundo acto presidido por el Dr. Sutcliffe, ante un auditorio de invitados; Mr. Sutcliffe está poco preparado para examinar; hace esfuerzos inauditos para velar su falta de preparación en las preguntas; pero comete, sin poderlo evitar, errores capitales y graciosísimos. Su eterno verdugo, Mrs. Sutcliffe, lo fulmina con miradas aterradoras. Naomi revuelve la escuela con una frialdad pasmosa: replica desatinos de todo calibre; y por detrás de la terrible maestra, tira besos á su novio y rompe la formalidad del acto. Para completar aquel cuadro del ridículo, un viejo calavera, caduco y agobiado por una vida poco ordenada, que lleva el nombre de Beau Farintosh, y que es la esencia misma de la imbecilidad, aplaude estruendosamente todos los disparates de las alumnas, antes que el desventurado Mr. Sutcliffe haya tenido tiempo de consultar el texto, de reojo, para saber si no se le ha contestado un desatino. Allá entre las colegialas alegres y divertidas aparece el tipo eterno del *monitor*: hipócrita, falso, denunciador, odiado por toda la clase, con sus proyectos subterráneos para el porvenir, pensando en casarse con la huérfana, para heredar la escuela y explotarla por su cuenta. Lleno de envidia y de celos mezquinos al ver que su pretendida ama á otro, la denuncia á Mrs. Sutcliffe; y escondido en el fondo del teatro, goza con el fruto de sus chismes. El actor que hizo este papel, Mr. Henneage, no desmerecería al lado de Silvain haciendo el Tartufo: como la Bancroft, que apesar de sus cuarenta años, podría disputarle á la fresca y espiritual Samary cualquiera de sus victorias de la comedia francesa, en el papel de la Naomi Tighe de la pieza de Robertson.

.....
Os acordais de una pieza lírico-dramático que el teatro español exhibe bajo el título de *Luz y Sombra*, y cuyo autor, si mal no recuerdo, es D. Narciso Serra? Llamó la atención en Buenos Aires, no tanto por la forma cuanto

por la delicadeza lirica de la composicion, en la época en que se estrenó. La he visto representada sin disfraz en el escenario de Lyceum, por Irving y por la Ellen Terry. Es el poema de Enrique Herz «*King Rene's Daughter*». Willis la ha adaptado al teatro bajo la forma de un idilio; y Hamilton Clarke le ha puesto una música digna de la delicada poesia y del sentimiento que respiran los admirables versos del poeta. La Ellen Terry, que sabe hacer tan bien la *Ofelia*, tuvo otro triunfo fácil en el rol de *Iolanthe*. La niña hija del Rey René, que ha nacido ciega y cuyo padre la tiene aislada en su jardin para que nunca ser humano alguno penetre allí, y descubra el misterio de su infortunio, encontró en la linda y fascinadora artista inglesa el ideal del poeta. En cuanto á Irving, aunque fuera de sus medios naturales, sostuvo con talento el rol ingrato del amante que sorprende aquella flor en medio de su recinto ignorado.

.....
Estoy en Vichy desde hace dias: lleno el espíritu de las emociones que me ha causado oír á Molière en boca de Got, de los dos Coquelin y de Jeanne Samary; á Corneille representado por Mounet Souilly por Worms, Proudon y Mlle. Favart: la comedia moderna animada por el gusto esquisito y la eterna juventud de Delaunay. Mátó el fastidio que me causa esta sociedad de extranjeros valetudinosos, pensando en la noche del 25 de Agosto: en ella se celebra el segundo Centenario de la Comedia Francesa, y yá el telégrafo me ha pedido un asiento para esa noche. Aquello será un poco mas divertido que la fiesta naval que tiene lugar en estos momentos en la rada de Cherburgo, y que las escenas populares del 14 de Julio.

Vichy, Agosto 19 de 1880.

La casa de Molière está de gala desde el año pasado. Sus huéspedes han pasado una buena temporada en los teatros

de Londres, mientras el recinto se restauraba. M. Emile Perrin, apesar de haber aprendido á manejar el pincel con Gros y Delaroche, y de haber obtenido algun éxito con sus telas ahora treinta años, ha dejado que otra paleta ilumine las bóvedas del templo. Un fresco deslumbrante, firmado— *Mazerolles* 1879, ilumina el techo. En la altura asoma bajo los rasgos de un pincel habilísimo, el séquito de las dos familias literarias de los dos últimos siglos. Los rostros inspirados de Corneille y de Racine padres de la tragedia, inspiradores de Talma, de Rachel, de Mlle. Mars: Molière cuya escuela literaria no ha cesado un solo dia de flajelar al matrimonio y á los maridos, conjugando eternamente á Sganarello: Voltaire, animado por su sonrisa característica dibujada en los pliegues de su boca burlesca: los poetas del imperio y de la Restauracion, épocas intermedias entre el génio viejo que se despedía, y el nuevo que se incubaba: Scribe tan fecundo como Dumas: Dumas tan fecundo como Scribe: Alfredo de Musset, el cincelador de los *Proverbios* que ha hecho suyo el repertorio de la comedia; por fin, todos los nobles muertos que duermen en el Père Lachaise, en Montmartre ó en Mont-Parnasse, están reproducidos en mármol en el Foyer del teatro, presididos por Voltaire sentado sobre su silla por el cincel de Houdon, y conservando aún en su avanzada ancianidad el gesto sarcástico y penetrante.

Ah! de los contemporáneos y colegas de Rachel pocos conmemoran hoy en la escena los centenarios de Molière. Brissant, Regnier Samson, han dejado su lugar á la generacion nueva; hoy Didier y *Hernani* es Mounet Sully; el *Cid*, Worms; *Figaro* y *Mascarille*, Coquelin; *Doña Sol*, Sarah Bernhardt; *Adriana Lecouvreur* Mlle. Favart; *Manon*, Croizette; y al rededor de este grupo que constituye el esplendor del teatro Francés de nuestros dias, Got y Delaunay hacen brillar todavia el pasado; y Mlle. Bartet, Mlle. Barretta y Mlle. Dudley profetizan un porvenir brillante. La *Comedia*

Francesa es una casa como la *Sorbona*, como el *Colegio de Francia*, como la *Escuela Normal*. Es un Liceo, una Facultad, en la que nunca faltan maestros ni alumnos distinguidos. Mientras el arte sea un anhelo constante de la civilización, la Casa de Molière subsistirá. Su ventaja capital sobre el teatro inglés es que ella es una institución, mientras que aquel depende de que la casualidad descubra un genio como Garrick, como Keen ó Macready y q'lo arroje huérfano sobre la escena á interpretar á Shákespeare ó á Sheridan.

Hé estado ya dos ocasiones en Paris viviendo frente al Palacio Royal. Diez, quince veces, hé querido atravesar la Avenida de la Opera para oír y ver *Aida*; y digo *ver á Aida*, porque mi sabio y buen amigo Gaston Maspero, profesor del colegio de Francia y el egiptólogo mas culminante que tiene hoy la Francia, ha derramado en las decoraciones con que se exhibe la Opera de Verdi, todas las riquezas que contienen el Louvre y el Museo Británico de la antigua nación de Isis y de Osiris. Y bien, al pasar por la alegre plaza, los carteles del *Teatro Francés* me atraían invenciblemente;— la primer noche me arrebató *Tartufo*; la siguiente quise pasar de largo para llegar al Boulevard des Italiens, cuando delante de mis ojos apareció un letrero que decia *Daniel Rochat*,—la pieza revolucionaria que tanto escándalo ha provocado en el último invierno parisiense. La tercer noche, en cuanto asomé á la plaza, tomé la vereda opuesta á la del teatro; me habia resistido heroicamente á informarme del título de la pieza que se daba esa noche en aquella casa fascinadora, cuando un pilluelo me puso el programa en las manos: *Les Presieuses Ridicules*, *les Fourberies de Scapin*!..... me diriji al teatro como si me hubiera arrestado un agente de Policia. Decididamente no veré el Boulevard, ni el Café Anglais, ni el Café Riche, ni el Café Americano: las noches subsiguientes me arrancaron de Paris la *Aventurera*, *Mademoiselle de la Scigliere*, *el Cid* y *le Gendre de Monsieur Poirier* de Julio Sardou.

He visto recién á *Aida* dos ó tres días antes de venirme á Vichy: y con *Aida*, esa Alhambra moderna que se llama la Grande Opera. El retardo con que he satisfecho esta curiosidad no me ha sido perjudicial, por que tanto los *Hugonotes* como la *Aida de verano* que hemos presenciado, podían verse una noche cualquiera con los oídos cerrados. En cambio, la Casa de Molière me hace olvidar todo lo que me rodea: las comidas al aire libre de los Campos Eliseos, sus teatros de verano, el bullicio de los boulevares, la política, las fiestas populares y patrióticas que han tenido lugar en las plazas de París y que se repiten en las aguas de Cherburgo. Si este entusiasmo absoluto me continua voy á devorarme todo el repertorio.

Lo cierto es: que si á la *Comedia Francesa* se le hubiese antojado viajar durante este verano, París para mí, sería una ciudad inhospitalaria por la noche: *cloture* en el *Odeon*; *cloture* en el *Gymnase* y en el *Vaudeville*; el *Chatelet* amenazando noche á noche con una temperatura brasilera y con les *Pillulles du Diable*, y *Cluny* exhumando les *Mysteres del Eté* en que yo perdí mis últimas timideces de la adolescencia oyendo á la desbordante y desbordada Pauline Lyon en nuestro venerable *Teatro Argentino* que el Sr. Rom tuvo la gloria de derrumbar.

En Lóndres me habia iniciado en el arte divino de la tragedia Sarah Bernhardt, proscripta por sí misma de la *Comedia Francesa* á causa del último lance judicial provocado por la representacion de la *Aventurera* de Emilio Augier. La vi en *Fedra* representada ante un público entre cuyos admiradores se contaba el mismo Mr. Gladstone. El resto de la compañía con que trabajaba, aunque cuenta á Talbot fugitivo tambien de la casa de Molière, no merece los honores de la mencion. Ella, en cambio, llenó de emociones á aquel auditorio que, segun la confesion de los mismos criticos parisienses, conoce á la perfeccion la literatura dramática de los clásicos franceses. Conocida del público

inglés desde el año anterior, la desterrada se presentó de nuevo en el campo de sus triunfos, sin rivales á quienes temer, ni autores exigentes con quienes reñir. Sarah Bernhardt es exéntrica como el duque de Buckingham; pero siempre ha contado con la impunidad ante el auditorio del *Gaiety Theatre*. El año pasado, por ejemplo, Monsieur Perrin que se hallaba en Lóndres con todos los socios de la Comedia, anunció una noche la *Estranjera*; la demanda de localidades fué tal, que los revendedores de segunda mano fijaron y obtuvieron precios que habrían estremecido á Rotschild. Cuando todo aquel público grave, y tieso bajo el rigor de la etiqueta mas severa, vió descorrer el telon pensando que iba á ver aparecer á la caprichosa artista, Delaunay correctamente vestido anunció que la Direccion se veia en el caso de devolver el dinero, porque la *estranjera* sufría en aquellos momentos de una indisposicion grave; los ingleses se mordieron los labios, algunos de las galerias se permitieron una que otra demostracion de contrariedad, pero la masa del público hizo justicia al derecho que Mlle. Bernhardt tiene de sufrir un ataque de *spleen* diez minutos antes de la representacion. La prensa bramó al dia siguiente, y el *Truth* siempre escrito con una acrimonia cultísima pero envenenada, se vengó del *desaire* con unas cuantas líneas que encolerizaron á la artista soberbia y caprichosa. Pero, ella sabia como hacerse perdonar, y aún como obtener una enmienda honorable por parte de los descontentos. El *Times*, que fulminaba á Croizette que nunca se permitió un capricho con el público británico, habia reconocido que Mlle. Bernhardt poseia las dotes que constituyen el ideal de la mujer--«*fragility, physical delicacy*»: un talle esbelto, una voz dulce y embriagadora como la de una sirena; todos aquellos resortes que evocan en el espíritu las imágenes de la pureza, de la ternura, y aun de la debilidad, que parecen requerir proteccion y que marcan la profunda distincion entre la mujer y el hombre.» ¿Cómo no

perdonarla y quemarle incienso y aplaudirla hasta el delirio, cuando la artista se dignaba á la noche siguiente comprometer su delicada salud interpretando la *Fedra* ardiente de Corneille?

En esta tragedia la ví yo por primera vez;—prevenido contra ella por la enorme popularidad y el renombre que le han dado las gacetillas y los folletines de los diarios de Paris; por sus lances ruidosos, por su romanticismo rebuscado y pretencioso, por sus tentativas charlatanezas (es la *palabra*) en la pintura y la escultura, por sus *soirées* en que se ha llegado hasta la parodia de Aspasia y de Cleopatra, dando á Zola motivo para hacer historia en sus romances vergonzosos; pensé que era menester defenderse contra la admiracion del primer momento. La prueba era fuerte; era la primera vez que iba á oír el deslumbrante alejandrino de Corneille, su esplendor rítmico, sus melodiosos y elegantes períodos, vertidos por unos lábios que tenían todas las misteriosas malicias del arte y de la pasión para emitirlos, y además, los ingleses, renombrados por su alma helada é insensible, al oírla mucho rato despues de corrido el telon, se acordaban recién de cerrar la boca y de secarse los lábios con el pañuelo; eran sérios antecedentes para resistir!

La ví aparecer con calma. Desde luego, instintivamente adiviné en ella la escuela de Rachel. Todas las lecturas de las crónicas de los folletinistas que formaban el coro de alabanzas de la célebre musa francesa, me vinieron á la memoria. Entró con un paso lleno de indolente magestad: el rostro azorado, los ojos abiertos desmesuradamente, la fisonomía labrada por el amor insano y colérico de Fedra; el brazo descarnado pero nervioso, como todo el cuerpo de la actriz apasionada que asoma en cada uno de los pliegues negligentes de la túnica griega;—unas ojeras vagas y azules, surcos profundos de los bárbaros y atormentadores anhelos de la víctima de un amor insensato;

la mirada distraida y soñadora como si buscara en el espacio la vana sombra de un sueño, alimentando en su seno todas las tormentas con que amenaza el desenlace de aquella tragedia doméstica. Arrullada por los consejos engañosos de la traidora confidente, acaricia la esperanza dulce del amor de Hipólito; y de repente, despertando de su sueño, permanece fija, clavada, hundiendo la mirada y la conciencia en el abismo á que la arrastra la llama incestuosa que la quema. Comencé á persuadirme que era de mal tono la resistencia por sistema. Habia en aquella mujer la carne y el alma de la tragedia: esa *fragility and physical delicacy*, que el sentimiento británico le habia descubierto: el fisico de una mujer distinguida. Ciertó! Sin la belleza redonda y correcta de una Vénus, pero con la belleza característica del arte: las líneas irregulares pero cautivadoras: el busto escaso pero provocativo: el cuello un tanto largo pero elegante: la cabeza perfecta: el ojo encendido aún bajo el velo de los párpados fatigados: una reminiscencia de Felicia Ruys me brotó en el recuerdo, y pensé que talvez habria encontrado el modelo de aquella extraviada fascinadora.

Sarah Bernhardt ha estudiado en la tradicion escrita y hablada, el gesto, la accion, la voz, la escuela en fin de Rachel. Sin aquel órgano que emitia los acentos de Fedra y que podria haber dominado, segun sus contemporáneos, la plaza de Atenas en los tiempos de Sófocles, ella ha sabido formarse el suyo, educando poco á poco sus inflexiones; y ha alcanzado en la imitacion el aplauso de los viejos. En las *tiradas* tiernísimas en que Fedra desahoga toda su alma, dos ó tres notas sombrías de contralto que faltan en aquella estraña poesia de *las Esmeraldas* y *los Camafeos* de Gauthier, traspasan al alma toda la melancolia quejumbrosa del período; y cuando subiendo todas las escalas del dolor, de la ira y de la desesperacion, proclama su amor y lo publica haciéndolo estallar, se inflama la cera de su rostro

pálido: los nervios de aquella criatura débil y romántica se retuercen en la ira, y el lábio, en un solo grito estridente y agudo, descubre el fatal arcano á Hipólito sobrecojido.

Es doloroso que la estravagancia mas lamentable haga víctima á esta artista eminente de tantos lances ridiculos. Proscripta de la *Comedia Francesa*: fuera de aquel circulo de comparacion y emulaciones constantes en que ha sido mimada por los viejos y por los jóvenes, desde Hugo, el maestro, hasta Banville y Coppeé los discipulos; con una naturaleza delicada, un espiritu educado en todos los detalles de la estética artistica, Sarah Bernhardt se ha impuesto el destierro por una simple exigencia del amor propio. Viaja con cómicos vulgarisimos en Inglaterra, Bélgica y Dinamarca; y en su afan de reproducir á Rachel, se amenaza á sí misma con un viaje á los Estados Unidos. Espiritu preparado fatalmente para la nostalgia, la caprichosa expatriada, cuando se encuentre delante de un auditorio materializado por la mecánica, y democratizado por el *self-government*, sufrirá los horribles dolores de su modelo. La critica parisiense le ha recordado, con motivo de este viaje, aquel verso en que Ovidio lloraba las amarguras del destierro en la tierra poco lirica de los Sarmatas.

«*Barbarus hic ego sum, quia non inteligo illis.*»

Peró Mlle. Bernhardt no escarmentará: continuará formando parte de la *Société du doigt dans l'œil*, un club de excéntricos; recibirá sus visitas en una tumba de raso negro capitonado: se vestirá de hombre para esculpir ó pintar alguna fruslería, abusará hasta el fastidio de la fotografia, y subirá en globo cuatro veces por semana. Nadie le puede disputar en cambio su gran talento dramático. Si en *Fedra* admira, en *Adriana Lecoureur* seduce; la agonía del último acto no tiene nada que envidiar á ninguna de aquellas *muertes* desgarrantes de la Ristori. Esta caía y espiraba como un gigante; ella muere como una flor y arranca lágrimas de las almas mas rebeldes al

sentimiento. La he visto en *Frou-Frou*; jamás la trivialidad de la heroína, su futilidad, su lijereza, encontraron intérprete mas genuino. Y en otra de sus glorias, una de sus últimas glorias parisienses, la Doña' Sol de *Hernani*, en qué la opulenta versificación del poeta se derrama en sílabas mágicas de su lábio, en el 5º acto cuando el veneno de Ruy Gomez le dá la muerte con su amante. No he tenido la fortuna de verla en la reina de *Ruy Blas* y en *Marion Delorme*, donde debe llegar á la cumbre, á juzgar por los recuerdos que ha dejado en la exhibición de los dramas románticos. Pero tanto la *Comedia Francesa*, como el Odeon, y aún el mismo Gymnase, recuerdan su nombre y el de los hábiles compañeros que la han secundado en estas piezas. Si me fuera permitido entrar en los dominios de la crónica íntima de esta *hija del siglo*, haria (sin modestia) algunas páginas anedócticas y entretenidas; pero tengo que pensar que los honestos hábitos coloniales predominan felizmente todavía en los folletines de nuestros diarios, y en que las niñas suelen poner sus ojos en ellos; guardaré pues los chismes para cuando me encuentre solo con los curiosos. Transo con las curiosas haciéndoles conocer los versos de un poeta enamorado de la artista, que la revelan admirablemente:

O Beauté! quels émoi ténébreux tu nous causes.
— Qui peut te déchiffrer, Enigme? quel devin,
Quel poète, envolé loin des terrestres proses,
Dira ton origine, et ta régle, et ta fin?
Voir une femme, c'est comme admirer des roses,
Ou contempler un astre, et ce n'est pas en vain
Que ce lien existe; et les metempsychoses
Peut-être, éclairciraient ce mystère divin!
Regardez celle-ci: quelle impression vibre
En vos esprits, devant ce front pâle et hautain?
Ne vous semble-t-il pas qu'en un temps très lointain,
Son âme voltigeait, calme, invisible, libre
Dans le parfum d'un lys royal, ou dans la voix
D'un rossignol, charmeur mystique des grands boi? .

.....

Tengo que recordar mis noches en la *Comedia Francesa* sujetándome al órden en que he seguido los espectáculos. Desde luego, la admiracion que me han causado las piezas de los autores del mas célebre teatro moderno, representadas por artistas, maestros en la accion y en la diction, ha ido aumentando cada dia con tódos los atractivos de la novedad. Leer el *Cid* entre un circulo de amigos, ó estudiar á Molière en el texto, se indudablemente la tarea mas amena á que un espíritu tranquilo, y despreocupado de tristes recuerdos ó de hondos dolores, puede entregarse. Pero cuánto tiempo habia pasado desde aquellos dias serenos de la juventud en que habia hecho esas lecturas! Me habia olvidado de toda esa creacion de tipos admirables que parecen haber existido realmente en un tiempo, y que hacen el efecto de resurrecciones al verlos aparecer en la escena, no ya bajo los prestigios de la lectura, sinó encarnadas en sus intérpretes, moviéndose y hablando como en la vida.

Los franceses nos llevan la ventaja á los que hablamos la lengua española, de haber cultivado por tres siglos consecutivos su teatro antiguo, mientras formaban su teatro moderno. Tartufo no ha dejado un solo dia de vivir en las tablas: Mascarille no ha desaparecido un instante del cuadro de los criados pillos y descarados; y la mansedumbre y la piedad de Scapin siguen siendo siempre el tipo de la impavidez. Nada digo de *Horacio* que nunca cae, de *Britanicus* que siempre pasma, de *Paulina* que jamás dejará de arrastrar el alma. El olvido del culto artistico ha enterado á Moreto, á Lope y á Alarcon; el mismo Moratin, valiente restaurador de la Comedia española, no tiene ya sinó uno que otro intérprete mediocre. El teatro clásico ha muerto en todos los paises en que se habla lengua española; las tentativas de unos pocos autores modernos no han hecho otro Maiquez, ni otro Romea siquiera!

La Comedia Francesa no olvida una sola semana á los maestros. El drama y la comedia moderna no los ha desa-

lojado un solo día. Sus obras son siempre nuevas y gozan del mismo éxito que obtenían cuando se estrenaban en los escenarios del teatro *Guénégaud* ó en el *Hotel de Bourgogne*:—Dugazon, Talma, Grandmenil, la Vestris, Desgarcins y la Lange, han dejado descendientes ilustres en la casa de sus triunfos; y desde Molière y Raynard, ni un solo día, ni una sola noche ha sido apagada la lámpara del templo. Cuando el romanticismo echó por tierra los ídolos huecos de los *filisteos* y el escenario en que se representaban sus tragedias escritas bajo las reglas mas severas de la retórica y de la métrica, ese teatro fué *profanado* con el drama romántico. Hugo y Dumas, el primero con el lujo deslumbrante de su idioma, y el segundo con sus adivinaciones incomparables del drama histórico, echaron por tierra, es cierto, á los déspotas literarios; pero no hicieron olvidar un solo día á los poetas del siglo dorado. Nadie ha sobrevivido con mas vigor que Voltaire y Molière en las ideas literarias, sociales y políticas de la Francia; y la influencia de las creaciones del último persiste arrastrando todavia por la misma senda la escuela nueva de la comedia.

Vi el «Tartufo» por Got, y por Sylvain que reemplazaba á Fevre en el rol protagonista; pero Orgon es tambien un protagonista y Got es un hombre incomparable! La representacion pasó como un relámpago. Hubiera querido prolongar mas sus escenas; oírle repetir dos, tres y cuatro veces á Sylvain aquellos himnos de la hipocrésia, que han alcanzado tan imperecedera celebridad. Habria querido ver cien veces la cara azorada de Got, asomada por debajo de la mesa en el momento en que Tartufo, creyéndose libre de testigos, declara su repugnante pasion á Elmira. Comprendo el delirio que causó el *Tartufo* en Lóndres, y eso que allí el papel de Orgon fué representado por Barré, que aunque es un artista completo, carece del génio profundo del decano del *Teatro Francés*. La Direccion ha sido ingrata:

despues de esa noche, Tartufo no ha vuelto á aparecer en los anuncios.

La escuela de Molière inspira á la comedia moderna. Orgon reaparece con rasgos mas acentuados en los dramas en voga; y digo con rasgos mas acentuados porque los maridos del *Demi-Monde*, de *le Suplice d'une femme*, del *Sphinx* y del *Ami Fritz* son menos felices que Orgon á quien Molière le dá una esposa fiel y altiva, que castiga al hipócrita seductor. Los padres puestos en ridiculo, convertidos en entes grotescos en *Mademoiselle de la Seigliere* y en *le Gendre de Monsieur Poirier* de Jules Sandeau, recuerdan no poco á Gorgibus en *les Precieuses Ridicules* y muchísimo á Geronte. El adulterio ha sido la musa de Alejandro Dumas: y las *cocottes* las heroínas de Augier. Ahí está la *Aventurera*; un derroche de talentos envidiables como composicion y como forma, pero una creacion que no responde á los grandes destinos del teatro moderno. Llevar, como Alejandro Dumas, (padre) la historia al drama y á la novela para crear la *Reine Margot* ó *Un mariage sous Louis XV*, se esplica y se comprende. Pero no soy de los que quedan deslumbrados delante de las admirables producciones de la literatura dramática de nuestros dias, sin meditar seriamente sobre su influencia en los hábitos é inclinaciones del pueblo que se alimenta de ella. El teatro ¿realiza acaso sus fines haciendo confesar sin esfuerzo al espectador, que Sandeau, que Feuillet, que Augier y que Sardou saben seducir su atencion, hacer saltar chispas de luz del diálogo admirable con que animan sus personajes y sorprenderlos con el desenlace inesperado de sus obras? La sociedad francesa, ó mas bien dicho la sociedad parisiense, necesita otra escuela: y sus encaminadores otra fuente de inspiracion. Cosechar en el *boulevard* las miserias y desventuras de Margarita Gauthier, no es una hazaña; llevar á la escena una heroína del vicio, que se encuentra todos los dias en la calle, no es un triunfo! Y hacer una pieza fria, descreida y

plate para atacar directamente ciertas ideas sociales, como el *Daniel Rochat*, es convertir el teatro en una escuela de decadencia moral. Estos pretendidos reconstructores de la sociedad comienzan por demoler lo existente sin reconstruir nada en cambio. Si el marido y los padres tienen que ser vulgares y esféricos, tipos de la *bourgeoisie* mas grotesca, y si los hijos deben ser licenciosos y calaveras para ser espíritus d'élite, y las esposas adúlteras, para no caer en la prosa tediosa de un hogar honesto, qué puede esperarse de los que consideran compatibles con la delicadeza de los gustos y de los sentimientos artísticos la existencia de un padre vulgar como Monsieur Peirier, y de una mujer bonita que se aburre con las lecturas de Rabelais?

Le Gendre de Monsieur Poirier de Sandeau que acabo de citar, es un ejemplo. Un noble descendiente de una familia histórica, ha hecho un negocio de aquellos en que la vergüenza anda cubierta y la arrogancia del apellido desafiando al mundo. Delaunay, con una educación artística sorprendente y con un estilo que solo un francés es capaz de adivinar, representa á este, verdadero, y para mí repugnante pillastre que se casa con una muchacha delicada, sin amarla y contando solamente con pagar sus trampas con los tres millones de Monsieur Poirier. El Marqués de Presle hace una víctima, y explota un hogar en el cual Sandeau se goza en hacer aparecer á lo vivo la insoportable vulgaridad del suegro. No me extenderé en el argumento porque la pieza es muy conocida, y po que no llevo ese objeto; pero marco una escena para demostrar como, hasta en la forma, se ofende al padre desgraciado que es la víctima de un malvado. Los acreedores del marqués de Presle llaman á la puerta de Monsier Poirier; y el suegro le anuncia al yerno que va á pagar á sus acreedores; el yerno, en el seno del hogar, delante de estraños, presente su mujer, esclama:

— *Mis acreedores? Los vuestros querreis decir puesto que os los hé endosado!*

Esto es *canalla*: es dura y torpe la palabra, no? Os invito á que la remplaceis con otra mas culta y elocuente. Entre tanto, bajo el dominio esclusivo del arte dramático, nada mas admirable que esta comedia, ¿Por qué no emplear el talento de forma y fondo que en ella se ha empleado, en esplotar motivos mas nobles y sentimientos mas encumbrados? La *bourgeoisie* no es un enemigo tan terrible en Francia. Son mas terribles los jesuitas que merecen todos los respetos de Victoriano Sardou; y si se quiere dar batallas sociales y politicas en la escena, por qué no atacar y fulminar al fanatismo religioso ó los excesos de una prensa roja é incendiaria que hace el panejirico de las llamas de 1871?

Molière me ha hecho conocer á Got y á Coquelin; al primero como *Orgon* al segundo como *Mascarrille*. Asistimos con Marengo (Cárlos) á una de las representaciones de *les Precieuses Ridicules*;—habiamos hecho ya relacion con Coquelin en el papel de abogado de *Mlle. de la Scigliere* y nos habia dejado una impresion duradera aquel rostro lleno de impavidez y safaduria. Cuando vimos su nombre en los carteles, el de la Samary y el de su hermano en el reparto de la comedia de Molière, volamos al tearo. Aquella noche tenia tambien otro atractivo; se daba el *Cid*. Prevenidos de la concurrencia que llamarian las dos piezas clásicas, nos anticipamos á tomar localidades y acertamos; — habia á las 7 1/2 una *cola*, bajo las galerias, que me hizo recordar los percances que cuenta Dumas en sus *Memorias*. El *Cid* constituia todas nuestras ilusiones; *les Precieuses Ridicules* cautivaba nuestra curiosidad pero solo en segundo término; en el resultado de la representacion, triunfó Molière.

Worms hacia el *Cid*: la Dudley Jimena —Maubant *Don Diego*—Martel *Don Gormas*. Worms tiene un nombre notorio en la escena francesa; hace pocos dias que ha venido á Vichy á dar su *caballo de batalla*—el *Hijo natural*: en el que ha merecido los elogios de la critica mas severa. Es el intérprete reciente de *Hernani* y pasa por ser un maestro

en la ciencia de la dición. A mí no me ha entusiasmado un solo momento; lo he encontrado discretísimo, hábil, correcto en todos sus detalles; pero aquello que es algo más que el arte, aquello que subyuga más que un acento puro y una acción irreprochable, el fuego, la inspiración, la fuerza, le faltan. Será un maestro, será un actor distinguido, pero no arrebatará jamás como Salvini ó Ernesto Rossi. El público mismo que lo admira, los críticos que lo respetan y lo aplauden, no se exaltan ante él como cuando oyen á Mounet Sully, á Mlle. Favart ó á Sarah Bernhardt. La Dudley es una esperanza y Maubant y Martel no consiguieron á mi juicio, á pesar de sus talentos, levantar el *Cid* á la altura de Corneille.

Entre tanto, y mientras lamentábamos aquel pequeño desencanto, se alzó el telón y descendió de su litera con un desenfado lleno de graciosa insolencia el Marques de Mascarille. Jamás hubo criados y sirvientas más charlatanas, más libres y más gárrulas que los de Molière; y el lenguaje en que está escrito *les Precieuses Ridicules* dá la prueba de las *piéris* que debían ser los lacayos del tiempo de Luis XIV. *Les Precieuses Ridicules* son la parodia burla de las provincianas romancescas y *guarangas* (perdon por el argentinismo) que hablaban con todas las reglas del arte y de la moda haciendo frases de una cultura ridículamente rebuscada y valiéndose de elipsis de lenguaje para manifestar las cosas más sencillas de la vida: —son las niñas que sueñan con la aventura amorosa, y que se fastidian delante de un novio que penetra por la puerta de calle abierta por el mismo padre; que desean que el amor trepe por cuerda al balcón y salte á la calle cuando se vé sorprendido por el ogro paterno; que no falten duelos y heridas, y que la existencia sea un eterno Madrigal. Este tipo tan común de la mujer en todos los países y en todas las épocas, dió motivo á Molière para escribir esta sátira, que es considerada como una de las obras jefes de su repertorio. Todo es bufó en

ella: desde Gorgibus, que comienza por lamentarse del consumo de grasas que demandan las pomadas y afeites de su hija y de su sobrina, hasta los trajes estrafalarios de Mascarille y de Jodelet.

Elles ont usé, depuis que nous sommes ici, le lard d'une douzaine de cochons! esclama Gorgibus desesperado del derroche que representa la *toilette* de Madelon y de Cathos.

Mascarille ha saqueado el guarda-ropa de su amo, y llega ataviado como un paje y perfumado como un pomo. El lenguaje que emplea es la caricatura del lenguaje cortesano que se hablaba por aquellos días en Versailles; y Coquelin tiene una malicia incomparable para reproducir toda la verdad histórica que representa el personaje: se sienta en *las comodidades de la conversacion*: se repantiga en ellas con una magnificencia de príncipe: cruza la pierna indolentemente y poniendo sus guantes perfumados en las narices de Madelon deslumbrada, le dice: *Dedicad un poco á estos guantes la reflexion de vuestro olfato*. La improvisacion del madrigal, cantado y dicho por Coquelin, levanta al público, que aplaude ruidosamente al actor, con cuyos talentos ha contado Molière para triunfar en esta escena.

Y Madelon? Los que conocen á Jeanne Samary podrán decir si jamás Molière tuvo una hija de mas legitimo origen. Jeanne Samary es una de las alhajas de la Comedia Francesa; nunca está inmóvil sobre la escena: sus grandes ojos claros estan llenos de agudas malicias; y su juventud, su frescura, su génio festivo y travieso la hacen incomparable en los roles de sirvientas y damiselas de que jamás prescinde en sus comedias el autor de! *Tartufo*. Son escasas las artistas que provoquen la hilaridad del público con la facilidad de los grandes cómicos. Pues bien! la Samary derrama la gracia desde que aparece, y arranca carcajadas del mas grave y formal espectador. Ella posee tambien, como Coquelin, la ciencia que requieren las representaciones de las obras de Molière; y basta verla peinada y vestida con

toda la extravagancia de que es capaz una provinciana romántica cuyos cascos se han inflamado con el ejemplo de una corte deslumbrante, para reconocer el mérito con que desempeña un papel que es mil veces más difícil que muchos de los que los grandes artistas desempeñan en las piezas modernas.

El drama histórico ha hecho una tentativa reciente, pero desgraciada, en el estreno de *Garin* de M. Paul Delair. Apesar de haber sido representada por Mounet-Sully y Mlle Favart, la pieza, después de haberse arrastrado durante diez ó quince representaciones, ha dado un fiasco completo. Será culpa del público cuyo gusto está mal educado, ó será culpa del autor? Me falta tiempo para examinar las discusiones que la pieza de Monsieur Paul Delair ha provocado. Pero debo ser franco; no me ha parecido tan mala como se le quiere hacer aparecer. Desde luego, hay pasiones bien expresadas y una versificación que se levanta en muchos de los periodos del drama. La escena se desarrolla á principios del siglo XIII. El baron Herbert, señor de Sept-Saulx vive en su castillo feudal con *Garin* y *Alix* sus hijos legítimos, y con Aimeri su hijo bastardo. El viejo noble, fatigado de la guerra se fastidia de su soledad. Para distraerlo se trae al castillo una cuadrilla de bailarines y gitanos; la belleza de Aischa, una de las bailarinas, cautiva á Herbert y á su hijo Garin. Herbert se casa con Aischa: Garin, víctima de celos furiosos, asesina á su padre; y ocultando su crimen. se desposa con Aischa. El remordimiento lo acomete y lo persigue como á Macbeth; en el momento de penetrar con su novia á la Cámara nupcial, la habitación se convierte para ellos en una tumba, y el espectro de Herbert, lívido y ensangrentado, se interpone entre ambos y reclama su esposa al parricida. Garin pretende luchar en vano con la sombra: Aimeri, el hijo bastardo de Herbert, informado del horrible crimen por una adivina, provoca á Garin; el combate judicial se

decreta: Aischa se envenena y Garin se atraviesa el pecho con su puñal.

La Dudley ha hecho, á mi juicio, una Aischa pasable, luchando con los inconvenientes que tiene el carácter pasivo del personaje; y Mounet Sully y la Favart, han puesto todos sus talentos al servicio del autor poco feliz del *Garin*. La pieza ha muerto; su agonía ha sido lenta y dolorosa; en vano se ha empleado en repetirla casi todo el mes de Julio; la víctima ha sido arrastrada cruelmente á su tumba y al olvido.

Todavía no ha llegado el día que anunciaba en mi anterior correspondencia al *Nacional*. Pero ya sabemos que M. Perrin estará de vuelta el 24 en Paris; y que el segundo centenario de la *Comedia Francesa* será celebrado con el *Impromptu de Versailles* del gran Molière.

ASCENSION AL MONTE BLANCO

Valle de Chamonix, Setiembre 3 de 1880.

De Vichy á Lyon y de Lyon á Ginebra! Para entrar á Suiza y hacer una convalecencia dulce y de carácter contemplativo, en los valles y en las montañas de la patria de Guillermo Tell, era mucho mas eficaz este itinerario, que regresar á Paris, para tener que abandonarlo á los tres ó cuatro dias. La gran ciudad comienza en esta estacion á despojarse de sus alegres trajes de verano;—olvida sus parques, sus plazas, sus jardines, las villas encantadas de las márgenes del Sena, y los conciertos al *aire aperto*; para encerrarse en los restaurants de la bulliciosa T que forman la Avenida de la Opera, con el Boulevard de los Capuchinos y de los Italianos. Además, todos los teatros abren sus puertas el 1° de Setiembre. Es duro para algunos abandonar esta perspectiva por los grandes encantos de la naturaleza, y yo tengo algunos compañeros que reniegan diez veces por dia de la vida de *touriste*. Son mis víctimas porque resuelvo no dejarlos nunca quietos, y hacerlos viajar constantemente de un lado al otro. Cuando se resisten, los amenazo con la soledad—el mas elocuente de todos los argumentos, para que me sigan como una sombra.

Vichy nos tenia hartos de salud y de amor platónico: los médicos, que se rien de la agua de Lourdes, han inventado á Vichy, á Carlsbad, á Marienbad y á todos esos pueblitos en que el laboratorio químico de la tierra hace la competen-

cia á los desgraciados boticarios. En ellos, la *Botica de los Angelitos* se arruinaría en una semana y tendría que liquidar. En Vichy he acabado de convencerme de que Eduardo Wilde es un gran médico; él me dijo un día, con ese agudo buen sentido que se espresa siempre, por puro travieso, en una forma que hace enrojecer de escándalo á las palmas de la Facultad de Medicina, que los pueblos de baños debían exclusivamente su fama á una confabulación de los médicos sin enfermos, con los especuladores desgraciados de terrenos. Ni Cervantes ni Molière han dicho una verdad mas grande! Pero á Wilde le ha faltado complementar el cuadro, y decir porqué se perpetúa la confabulación. Se perpetúa porque los pueblos de baños tienen atractivos mas interesantes que la pretendida mala salud de sus visitantes; son el *rendez-vous* de un amorcito culpable, un pretexto para matar el aburrimiento en una carta que le saca del bolsillo al aburrido unos cien mil francos: un medio en fin, para que los cómicos y los cantores no se mueran de hambre en el verano. En cuanto á la salud, nadie piensa en ella; los hoteleros desprecian profundamente al ente raro que sale y entra honesta y regularmente al hotel con su vasito saturado por las aguas minerales. Este tipo es la última espresion del candor humano.

Pero á dónde voy? He puesto á mi correspondencia un título mas pedante que el cartel de un prestidijitador, y me pierdo en una disertacion sobre pueblos de baños! Es necesario subir al Monte Blanco, y llevo ese propósito desde que he salido de Lyon. No se lo comunico á mi compañero porque seria capaz de saltar por la ventana del tren, y volverse á Vichy á tomar las aguas; pero la idea me ha herido como un golpe eléctrico; la he meditado y estoy acariciándola en la mente con fruicion, con verdadera y evangélica fruicion; estoy seguro que propuesta de una manera humilde y tranquila, sin precipitacion y con cierta diplomacia que yo me encargaré de desplegar en el debido

momento, Marenco acabará por convencerse de que oír el *Mefistófeles* de Boito, es una aspiración de mal gusto comparada con la poética ascension á la mas alta montaña de la Europa.

Hemos comenzado por verla con el telescopio desde la esquina de la calle que lleva su nombre, en Ginebra, y yo he agregado tres *oh! oh! oh!* homéricos para equilibrar la admiración de mi compañero. Sin embargo, una malhadada fotografia que hemos visto en una vidriera representando el accidente que diez ingleses sufrieron en 1867 y q' les costó la vida á los diez, ha sido una piedrita puesta en el camino de mi proyecto reservado, y contribuirá en mucho a demorar mi proposición. En cambio, no es posible llegar á Ginebra sin pensar en Chamoni, el dulce y pintoresco valle de la *Linda* y la flor de la Saboya; y en Chamoni se despierta fácilmente la pasión de las escursiones insensatas al Monte Blanco. Cuando se abre la ventana del cuarto y se presencia la caída del Sol, entre los picos nevados, en una tarde placida del mes de Agosto, el espíritu presta fuerzas al cuerpo y el deseo de remontar á las alturas nos agujonea tanto, que acaba por convertirse en una resolución irrevocable. Yo contaba con las maravillas del espectáculo para encontrar mi victima. El camino de Ginebra á St. Gervais y de St. Gervais á Chamoni, nos llevó de sorpresa en sorpresa; hijos de la vasta llanura verde, infinita y monótona, la enorme barrera de montañas que nos acompaña perennemente, como una cárcel ambulante, nos limita el espacio y el horizonte. La mirada recorre las alturas donde el sudario de las nieves eternas encubre el cadáver de la naturaleza en las regiones heladas de la atmósfera; desdiende para recrearse en las faldas risueñas, donde la cabaña suiza, grande y hospitalaria, con sus techos anchos y protectoras que abrigan sus balconcitos calados, aparece á lo lejos como sostenida sobre un guijarro que, al ródar al precipicio por la falda rápida de la montaña, ha encontrado un obstáculo

que lo ha detenido para servir de cimiento á la morada del hombre. Y cuando despues de admirar las albas frentes de los picos y las verdes espaldas de las cuestas, sumergimos, la vista en el hondo valle, que se estiende á nuestros piés bañado por las aguas bullentes y correntosas del Arve, el alma quiere escapar de aquella urna profunda que la oprime; y los ojos buscan en vano en el horizonte la linea fugitiva en que la patria planicie se une, en un beso eterno, con los últimos confines del espacio:

.....«*el desierto*
in comensurable, abierto»

de Echeverria, que ha sabido demostrar con el pincel de los grandes maestros la solemne magestad de la *pampa*.

¡Ah! Chamonix contribuye á sumergirnos en una melancolía que nos sella los lábios y que deja escapar en el silencio del sentimiento una pena profunda, sin causa, y que existe sin embargo en las almas de los que saben inspirarse delante de la belleza eterna de la naturaleza. Es necesario remover esa atonía perjudicial, y reir, y gozar, y sacudir del espíritu el *spleen* que pretende invadirnos. Maldito valle con toda su peligrosa poesía! La belleza melancólica de la tarde es irresistible; ni una brisa, ni un rayo de Sol! yá el viento ha plegado sus álas y el Sol se ha escondido del lado de Italia: la aldeita hormiguea en el seno del valle sumergido en la luz intermedia del crepúsculo; las paisanas de la vecindad bajan á Chamonix á vender la miel de sus abejas, la crema y las fresas de sus montañas; abandonamos la fastidiosa *table d'hote* para hacer la cena frugal de los caballeros andantes; pero la dulzura perfumada del panal y la fragancia de la fruta me trae á la memoria escenas muy queridas, y el hambre se me quita, y el corazon se me oprime á cada bocado, y mi compañero acaba por empalagarse con la miel y por renegar contra toda la poesía de aquella comida anacreóntica. Salimos á la calle; el rebaño de cabras que regresa agitando los cencerros, y la campana destem-

plada de la iglesia que toca la oracion, y cuyas vibraciones encuentran un éco triste y prolongado en el seno de la montaña, son otros tantos écos de la tristeza que nos persigue. Los grupos de desconocidos que pasan por nuestro lado hablando lenguas diferentes, la luna en fin, el astro mas triste del cielo, que aparece entre la niebla ligera en que se han envuelto las regiones superiores de las montañas, todo contribuye á dejarnos místicos y pensativos con la idea fija en la patria, en el hogar y en los amigos.

Es necesario un esfuerzo supremo para arrancarnos del tédio; un medio poderoso, algo que despierte grandes emociones, que sea una preocupacion viva y que desvie el espíritu del sentimentalismo que lo inunda. Volvamos al hotel á dormir; hemos hecho diez horas en diligencia desde Ginebra á Chamoni, y estamos molidos; la fatiga contribuye á la postracion moral en que nos encontramos; mañana, la luz risueña de la aurora, los cantos alegres de los pájaros y el bullicio de la aldea que despierta, nos infundirán alegría, ánimo y resolucion.

Yo, en medio del contagio melancólico de mi compañero, no habia olvidado de acariciar un solo instante mi propósito de ascension al Monte Blanco. Durante la tarde mis tentaciones se habian duplicado con la vista de su cúspide magestuosa, con las de los *glaciers* de Bossons y Tacconnay y con las puntas enhiestas de las agujas del Mediodia, de Bletiere y de Charmoz. Habia acariciado por lo menos una excursion á la *Mer de Glace*, á la cadena de las Aiguilles Rouges, al Brevont y á la Flegere; y dentro de mi mismo hice el juramento de no seguir á Martigny sin escaparme de este valle melancólico, saltando por sobre las montañas que lo rodean.

.....
Un incidente curioso que tuvo lugar á nuestra vuelta al hotel del Mont-Blanc, donde nos hospedamos, vino á favorecer mi proyecto, que, hasta entonces, yo guardaba en la mas

profunda de las reservas. Cuando entramos al hotel, en una pieza destinada a sala de lectura había un número considerable de personas que al parecer mantenían una discusión vivísima. La curiosidad nos hizo abrir los ojos y los oídos, y con el derecho de huéspedes penetrar en el recinto del debate. Había en el centro, sentados en el sofá y en las sillas, seis personas, cinco hombres y una mujer, y alrededor presenciando la discusión, como nosotros, ocho ó diez individuos más. Se trataba de subir al Monte Blanco en la mañana siguiente, y el proyecto se discutía de la manera más formal:—los expedicionarios eran dos ingleses, Mister Thebald Gostwyck y Misses Ida Gostwyck su señora; un ruso, el conde Birbichkoff; un italiano el Signor Giacomo Dellepiani; un distinguido naturalista francés Monsieur Ricamord, y un japonés, cuyo nombre puedo estornudar pero no escribir, porque nuestro abecedario es de una pobreza menesterosa para escribir el dulce idioma del Japon. Delante de estos caballeros (bien puede pasar por tal Miss Ida), silenciosos y resueltos estaban los dos guías más afamados que tiene Chamonix, para las ascensiones de la gran montaña—Alberto Tournier y Benoni; dos saboyardos con caras, con cuerpos y piés de antelope, impagables para encaramarse en la misma punta del Himalaya.

Mister Tebaldo Gostwyck estaba rojo de indignación y de *whisky*; dos compatriotas suyos, comprometidos para la ascension del día siguiente, se habían *echado atrás*, descompletando el número de la partida; el amor pátrio estaba herido en lo más sensible, y los furores del caballero Gostwyck reconocían una causa justificada. Misses Gostwyck lagrimeaba de vergüenza; el japonés trataba en vano de consolarla: el signor Dellepiani juraba, uniendo en consorcio inconveniente á la Madonna y al *dulce Baco*, que los dos ingleses habían manchado la historia de las ascensiones; el Conde ruso manifestaba su rabia concentrada en la inmovilidad de sus ojos penetrantes, sombreados por dos cejas

en forma de acentos circunflexos, y Monsieur Rieamord, como buen francés, gozaba del mas fresco y espontáneo buen humor.

« Señores, decia Mister Gostwyck, en un francés excelente; en esta espedicion, la Inglaterra, pensaba estar representada, como siempre, por doble número de fuerzas, y hé aquí que dos ingleses, vergüenza me dá declararlo, han desertado, fugando ignominiosamente á Martigny. En esta pequeña y fácil empresa, todas las nacionalidades que se han dado cita este año en Chamonix están representadas; pero la comitiva desearia que si hubiera algun caballero aleman, español ó portugués entre los presentes que quisiera representar á su nacion en la partida, lo hiciese y se nos incorporase mañana. » Ni un aleman, ni un portugués, ni un español, se encontraban allí para aceptar la *galante* invitacion de Mister Gostwick, y un silencio profundo reinó entre los circunstantes. Marengo me tiraba del saco para sacarme afuera, porque veia comprometida nuestra posicion de extranjeros, y las indirectas de Mister Gostwick podian alcanzarnos. Yo lo convencí en el acto de que no éramos ni alemanes, ni españoles, ni portugueses, y que por consiguiente la alusion de milord no nos llegaba; pero de repente Miss Ida que desde que entré me habia mirado con unos ojos llenos de simpatia, á causa tal vez de mi traje inglés, fijó la vista en mí, y con el acento mas dulce y político de la tierra me preguntó:

¿Are you english also? Es Vd. inglés tambien?

—«No, Madam. Y am.....» y busqué los ojos de Marengo para interrogarlo y le encontré una fisonomia descompuesta pero resignada. Imposible pasar por japoneses y á Roma por todo!

—«*Y am american*» contesté resueltamente y en un inglés tan pasable, que Misses Gostuyck, con una sonrisa de inteligente complacencia, agregó, talvez con la última duda que le producía mi poco sajona fisonomia.

— *¿Yankee-no? South Carolina. ?*

— *No lady, River Plate.*

En cuatro palabras, Mr. and Misses Gosturik, el Sor Dellepiani, el Conde ruso, el doctor Ricamord y el japonés, se dieron cuenta de nuestra nacionalidad; el Sor Dellepiani por otra parte conocia el Rio de la Plata, lo habia visitado durante la guerra del Paraguay, tenia un amigo en la Boca, é hizo un elocuente discurso sobre nuestro país y nuestros hombres. Estabamos en descubierto y Marengo renegaba contra la curiosidad que nos habia llevado á aquella cueva de insensatos decididos á romperse el pescuezo á la mañana siguiente. La galanteria exquisita de Mister Gostuick no se hizo esperar, y á las pocas palabras, nos encontramos clavados con una indirecta que consistia en manifestarnos que nuestro país, teniendo dos dignos ciudadanos como nosotros, no podia sin deshonor quedar sin representacion en la empresa. Invocamos nuestro delicado estado de salud; argumento viejo y usadisimo, que hizo sonreir de incredulidad á Misses Gostuick, y de desprecio al japonés; la lady me contestó que ella estaba bajo la influencia terrible de un ataque de paperas y que contaba con una cura inmediata en la cima del Monte Blanco. El italiano nos invocó á Garibaldi; el Conde Birbichkoff nos hizo una gárgara con algunas palabras en ruso que debian ser muy convincentes; Monsieur Ricamord nos cantó la Marsellsa «*Allons enfants.....*» y el japonés rumió tambien con una galanteria dulcísima y en su idioma, la última súplica.

Yo estaba decidido, y por mi parte, con grandes deseos de realizar la empresa—sentia por mi compañero que no me queria abandonar por nada, pero á quien es necesario reconocerle el ódio recalcitrante que tiene por las escur-siones; pero al fin nos decidimos y firmamos la acta y el contrato con los guias celebrado por intermedio de lord Tebaldo. Marengo y yo careciamos de trajes, de calzado y de los demás elementos para la espedicion;—pero á la

primera observacion, último recurso para exhónerarnos de la fiesta, tuvimos todo lo que pedimos, con mas, lo que no sabiamos que era indispensable. Para cada uno un gorro de punto de lana; guantes para las muñecas, calcetas para cubrir el calzado á fin de no deslizarse sobre el hielo, un báculo gigantesco, de pino nervioso y elástico, una cartera para unos sandwichs y un frasco de *why-ky*. Las cuerdas y las escaleras y demás elementos para la ascencion debian ir en manos de Benoni, de Tournier y de los demás guías. Hora de partida: las cuatro de la mañana en punto en la puerta del *hotel del Mont Blanc*. La melancolía desapareció y nos recogimos ajitados por una emocion estraña. Antes de apagar la vela, me cayó á la mano un «*Figaro*» del 24 del corriente, que daba cuenta de un accidente que le habia acaecido á un estudiante de Montpellier, que, dias antes habia tentado una ascencion; se habia desprendido un trozo de hielo que debia servirle de escalon en un mal paso, y cayó á 40 metros, arrastrando en su caida el témpano que aplastó á uno de los compañeros que habia quedado abajo. Maldito diario y maldita noticia! Y esa Misses Gostuick y ese japonés temerario que estarán durmiendo en este momento llenos de risueñas esperanzas!

A las 3 salté de la cama, hice levantar á Marengo, nos disfrazamos con los trajes facilitados por el matrimonio Gostwick;—tomamos una tasa de café con crema y miel para aliviar la última amargura de la partida, y nos estacionamos en la puerta de calle. A las cuatro toda la comitiva estaba congregada y pronta para partir, ménos el Dr. Ricamord; el pícaro francés estaba encerrado en su cuarto y no abria ni á Cristo. Habia sido mas sabio que nosotros. La indignacion de los expedicionarios estalló: los ingleses atacaron á la Francia y á los franceses; y recordaron la justicia del castigo de Santa Elena; el signor Dellepiani habló de Magenta y Solferino, el conde ruso dijo que los franceses necesitaban otra Moscow, y el japonés disertó

enérgicamente contra la falsificación de abanicos del Japón que se hace en París. Yo y Marengo en mútuas confianzas reconociamos la acertada travesura del Dr. Ricamord...!

Debíamos de ascender en el día hasta el albergue de *Grands-Mulets* para hacer noche allí y continuar hasta la cima en la madrugada siguiente. Comenzamos la marcha atravesando el dulce valle, que nos parecía mas alegre que la tarde anterior; comenzaba á aclarar, y un grupo de curiosos habíase reunido en la calle para ver partir á los expedicionarios al Monte Blanco. Todos íbamos en mula ménos los guías, y debíamos abandonar nuestras cabalgaduras en el *Pavillon de la Pierre Pointue*: de allí á pié. La ascension comenzó fácilmente; la mula, hábil y prudente, no pone la pata sino sobre el terreno firme, despues de haberlo despojado de las piedritas que le sirven de obstáculo peligroso: además, no mira nunca el precipicio, y es bastante animal para no sufrir de vértigo. Qué cosa horrible es el vértigo á 2,000 metros de altura!

A las seis y media estábamos en el restaurant de la *Pierre Pointue* admirando las ondas sólidas del enorme glacier des Bossons: parece un torrente gigantesco conhelado instantáneamente en el momento mismo en que se iba á desbordar al valle arrastrando todo lo que encontrara á su paso. El japonés comenzó á tiritar ante el espectáculo de aquellas ondas puntiagudas, diáfanas é inmóviles; parecia aquéllo un pueblo de fantasmas blancas, y la imaginacion pretendía adivinar formas humanas en los relieves de los hielos. Por el frente apareció el Monte Blanco en toda su alba magestad; apenas una aureola de nubes blancas circundaba su cima como corona flotante, y comenzaba á evaporarse á los primeros rayos del sol y al sople de las brisas de las regiones superiores. Me parecia tan conjetural llegar hasta la altura, que estuve por derrumbarme al valle é incorporarme al francés. El pequeño refrigerio terminó, y emprendimos la ruta á pié por una cuesta empinadísima; los tacos

sufrían todo el peso de la marcha, la espalda, y la cabeza agoviadas, y el cuerpo sostenido por el báculo, cuyo diente férreo mordía la tierra y aseguraba el paso. Seguíamos la marcha en el orden siguiente: Benoni y otro guía adelante, en seguida Misses Gostwick y despues Dellepiani, Marengo, Bisbichkoff, Mister Gostwick, yo y el japonés;—detrás del japonés el guia Alberto Tournier y dos guias mas. Ibamos derecho á rompernos el alma en un precipicio ó á hundirnos en un témpano de donde algun perro de San Bernardo nos extraeria quizás como un helado de crema. La conversacion de la marcha, cuando Benoni daba permiso para conversar, era bastante desconsoladora; Misses Gostwick contaba el número de víctimas que habian causado las ascensiones y daba hasta los nombres; Mister Gostwick por precaucion habia testado al salir de Lóndres, y los guias encontraban muy prudente esta última medida; Marengo y yo íbamos místios y muertos de fatiga. Despues de una hora de marcha llegamos á la *Pierre de la Echelle*, verdadero precipicio, ironia de escalera, la que no hay mas remedio que trepar ó decidirse por los 3,000 metros en que se hunde la visual. Y sin embargo, tengo una memoria dulce de aquellos toscos escalones labrados en la roca viva; ellos fueron el último límite de la tierra firme; dimos dos pasos mas, y ya nos encontramos en un mar de hielo inconmensurable. Y hay quien ambicione el polo despues de conocer estas regiones!

Antes de entrar á los dominios de los hielos nos sentamos en fila en la estrecha ladera, y Benoni y Tournier nos colocaron las calcetas para no resbalar. Misses Gostwick depositó con poco pudor su pié y su pierna en manos de Benoni, que debió encontrarlas con una temperatura igual á la de los hielos porque no hizo la mínima demostracion de entusiasmo. Verdad es que Misses Gostwick tiene 48 años, unos ojos color ágata, indescriptibles; es flaca como una espina dorsal de anguila, tiene dos brazos que son dos pajas á

cuyos extremos están pegadas unas manos largas y chatas como dos ostias. El japonés se calzó sus medias fácilmente y seguimos la marcha por aquel campo de cristal. Atravesamos el glacier de Taconnay con una labor ímproba; y arañando con piés y manos los hielos, arribamos en hora y media á la morada de Silvain Couttet, el águila solitaria *des Grands-Mulets*, la última estacion en que vive el hombre en Europa entre el cielo y la tierra. Couttet es como un oso blanco domesticado, y á pesar de vivir entre los hielos sabe ofrecer el calor de la hospitalidad en su tosca cabaña de piedras. Allí debíamos cenar y pasar la noche; Couttet estaba provisto; tenía dos cuartos de *chamois*, la cabra salvaje de los Alpes, galleta y aguardiente para calmar el hambre y la sed; para postre Misses Gostwick nos invitó con unas pastillas de clavo y pimienta, que á pesar de la temperatura, nos transportaron por unos instantes, á mi y á Marengo al Ecuador. Por camas no teníamos mas que el suntuoso lecho de Couttet (dos tablas de pino) y las piedras del piso de la cabaña, infinitamente mejores que la superficie bruñida del hielo. Concluida la cena en la que Benoni, Misses Gostwick, Dellepiani y el japonés brindaron con whisky por la próxima confederacion de sus cuatro naciones respectivas, Misses Gostwick cantó una cancion inglesa en *fa* con una voz de pito de cazador. La aplaudí frenéticamente á pesar de las avisadas protestas de Marengo que no sé si pretendia á oír en el Monte-Blanco la Sonámbula cantada por la Nilson.

La noche se pasó oyendo las relaciones de Couttet, y celebrando el postre con que pretendió invitarnos el Conde Birbichkoff: una vela de sebo! La devoró con ánsia y dejó el pábilo seco admirando nuestra falta de apetito. Los demás compañeros dormian en el suelo; el italiano soñaba con la confederacion futura; el inglés juraba que la Francia no entraria en ella, y el japonés estaba resuelto á fundar un diario (en su idioma naturalmente) en cuanto se esta-

bleciese en Ginebra. Misses Gostwick dormía (*vestida y sola*) en la cama de Couttet, y yo y Marengo al oír las historias dramáticas de las ascensiones que nos hacia nuestro huespéd, comenzábamos á creer que habíamos hecho una barbaridad; por fin, pudimos morder tambien el sueño, y acurrucados junto al cariñoso fogón, nos dormimos con un costado abrigado y el otro helado. El ladrido de los perros de Couttet y los aprestos de los guías nos anunciaron la hora de la partida. Era noche todavía y sin mas *toilette* que pasarnos las manos por la cara nos pusimos en marcha.

Cuando asomamos las narices afuera, el suelo estaba blanco como la hoja de papel en que escribo; la tierra no se veía, una densa masa de nubes la cubría totalmente, las estrellas brillaban con un vivísimo esplendor y la luna derramaba un reguero de luz opalada sobre aquella inmensa y diáfana superficie. En la altura ni una nube: — las montañas hasta las cimas, se presentaban distintamente; allí el *Monte Blanco*, allá la *Aguja del Medio día*, acullá el *Dome du Gouté* y la vasta *série*. Qué es aquella fogata que alumbra en la pendiente lejana? Algunos expedicionarios que queman grandes troncos de pinó sobre los hielos? Imposible!.....Es el sol que rompe su marcha entre el seno de las montañas; primero se diseña un rasgo rojo casi imperceptible y á los pocos minutos su disco aparece en todo su esplendor! Ya se remonta el padre de la naturaleza cuyos rayos no pueden dar vida á estas cimas frias y elevadas. El cuadro es grandioso y extraño, pero la empresa absurda. Ah! que sábio fué el francés en preferir su cuarto y su cama en el Hotel del Mont Blanc al Mont Blanc verdadero.

La senda ya no existe:—el camino es todo el piso, y cuando la cuesta es perpendicular Benoni y Tournier, con sus compañeros, colocan la escalera de manos, y cuando ella no alcanza, el hacha de estos hijos intrépidos de lá

montaña, labra en los hielos, dos, cuatro, seis escalones, que hacen la ilusión del mármol. Misses Goswick es la primera que se lanza despues de los guias; en seguida su marido, despues nosotros; el japonés es siempre el último y casi siempre hay que izarlo porque se le ha helado un tobillo. Caminamos en dos grupos amarrados todos á una cuerda cuyos extremos delanteros conducen Benoni y Tournier con increíble agilidad. Comenzamos á bajar una pequeña caída de la montaña para volver á repechar la cuesta que está en frente; pero al llegar á la garganta nos encontramos con un precipicio profundo que divide las dos orillas; ¿cómo salvarlo? Benoni recorre con una mirada de águila los alrededores, y descubre, allá abajo, un pequeño arco natural, que puede servir de puente; el arco es débil, angosto y poco liso en la superficie que debe servir para salvarlo. Misses Goswick, con una temeridad que le vale una reprimenda furibunda de su marido que olvida entre los hielos y por un momento las conveniencias del lenguaje, es la primera que pone el pié en aquella trampa; — el arco flaquea, pero la audaz inglesa tiene tiempo de retirar el pié antes que se derrumbe. Un grito de horror atruena aquellas soledades: pero Mister Gostwick no se horroriza. Estamos incomunicados con el otro lado de la montaña y en una península que nos permite retrcceder pero no avanzar. Y mientras tanto es necesario llegar á la cima; el italiano y el japonés proponen un regreso honorable; el baron ruso se resiste y Misses Gostwick nos amenaza con el suicidio si no avanzamos. Benoni encuentra por último el medio de afirmar los extremos de su escalera en cada una de las márgenes del precipicio y por este medio pasamos todos como por una trampa. El japonés al pasar trastabilléa y se encaja con una pierna, entre los palos de la escalera, pero está amarrado de la cintura por la cuerda salvadora que nos une á todos; Benoni de un tirón lo iza como un fardo. Comenzamos ahora lo mas sério; estamos casi en la

cima: y para pisarla nos falta apenas 60 metros; pero es necesario remontar una pendiente lisa como una lámina y empinada como los palos de una A. Los guías labran escalones en ella y comenzamos esta ascension atados los unos á los otros. Benoni y Tournier, siempre en la punta, trepan el último escalon; pero una imprudencia del japonés que desde *les grands Mulets* viene tiritando de frio y de miedo, hace perder el pié al conde de Birbichkoff que á su turno arrastra á Misses Gostwick. Yo encomiendo mi espíritu á Dios porque veo el instante en que detrás de la *lady* rodamos Dellepiani, Misses Gostwick, yo y Marengo; y me afirmo sobre mi escalon; pero ¡oh fortuna! la cuerda cede y los de arriba permanecemos en nuestra posicion. Qué ha sucedido? Dellepiani, riéndose y viéndonos perdidos ha sacado su enorme navaja y ha cortado la cuerda—el último y único lazo que lo unia en la vida con Misses Gostwick! Esta, el japonés y el baron ruso han desaparecido en el precipicio: 4740 metros!! Qué horror!

Dellepiani se disculpa; no habia otra cosa que hacer! Pero cuando temiamos la desesperacion de Mister Gostwyck, este nos deja helados de espanto y de indignacion!

—Misses Gostwyck era una coqueta, dice, y Dios la ha castigado dándole la tumba que merecen las coquetas. En cuanto á Birbichkoff, no valia ni un *kopeck* (*).

Nos miramos sobrecogidos; y como el peligro estaba en todo su apogeo yo pensé y envidié la fortuna de Plinio, que al fin y al cabo murió abrigado. Decididamente el italiano nos habia salvado á todos, pero Mister Gostwyck era un salvaje. Yo, mientras conocí á Misses Gostwyck jamás le descubrí un solo acto de coqueteria. A no ser que el japonés.....Pero cá!

Estábamos en la misma situacion y sin resolvernos á subir ó á bajar. La catástrofe habia sido espantosa; y fuera

(*) Moneda rusa.

de bromas, costaba tres vidas. Se decidió por una resolución firme y enérgica seguir hasta la cima. Pero cuando Benoni puso el pié en el último peldaño de las gradas labradas por su hacha, sentimos un estampido horrendo en la altura y vimos venir, lanzado hácia nosotros, un enorme alud que parecía una montaña.

—«Estamos perdido!» gritó Benoni y se dejó caer.

Yo ya me sentía aplastado por el enorme témpano, cuando Márenco, sacudiéndome fuertemente, me despertó de mi ascension al Monte Blanco con una tasa de leche y con una fuente de miel de Chamonix.

Eran las 8 de la mañana y recién abría los ojos en mi cuarto del hotel del *Mont Blanc!*

•

LA SUIZA NUEVA

Berna, 10 de Setiembre de 1880.

Hé aquí un país que podría compararse á una colmena. El espacio de tierra que ocupa es reducido, la labor récia y productiva, los campos bellos y fértiles, las abejas belicósas y nómades. Celosos de su autonomia y de su independencia selvática y montañés, los viejos y los nuevos helvecios han defendido mas de una vez sus sierras y desfiladeros, y en mas de una ocasion han emigrado por bandas á servir bajo banderas estrañas como los soldados de Hamilcar. Tres retazos de tres grandes pueblos han formado esta patria pequeña, que podría compararse á un condominio político, si dentro de esas montañas y de esos valles pintorescos, no hubiera surjido un vecino que representa toda una nacionalidad. *Pas d'argent, pas de Suisse*, ha dicho con malicia la cáustica sátira francesa de la revolucion al otro lado de Ginebra. El italiano académico de Turin y de Milan se escandaliza al oír el idioma que hablan los bárbaros de Locarno; y los hijos legítimos de Alemania necesitan de intérprete para hablar con los paisanos del Oberland Bernés: Lo primero no es cierto como definicion del carácter nacional; un suizo del Tesino no es mas interesado que un barquero del Golfo de Nápoles, ni habla un dialecto mas detestable que él; y la Alemania puede recibir en sus mas inexorables academias los libros de Rodolfo Wyss, de Hegner, de Betzius y de Kuhn. Si la Suiza pu-

diera ser extraída de raíz, como una planta, del espacio que ocupa en el mapa de Europa, para surgir como una isla en cualquiera de los mares del globo, la Inglaterra podría decir que tenía una rival en medio del Océano. Desgraciadamente este pueblo está condenado á vivir como una nuez: herméticamente encerrado por sus vecinos, que por todos los costados les tienden la mano diariamente sin abrirles la puerta jamás. Cuánto habria dado la Suiza, si como Bolivia hubiese tenido el erial de Cobija para asomar una mano por el Mediterráneo!

Y entre tanto, este país que vive en los valles y cuyos hijos se trepan á las montañas, tiene algo mas que mostrar que las eternas bellezas de sus paisajes. La naturaleza le ha dado todos sus elementos y todas sus fuerzas, simples pero grandes:—los bosques seculares de pinos y de cedros que caen bajo el hacha del leñador; el torrente que hace inútil la fuerza finita y limitada del vapor y que mueve la rueda sencilla en cuyo tronco se hienden los árboles y se labran las piedras; sus ganados cuyo número es fabuloso en proporcion de la tierra en que pacen; sus ciudades y aldeas donde florece un verdadero industrialismo de colmena, que si no hace del suizo un artista, lo dota con toda la ciencia práctica é ingeniosa del obrero, que, á favor del lente anima la pequeña pero complicada armonia del reloj, y encuentra en la caja de música una mecánica para interpretar automáticamente las inspiraciones de Bethoven y de Mozart. La libertad ha formado en esta tierra una familia artificial que ha adquirido al fin una naturaleza social y política bien definidas. Esa raza que habla tres lenguas, ha fundado un sistema parlamentario de primer orden sin convertirse en una Babel; ha hecho estado del distrito, municipio y comuna libre de la ciudad, de la villa, de la aldea; asociacion del vecindario: escuela de todo el territorio, ciudadano al ejército; banco de la riqueza cantonal, institucion de la caridad. Ha

levantado como los pueblos griegos cátedra para la moral, para la virtud, para la templanza, para la ciencia y para la industria. Ha perforado las mas altas y difíciles montañas de la Europa: ha trepado el riel hasta sus cimas: ha provocado y salvado una reforma religiosa: se ha arrancado de los despotismos y de las conmociones revolucionarias de la Francia; ha conjurado el militarismo social y político de la Alemania: ha admirado é imitado á Washington, ha llorado á Lincoln, ha plantado en fin en un pedazo de la Europa el árbol de la democracia cuyos frutos, ay! se malogran entre los senos exhuberantes de nuestra América!

Esa es la Suiza nueva: la que antes fué mercenaria de los Luises y de los Papas, que tuvo tambien sus *Niebulengen*, que no ha olvidado nunca su epopeya, y que desde las cimas de sus montañas mira por sobre los tronos el porvenir de la familia humana. Yo la amo porque amo la libertad con el trabajo. No hay pueblo libre sin talleres, sin escuela, sin esos grandes medios que hacen del hombre una fuerza deliberada, y nó un pária bueno para todo y para nada, un enfermo de empleomania, que porque sus padres, el vecindario, la escuela, la sociedad, la patria en fin, lo le dieron un oficio ó una profesion, un brazo diestro para la frágua, ó un espíritu preparado para las altas creaciones, se vé en el caso de aspirar en toda la plenitud de sus fuerzas físicas y morales al puesto improductivo del empleado, propio solo, en un país libre, del inválido, del anciano y de la mujer. Y digo de la mujer, porque en Suiza la mujer no es solo el ser pasivo de nuestras sociedades hispano-americanas en las que palpita la colonia todavia; en Berna, el Palacio Federal, durante el receso, nos ha sido mostrado por dos paisanas bernesas, inteligentes y competísimas. Oh! Qué sátira habrían levantado nuestros hábitos primitivos en la República Argentina, si hubiéramos destinado á los regalones porteros del Congreso á

aserrar maderas en el Parque, dando la guarda de la casa á cuatro muchachas bonitas.

El suizo es un hijo de la industria y el cultor mas devoto de sus derechos y de sus deberes cívicos. No tiene en general el espíritu artistico, á pesar de los que se llaman Rodolfo Töpfer en las letras, James Pradier y Niedermeyer en el arte. El suizo es un término medio entre la abeja y la hormiga. La abeja zumba, el suizo satisface en el hogar sus gustos musicales con el hilo de melodia que produce el cilindro erizado de la caja de música contra los dientes del peine. La abeja y la hormiga labran sus celdas y elaboran eternamente en sus claustros: el suizo, metido en su cabaña, rodeado de sus hijos, todos con un cuchillo en la mano, labra monótonamente, noche por noche -del largo é inclemente invierno, las típicas reducciones de sus casitas campestres, las picas con sus empuñaduras complicadas, los rebaños de cabras salvajes, y ay! de la estatuaria griega! los ingénuos bustos de sus héroes! Pinta en porcelana, fria y mecánicamente pero con exactitud; rivaliza con los joyeros de Pforzheim en la elaboracion del *doublée* y del oro de 14 quilates; es un poco pastor de Arcadia porque fabrica quesos y beneficia miel: y bien mereceria que sobre la puerta de sus casas se grabasen aquellos versiculos célebres del poeta latino *Sic vos non vobis...*

Pero esa abeja ó esa hormiga que deja que Florencia haga por el arte, Paris por la gracia, Berlin por la inspiracion, sabe que la colmena y el hormiguero es un pueblo ó una sociedad organizada. Exijidle sus ahorros en dinero ó en mercancías, y en el primer caso el suizo os mostrará su libreta de banco, sus títulos de crédito; y en el segundo caso, su cosecha floreciente ó sus graneros repletos. Exijidle su servicio militar y abandonará en manos de su familia los instrumentos de la labranza, su taller, sus rebaños; tomará las armas; cumplirá sus deberes de ciudadano y de soldado, y regresará al hogar con un sentimiento pla-

centero de haber cumplido su obligacion con la patria que lo proteje, con el vecindario que necesita de policia, con las leyes en fin que requieren guardianes en todas las sociedades organizadas. Llamadlo á votar, é irá cantando sus aires nacionales á las urnas, á elegir su cura si es católico, su pastor si es protestante, sus autoridades locales si vá como vecino á constituir el gobierno de lo propio, sus parlamentos si como entidad política de la nacion. La Suiza es una nacion eminentemente municipal á pesar de las tendencias unitarias que han predominado casi siempre en su forma republicana de gobierno. El derecho municipal es el que ha engendrado las pequeñas pero múltiples asociaciones de beneficencia, de proteccion mútua y de la enseñanza, etc. El derecho municipal es el que ha reducido el pauperismo, aplicando aquella máxima inexorable de un ministro británico que declaraba indigno al inglés indigente, y repartiendo y arrendando la tierra en proporciones sábias y justas. El derecho municipal en fin, mas enérgico, mas fuerte aún que en Inglaterra, ha combatido la ebriedad, *esa peste del aguardiente* como la llamaba Zchokke, que ha asolado mas de una vez los cantones populosos de Berna, de Lucerna y de Zurich.

Es necesario ver como brilla la aldea suiza desde Ginebra hasta Basel ó Schaffouse. Ahora cincuenta años, ménos tal vez, ahora veinte y cinco años, el paisano suizo era un simple medio en manos de los partidos urbanos. En las hondas disenciones religiosas iba á las filas fanatizado por su caudillo. Se le ha visto ciego de ira en la guerra de la fé en Zurich volar al combate á las órdenes de un pastor, y producir los motines populares que los suizos alemanes conocen con el nombre de *putsch*. En las revoluciones del Tesino, en la guerra civil del canton de Valais en 1844, en las grandes expediciones de los cuerpos francos, el paisano suizo ha sido muchas veces un instrumento inconsciente de grandes pasiones sociales y políticas—ignorante, torpe,

fanático y no pocas veces indisciplinado. Pero el principio democrático que asomó poco tiempo después de la revolución de 1830 y que suprimió el viejo régimen derrocando á Carlos X y á Polignac, preparó y consumó al fin, aun contra las amenazas de las grandes potencias vecinas, el pacto de 1848, que constituyó la autonomía y la alianza constitucional de veinte y dos cantones, y que consagró todas las bases fundamentales de la actual confederación. Hoy el paisano suizo, el último aldeano de las mas pobres poblaciones del canton, conoce sus derechos, respeta y cumple conscientemente sus deberes, sabe lo que se debate en Berna por el Congreso Federal, lo que se discute en la Capital del distrito cantonal, profesa un culto, cuyos principios elementales de religion le son perfectamente familiares, sabe leer y escribir, está familiarizado con su derecho electoral; y lo que es mas curioso todavía, conoce los candidatos y los sostiene ó combate casi siempre con juicio propio. Esto lo ha hecho la educación. No es raro hoy, en el día Domingo, al pasar en la diligencias que recorren las altas laderas del Brunen, ó que descienden á Martigny por el Valle del Rhône, ver en la puerta del Albergue á un campesino leyendo en voz alta la gaceta de la ciudad ó del vecindario á un grupo de vecinos entre los cuales se discute y se analiza el artículo después de leído. No quiero decir con esto que este estado social sea perfecto; en materias políticas y administrativas la perfección es siempre un ideal, una eterna sombra, una aspiración. El suizo, lo he dicho antes, término medio entre la hormiga y la abeja, está sometido á cargas y tributos duros; las contribuciones lo persiguen y lo agobian, la heterogeneidad de raza y de lengua resiste á fundir la familia nacional en un conjunto uniforme. La situación mediterránea es una amenaza en los cambios periódicos y repentinos del mapa europeo; pero muy feliz es el hijo de ese pueblo, que por mas modesta que sea la posición social que ocupe, sabe darse cuenta de estos gran-

des problemas por sí mismo, para buscar los medios de corregir los defectos y marchar sereno á la perfeccion por medio de la reforma.

He tenido la mala fortuna de encontrár en receso el Consejo Federal. Habria deseado ver espedirse esa pequeña pero perfecta miniatura parlamentaria, que pasa con justicia por modelo en los países americanos. Menos imponente que el parlamento inglés y mucho mas sereno que el Congreso de los Estados Unidos, tiene en su seno hombres de un mérito capital en la ciencia del gobierno. Ese pueblo vive libre de esa influencia perniciosa del caudillaje político y personal que entre nosotros, como en los estados de la Union, ha engendrado al hombre omnipotente en los partidos y en el gobierno: desgraciadamente las dinastías de la democracia no son cortas ni en la América latina ni en la América inglesa. Aquí, es el hijo coronado de la Escuela Pilotécnica ó de las tres Universidades cantonales de Bále, de Zurich y de Berna el que se abre la senda de la vida pública con título legitimo: es Rossi en 1816 (1) ó Sismondi en 1842. Y además la espada y el rifle en manos de la autoridad no ofrecen peligros, ni provocan conflictos; en Suiza no hay soldados, ni casernas bulliciosas. El ciudadano no desaparece nunca bajo el simple uniforme con que su patria lo llama á las maniobras periódicas; y un regimiento ó una brigada del ejército civil de la Confederacion alojada en una ciudad ó en una aldea, ó acampada en sus suburbios, lejos de provocar amenazas, ódios y repulsiones instintivas, provoca fiestas y un júbilo indescriptible, porque todos los hombres libres ven en ellos á sus hermanos, á sus compañeros de trabajo de ayer, á los que mañana se les volverán á juntar en la fábrica, en los talleres, en los campos en fin, para producir los nobles frutos de la industria, ó para abrir con el arado el hondo surco de la tierra fértil y libre de la Suiza.

(1) Rossi se naturalizó en Ginebra.

Lo que está vivo en Suiza son los debates religiosos; la silla de Calvino en la catedral de Ginebra no ha dejado de ser cátedra un solo día. El reformador no solo levantó un partido tenaz y ardiente contra los Papistas, sino que enseñó la polémica teológica al pueblo reformado. De ahí proviene que los debatidores religiosos de todas las creencias ocupen en Suiza un puesto tan alto en las esferas intelectuales. Recuerdo entre otros á Schulthess, á Cellerier, á Vinet, á Diodati y Munier, á quienes sus escuelas respectivas veneran levantándoles estatuas y monumentos.

La doctrina inexorable de Calvino entraba con sangre. Su propaganda protestante empleó muchos de los medios que la propaganda católica usó con el Santo Oficio: las llamas, el puñal y el martirio. Así fueron también las venganzas que la paz de Westfalia trajo consigo! Cuando Calvino, Zwingli y Lutero murieron, los partidos reformadores que ellos habían encabezado dieron mártires innumerables á los jesuitas, que hacían su estreno levantando la bandera de las venganzas y de las restauraciones católicas en los pueblos de Europa. El espíritu nuevo con la constitución de 1848, comenzó por proclamar la libertad de todos los cultos cristianos; y cuando en 1866 toda la nación Suiza rechazaba en los comicios los principios ultra unitarios y centralistas que había predicado el Club político *La Helvecia*, los cantones, uniformes todos en sus ideas, no aceptaron sino el artículo que consagraba los derechos religiosos de los israelitas y la libertad de cultos. Sin embargo, apesar de las vinculaciones que la Suiza ha tenido con la Francia monárquica y con Roma, el sentimiento nacional de la confederación, en sus cantones más populosos y adelantados, es hoy abiertamente contrario al catolicismo jesuítico de Roma. La juventud de los Liceos, de las Academias, de las Universidades, los maestros de las escuelas primarias, las autoridades vecinales y los grandes cuerpos políticos de la nación, han visto con júbilo la san-

cion de la ley Ferry; y no solo han impedido crecer en el propio suelo la cicuta venenosa de la Compañía, segándola cuando pretendia cubrir la espiga sana que produce los frutos de las ideas liberales, sino que por medio de la palabra, de la lectura y de la critica, han preparado un pueblo en cuyos hijos no reclutarán adeptos los negros discípulos de Loyola, sin soportar todas las consecuencias del debate público, oral y escrito, al que no resisten sus agentes. El católico suizo de nuestros días, con raras escepciones, es un ser pacífico, dulce, tranquilo, poco pródigo para abrir la bolsa delante de un fraile; sin exaltaciones hidrofóbicas de fé iracunda como Veuillot; jamás gasta un franco en un amuleto de la virgen ó del santo parroquial. Obedece al Papa pero sin entusiasmo, y cumplirá con los preceptos de los gefes de su culto, siempre que estos no se entrometan en su hogar ni en su patrimonio. Hace muy poco tiempo que la Suiza ha roto con los últimos y débiles vínculos que la ligaban á Roma; el pueblo, por sí mismo, ha completado esta emancipacion; y la ciencia, y la industria libre, se han encargado de afirmarla para siempre.

El espíritu de enseñanza en este pueblo es maravilloso. Derrotada en la opinion pública, despues de una campaña parlamentaria, la idea de crear una Universidad federal, los cantones de Lausanne, de Neuchatel, de Ginebra, de Bale, de Zurich y de Berna, han fomentado ardientemente sus grandes centros docentes, realizando en los tiempos modernos aquella fecunda y gloriosa rivalidad de las universidades francesas, alemanas y españolas de la Edad Media. Mientras que en Francia durante el imperio, se armaba cada día con mas autoridad al Ministro de Instrucción Pública y ganaba terreno el pensamiento de una Universidad centralista y absoluta, reguladora de los programas, y armada de la superintendencia oficial de la enseñanza, en Suiza el espíritu centralizador y unitario ha sido bastante sábio para dejar en poder de la accion cantonal el fomen-

to de las grandes escuelas superiores. Fuera de la escuela Politécnica de Zurich, que es patrimonio del poder central y que llena necesidades especialísimas y capitales de la Confederación, la descentralización universitaria es casi un principio consagrado en Suiza; y los doctores de Ginebra y de Berna gustan de buscarse en la Jiza, para estimularse recíprocamente y realizar las batallas pacíficas y brillantes de Oxford y de Cambridge.

Los clubs literarios y las asociaciones científicas ó industriales se fundan y se perpetúan en Suiza en todas las ciudades y en muchas poblaciones secundarias. El médico, el abogado, el ingeniero, el industrial, hasta el pastor, tienen su club. En los cantones alemanes las sesiones de estos centros sociales son utilísimas y fecundas, el espíritu de empresa y de trabajo se conserva vivo en ellos. Allí nacen las habilitaciones que hacen del principiante un capitalista á los pocos años; en ellas se predica la templanza, se forman las grandes sociedades que han dotado á la Suiza de espléndidas vías férreas y de caminos carreteros, que atraen á este país durante el verano una población flotante que algunos han calculado en 500,000 almas, y cuyo tránsito produce en Suiza un aumento considerable de la renta pública todos los años. En pocos países de Europa son más elocuentes los progresos de las ciencias naturales; todas las riquezas de las comarcas suizas están estudiadas profundamente en los museos de las capitales cantonales; y sus publicaciones literarias, históricas y científicas ocupan uno de los primeros rangos en el mundo intelectual de la Europa.

La República Argentina es mucho más conocida en Suiza que en otras partes de Europa; exceptuó á Londres, á Liverpool, á Glasgow, al Havre y Burdeos, y algunos puertos italianos, donde la comunicación marítima directa mantiene constantemente una relación casi diaria con nosotros; hablo del pueblo Suizo y no de los banqueros ingleses

y comisionistas franceses. Será fácil encontrar en cualquier ciudad suiza personas capaces de imponer fácilmente al inmigrante de las condiciones climatéricas del Río de la Plata, del valor de nuestra tierra, de la naturaleza de nuestras producciones, del porvenir y crecimiento de nuestra ganadería y de nuestra agricultura, de la honestidad y facilidad de nuestros hábitos, de la sencillez de nuestros hogares, de la belleza de nuestras ciudades, del espíritu liberal y progresista de nuestras leyes. Entre tanto, de paso por Lyon, la natural curiosidad de saber noticias de nuestro país, nos llevó á visitar al Sr. Mauricio Cöte, nuestro Cónsul Argentino en la primer ciudad manufacturera de la Francia, y con esa franca sorpresa de los sud-americanos que notan un desatino geográfico en boca de un europeo, oímos de boca del Sr. Cöte (que por otra parte parece un caballero cultísimo) que en Lyon nunca se sabia nada de *ce pays lá*; que no se recibían nunca ni diarios ni mas noticias de nuestro país que las que pudieran dar los diarios de Paris (rara vez), y que por otra parte, no habia motivo para que él estuviese informado de lo que acontecia en la República Argentina, porque Lyon **no** tenia relaciones comerciales con nosotros. Un cónsul argentino en Lyon que dice esto debe llamar la atención de nuestro gobierno. No hay tienda de Buenos Aires de alguna importancia que no esté vinculada con los fabricantes de aquella gran ciudad, ó que por lo menos que no tenga agentes en Paris para comprar telas y toda clase de mercaderías en sus talleres. La mayor parte de los artículos de lujo que se venden en Buenos Aires como artículos de Paris son de Lyon, y si Burgos quisiera confesar el origen de los ricos objetos de sus vidrieras, diría que una parte es industria porteña y el resto de Lyon.

Entré tanto, en Suiza no pasa eso. Mi mala memoria no me permite consagrar en esta página el nombre del autor de un folleto sobre la República Argentina que se reparte profusamente en los cantones suizos. Atravesábamos el

lago Lemán de Ouchy á Gêneve y al entrar al vaporcito, mi compañero, me mostró un gran aviso que decia *La República Argentina y sus colonias por...*. Tomamos el libro con avidez y hubiera anhelado encontrarme con su autor para abrazarlo con gratitud y efusion. Era un propagandista entusiasta de nuestra tierra; habia pasado varios años en Buenos Aires, describia nuestro estado social y señalaba á sus compatriotas, como un nuevo Lacio, nuestras fértiles campañas. He vuelto á encontrar el mismo libro en Ginebra, en Berna, en Zurich, en Laussanne, en nuevos vapores en los hoteles y en las estaciones, y prometo buscar el nombre de su autor para entregarlo á la gratitud de mis compatriotas. En Suiza se oye hablar de la República Argentina todos los dias; y el hijo de las montañas elojia con entusiasmo nuestras llanuras y cuenta con gratitud el progreso de sus hermanos en las colonias argentinas. Si las nubes que cubren algunas veces el horizonte de la patria no produjeran la duda de lo desconocido, sofocando el espíritu de emigracion, nuestra ganaderia y nuestra agricultura atraerian en doble y triple número esta raza fuerte y sóbria que ama el trabajo, y que á la par de su virilidad física tiene una educacion moral de primer orden para fundar el hogar feliz en nuestros campos.

Y qué país!.....La esencia de las bellezas de la naturaleza, europea está representada en esta seccion geográfica que tiene mas de dos millones y medio de habitantes, ciento cincuenta mil obreros, y donde todos desde la edad de diez años trabajan sin escepcion. Cuando se sorprende una caida de sol en los lagos, y la atmosfera clara, diáfana, hace destacarse en los limites del cuadro las altas montañas heladas con sus faldas vestidas de pinos y sus valles verdes y risueños, donde alrededor del templo sonrien las pintorescas casitas de los pastores, parece que aquel país fuera una nacion de poetas contemplativos y soñadores á los que el espectáculo siempre nuevo de la naturaleza no les diera

tiempo para pensar en las cosas humanas. El panorama se oscurece paulatinamente á medida que el sol se hunde en las montañas, y entre la luz ténue del crepúsculo los picos se coloran de rosa, se transforman en puntas azules despues y se confunden en las nubes cuando los rodea la primera tiniebla de la noche. Toda la tierra parece dormida entonces, ni aun se sospecha que existe allá en un extremo del lago una ciudad populosa y activa; y si al acercarse el vapor se sorprende á Lucerna con su torre redonda y circular, ó á Ginebra con sus casas elevadas que recuerdan á las de Edimburgo, diríase que anclamos frente á Pompeya ó delante de alguna de las viejas y sibaritas ciudades del mar Jónico. Bajad á tierra, no hay napolitanos que canten ó toquen el laúd en las azoteas, ni músicos ambulantes, ni limosneros pegajosos y adulones, ni zíngaras, ni bohemios, ni nada en fin de aquellas poblaciones meridionales vagabundas que recuerdan á los griegos de la decadencia. Os encontrareis con una raza anti-poética y refractaria al arte lírico, al baile y á todos los pasatiempos que exaltan los sentidos y que embotan la actividad física de los hombres. Una raza un poco tosca es cierto, pero noble; laboriosa y ávida de fortuna; económica, previsora, disciplinada, que sabe perfectamente lo que tiene, lo que consume, lo que guarda; una raza cuyos individuos pueden hacer nuestra desesperacion en el trato social, porque viven con la exactitud invariable del cronómetro que fabrican, pero que indudablemente, ha constituido un país honesto, fuerte, sano de cuerpo y fuerte de alma. Basta ver como se engalana un pastor suizo ó una campesina de Berna, cuales son las diversiones que ama en sus horas de ocio, como cantan, como bailan, como se enamoran y como se casan. La mujer de los campos es generalmente dura y enhiesta; ni un contorno flexible ni una mirada dulce y soñadora: parece una granada que acaba de reventar al Sol; se mueve como un manequí en la rueda de su danza favorita; toca apenas las

puntas de los dedos de su compañero. Ceñido el talle, y cubierto el busto por un peto que es una verdadera armadura, y no satisfecha todavía con esta defensa, la fortalece con cadenas de plata, cuyos broches ella sola tiene el secreto de abrir; y cuando con sus compañeras aparece por los domingos en las ciudades, curiosa, absorta y tiesa, diríase que es un regimiento de granaderos el que pasa por la calle, porque pisan la tierra con un sueco tallado en un tronco de pino que tiene la virtud de endurecerse á medida que se usa y se envejece.

La poesía y el arte en Suiza están en el paisaje, pero todos los elementos que constituyen la sociedad libre están en el corazón del pueblo. Los Estados Unidos cuyas maravillas están dejando muy atrás á las gigantescas magnificencias de Londres y de Paris, no han producido todavía una ópera, una tela célebre, ó un bronce notable. La Suiza á pesar de sus aspiraciones artísticas y del fomento que presta á las bellas artes, no avanza en esta senda; pero uno y otro país van dejando atrás á la Europa en las ideas prácticas que hacen grandes y ricos á los pueblos.

Será que la República y la Democracia son refractarias á lo bello y á lo sublime, y que solo bajo los despotismos de Augusto nace y se desarrolla el arte y se revelan los grandes poetas de la humanidad?

LAS ANÉMONAS

A mi amigo Bernabé Artayeta Castex

Wildbad (Wurtemberg), Setiembre 16 de 1880.

De la activa chismografía de un pueblo de baños extraigo la siguiente historia, cuya originalidad no me atrevería á invocar, porque no pasa de ser un viejo poema de amor desgraciado, que se repite todos los días:

.....

La familia Morin habia casado á la señorita Luisa con un fabricante de espejos. Los padres estaban radiantes de felicidad; imposible encontrar en Lyon, para una muchacha bonita, un partido mejor que el de Antonio Barot, miembro de la razon social *Barot y Compañia*, y hombre á toda prueba como lo decia Papá Morin. Sano de alma, fuerte de cuerpo, laborioso como un castor, enemigo capital de las lecturas románticas, y con unas manos primorosas para azogar una luna de tres metros de largo por uno de ancho. Estas calidades sobresalientes del novio habian sido equilibradas pasablemente por papá Morin; Luisa llevó una linda dote al matrimonio, que Antonio Barot, como buen *bourgeois*, consideraba como una industria reproductiva; de modo que él no era el único que contribuía con las utilidades al entrar en la serena vida del hogar como él mismo la llamaba. Luisa acababa de salir

de una pension de Paris; tenia 19 años; unos ojos verdes, grandes y tranquilos, una alma delicada con un espíritu melancólico; amaba los espejos como todas las mujeres, pero detestaba su fabricacion, y se dormia de fastidio cuando Antonio esplicaba de sobremesa el último procedimiento de azogar que le habia valido un *brevet d'invention* y dos medallas en las exposiciones de provincia.

En las familias *bourgeoises*, buenas pero incómodas, madrugadoras como los gallos, sordas á la música, ciegas ante una tela de Bodmer ó ante un mármol de Moreau, suelen aparecer unas muchachas que parecen sacadas de un proverbio de Musset. Luisa no era linda, porque no lo son generalmente las francesas; pero ese diablo azul de la gracia, de la elegancia, del sentimiento, digamos la palabra—le la poesía, animaba todo su rostro y saltaba en toda aquella cabecita simpática y adorable. Hija legítima del siglo, nacida para amar, nó como una paisana sinó como aman los seres escogidos del sentimiento, en aquel hogar de provincia en que solo se hablaba del precio del cristal y de los impuestos sobre el azogue, era como una de esas flores de aromas voluptuosos que nacen y mueren en las aguas estancadas. Y vaya un detalle que confirma esta comparacion demasiado rebuscada: Luisa adoraba esas flores imposibles cuyo aroma habia aspirado á pulmones llenos en los cantos de Theuriet, de Coppée y de Sully Prudhomme animados por una musa siempre convalesciente que tose y que agoniza coronada de lotus y nenúfares. Su marido le hacia el contraste, y el Domingo, con una consecuencia invariable, la obsequiaba con un ramo de nardos y de claveles colorados que la pobre Luisa encontraba de un olor insoportable á *bourgeoisie*. Barot se desesperaba y maldecia á los inventores de flores nuevas como él los llamaba; pero decididamente, en materias de galanteria y de gusto las calidades de Antoine Barot no se estendian mas allá del bisel de una luna veneciana y de

los racimos de uvas y frutas del marco macizo de los espejos. Era un hombre de pulpa; un ser refractario á la moda, al arte, á esa delicadeza maliciosa hija de la educacion, de la que muy pocos poseen el secreto, y que es lo único con que se interpreta y se cautiva el corazon de las mujeres distinguidas. Un marido incomparable, exacto como un itinerario inglés, metódico como una hermana de caridad, y de una honradez tan cuadrada que rayaba en fastidiosa é insoportable: no era para absorverla. Amaba además un poco el dinero; respetaba profundamente las piezas de veinte francos como si fueran seres superiores, miraba de igual modo el busto de la República en las de cinco, y tenia un desprecio altanero por las de diez céntimos. Otra calidad que se me olvidaba: la pipa no se le caia nunca de la boca, y primero habria estrellado de un puntapié la mejor luna de su fábrica, que dejar de tomar todas las tardes en uno de los cafes de la *Rue de la Republique*, su maza-gran y su copita de rhum, jugando con su sócio invariablemente la partida de *dominó*.

Papá Morin juraba que Luisa habia hecho una suerte brillante; y mamá Morin se pavoneaba tambien como un pagayo en las calles de Lyon. Pero Luisa languidecia y sus tres benefactores, el padre, la madre y el marido, pretendian que lo que necesitaba para restablecers; era... comer. Pobre Monsieur Morin! El nunca habia curado sus males de otro modo; y á pesar de sus años disfrutaba de un apetito conventual. En cuanto á Barot, Francine, la cocinera de la casa, con una de esas frases golpeantes y safadas de los franceses se encargaba de hacer el elogio de su conformidad con el *menú* cotidiano. «Ah! *monsieur Barot!*... *Son estomac n'est pas exigent pour la qualité! Quant a la quantité c'est un autre affair! Voilà un trou qu'il faut bien combler tout les jours jusqu'au bout!*

Yo no conozco crueldad igual á la de soportar el trato cotidiano de las gentes opacas, las llamo así por no llamar

néscios y vulgares á los padres y al marido de Luisa. Es que esas gentes, en la obesidad intelectual con que ruedan cómodamente por el mundo, no nos dejan de donde agarrarnos; y á pesar nuestro, tenemos que rodar con ellos! Y por Dios, no acusemos á Luisa de orgullosa, de vana ó de romántica. Aquella criatura había nacido delicada como la flor de los parásitos; necesitaba luz y aire para vivir, y no le bastaba la tierra gorda y abonada en que había brotado sano, fuerte y materialmente feliz Antonio Barot. La ignorancia, los malos modales, la falta de gusto y de malicia, no ofenden cuando se revelan en una mujer ó en un hombre del pueblo ó de los campos. No hay nada que descargue mas el espíritu de las preocupaciones de la vida de las ciudades, que penetrar al hogar de un paisano, interrogarlo, beber su vino, comer su pan, y sazonar esa mesa frugal hablándole y oyéndole hablar de sus sembrados, de sus cosechas y de sus bueyes. La naturaleza es una madre sencilla, pero no vulgar. Pero la *bourgeoisie* en provincia y en Francia!.....

Pobre Luisa! Que horror!

Luisa como he dicho, se había educado en París en una de esas pensiones en que la niña, al transformarse en mujer, aspira todas esas emociones estrañas y dulces que forman los ensueños dorados de la adolescencia. Si Luisa no hubiera salido nunca de Lyon tendria el busto récio y la pepsina indomable de Madame Morin: el rostro colorado como una frutilla: las manos y los brazos gruesos como una aldeana de Rubens. Papá Morin comenzaba á comprender vagamente el pequeño desequilibrio moral que había entre ellos y su hija; y no pocas veces se le oyó quejarse, y apuntar, movido por un sentimiento instintivo, la causa de esa desigualdad. «Ah París! Maldito París y maldita pension de Madame Steinz. Si te hubieras educado en Limoges donde yo me eduqué, en casa de Maitre Jacquemin, Madame Jacquemin te habría enseñado á leer

y á escribir, un poco de cuentas y el *crochet*; comerias piedras, estarias sana y rosada como una arlesiana, y no le harias asco á nuestra sopa de cebollas!» Papá Morin tenia razon, pero el mal yá estaba hecho.

Barot se desesperaba; en vano habia hecho lo que el llamaba el *esfuerzo supremo* para halagar á Luisa: cubrir de espejos todas las paredes de la casa á fin de prolongar el espacio y la perspectiva del Salon. Luisa miraba con una indiferencia glacial aquella reproduccion de imágenes. Y además Antoine era insaciable para exhibir la *sala mágica*, como él la llamaba; diariamente reclutaba espectadores en la calle y en el café, y de grado ó por fuerza, los conducia á su casa, llamaba en su ayuda á Monsieur Morin, los hacian circular en marcha por todo el salon, y sobreian de satisfaccion al ver la reproduccion infinita de las imágenes de los concurrentes. Es que Monsieur Antoine Barot habia encontrado el medio de hacer servir para dos usos el salon de los espejos:—como halago para su mujer, y como Exposicion para sus parroquianos. Y el muy lécio se lo contaba en confianza á Luisa. Monsieur y Madame Morin encontraban que su yerno era un hombre de rara astucia y de grandes y luminosos recursos.

La felicidad de Madame Barot era cosa muy notoria en Lyon para que todas las muchachas de su edad no le hubiesen envidiado la suerte que habia hecho casándose con Antonio Barot: hombre altamente colocado en el comercio, inventor de un método nuevo de azogar, premiado con una medalla de cobre y dueño de unos 300,000 francos largos. Lleno de experiencia, (45 años,) liberal y de una rara honradez en los negocios, no aceptaba ni por un momento el parangon con Rodolfo Morin, el primo de Luisa que habia pasado con ella los primeros dias de la adolescencia bajo los nogales frondosos de Limoges, en la vieja casa de los abuelos Morin. Antonio sabia poco de este idilio; y por otra parte, Rodolfo era un muchacho tan desacreditado en la

familia que sus tios lo habian abandonado á su propia suerte. «Figuraos, decia papá Morin, que mi sobrino, destinado por mi á la noble profesion de farmacéutico, me ha costado 300 francos mensuales en Paris durante tres años, y acabo de saber recientemente que el muy bribon me ha esplotado, porque no sabe ni siquiera manejar el almirez. ¡Ah Paris, Paris! Quien se salva en él? Si yo hubiera pasado allí mi juventud no envidiaria tu felicidad Catalina.» Y cuando papá Morin decia esto, Madame Morin creia todavia que su marido estaba espuesto á las tentaciones!

Rodolfo, á quien he conocido en Vichy, es un muchacho de grandes esperanzas; pero la familia Morin es poco crédula en sus talentos artisticos. Esto sucede á menudo entre tios y sobrinos. Todavia me acuerdo de un amigo mio, que desgraciadamente murió cuando todos sus sueños iban á convertirse en realidades, huérfano, cayó en manos de un tio excelente, pero de una opacidad tenebrosa. Cuando alguien le elojiaba alguna página del sobrino, el viejo rechazaba el elogio con una intransijencia heroica. Un dia me acuerdo, alguien en mi familia, le dijo: «Señor Don Ramon, el artículo de su sobrino, que publica tal diario, es una página notable; no hay muchos hombres que escriban como él entre nosotros.» El viejo incrédulo le cobró cierto terror respetuoso á su sobrino, pero fué el último en convencerse que el muchacho tenia talento.

Ni más ni ménos habia sucedido con Rodolfo Morin. Desde muchacho reveló una pasion singular por los lápices y el papel. Se le veia frecuentemente en Limoges errar por el campo y detenerse delante de un cuadro de la naturaleza para reproducirlo; desde los abuelitos Morin hasta las viejas sirvientas de la casa, todos habian sido retratados por el lápiz de monsieur Rodolphe. En las largas vacaciones de Agosto, cuando Luisa y Rodolfo iban juntos á vivir á casa de los viejos, los paisanos que los veian pasar corriendo por la orilla del bosque, decian siempre, que cuando monsieur

Rodolphe fuese farmacéutico y cuando fuese señorita mademoiselle Louise, el cura los bendeciría. Pero Rodolfo interrogaba el porvenir sin pensar nunca en las drogas; el niño sentía que tendría alas algún día y exclamaba arrogantemente:— *Yo no quiero ser boticario!*

Así sucedió. Rodolfo Morin no fué boticario; pero Luisa no fué su mujer. Refractario á la pintura, papá Morin, que nunca creyó en los talentos artísticos de su sobrino, supo con verdadero escándalo, que éste, en vez de estudiar la botica, consumía la exorbitante pensión mensual de 300 francos en estudiar el paisaje! Y lo que era el colmo del escándalo—la pintura á la aguada:—«Un Morin, un hijo de Pedro Morin fabricante de alfombras en Lyon, entregado á la vida licenciosa del arte en Paris! Qué vergüenza!» Desde entonces no se volvieron á repetir en Limoges las ingenuas profecías de los paisanos, y Luisa no volvió á pasar sus vacaciones de pensionista con sus abuelos! Pero habia entre aquellas dos almas un vínculo espontáneo de simpatía que habia nacido á los diez y seis años, y que la soledad, el campo y la juventud, tres grandes agentes del corazón, habian cerrado para siempre sino que Antonio Barot hubiese podido desatarlo con sus espejos *bisouté* y su *sala mágica* de Lyon. Era en Marzo, en ese mes en que los bosques no debían visitarse sino con tutores como Ruy Gomez. Luisa y Rodolfo salieron solos: cantaban los pájaros anunciando á la naturaleza que despierta para recomenzar su labor eterna; ella caminaba adelante fresca como una cereza; de repente se detuvo y entusiasmada, entre la sombra de los arbustos enmarañados señaló á Rodolfo una anémona rosada que hacia contraste con las otras flores de la planta que eran de una blancura láctea. Rodolfo le contó un madrigal de colegio que Luisa encontró muy oportuno, pero al tomar la flor, las espinas de los arbustos lastimaron la mano de la prima, brotó la sangre, roja como el jugo de las grosellas, y Rodolfo llevó los labios á la herida y bebió gota á gota aquel

licor tibio y dulce. La sangre salpicó la pechera del primo y manchó una de las cintas rosadas del vestido de Luisa; y de regreso á la casa, los abuelos encontraron un moño de ménos en el vestido de Luisa y algo confusa aquella historia que Rodolfo tuvo que contar para explicar la herida de su prima. Los viejitos se satisficieron medianamente con la explicacion. Pero cuando los primos se recogieron, la abuela meneó la cabeza y resolvió prohibir aquellos paseos al bosque de las anémonas.

Un dia Luisa recibió en la pension un ramo de anémonas blancas y rosadas pintadas por Rodolfo con colores á la aguada, y al pié de la cartolina estos versos que no dejaban de ser de una oportunidad adorable:

C'était au bois, en mars, et le merle sifflait.
Elle allait devant moi, delicate et mignonne,
Et sa main me montra dans l'ombre une anémone
Rose, auprès de ses sœurs blanches comme du lait.
Je lui contai la fable antique;—le filet
D'ou s'elance le dieu que la haine aiguillonne,
Adonis qui se meurt et l'herbe qui fleuronne,
Empourprée, á la place ou le sang pur coulait.
Elle ecoutait... Soudain aux ronces de la haie
Son doigt meurtri saigna.... Ma bouche sur la plaie
Comme un vin capiteux but la rouge liqueur.....
Goutte á goutte, le sang tomba dans ma poitrine,
Et comme aux temps lointains de la fable divine,
La pourpre fleur d'amour s'entr'ouvrit dans mon cœur.

La niña devoró estos catorce versos que la deslumbraron con el brillo de los primeros recuerdos. Todo su corazon se reconcentró en sí mismo y saboreó en silencio la solucion de aquel sencillo enigma de amor. Tres años despues, Monsieur Barot encontró en un mueble de Luisa la cartolina de Rodolfo. El color de las flores habia empalidecido y el tiempo habia puesto amarilla aquella página. Antonio no se dió la pena de admirar las flores ni de leer los versos: Toma, le dijo á Luisa, un dibujo de ese bohemio de tu

primo, adornado de un madrigal que es lo único que sabe hacer» y Luisa tomó la pintura de manos de su marido y se puso roja como la púrpura. Pero Antonio era opaco como un espejo al revés, y salió para su fábrica pensando en una luna de una pulgada de espesor que tenia en preparacion.

La salud de Luisa empeoraba visiblemente. Decididamente los consejos de Papá Morin eran impracticables; Luisa no disfrutaba del apetito patriarcal de sus padres y de su marido. Lyon le era cada dia mas insoportable y no sé que maldita inspiracion hizo concebir á Barot que un verano en Limoges, cerca de los abuelos, restableceria su salud. Francine preparó los baules; y en los primeros dias de Marzo de este año, los abuelos Morin recibian á su nieta en su casa de campo, llena de recuerdos encantadores pero peligrosos para la recién llegada. La alegría de los viejos comenzó á manifestarse por besos y abrazos, y acabó como siempre terminan estos cuadros tocantes de familia, por lágrimas y sollozos, en los que como era natural, tomaron parte los antiguos sirvientes de la casa que habian conocido niña á Mademoiselle Louise. Barot escribia poco pero regularmente; sus cartas eran de una igualdad desesperante.

«Mi querida gatita: (Barot encontraba de alto gusto el dar este tratamiento á su mujer) hemos tenido una desgracia irreparable en el taller. Ya sabes lo que es de aficionado á los perros de caza Monsieur Menestron; el otro dia entró con «Diana» y «Medor» al depósito núm. 1, donde tenemos guardados los elipsoides gigantescos. «Medor» persiguiendo á «Diana» trepó sobre una pila, le faltó un pié y cayó sobre el Atalanta: la pieza mas notable de mi fábrica; tres y medio metros por uno y medio; cristal 'de Bohemia; dos pulgadas de espesor, setecientos piés cuadrados de azogue; veinte mil francos de pérdida. Reparacion imposible; Medor ha pasado por el medio dejando un agujero enorme. Estoy desolado!»

Al Sábado siguiente Luisa recibia otra carta de Barot:

«Mi querida gatita:—Mas consolado; hé hecho espejos chicos de los restos del Atalanta y los he vendido á buenos precios. El azogue ha subido mucho; el tiempo muy húmedo; imposible trabajar porque el cristal no muerde la masa. Desmenoir frères y Compañia—fiasco completo en la exhibicion anual de lunas. Si ese Monsieur Menestron no se hubiera metido á mis depósitos con sus malditos perros, mi Atalanta saca el primer premio, pero»

Y seguía la misma retaila. La pobre Luisa no tenía valor para terminar aquella invariable correspondencia semanal. Los abuelos y especialmente el viejo encontraban soberbias las cartas de Antoine Barot, pero la abuelita observó un dia que habia poco amor y ninguna poesia en ellas; Luisa suspiró languidamente.

Una mañana de Marzo, Luisa oyó ruido en la puerta de calle y una voz que no le pareció desconocida. Tratando de engañarse á sí misma, procuró cerrar los ojos y los oídos para no darse cuenta de lo que pasaba. Pero derepente radiante y medio ahogada de alegría entró al cuarto en que dormía Luisa, una de las antiguas sirvientas de la casa, gritando:—«Señorita! Monsieur Rodolphe acaba de llegar de Paris; es todo un hombre y todo un pintor de fama; vea Vd. que buen mozo es! Que lindos bigotes tiene! Qué ojos y qué figura arrogante. Sus abuelos lo han encontrado parecido á Rafael! Trae pinturas y va á retratar á todo Limoges! Lo que ha sabido que estaba Vd. en casa ha querido marcharse. Es verdad! Monsieur Morin queria que fuese boticario; pero Monsieur Rodolphe queria ser pintor y de ahí el rompimiento! Que lástima de cuestion!»

Luisa no había visto á su primo desde el dia del ramo de anémonas y la última noticia que de él habia tenido era el envío de las flores pintadas y de los versos á la pension. Despues de esto, Rodolfo habia tenido la audacia de descubrir á su tio sus pretensiones hácia Luisa, y Monsieur Morin, que á consecuencia del cambio de profesion le ha-

bia retirado del todo su proteccion, le prohibió solemnemente que pusiera los piés en su casa por ningun motivo. Pero para todos, las primaveras que Luisa y Rodolfo habian pasado en Limoges eran un cuento de hadas: mémos para el jóven pintor y para su bonita prima Madame Barot. Luisa experimentó un temblor irresistible cuando supo que su primo acababa de llegar; y Rodolfo empalideció cuando supo á su turno que Madame Barot estaba pasando la temporada de campo en casa de los abuelos y que ocupaba el mismo cuarto que ocupaba en otros tiempos Mlle. Morin. Sin embargo, el encuentro de los dulces compañeros fué cómodo para ambos en el instante de saludarse. Luisa mantuvo una estricta reserva con su primo, y Rodolfo se limitó á informarse de la salud de sus tios guardando despues silencio. Los abuelos atribuyeron aquella acogida glacial á los resentimientos de la familia con Rodolfo, que tantos malos ratos habia ocasionado á papá Morin con su aversion á la farmacia y con su alarmante vocacion á la pintura.

Pero el éxito con que Rodolfo habia terminado su carrera habia acallado todas las murmuraciones de la familia Morin; y al fin y al cabo, segun lo decian los abuelos, Luisa no tenia razon para tratar de ese modo á Rodolfo, porque si su marido era miembro principal de la razon social *Barot y compañía*, fabricantes de espejos en Lyon, aquel era uno de los jóvenes pintores de cuyos cuadros hablaban con mas frecuencia los diarios de Paris; y las muchachas de Limoges, no sin razon, ponian al jóven artista dulces y sentimentales los ojos porque lo consideraban un partido brillante. Inútiles tentativas! Rodolfo estaba resuelto á no casarse; y en Limoges mucho mémos!

Hacia una sèmana que los dos primos vivian en casa de sus abuelos. Una mañana, Luisa, que acostumbraba á pasear por la orilla del bosque, atraida por la sombra cariñosa de los árboles, penetró por una senda angosta que

conducía muy lejos de la calle principal. De pronto en medio de la senda se detuvo inmóvil, como si un obstáculo insuperable le impidiera seguir su camino: Rodolfo pintaba á un lado de la senda, y al ruido de su vestido y de los pasos habia descubierto á su prima que venía hácia él. Verla y levantarse, fué la obra de un instante; y aquellos dos seres que se miraban fría é indiferentemente entre los estraños, no pudieron disimular la emocion de aquel encuentro fatal. Luisa estaba roja como una grana; Rodolfo pálido y tembloroso. Quiso interrogarla y baltuceó algunos monosílabos incomprensibles; ella trató de contestar y la voz se ahogó en su garganta. El amor suele ser á veces de una ineptitud lamentable!

Al fin Rodolfo se arriesgó:

—Luisa, la dijo, si te molesto cambiaré de sitio.

—Oh no! Yo me retiraré. Perdóname si te he importunado; no sabia....

—Oh quédate por favor, si es que tú tambien no me odias.

—Odiarte? Y por qué? Yo no sé odiar á nadie, Rodolfo.....!

—Te acuerdas de estas flores? dijo Rodolfo interrumpiéndola y mostrándole un gajo lleno de anémonas blancas y rosadas. Desde aquel dia odio esas flores porque han sido mi desgracia. Tú me juraste ser mia Luisa y tú tambien me has engañado!

Luisa no tuvo valor para contestar, y la escena iba á prolongarse de una manera inconveniente para Madame Barot, cuando en el fondo de la calle aparecieron los abuelos caminando lentamente y enlazados como dos novios cortaron la continuacion del idilio. Luisa murmuró unas palabras para justificar su presencia, y Rodolfo volvió á su caballete y á sus pinceles. Aquella tarde, cuando todos entraron á la casa, la abuela volvió á menear la cabeza como en otros tiempos y dijo al oido de su marido:

—Hum! Decididamente Rodolfo nos compromete! Y este año la primavera se ha anticipado mucho, mucho, Martin; —llámalo aparte, y dile que se marche á Paris; ese Antonio Barot se preocupa mucho de sus espejos y nada de su mujer.

Pero no fué necesaria la interposicion de los abuelos. Al dia siguiente, Luisa, en medio de la sorpresa de toda la casa, resolvió su regreso á Lyon; y por la tarde, Rodolfo desde la orilla del bosque de las anémonas vió cruzar como un relámpago el tren que la llevaba.

Un telégrama hizo saber á la familia Morin y á Barot que Luisa llegaria á Lyon á la mañana siguiente. Los tres la esperaban en la estación: Monsieur Morin con su paraguas azul y su traje de paño á la funerala; madame Morin con un vestido de seda inflado como un globo en el instante de partir; una gorra con flores color naranja que hacia esfuerzos inauditos para mantenerse quieta sobre dos baterias laterales de bucles engomados, irradiando oro de cadenas y prendedores desde las orejas hasta la cintura, empinándose impacientemente por sobre todo el mundo para ver llegar á su hija y abanicando incesantemente su rostro que destilaba sudor y cosmético derretido. Antonio Barot incomparable; llevaba su pantalon de damero á cuadros como el plano de una ciudad y su, redingot contrahecho pero orlado de un moño púrpura en el ojal de la solapa. Cuando Luisa bajó del tren, antes de preguntarle por su salud y por los viejos de Limoges, el padre y la madre, mudos de alegría, le llamaban la atencion sobre la solapa de Barot, mientras que este no se quedaba atrás, porque tomándola con la mano derecha se la metia por los ojos á su pobre mujer y le decia: —Caballero de la Legion, mira! mira! «*El mar de luz,*» cuatro metros por uno y dos tercios; éxito completo! Mira! mira! Y la pobre Luisa tenia que cerrar los ojos, de temor de perderlos, porque aquel imbecil le restregaba la solapa por la cara. La temporada

que Luisa había pasado en Limoges no había contribuido por cierto á restablecer su salud. Su familia no se daba cuenta de su estado, hasta que por una causa indirecta, monsieur y madame Morin y el incomparable Antoine Barot se trasladaron á Vichy donde yo los conocí por un incidente casual que me ha hecho conocer también esta historia: Debía de inaugurarse durante esta estación el *Cercle International*, preciosísimo y suntuoso club situado en uno de los extremos del parque. Los grandes espejos que lo adornan habían sido encomendados á la casa de *Barot y compañía, fabricantes de espejos de Lyon; gran medalla de cobre en la exposición lyonesa de 1879; gran medalla de plata en la Exposición Departamental 1880. Brevet d'invention etc., etc.*

Barot no cabía de orgullo; en la plaza de Belle-Cour, de la noble villa manufacturera, no había un solo curioso que no hubiera marchado preso de la manga á visitar las lunas que Barot y Compañía azogaban para el Club de Vichy. Todos las encontraban colosales y soberbias. Antoine mismo debía dirigir su colocación en el gran salón, y ni el maquinista de la Grande Opera de París habría tenido tarea más árdua que aquella sobre sus hombros.

—Mira Luisa, la dijo un día pegándose en la frente como un hombre que acaba de concebir una idea luminosa, puesto que de todos modos tenemos que trasladarnos á Vichy el mes que viene, aprovecharemos la oportunidad para que tome las aguas. Quizá te prueben mejor que los destierros de Limoges!

Papá y mamá Morin que hacían siempre coro á las brillantes ideas del yerno, declararon otra vez que Antoine era un hombre de genio. Se consultó al médico de la familia— un viejo lyonés que detestaba á los médicos de París y que era un héroe del período de las sangrías; y éste no hizo oposición. El mes pasado la familia Morin y Antoine Barot estaban instalados en el *Hotel du Parc* y el diario de Vichy

habia anunciado pomposamente el arribo del incomparable fabricante de espejos. «Acaba de alojarse en el *Hotel del Parque y del Casino* el Sr. Antoine Barot, caballero de la Legion de Honor, fabricante de espejos de Lyon, exhornador del gran salon del *Cercle International*, gran medalla de plata, etc., etc ».

.....

Una mañana, en una tienda de un judío, llena de preciosidades, vi un cuadro que me llamó profundamente la atención; apenas tenia un metro de largo por medio de ancho: representaba una calle de nogales, y bordando la senda un grupo de plantas de anémonas blancas y rojas; una muchacha herida con las espinas de las plantas habia dejado caer algunas flores á sus piés. Habia aire en aquella tela: y en elogio del artista, diré algo que rayará en exajeracion, pero que espresa mi entusiasmo: se aspiraba el perfume del campo en aquella alameda que remataba en un pedazo de cielo; gracia incomparable, adivinacion inspirada en el gesto ingénuo de la linda lastimada.

—Cómo se llama ese cuadro?

— «*Las Anémonas*» me contestó el mercader, creyendo por mi entusiasmo que se trataba de un negocio hecho.

—Cuánto vale?

—Tres mil francos; es regalado; su autor Rodolfo Morin, primer premio del último salon: y tiene apenas 25 años! Ya veis señora! venis todos los dias y no acabais de decidiros, agregó el judío dirijiéndose á una mujer jóven y bonita que en un rincon de la tienda permanecia extasiada, como yó, delante de la tela. Habia en el rostro de aquella persona un no sé qué de distincion que valia la belleza misma. Con uno de esos trajes que los refinamientos de la moda han concebido para traducir la delicadeza de los contornos y las lineas fugitivas y sóbrias del busto y de los brazos, la desconocida me llamó (lo confieso) profundamente la atención. Mi curiosidad debió molestarla bastante, porque sin poderlo

evitar comencé á mirarla alternativamente con la tela, y acercándose á la puerta desapareció en la calle.

—¿Quién es esa señora? pregunté al judío.

Toda la fisonomía del mercader se alumbró como una lámpara, y moviendo maliciosamente los ojos y tirándose misteriosamente la barba, me dijo: *Fijaos en el cuadro y sabreis quien es.*

.....

Vichy, Agosto 20 de 1880.

Mi querido amigo:

Te llevará ésta carta mi amigo Rodolfo Morin que vá por algun tiempo á Buenos Aires. Morin es un artista de mérito y su nombre ha sido saludado en Paris con el éxito mas completo. Trátalo y preséntalo á nuestros amigos. Verás que es un artista y un poeta de alma y de corazon. Morin vá enfermo y lleva la intencion de restablecerse allí. Hazle feliz la vida y cuenta con mi agradecimiento—tuyo.

Dos dias despues de despedirme de Rodolfo Morin que salia para Buenos Aires, el judío del Parque de Vichy me llamó con mucho interés y me dijo:—«Señor, dígame vd. donde vive para mandarle *«Las Anémonas;»* Monsieur Morin me ha dado orden de mandarle el cuadro á su casa.» Imposible obtener la revocacion de aquel presente inesperado! quize observar, pero el judío me objetó que él no podia dejar de cumplir las órdenes del pintor ausente; y tuve que aceptar el cuadro que conservo en mi poder.

Pero el dia antes de embalarlo pasó por la tienda del judío el incomparable Antoine Barot, y recorriendo las pinturas espuestas, detuvo sus ojos asombrado delante de la tela de Morin y exclamó:

—*Tiens! on dirait ma femme!*

LAMMERMOOR'S LAND!

Heidelberg, Setiembre 20 de 1880.

En los primeros dias del mes de Julio, despues de haber recorrido todo el Rhin *burgrave*, salia yo de Ostende para Dover. Era la segunda vez que pisaba el suelo de la Inglaterra; habia atravesado las provincias rhinianas entrando á las bellas campañas de la Bélgica. Iba solo, pero buenos amigos me esperaban en los lagos y en las montañas escocesas. Llegué á Lóndres, y desde que salí de *Charing Cross*, y asomé por el Strand á Trafalgar Square, las calles y las plazas, las casas y los monumentos, los ómnibus y los *cabs* que se desenvolvian en la eterna y complicada red del tráfico, me parecian viejos conocidos. Estaba en mis barrios; y sentia esa satisfaccion que ignora aquel que recibe por primera vez el golpe de vista que ofrece una ciudad como Lóndres. Llevaba la intencion de salir en el acto para Glasgow, pero no pude resistir al deseo de sorprender á mis amigos de *Charlotte Street Bedford Square* y me diriji á la hospitalaria casita de Missis Cochrane, la simpática y cariñosa Missis Cochrane, la inglesa mas decididamente argentina de todo Lóndres. Sorprendi á uno de mis compañeros cantando en el piano con el entusiasmo británico mas recomendable, la cancion en boga del Pavillion *the Penny's Snob*:—

He wears a penny flower in his coat, *lardy dah!!*
And a penny paper collar round his throat, *lardy dah!!*
In his hand a penny stick,
In his mouth a penny pick,
And a penny in his pocket, *lardy dah, lardy dah!!*

«*Ola ¡aquí estoy yo!*» le dije después de haberle cantado á su espalda el coro de la canción. «*Pronto! un cuarto para mí y un asiento en la mesa!*» y me instalé en medio de la sorpresa que causó á mis compañeros mi pronta reaparición. No era para menos; hacia once días que faltaba de Londres y había estado cinco en París, uno en Colonia, horas en Coblenz, cinco en Saint Goar donde los ascendientes maternos de mis hijos yacen á orillas del Rhin rodeados de castillos feudales y de viñas doradas; otro día en Bruselas de vuelta y una media hora en Ostende, lo bastante para forjarme las impresiones de una tela flamenca—las barcas de velas latinas coloradas, los canastos de ostras en la playa, los pescadores destacándose entre las nubes espesas del humo de sus pipas y con la nariz sumergida en la frágil espuma de los jarros de cerveza.

Pasé en Londres unos pocos días; salí en seguida para Glasgow en el *Volador escocés* y por la noche cerré los ojos y me dormí soñando que viajaba en el caballo de Rolando. A las 7 de la mañana estaba instalado en *Waverley's hotel*, y á las nueve en casa de mi excelente amigo Mr. Agar, un porteño incorregible, que habla el español lo mismo que nosotros y para el cual todo, todo es lindo en Buenos Aires, hasta el empedrado de la calle de Buen Orden. Este amigo con el cual me liga hoy una amistad estrecha, me hizo conocer á Glasgow por dentro y por fuera: la ciudad que sonríe y encanta con el espléndido parque que domina la Universidad y los *Terraplenes* y *Recintos* de Sauchiehall Street: y la ciudad Usina que parece eternamente envuelta en tormentas; aquella en que los astilleros de Jhon Elder no cesan de dotar al mar con escuadras y flotas mercan-

tes. Cuando se habla de Glasgow en Buenos Aires, se cree generalmente que la Liverpool escocesa no pasa de ser un barrio de los Millwal ó West India Docks de Lóndres. Allá estamos acostumbrados á ver el nombre de Glasgow solo en el dorso de los durmientes y en la popa de los buques que fondean en la canal exterior. Cuánto nos sorprende descubrir aquí que Glasgow es una de las mas lindas ciudades de Europa! Si nosotros tuviéramos una cuadra de Argyle ó de Buchanan Street, y la cuarta parte de sus parques, Buenos Aires seria una ciudad completa á pesar de sus viejos y monótonosbarrios coloniales. No me puedo detener en una fria descripcion de las grandezas que contiene esta capital de la industria escocesa, pero no puedo menos que señalar de paso la gerarquía que ella ocupa entre las grandes ciudades de la Gran Bretaña.

La última campaña electoral que ha dado la victoria á los bandos liberales, tuvo á Glasgow por teatro principal en Escocia. Su claustro universitario, uno de los mas ilustres del reino unido, abrió sus puertas á Mister Gladstone en su peregrinacion política por las ciudades, las villas y las campañas inglesas. El hábil *leader* del partido liberal, habló dos dias delante de uno de los públicos mas doctos de Inglaterra. Sin herir las cuestiones palpitantes de la política militante, exhibió en una de las arengas mas famosas que haya pronunciado hasta ahora, los grandes destinos históricos del pueblo británico en las artes y en las ciencias. Aquello fué uno de los triunfos oratorios mas ruidosos que un hombre público puede obtener para labrar en veinte y cuatro horas, no solo su prestigio propio, sino el prestigio de un partido desmayado hasta entonces por la firme conducta de sus enemigos. Poner al servicio de un partido, el talento y el saber fuera de la esfera ardiente de las luchas electorales, es otro medio político desconocido entre nosotros donde los triunfos de la inteligencia que no brillan en el diario ó en la tribuna parlamentaria, son pura pérdida

para los partidos cuando se obtienen en la cátedra ó en el libro: — Ecos perdidos en la indiferencia de nuestro pueblo. Fueron las grandes ciudades fabriles y manufactureras de la Gran Bretaña el blanco sobre el cual lanzaron sus tiros los liberales de 1880; y Mr. Gladstone comprendió perfectamente que en ellas estaba su teatro, cuando resolvió levantar su tribuna en las plazas, en los Clubs y en los Colegios de Liverpool, de Manchester, de Birmingham, de Stirling y de Glasgow. Esa enorme masa social que se ajita en las Bolsas, en las fábricas y en los astilleros de estos pueblos, necesitaba una voz que le diera la clave para descifrar las causas de la paralización comercial que los conflictos de Afganistan, de Oriente y del Cabo, habían operado sobre los mercados ingleses y sobre las plazas de ultramar. El jefe liberal, echando á un lado con mas malicia que sinceridad los escrúpulos de viejas ideas, proclamadas sobre la preponderancia continental de la Inglaterra, templó las sonoras vibraciones de su voz con el tono en que vociferaba contra Beaconsfield toda esa colmena ensordecedora de grandes mercaderes; y el orador se paseó triunfante entre un hurrah no interrumpido desde Glasgow hasta Edimburgo. Glasgow fué al Norte el Cuartel General de los liberales, y la vieja Escocia bajó tambien de sus montañas á cantar *hossanas* al agitador.

Grande debió ser el cuadro que presentaba en los primeros dias de Marzo el parque en que se alza la magestuosa Universidad de las márgenes de Clyde! Una fotografia que se encuentra en todas las vidrieras de Argyle y Buchanan Street, dá una idea de aquella magestuosa escena de las libertades políticas de un gran pueblo. Mientras el hombre público, bajo las bóvedas doctorales del edificio, hablaba con el estilo y las ideas del antiguo alumno de Cambridge, en la esfera vasta y serena de la ciencia y de las letras, la masa popular que rodeaba la Universidad, y que no podía oír sus palabras, vivaba su nombre, y él sacaba así las

ventajas políticas de su victoria al parecer puramente universitaria. Pero me aparto de mi ruta y es necesario volver al punto de partida.

No podia conformarme con regresar á Buenos Aires sin haber visto la tierra romántica de los Mac'Gregor. Esa tierra que ha sido descubierta (digo poco todavía) que ha sido *hecha* por el mas virtuoso, el mas sábio, el mas grande de los novelistas que ha producido el siglo XIX. La Escocia antes de Walter Scott era un *matorral*, como la llamaban las cultas y afectadas damas inglesas del otro siglo. El autor del *Rob-Roy* fué su primer explorador, el primer *pioneer* que recorrió sus montañas, que navegó sus lagos sombríos y magestuosos, que atravesó sus selvas agrestes y salvajes, que espulgó los archivos de sus castillos, de sus palacios, de sus solitarios y olvidados monasterios. El fué el restaurador de la gloria de sus héroes, el Juezy defensor de sus reyes, el salvador de los tesoros de su Corona sepultados entre los muros macisos de los baluartes. El, en fin, ha hecho á su patria el mas grande de los beneficios; Walter Scott no es solamente el novelista, el poeta, el anticuario; es el resurrector de un pueblo, de una raza, de un periodo histórico. Ha sido el inspirador de Macaulay, el fundador de la escuela histórica moderna; el arqueólogo que ha rehecho un estado social y político olvidado. Ha dejado, en fin, á su patria la herencia mas grande que jamás filántropo alguno pudo dejarle por grande que hubiese sido su fortuna, sus novelas: que atraen 200,000 turistas al año, ávidos por seguir la leyenda y el poema en el teatro mismo de sus héroes; renta enorme con la cual ninguna institucion de crédito podria rivalizar. Cuando anciano y abatido por las dolencias físicas, la Inglaterra, ponia á su disposicion un navío de tres puentes para que fuera á respirar las brisas tibias del Mediterráneo, su patria no podia calcular todavía cuán pequeño era ese homenaje, comparado con la opulenta fortuna que representaban los volúmenes de *Waverley Novels!*

Llegué pues á Escocia con el espíritu deslumbrado por todos los prestigios del romance. Quince años hacia que habia leído aquellos libros queridos, amigos de mi juventud, cada cual mas amado y mas bello. Pero la memoria, débil é infiel para el romance de nuestros dias, donde los personajes se mueven en los salones y en las alcobas, no habia olvidado las grandes figuras y los contornos enérgicos de aquellos cuadros históricos. *Ivanhoe* el mas ideal de nuestros ideales juveniles, se me aparecia todo vestido de fierro, volteada la visera sobre el rostro, orlado el casco por el flotante penacho de plumas negras, asida la lanza con la diestra defendida por las escamas aceradas del guante; airoso y amenazador sobre su gigante caballo que lanza un relincho guerrero sobre la arena del torneo. Entre la muchedumbre bulliciosa que presencia la escena, aquel episodio del viejo arquero, que cuenta entre los grupos las proezas de sus mayores en el campo de Hastings, mas allá el ermitaño, y apareciendo entre la senda del bosque el gran rey Ricardo, mas grande todavia, despues del *Talisman* que esbozó su figura en todos sus detalles. De *Ivanhoe*, me trasportaba al *Abad*, al *Monasterio*, *The highland Widow*, *the Fair Maid of Perth*, *Rob-Roy* los *clans* errantes por las montañas, sus guerras intestinas, los combates parciales de sus caudillos, sus trajes pintorescos orlados por las flores rojas del *heather*, sus cuchillos ataviados lujosamente con los ricos cristales de Inverness, sus gorras características coronadas por la flor emblemática del cardo que advierte al enemigo el génio indómito de la raza; y me creia instalado en aquel mundo de tan fantásticas bellezas como la tierra que les sirvió de teatro.

Toda la misteriosa y resurrectora fuerza de mi memoria extraia de su seno insondable las imágenes evocadas, pero al agolparse sobre la pluma que vuela, el tiempo me falta para trasmitirlas al papel!

Yo habia hecho mi plan de viaje en Escocia con la misma tranquilidad que si se tratara de recorrer una biblioteca ó una mesa de papeles que no se hubiesen tocado por algunos años. Tomé las guias como simples cooperantes, pero me guardé bien de someterme sumisamente á sus indicaciones. Por este medio he conseguido conocer todas las ciudades principales y todas las comarcas que me despertaban un interés palpitante. Comencé por el centro desde Loch Lomond hasta Loch Achray y Loch Venachar, y circundé todo el mapa desde Glasgow á Oban, por el canal Caledoniano hasta Inverness, y desde Inverness á Edinburgo por la márgen oriental de la Escocia. En esta red toda la tierra de *Rob-Roy* con sus lagos interiores y sus ásperas serranias queda perfectamente comprendida. Y tengo que agradecer profundamente mil y mil veces á mi escelente y distinguido amigo Thomas Agar la compañía que me ha hecho en una buena parte de mis expediciones.

El 8 de Julio por la mañana zarpabamos de Greenock, el puerto avanzado de Glasgow, en el *Lord of the Isles*, el vapor mas suntuoso que surca los lagos salados escoceses; con comodidades para 300 pasajeros y con una máquina que obtiene fácilmente 22 nudos por hora. Ibamos con rumbo á Inverary la regia mansion de los Duques de Argyle cuyo nombre está tan vinculado á la tierra escocesa. Desde que salimos del Clyde y comenzamos á penetrar en aquellas largas y complicadas lenguas de agua con que el océano lame las montañas occidentales de la Escocia, el espectáculo comenzó á desarrollarse en toda su magestad; las aguas saladas y claras de los lagos eran de un verde diáfano y purísimo; la cintura protectora de las montañas las conservan tranquilas; los vientos y los vaivenes de las grandes masas de agua del mar se rompen entre los promontorios exteriores; y las débiles ondulaciones no tienen fuerza ni aun para plegar la superficie de aquellos golfos.

De un lado al otro, montañas en cuyas plantas y espaldas fermentan una infinidad de pueblos pintorescos sobre los cuales no podria detenerme sin dar á estas páginas proporciones enormes. Al poco tiempo de salir de Loch Fyne y despues de haber recorrido el magestuoso Loch Long, avistamos á Inverary, á poca distancia del rio Aray que corre casi al pié del imponente Castillo de los Duques. Salté del vapor con el propósito de visitar aquel asiento de una de las familias mas antiguas y famosas de la nobleza escocesa; pero desgraciadamente, la entrada estaba prohibida para el público y aunque el guardian parecia interesarse en mis empeños reiterados, no fué bastante resuelto como para abrirme las puertas. Me contenté con recorrer el bosque espléndido que lo rodea, cuya entrada me franquearon, merced á mi carácter de extranjero, y desde las calles inmediatas al castillo pude admirar aquella mole de piedra con sus cuatro torres redondas y el gran pabellon que corona su parte superior. Los campos del duque de Argyle figuran entre los mas famosos *rendez vous* de caza de la Escocia; pero desgraciadamente, la punteria de los aficionados sin título ó sin un nombre célebre en la sociedad inglesa, no tiene ocasion de distinguirse en los faisanes y en las liebres de sus bosques.

Desde Greenock hasta Inverary he podido admirar los *yachts* mas gallardos que el lujo y la fantasia británica han aparejado para surcar en largas y audaces bordadas de una márgen á la otra de esos lagos. Los que no tienen el sentimiento de la estética naval no pueden comprender la honda admiracion que produce el conjunto de esos barcos. Les sucede algo parecido á aquellos que nacieron sordos para el ritmo y para la música. Y sin embargo, jamás la ciencia de las líneas geométricas se hermanó tan íntimamente con el ideal poético de la forma. Esas naves sobrepasan en coqueteria á las barcas de Cleopatra, y en belleza á la pesada góndola veneciana. Su casco tiene la

delicadeza, la elegancia y la riqueza del mueble mas artístico que haya salido de las célebres fábricas de Paris ó de Viena; la curva fugitiva de la borda, que se levanta airosa sobre sus proas ágiles y cortantes como el pecho de los pelicanos, y que desaparece elegantemente sobre la popa, anima aquel leño ataviado de velas dóciles á los rizos, que lo tienden voluptuosamente sobre las aguas, mientras sus tripulantes, atentos al rumbo y firmes á la caña, espian el momento oportuno para cruzarse sobre sus rivales y ganar una victoria.

Allí acude toda la juventud inglesa durante los dias templados de Julio y de Agosto; y desde que el vapor zarpa de Greenock, la flota de *Jachts* no cesa de hacer su desfile, como la bandada de gaviotas pescadoras que vuela perseverante en pos de la estela de la nave. Frente á Banavie y en una de las grandes compuertas del Canal Caledoniano visité unos de esos buquecitos singulares:— «*La Nerissa*,» propiedad de un jóven Lord que venia de voltejear en Loch Linhe:—media 180 toneladas, su aparejo era de pailebot pero armado en unos palos desmesuradamente altos. Su cámara, una joya de riqueza y de buen gusto, tapizada de ricas telas orientales y adornada por cuatro aquarellas que representaban otras tantas victorias del *yacht*. Una chimenea de bronce adornaba el pequeño salon, y en sus columnas la parietaria y esa infinidad de enredaderas que solo los ingleses saben cultivar en donde quiera que se hallen, mezclaban sus hojas y sus flores al rededor del marco de un espejo, obra jefe de sencillez y de buen gusto. A proa la hospitalidad de aquella miniatura artistica no era menos agradable; una pieza de forma octógona amueblada con sillas y sofaes de cuero, anchos y confortables, servia de sala de lectura; sobre la mesa Walter Scott, Ossian, Burns, Moore; en los estantes un sin número de romances ingleses del dia y casi toda la coleccion del *Sea Side*. Todas estas obras estaban encuader-

nadas en esa lujosa pero sóbria pasta que conserva inalterable el perfume de los libros ingleses, peculiarísimo y único en el mundo. El dueño de la «*Nerissa*», con una franqueza espontánea, nos abrió las puertas de su mansion flotante y nos despidió con una copa de agua y brandy y con un récio apretón de manos.

Cuántos habrá entre nosotros que no darian un paso por navegar en un *yacht* como la *Nerissa* de temor de un ataque de *spleen* escocés! Cuestion de gustos: así las carreras, otra de las diversiones favoritas de los ingleses, me producen á mi un sueño invencible: la presencia de un *jockey* basta para hacerme bostezar.

La costa occidental de la Escocia es la tierra de Fingal. Vista en el mapa, parece que el mar, en sus embates eternos, la hubiese recortado desigual y ásperamente; la Escocia occidental, sobre la carta geográfica, parece una gota de plomo enfriada irregularmente al caer;—sus márgenes estan erizadas de islas y promontorios; sobre ellos, segun la leyenda, resonaron los écos de la trompa de Ossian, á la luz de la estrella de la tarde, convocando al combate á los hijos de Cuchullin. He visitado la gruta imponente que lleva el nombre de Fingal, en la que las olas del Océano se rompen con fuerza cuando el viento del Este azota la costa escocesa. Nada de mas salvaje y extraño que el aspecto interior de aquel antro que abre su pórtico de 70 piés de altura sobre el mar, con su galeria profunda sostenida por columnas de una simetría prodigiosa y con su techo adornado de pilares colgantes. El golpe de las olas rebota en los muros basálticos de la gruta y repercute sorda y melancólicamente en su seno lóbrego y sombrío. Cuando el pequeño esquife que penetra en ella vuelve á salir al mar, el aspecto del Océano, del cielo y de las montañas, anima y levanta el espíritu que sale oprimido de las bóvedas de aquel enorme y solitario subterráneo. Esta costa y esas montañas que se levantan sobre el hori-

zonte son las comarcas de Ossian, el Homero de las epopeyas del Norte. Allí sobre las cuchillas batallaron diez días y diez noches los hijos de Fingal! Allá, por entre la selva de pinos olorosos y sombríos, voló el mensajero que llevó la noticia de la victoria al campo de Erin; en aquel Valle templó Dora el harpa y tejió la corona de roble para su amante vencedor; en aquella falda Calmar y Orla, los héroes hermanos, Calmar dulce como el resplandor de la luna, y Orla impetuoso como los torrentes, cayeron combatiendo contra toda una legion; los cuervos nocturnos chillaron al rededor de sus cuerpos, mientras los bardos celebraban sus hazañas bajo las copas de las encinas!

No lejos de Perth está Crieff. Cuenta la tradicion que entre Glen Almond y Small Glen, una enorme piedra, desprendida de las montañas, cayó sobre el Valle para cubrir las cenizas de Ossian. Wordswoth ha inmortalizado la tradicion en una de sus estancias:—

*In this still place, remote from men,
Sleeps Ossian in the narrow glen».*

La isla de Iona contiene las tumbas de los famosos caudillos escoceses. Los célebres ascendientes de los Maclean y de los Macdonald yacen allí: los primeros, protegidos por sus características cruces Rúnicas: los segundos, separados de sus rivales en una série de tumbas especiales. La Catedral de Iona es uno de los templos mas famosos de Escocia y ha sido popularizado por la pluma del Duque de Argyle. Cuando el vapor se aleja de Iona y de Staffa y perdiéndose de nuevo en los golfos interiores, para volver á Oban, se abandona con cierta tristeza aquellas islas risueñas y románticas que la tradicion ha dotado de tantas leyendas deslumbrantes.

Yo habia ido á Oban por el nuevo camino de fierro que acaba de construirse, y que pasa por Callander: construccion prodigiosamente atrevida y sobre todo tendida en la comarca mas selvática y agreste de la Escocia: no se pue-

de retirar los ojos de los cristales. No son estas las campañas verdes y risueñas de la Suiza, donde todo es dulce y alegre á pesar de la magestad de las montañas. Este es un país erizado de selvas negras, de riscos ásperos y de valles montuosos. Todo es solemne en el paisaje de Stirling hasta el extremo septentrional del lago Awe; los torrentes que se desprenden de la altura se suceden en tal número, que es difícil darse cuenta de cómo aquellas enormes masas de agua encuentran su nivel sin anegar los valles, desbordándose en los lagos y en los rios. Ese es el escenario típico de los *clans*, que podríamos llamar la intrépida *montonera* escocesa, porque Rob-Roy y sus bandas hacían la guerra de recursos á los usurpadores de sus tierras; y cuando el enemigo común desaparecía, semejantes á los señores feudales de otros tiempos, los bandos de unos y otros se hacían también la guerra de conquista en una constante rivalidad. Nada más hermoso, como cuadro de ese oscuro y constante batallar, que la *Fair Maid of Perth*: donde Walter Scott ha pintado con los colores más vivos de su paleta, el tremendo combate entre el *Clan de los Chattan* y el de los *Quhele*. El género descriptivo jamás ha encontrado un pintor como el autor de *Waverley*. Puede decirse que no hay una comarca, un lago, un rio, una siquiera de sus playas, que no hayan sido puestos en acción por su pluma. El mapa de Escocia podría formarse con las descripciones geográficas de sus novelas; la cueva de Macgregor se conserva á las márgenes de Loch Lomond; el teatro del *Abad* no es una invención, está vivo como en el tiempo de sus héroes; el puente del Aive recuerda aquella conmovedora relación de la *Viuda del Highlander*; en el Valle del Alwyn, cerca de la mansión del poeta, podrían localizarse hoy día las escenas dramáticas del *Monasterio*. Yo me he sentado sobre los blancos guijarros de la *Playa de plata*, (the Silver Strand) y he subido á la *isla de Elena* en el lago Katrine, cuyas montañas sirven

de marco á las románticas estrofas de la *Dama del lago*. En todas partes encontramos á Walter Scott y sus creaciones. Y cuando se cruza Loch Lomond y se pasa al pintoresco y famoso camino de los Trossachs por Loch Katrine, es de los Mac Ivor, de los M'Dougall, de los Macdonald, de quienes se habla. Lamermoor, esa reproduccion del *Romeo y Julieta* de Shakspeare en los ódios de los señores Escoceses, viene á la memoria; y la muerte de Edgardo y de Lucia no es menos llorada que la de los apasionados novios de Verona!

Tengo viva en la mente la tarde en que navegábamos por Loch Katrine con mi amigo Agar. Habiamos salido de Glasgow el sábado con uno de esos dias providenciales bajo las latitudes escocesas. Un sol de oro bañaba el cristal de los lagos y la cima histórica de Ben Lomond. Sobre el vaporcito en que recorriamos el lago de este nombre, se entonaban los cantos nacionales de los *Higlands* por una partida de lindas muchachas y de alegres compañeros, que libres de padres é institutrices, formaban festivas y felices parejas. El vapor volaba sobre las aguas levantando con sus ruedas torrentes de espumas. El lago reproducia en sus senos liquidos el imponente cuadro de la naturaleza. Ni una nube en el cielo, ni una brisa en el éter; dia tranquilo y sereno como los nuestros en las tardes brillantes de Noviembre. Mi amigo me traducia los cantos de aquellas criaturas felices; me daba el nombre de las montañas; me contaba su leyenda, me indicaba las suntuosas propiedades de sus márgenes. Ardiente admirador de Scott habia encontrado en mí un apasionado no menos fervoroso, y en coro repetiamos la alabanza del gran maestro con sus propios versos; nos contábamos recíprocamente las escenas de sus libros; y él, con mas medios que yo como era natural, me hacia la geografia de las batallas, la historia de los amores, y la descripcion de las mansiones de aquellos otros rivales de Jugurta que

pusieron mil veces en jaque á los cuadros de las legiones inglesas. Un carruaje nos llevó del extremo de Loch Lomond, en que acabábamos de desembarcar á las márgenes del poético Loch Katrine. Cruzamos por primera vez este lago á bordo del *Rob Roy*, el único vaporcito que lo surca. Poco antes de tomar el fondeadero avistamos el *Silver Strand* y la *isla de Elena*, donde en un blanco lecho de piedras, que limita una de las márgenes del lago, ésta una pequeña y pintoresca selva circular que surge poéticamente entre las aguas.—Retiro misterioso del *outlaw* como dice el poeta:

Where for retreat in dangerous hour
Some chief had framed a rustic bower.»

Di vuelta la vista para encontrar compañeros á mi admiracion: todos leian! Hubiérase creido, por la semejanza del formato de los libros, que era una oracion, pero los renglones cortos de la página me indicaron las estrofas, y el pensamiento adivinó lo demás. Todos leian la *Dama del Lago* con la devocion de un psalmo. Mi memoria volvió á evocar sus recuerdos; y yo sé quién al leerme se acordará de aquellas colecciones de la Galeria de Vernon que ahora veinte años, en las delicadas convalecencias del niño, me fijaron las primeras impresiones de estos paisajes. Aún andan esos libros en el hogar en poder de nuevos y tiernos dueños ávidos de emociones; en sus páginas destrozadas que han servido de deleite á dos generaciones, no ha de faltar talvez un grabado que indique una parte del bosque de los Trossachs, un bosquejo de la *Isla de Elena*, una de estas nobles encinas al menos, llevando al pié un dístico de tus dulces estancias, oh grande y venerando Walter Scott!

Bajamos á tierra: llegamos por los Trossachs á las márgenes de Loch Achray, y nos instalamos en el Hotel, un edificio de piedra que imita un antiguo castillo feudal. Yo temia abusar de la amable compañía de mi amigo á quien

consideraba obligado á regresar pronto á Glasgów, cuando él mismo, conmovido con el paisaje y adivinando la devorante curiosidad que me dominaba por recorrer de nuevo la comarca que acabábamos de atravesar, me propuso pasar el Domingo en los Trossachs y marchar en la mañana siguiente á Edimburgo. Me quedé encantado de la propuesta, y esa misma tarde volvimos á pié hasta la márgen de Loch Katrine, tomamos un bote en la orilla y remamos con brio hácia al centro del lago; declaro sin modestia que remamos igual y *parejo*. La isla es áspera y se necesita observar con prudencia sus márgenes antes de tentar abordarlas. Por fin conseguimos desembarcar, amarramos el bote, y recorrimos el poético asilo del héroe del poema. El crepúsculo prolongado de las tardes de julio nos permitió regresar todavía con luz al muelle, y emprendimos la marcha al hotel donde nos recogimos temprano con grandes proyectos para el dia siguiente.

Sunday in the Trossachs!..... Yo conocia los Domingos de Lóndres, contra los cuales se irritan tanto los extranjeros sin ninguna razon, porque á nadie se le quita el derecho de pasar el Domingo sin la Biblia y tendido en un sofá en la mas contrita imitacion de Edgard Poe. Recomiendo el sistema contra el *spleen*; es saludable y tiene la ventaja de permitir que uno se despierte perfectamente curado el Lunes. Pero en Escocia no me era posible emplearlo así, porque era menester aprovechar el tiempo. Yo habia propuesto desde la noche antes á mi compañero, una pesca de truchas en el lago Katrine y la proposicion habia sido aceptada. Al levantarnos llamamos al mozo, que se presentó creyendo que íbamos á pedirle café. Cuando le dijimos que queríamos cañas y líneas, se embutió de espanto en la pared. Ya comprendí yo que iba á ser mas fácil tomar las truchas con la mano que clavarlas en los anzuelos. No habia anzuelos! Falso! Mentira audaz! y mentira en Domingo, lo que es mil veces peor que prender un sal-

mon en el momento del servicio divino. Pero qué hacer? No hubo medio de convencer á aquel fiel ejecutor de las órdenes de sus patronos; ni súplicas, ni empeños, ni la imágen de la Reina Victoria puesta como argumento en las manos del mozo, pudo reducirlo á procurarnos lo que le pediamos. No me dejé de impacientar y estuve por volver á pescar á mi cuarto á lo Edgar Poe; pero en la tarde anterior, habíamos hecho amables relaciones con media docena de buenos escoceses, dueños de los botes y poseedores de excelentes aparatos de pesca. Salimos del hotel con las manos limpias, pero segun creo, entre las murmuraciones de los que se habian enterado de nuestros proyectos anti-cristianos!

Llegamos á la orilla del lago Katrine y encontramos á los *botoeros* dispuestos á alquilarnos el bote, pero cuando, con toda la diplomacia y las introducciones indirectas del caso, les hicimos presente que pretendiamos pescar, nos contestaron tambien que no tenian anzuelos. Ofrecimos dinero, en vano; rogamos, inútiles ruegos. Lo que me impacientaba era la hipocrecia con que se nos negaba lo que pediamos; observador, como todo aquel que entiende un poco del oficio, descubrí á orillas del lago un pequeño barril, abrí la tapa y encontré el cuerpo mismo de la mentira; un cardúmen de pescaditos vivos, destinados evidentemente para cebo. Ah farsantes!! Los cuatro escoceses sonreian maliciosamente, y se limitaron á asegurarme que era completamente inútil que procuráramos líneas para pescar porque el Domingo era dia de paz para las truchas.

Y así fué!Aquel dia visitamos el *Silver Strand*; volvimos al hotel y navegamos el Loch Achray. Alguna aventura ha de recordar mi amigo Agar sobre cierto naufragio que nos puso en apuros, y que me obligó á echarme al agua para salvar nuestro bote de un torrente que nos arrastraba.

A la mañana siguiente, la primera diligencia que parte

del Hotel de los Trossachs, nos llevó por un camino labrado en el borde de la montaña, hasta Callander para tomar el tren de Edimburgo. Entre las matas vi correr y saltar las primeras liebres sorprendidas por el ruido del carruaje; y al doblar una vuelta de la senda, un ciervo espléndido pegó un brinco, triscando ganó la altura y se detuvo mirándonos atentamente, como un fugitivo que toma un descanso sin perder de vista á sus perseguidores. Ah! Un rifle en aquellos momentos, y que el duque de Argyle me hubiese puesto cien demandas despues.

En el camino encontramos lo que llaman en Inglaterra un *ground keeper*, un montero que vigila la caza y cuida de los perros. Iba rigurosamente vestido á la escocesa; la pierna cubierta hasta la pantorrilla; el gorro redondo del *higlander*, la pipa en los lábios, la escarcela en la mano. Lo seguian cuatro perros de primer orden, un *Deer Hound*, un *Spaniel*, y dos *pointers* de la mas aristocrática y legítima estirpe de esa noble familia. En las cabezas y en los ojos velados de aquellos animales se traducia la rara sabiduría que los distingue; frente ancha y espaciosa, la oreja larga y colgante, signo de nobleza, la boca correcta y las quijadas blandas y sueltas.

Los que renieguen contra la pesca y la caza pueden saltar estos párrafos; pero yo no puedo privarme de hacer episodio de mis diversiones favoritas al recordar la Escocia y sus montañas. Por lo demás, amigos y compañeros me sobrarán que estrañen que todavia no haya escrito una sola palabra sobre mi primer tiro al vuelo en esta estacion. No me faltará ocasion de hablar con ellos de cacerias europeas.

A las once de la mañana entrábamos en Edimburgo, la metrópoli escocesa, y nos alojábamos en Royal Hotel. Si Walter Scott es el mejor guia de las campañas escocesas, no hay nadie que haya historiado con mas interés los barrios de su noble ciudad natal. Así ha sido de honrado su nombre en sus calles y en sus plazas! Solo el *Albert Memorial* de

Hyde Park puede rivalizar en grandeza y magnificencia con el monumento elevado al autor de *Waverley* en *Princes Gardens*. Si los bajos relieves de aquel, representan el desfile de los grandes representantes de la humanidad en las ciencias, las letras y las artes, la justicia de un pueblo para con un simple ciudadano, mejor fundada siempre que el tributo pomposo de los reyes á sus deudos, ha rodeado á Sir Walter Scott de los héroes evocados por su musa y animados por su imaginacion. Jamás hombre de letras pasará á la posteridad de una manera mas magestuosa que él, sentado plácidamente en su silla de trabajo, custodiado por sus caballeros ingleses y normandos, por sus arqueros legendarios, por sus pajes y heroínas celebradas, por sus compatriotas en fin, los fieros defensores de la independencia de Escocia. Este monumento representa algo mas que el homenaje al talento de un escritor; es el panteon de toda la Escocia que celebra la fama de su evocador! Qué valen ante él las columnas romanas y las tumbas soberbias levantadas á los opresores de los pueblos, al altivo domeñador de las naciones cuyos hijos alientan todavia la venganza despues de trascurrido casi un siglo!

No tengo tiempo de detenerme en la nueva Edimburgo que se levanta en frente del *Castillo y de Holyrood*. Toda la grandeza de los monumentos que coronan á Calton Hill, desde la columna levantada en memoria del héroe de Trafalgar, hasta el Monumento Nacional que conmemora la victoria de Waterloo, si sobrepasan en magestad á los barrios de la vieja ciudad, no tienen para mí el profundo interés histórico de High Street y de Canongate. Aun incluidos Numberg y Ginebra, la ciudad mas típica de la Europa es Edimburgo. Sus viejas casas de diez y de once pisos dicen tanto como sus crónicas; altas y sombrías, forman callejuelas estrechas y complicadas que son el teatro de la historia de toda la Edad Media y de los cuatro últimos siglos. Cómo no habia de exaltarse la imaginacion de Scott al observar

el típico balcon desde donde John Knox, el reformador escocés, lanzaba sobre sus sectarios sus ardientes arengas? Cómo, aquel espíritu profundamente artístico y literario, al ver desde el parque el legendario Castillo de Edimburgo, no habia de tentarse por rehacer su historia y por dramatizar los famosos asaltos que rechazaron sus murallas inexpugnables? Con una curiosidad religiosa buscamos la casa de los fundadores de la *Revista de Edimburgo*, aquella hoja impresa que exaltó tanto las iras de Lord Byron, y en cuyas páginas hicieron sus primeras armas los mas grandes literatos ingleses que ha producido este siglo. Fué en el cuarto modesto del jóven Jeffrey, próximo á casarse y victima de una pobreza cruel, que nació la *Revista de Edimburgo*. Al mes, media Inglaterra se agitaba con su lectura; y los *londoners* se la arrebatában de las manos á la llegada de la posta que hacia el trayecto entre Edimburgo y la aristocrática capital del Támesis. Las reminiscencias históricas y la memoria de los grandes varones no cesan de avivarse: —En el Cementerio de la Iglesia de Cannon Gate inclinémonos con respeto, porque la humanidad honra allí tres de sus representantes: David Allan el artista inspirado, Ferguson el poeta; y el grande Adam Smith, el autor inmortal de la *Riqueza de las Naciones*.

¿Quién no recuerda á Holyrood? La Abadía está llena de tradiciones. Sus ruinas solitarias, su pórtico soberbio, sus arcos ya vacilantes é inclinados revelan la pasada grandeza del antiguo convento. El Palacio es el teatro de los dramas misteriosos de *Maria Stuard*. Mujer liviana y corrompida: el catolicismo la ha idealizado en su martirio; pero la historia cuenta en las cámaras y escaleras secretas de Holyrood, la vida de esta reina cuya corte rivalizó en vicios y crueldades con la de los Borgias. Hume y Macaulay, sin las afecciones nacionales del autor del *Abad*, han trazado su período con la mas alta imparcialidad del juicio histórico.

En la plataforma del Castillo de Edimburgo he tenido un encuentro raro que merece mencionarse. El regimiento de escoceses (highlanders) que lo guarnece es el heredero del número y de las glorias de la célebre legion con que Berrésford y Paek tomaron á Buenos Aires en 1806. Qué íntima satisfaccion esperiménté al ver á aquellos descendientes de nuestros vencidos! Tal vez los aires nacionales que tocaban los pifanos y las guitas (*bag-pipes*) eran los mismos que habian resonado ahora 74 años en las calles de la vieja capital del Vireinato, y que sirvieron al mismo tiempo para animar las fiestas campestres que el futuro vencedor de Soutl en los campos de Albuera, daba en el *Bajo* á las vivaces porteñas de los primeros años de este siglo.

En los días siguientes recorrimos todo Edimburgo. Vimos sus grandes bancos, sus espaciosos clubs, todos los establecimientos con que el desarrollo moral y material de los últimos tiempos, ha dotado á la culta capital de la Escocia.

Pocas horas despues yo continuaba mi viaje y salia para Obán hasta Inverness por el Canal Caledoniano. En esta escursion crucé los lagos Linthe, Arkaig, Oich y el Ness que dá el nombre á la capital de los Highlands. En Inverness he pasado un día de veinte y una horas; á las 12 de la noche he podido escribir á Buenos Aires con la luz que bañaba todavia el ancho *boulevard de Union Street*. Visité el castillo levantado sobre el mismo sitio en que en otro tiempo se levantó la mansion de Macbeth, aquel tetrico señor de Ross-Shire cuya leyenda ha servido para inspirar á Shakspeare la mas estraña de sus creaciones. Recorrí el campo sangriento de Culloden Moor y abórdé las márgenes de la *isla Negra*, donde todavia la supersticion de los campesinos supone que las brujas consejeras de Macbeth se convocan cuando *el relámpago, el trueno y la lluvia*, amagan la tierra de Duncan y de Ban-

quo. Desde Inverness he descendido por la línea férrea de los Highlands recorriendo á Aberdeen, llamada con razon la ciudad granítica, y que es la tercera en rango después de Glasgow y de Edimburgo; á Perth, la histórica Perth de los Chattan; y á Dundee que se levanta sombríamente sobre la orilla norte del Tay.

En toda esta rápida escursión: cuántos lugares históricos y romanescos, cuántos castillos, cuántos pueblos célebres me veo obligado á omitir! Estamos en las habitaciones de Abbotsford, entre los libros queridos del poeta, respirando el aire que respiraba, recorriendo la galería de retratos en que aparece Lord Essex, Oliverio Cromwell, Claverhouse, Carlos II. Viene otra vez á la memoria la leyenda: y la cohorte de sombras desfila de nuevo bajo los techos y las paredes de aquella mansión. ¿Qué puede decir una descripción fría de ese santuario para traducir las emociones que experimentamos cuando ponemos el pié en sus lozas? Un día estando en las galerías de Kensington, en Londres, me llamó la atención un cuadro que representaba á Sir Walter Scott en su gabinete de trabajo de Abbotsford, y simpatiqué profundamente con el bravo corazón del artista que había vencido todas las grandes dificultades de la escena. Los que aman las horas tranquilas en que el espíritu, templado para el trabajo y para la actitud intelectual, no sueña sino en sus emociones fascinadoras, debían tener una copia de ese cuadro que representa el hogar del virtuoso y noble literato que restauró el pasado de su pueblo, y que se levantó con el romance histórico á la altura de los grandes historiadores de la antigüedad y de los tiempos modernos!

EL MILITARISMO EN ALEMANIA

Berlin, Octubre 6 de 1880.

Si la teoría del espiritismo estuviese fundada en hechos incontrovertibles, y si los cadáveres aéreos que anima esa nueva nigromancia, bajáran á la tierra en la corriente del fluido de las evocaciones, el príncipe de Bismarck no gozaria tranquilamente de sus victorias, porque el ánima de Voltaire andaria suelta por el mundo. Y cuidado con los espíritus! En Alemania sobre todo, donde hasta el mismo diablo ha bajado á la tierra para hacer libertina la ciencia, satánico el amor y simbólica y mística la filosofía, Voltaire viniendo del otro mundo, haria travesuras de tal género que ante ellas serian un idilio las conjuraciones del demonio de Hœllenzwang del *antiguo* Fausto, en cuyos dibujos cabalísticos y frases tenebrosas, Gœthe inspiró su célebre poema. Voltaire por debajo de un mueble en Babelsburg, haciendo *tic tac* como un reloj, ó asomando la silueta de su mano fina y huesosa en las paredes del castillo, haria temblar de espanto al bravo emperador de la Alemania. Conocedor como nadie de los alrededores de Potsdam, durante el dia, como las aves nocturnas, se albergaria entre los maderos carcomidos del viejo molino de la anécdota: ó se esconderia entre los papagayos y macacos de su escritorio *rococó* de *Sans Souci*; y por la noche, cuando el unificador de la Alemania, mortificado por el insomnio de la ancianidad y de las preocupaciones, tratára de conciliar el

sueño, el travieso parroquiano de Federico el Grande, en traje de alma, haria ruido entre las viejas armaduras que decoran el aposento de Babelsburg, romperia la porcelana de Saxe que adorna las paredes y que cubre los muebles, ajitaria los viejos Gobelinos y golpearia en los cristales venecianos y alemanes de los armarios.

¿Por qué no ha de ser cierto el espiritismo en Alemania? Despues de la India este es el país que está en relacion mas inmediata con el otro mundo. Han aparecido profetas hace apenas tres siglos: y profetas verdaderos! que dieron leyes, que constituyeron un orden social, y que quemaron hombres y ciudades en nombre de una idea. Verdad es que en Francia, el otro dia no mas, han aparecido vírgenes. Pero la *Madona* de Lourdes es una heroina de comedia, de magia, mientras que Juan de Leyde fué todo un personaje biblico. Notemos sin embargo que los Hohenzollern de nuestros dias no creen en fantasmas, que no padecen de ideologia como los profesores de Heidelberg y de Bonn. Federico el Grande no fué solamente el primer general de su tiempo; fué algo mas, fué un hombre de letras distinguidísimo, un Mecenaz con grandes calidades artisticas: y no poco galante á pesar de la disciplina. Basta acercarse á sus bibliotecas, á sus pequeños y misteriosos gabinetes de trabajo en que solo entraban sus intimos amigos literarios, para saberlo. En esos armarios están los libros de Saint Real, de Chanhein, la *Jerusalem libertada*, los cuentos de Lafontaine, Corneille, Scarron y.....Bocacio! Este último lleno de señales, marcando tal vez los pasajes mas plásticos y sabrosos que se gustaban en *petit comité* y sin mas indiscretos que algun galgo favorito dormido sobre los ricos almohadones de un sillón. Sus salas estaban iluminadas con cuadros de Watteau, ese Molière de la pintura: con grandes relojes de Paris que la Pompadour le regalaba; y el estilo rococó de Dresden, esa escuela espontánea del Renacimiento en la porcelana, ornamentaba las puertas,

los muros y los techos. Fué aquella una Corte artista, y para que nada faltara en ella, el rey mismo rendia tambien un culto fervoroso á las otras dos musas hermanas, porque tocaba la flauta, componia sonatas y habia encontrado á Terpsicore en la Barberini. Voltaire fué el *pendant* de Federico en aquella corte; y con su génio genuinamente francés y agresivo, representó el papel del poeta imperial: hizo á Horacio, hizo á Virgilio é hizo á Ovidio pero sin verse obligado á cantar en los *Tristes* los contrastes que le acarrearón sus sátiras y travesuras.

Hoy los príncipes de Alemania no son sinó militares; las ocupaciones pacíficas de la paz no los séducen. En la mesa del emperador las letras brillan por su ausencia. He estado en tres de los palacios que ocupa habitualmente y he llevado intencionalmente la vista á los libros en uso activo, que es el medio intalible para conocer las inclinaciones ordinarias de un espíritu. Pura literatura militar en los armarios; las listas anuales de revista sobre el escritorio en volúmenes separados desde 1862 hasta 1881! El imperio aleman vive siempre mas adelantado que el almanaque! En historia, la historia militar de todos los pueblos y de todos los tiempos. En las ciencias, tratados sobre balística, sobre artilleria, sobre los fusiles de diferentes sistemas: la ciencia de la guerra moderna en una palabra. Innumerables obras sobre táctica militar y cartas geográficas destinadas á la estrategia. Por adornos, balas cónicas de cañón; vasos con bajos relieves representando desfiles de guerreros; las banderas de sus regimientos favoritos, cuadros representando las últimas batallas! Y no exajero! Los que hayan entrado alguna vez al palacio imperial de Berlin, encontrarán en el vestibulo una pieza de artilleria; los que se asomen al vestibulo de Babelsburg encontrarán dos piezas de artilleria de diez, montadas soberbiamente, regalo de Krupp en el cumpleaños del Emperador!

Yo amo la Alemania porque no puedo olvidar que ella ha

completado en la Reforma la revolucion mas grande de los tiempos modernos, mas trascendental y mas eficaz que la revolucion francesa, porque la posteridad la ha acatado sin someterla al exámen crítico y filosófico. Amo ese pueblo que ha profundizado con Niebuhr la historia antigua, con Bunsen la tradicion religiosa, con Humboldt la ciencia en un libro en que el saber y la erudicion han tomado todos los colores fascinadores del poema para manifestarse. ¿Quién puede olvidar el espiritu vulgarizador y propagandista de la Alemania en el otro siglo? Madame de Stael recorrió ante la Francia el velo tras del cual estaba ese pueblo que habia interpretado todas las literaturas y bebido en todas las fuentes. La Francia creia tener el mas alto representante de la crítica en La Harpe: pero el grupo de Lessing lo oscureció para siempre. Fué la Alemania quién reveló el teatro de Shakspeare á la Europa; la que primero comprendió y estudió á Cervantes y el teatro español del siglo XVII. Ha sido siempre, ella, la que ha atacado la primera el misterio que encerraban los viejos pueblos del Oriente. El primer filólogo de nuestros tiempos, Max-Muller, es aleman: y debemos recordar con satisfaccion que Buenos Aires hospeda desde hace años á Burmeister cuyo renombre es incontestable en toda la Europa.

Pero los reyes!.....No pretendo hacer una tirada democrática y declamatoria contra los príncipes. Hay reyes que pasan desapercibidos y esos son los mejores. Pero los reyes y los emperadores que gobiernan como los príncipes de Alemania, y que gobiernan militarmente, no pueden sernos simpáticos á los que hemos tenido la suerte de beber el espiritu nuevo en los libros que enseñan el buen gobierno de las naciones. Hay en Alemania dos entidades capitales que no pueden confundirse en una sola para fulminar el ataque. La primera, la forman los príncipes ó los nobles, la segunda la forma el pueblo. La primera ha organizado el imperio militar en la época propicia de las victorias; el

éxito es una razon suprema. La segunda incuba los gérmenes de la mas grande y mas profunda revolucion que haya experimentado jamás un pueblo. De una parte hay una familia de principes sóbrios, autoritarios y altaneros, con una nobleza fiel que tiene sus mismas aspiraciones, sus mismos sentimientos y que reconoce iguales destinos. De la otra parte, hay un pueblo varonil, intrépido, ilustrado y naturalmente revolucionario. Ese pueblo, por mas que pretendan lo contrario los comerciantes de Hamburgo, los banqueros de Frankfort y los industriales de Leipzig, aborrece á sus principes, y se dá perfecta cuenta de los motivos de su ódio. Ese pueblo fermenta en Heidelberg, en Bonn, en Berlin mismo; comienza por ser estudiante y termina por tener representantes que se llaman Lepsius, Virchw, Straus, Muller. Ese pueblo tiene cerrados los lábios y ligadas las manos. En el Parlamento no se atreve á atacar frente á frente al principe de Bismarck, como lo haria Northcote en Inglaterra con Gladstone. En el diario, no bien abre las alas, la autoridad se las cierra. Y citaré hechos para demostrar ambas afirmaciones. En el Reichstag, el canciller del Imperio mas de una vez ha impuesto silencio con tono furibundo á los diputados radicales, y no transcurre un mes sin que se cuenten cuatro ó seis supresiones de diarios y periódicos. Yo mismo he tenido ocasion de juzgar los hechos prácticos. Se me habia estraviado en viaje, el libro de Grenville Murray—*Los alemanes en Alemania*; un libro imparcial, mas festivo que crítico y con un fondo de justicia serena que constituye su mérito verdadero. Quise obtenerlo en Berlin y lo pedí en la libreria de Asher, la primera libreria de la ciudad. Encontré todas las obras del mismo autor, pero la que buscaba era libro prohibido! Los que duden del hecho repitan la tentativa!

Cualquiera que sea la fuerza formidable de la Alemania, su actual estado politico no será duradero. Antes de medio siglo, si el imperio no opera la revolucion pacífica, el pueblo

operará la revolucion armada. La Rusia puede perpetuar el Czarismo, porque es un país sumamente estenso cuya poblacion no ha alcanzado todavia, por la educacion, todas las fuerzas morales que inician y realizan los sacudimientos populares. Pero la Alemania es otra clase de pueblo; su poblacion densisima cuenta en cada ciudad y en cada villa con un sin número de espíritus cultivadísimos que se revelan y protestan, con toda la conciencia del hombre libre, contra las cargas que les impone el rango de nacion de primer orden. Ese pueblo que paga enormes impuestos y que está obligado sin escepcion á abandonar su trabajo, á postergar ó cortar sus estudios por el servicio militar, conspira ó emigra. Y todos los años los puertos de Bélgica son testigos de la fuga de miles de jóvenes conscriptos que van del otro lado del Océano á buscar la libertad del trabajo y la quietud del hogar en las libres campañas del Canadá y de los Estados de la Union.

Cuenta Grenville Murray que alguien se preocupaba un dia delante de Bismarck, del número considerable de soldados que habia perdido la Alemania en sus últimas campañas. El príncipe contestó con cinismo inconsciente: «Eso es nada en comparacion de los que nos arrebató la emigracion.» Hé ahí la crítica mas elocuente y definitiva del sistema, hecha por su mismo autor.

En la Edad Media la nobleza en Alemania estaba en armas contra el rey. En nuestro tiempo la nobleza es la aliada mas firme de los príncipes. La carrera militar hoy en Alemania es casi el monopolio de los nobles. Basta ver un grupo de oficiales en las calles ó en los teatros de Berlin para asegurar sin temor de equivocarse que todos pertenecen á familias de la aristocracia. El plebeyo estudia ó trabaja en los ramos distintos del comercio y de la industria. El estudiante por lo mismo, es uno de los elementos de oposicion mas recalcitrante contra el sistema militar. Es audaz, aventurero y revolucionario con muchos de los rasgos del viejo estu-

diante de la tradicion y con algunos de sus mismos rasgos externos, el traje por ejemplo, que consiste ordinariamente en una gorra ó en un birrete de colores imposibles, rosado, amarillo ó verde claro, calzado sobre la extremidad de un jopo desesperado. El estudiante conspira siempre, si no en la accion inmediata de los hechos, en la propaganda, en la tésis, en el club y hasta en las tabernas. Del elemento letrado que constituye esta verdadera clase social en Alemania, sale el enemigo de la nobleza militar. Nada de mas antagónico entre sí que un casco, con su punta metálica tentadora de los rayos, y el casquete microscópico del estudiante de Berlin.

La imágen del perro y del gato que representa la antipatía de dos razas, no es mas elocuente que estos dos emblemas del odio entre dos órdenes sociales. De los primeros salen los grandes generales que ocupan los altos y delicados puestos del Estado Mayor, y que desempeñan á la vez como Molcke, diez ó doce cargos militares, centralizando de la manera mas completa la direccion suprema del ejército. De entre los segundos salen los espíritus que sorprenden al mundo con la solidez y la profundidad de su génio. Estos dos elementos comienzan por divorciarse desde que toman su rumbo en la vida, y llegan á detestarse desde sus posiciones recíprocas en la sociedad! El dia que choquen con fuerzas iguales, no será difícil prever de quien será la victoria. La Alemania será grande y unida ese dia por las ideas, no por las armas. Estará soldada por los vínculos que engendra la libertad de la prensa y de la palabra, y la Prusia dejará de ser el puño que está apretando los fragmentos de un todo sin cohesion, pronto á dividirse en el acto en que se abra la mano fuerte que lo liga.

Los adoradores del imperio militar sonrien tranquilamente cuando se les apunta las pequeñas heridas que amenazan ser grandes llagas en el Cuerpo del Imperio Aleman. No pocos atribuyen á *francesismo* las observaciones que se

les hace, y los otros no se dan ni la pena de meditarlas. Pero para estudiar á la Alemania política de nuestros días, no es necesario salir de Alemania. En ella misma encontramos los dos elementos contrarios que han de librar tarde ó temprano una lucha inevitable. Ningun pueblo por otra parte se encuentra mas educado que este en las revoluciones. Los primeros sintomas del socialismo germinaron en las ciudades alemanas; Juan de Leyde y los anabaptistas, segun lo observa Murray con aguda penetracion, fueron los primeros sectarios. ¿Para qué recordar las profundas conmociones parciales que produjo la Reforma y el espíritu de la revolucion? Ese mismo pueblo de Berlin amedrentó un dia á su idolatrado emperador Guillermo, cuando todavia no era rey haciéndolo emigrar á Inglaterra, precisamente porque hacia las primeras tentativas del régimen autoritario y personal que debia implantar despues de la muerte de Federico Guillermo IV.

El imperio aleman ha triunfado de la Austria y de la Francia; ha restablecido al Norte el viejo imperio militar de otros tiempos. Es la primera potencia militar del continente en nuestros días. Pero le falta triunfar de la Alemania; y, mientras que no triunfe por la libertad absoluta, por la libre discusion, por el desarme paulatino, por la disminucion del impuesto, por la abolicion de los privilegios militares, por el respeto y la sumision á los hombres de saber, y por las garantias dadas al pueblo que despierten en él el amor espontáneo á la patria, será un edificio levantado sobre arena. Ni las formidables fortificaciones de Metz, ni un millon de soldados, ni las invenciones de sus célebres armeros, ni las combinaciones de Bismarck, ni el génio guerrero de Moltke, impedirán su caida y su restauracion. Es un hecho fatal. Cuando los hechos históricos no reconocen otro fundamento que el genio de un hombre, el problema, resuelto por algun tiempo, se complica y se presenta de nuevo, en el acto que el héroe desaparece. Solo la

práctica diaria y la enseñanza constante de la libertad, producen hechos definitivos y normales en los pueblos. Por eso es que la Inglaterra no necesita, ni ha necesitado nunca de un Bismarck que la gobierne, de un Moltke que ejerza la dirección militar y omnimoda de sus ejércitos. Bismarck existe por sí mismo. Mr. Gladstone no se concibe sin Mr. Disraeli, ni Mr. Disraeli sin Mr. Gladstone. La ancianidad y la muerte retirará á estos combatientes de la escena, y otros los reemplazarán con mas ó menos genio tal vez, pero el país no se inquietará, porque cuenta con la eternidad del culto que engendra el sistema, y nó con los sacerdotes que lo sirven. La Alemania no puede decir lo mismo.

Hace cerca de un mes que viajo por ella observando friamente los hechos; y todos los encantos que tiene este país dulce y poético, están oscurecidos para mí por el militarismo. He estado en Heidelberg, en Frankfort, en Leipzig, en Dresden, en Hamburgo, en Berlin y en Potsdam. En todas partes casernas y soldados! Los números de los cuerpos suspendidos en los hombros de los soldados pueden dar una idea de la suma colosal del ejército; he alcanzado á ver el 242, en un uniforme de infantería; 83 en uno de caballería; 61 en otro de artillería; 37 en un soldado de ingenieros! En Berlin, ahora dos noches, se daba *Flick y Flock*, un baile pantomima que obtiene gran éxito cada vez que se representa. En uno de los palcos principales, al lado de los de los príncipes de la casa imperial, conté sesenta oficiales poco mas ó menos, todos en un grupo. En la platea doble número; en la galería pelotones de soldados. La tercera parte de la concurrencia vestía uniforme y el teatro estaba lleno!

La Alemania no es sin embargo un pueblo guerrero. La familia es dulce y bondadosa como en ninguna parte. El hogar es pacífico y verdaderamente adorable por la armonía que reina entre los hijos y los padres, La madre de esos

granaderos gallardos é imponentes que infunden respeto en las filas y admiracion por su belleza varonil fuera de ellas, no es una madre griega que pone el arma en las manos del hijo, que le enseña los cánticos de guerra desde niño, que previene en fin su naturaleza para el estrépito militar. Por el contrario, es suave y meditativa; tierna débil como debe ser el ideal de la mujer. No tiene las pretensiones al lujo de las francesas, ni esa dureza inevitable que suele plegar el rostro de las inglesas. Se comprende á Margarita cuando se trata á una de esas dulces mujeres de las márgenes del Rhin. ¿Y acaso los hombres tienen una naturaleza distinta? Yo solo comparo la ternura y los extremos del cariño y la amistad de las familias de Alemania, con el que distingue á las nuestras. Desde que se pone el pié en el umbral de una de esas casas patriarcales se aspira el perfume de la felicidad!

La fiereza proverbial de este pueblo es obra de los que lo gobiernan y no calidad de los gobernados. Si el pueblo alemán amara la guerra y el servicio militar, la emigracion no acusaria lo contrario con la cifra elocuente que alcanza anualmente. Las madres y los padres son los primeros en fomentar en el hijo las inclinaciones al destierro. Tal vez el prusiano sea el único que puede llamarse soldado en toda la estension de la palabra. Los Bávaros viven alejados de su rey y del emperador. El Rey Luis II está muy cerca de ellos, pero es un mito, un ente misterioso é incomprensible á quien no se le conoce amigo de ningun sexo, sinó Wagner que disfruta esclusivamente de la sociedad de este ser singular. El emperador está muy lejos para que la Baviera se preocupe de él. Lo mismo sucede en Wurtemberg y en Sajonia, donde el pueblo lamenta tener que jurar por Guillermo y no por sus reyes anulados.

No hay un vínculo espontáneo que reuna en un solo sentimiento las aspiraciones de los pueblos que forman la Confederacion; y de ahí, el horror que inspira el casco, y las evasiones periódicas de los llamados al servicio militar.

Parecería tal vez que la última guerra con la Francia hubiera cavado un hondo abismo en el comercio de las ideas entre ambos pueblos. El antagonismo de la masa popular existe como es natural, y no es necesario demostrar que la cuenta entre las dos naciones espera todavía su saldo. Pero la Alemania no cesa un solo día de asimilarse todo lo que su rival produce en la esfera de las ideas, lo serio y lo ligero, lo bueno y lo mediocre, lo sano y lo enfermo. La política literaria del Canciller no es tan absoluta en estas materias como las del tribunal literario de Inglaterra. Desde el Almanaque de las *Cocottes*, hasta el Vaudeville y el romance mas desvergonzado, pasan fácilmente por la frontera y se exhiben en las vidrieras de los libreros de Berlín con el indispensable *Vient de paraitre*. Se me ha asegurado, yo no lo afirmo, que hay pocos mercados en el extranjero iguales á Berlín para *Nana*.

En cambio, puedo asegurar que la demanda de estos libros proviene de las capitales donde encuentran compradores apasionados en el número considerable de extranjeros que viajan, y tal vez entre los militares que en todas partes tienen buen estómago para digerir estos manjares. Sin embargo, es necesario reconocer que bajo el punto de la moralidad, el ejército del Imperio es un modelo. Las menores faltas del soldado y del oficial se castigan severamente, y los últimos comprenden de tal manera la solidaridad de sus intereses con los deberes de su empleo, que podría decirse sin cometer un error que son impecables con relación á la ordenanza.

El militarismo erigido en sistema de gobierno, como en Alemania, es incompatible con el pretendido gobierno constitucional y parlamentario del Imperio. Si antes, los nobles se alzaron contra los reyes, representando los dos elementos antagónicos del tiempo, mañana, el pueblo, mas sábio y mas digno que ellos, usará de sus derechos y acabará con la plaga que lo oprime.

La Alemania tiene que ser libre y pacífica; porque su pueblo ha nacido de la revolución y se ha educado en el trabajo. Ese día habrá realizado el gran problema de la Unión que el príncipe de Bismarck ha creído resuelto por el solo hecho de poner una corona imperial en la cabeza del rey de Prusia.

DE PASO POR ALEMANIA

Hamburgo, Octubre 7 de 1880.

Cuando vuelva al Rhin hablaré de los románticos castillos arruinados que desde la corona de las montañas miran pasar melancólicamente las aguas correntosas entre Mainz y Colonia. Ese es el Rhin *burgrave*; el Rhin amado de los poetas franceses; el Rhin de las leyendas. Todo es dulce en aquellas márgenes. Las faldas de las montañas se visten como el Himeto de viñas doradas. Hasta las nieves de la Lorely y del Rheinfels son tibias! Sus pueblos, según la expresión ingénuo y primitiva de un rústico, parecen ropas blancas tendidas sobre sus márgenes; y se destacan agrupados todos, como una fuente de azúcar sobre la flecha lanzada de sus pequeños templos cuyas campanas hacen repercutir su eco en el seno de los valles.

Cuando hablo del Rhin, hablo también de sus arrabales: del Neckar que pasa por los umbrales de Heidelberg la docta, la Salamanca de los alemanes, la madre de todos esos filósofos á lo Hegel, que han hecho suyo á Descartes y que viven en los limbos científicos, mientras los reyes y los emperadores ensayan sus cañones en las campiñas de Coblenza. Hablo de Frankfort, la vieja villa libre del centro, convertida en el París del Rhin por el lujo prusiano; de Wiesbaden, de Ems y de Düsseldorf donde Cornelius, Schadow y Bendemann, los grandes pintores alema-

nes de este siglo, han dado á las artes el brillo que Weimar dió á las letras en los tiempos de Goethe y de su grupo.

Cuando se entra en Heidelberg por el Anlage, lo primero que llama la atención son los bulliciosos estudiantes, con sus pipas trepadas hasta la altura de sus lentes y con sus casquetes llamativos. Parecen bandadas de *cardenales* de copetes amarillos y colorados, por el bullicio que producen y por el número en que invaden las calles y las tabernas. A primera vista, todos nos parecen hermanos; no hay entre ellos esa diversidad de tipos que presenta el estudiante parisiense. Todos parecen vestidos por el mismo sastre, calzados por el mismo zapatero y servidos por el mismo fabricante de gorras. Todos son rubios, invariablemente lampiños, con los ojos pequeñitos é infantiles, el rostro como alumbrado por detrás de la epidermis, los cabellos frisados á la desesperada sobre una frente alta y despejada. ¿Cómo encontrarles algo parecido entre nosotros?..... Imaginaos á Wilde—sin barbas, sin ese dejo saltañón tan anti-aleman con que habla, suprimido su sombrero monumental por un birrete liliputiense de color celeste: y tendríais algo aproximado á ese bohemio soñador é ideólogo, que comienza por ser socialista y que termina por vivir en los espacios del *subjetivo* y del *objetivo* como Neander.

Allá, sobre el camino que lleva al *Castillo*, que los franceses hicieron saltar convirtiéndolo en la ruina mas imponente de la Alemania, se domina todo ese vasto y verde valle del Rhin que han pintado Madame de Stael y Victor Hugo, con colores tan deslumbrantes. Heidelberg y sus alrededores tienen todo el sello de la Edad Media. En la ciudad se estienden esas calles sombrías y tortuosas como las de la vetusta Nürmberg, formadas por los edificios de base angosta, de ventanas voladas, de puertas bajas y de techos en forma de espaviladera, que protejen y cubren los muros de las inclemencias del invierno.

En las campañas, el panorama ofrece las últimas colinas del viejo palatinado Rhiniano, vestidas de pinos sombríos, en cuyos troncos se envuelve la yedra y á cuyos piés brotan abundantemente los elechos; y allá á la distancia, en la tabla rasa del Valle, se ve el Rhin que se envuelve y se desenrolla como una cinta, besando el umbral de las innumerables aldeas vecinas. Todo es dulce en esta tierra que no azotan los vientos rudos del Norte y que está léjos de las ágrías y arenosas planicies del Mecklemburgo. El vino no mancha el cristal de los frascos que lo contienen como los vinos capitosos del Portugal. La mujer es el tipo en que Goethe entrevió el cielo cuando concibió á Margarita. Ese mismo estudiante bullicioso y pendenciero, que sale de las aulas con el rostro lamentablemente tajeado, tiene una sensibilidad tan exquisita, que tiembla como una parásita, si escucha un aire caliente y meridional de la música italiana; que ama las partituras de Gluck; y á quien las frases oscuras y complicadas del *Alcestes* le son tan familiares como á nosotros los coros guerreros del *Trovador*. Los he observado atentamente en las tabernas de Heidelberg y en el *Palmer-Garten* de Frankfort, con su vaso lleno de la cristalina cerveza de Munich, la nariz al viento y la cabeza levantada como la de un mirlo que aprende á cantar, escuchar esa música *hegeliana* en la que nosotros tenemos que tropezar muchas veces antes de poder morder un aire y hacérselo familiar. Hasta en los *waltz* en que el génio fácil de los italianos encuentra siempre rimas abundantes, los Strauss, desde el viejo Strauss hasta los hijos, hacen ciencia y sorprenden el tema entre un acompañamiento sesudo que es todo un comentario.

Anoche no mas, Eduardo Strauss con su orquesta ejecutaba el *Vitte Schön*, un alegre de notas cristalinas que arranca como un madrigal, pero en medio del tema los violines bajan y se extravían en un episodio completamente extraño á la inspiracion conceptuosa de la pieza. Es en-

tonces cuando la atencion se reconcentra, mientras la espuma de la cerveza desaparece sobre el vaso y el fuego de las pipas se estingue. Es entonces cuando los alemanes se remontan ó se hunden en una distraccion extática, de la cual no los arrancaria el estampido de un cañonazo disparado á su lado. Entre nosotros despiertan las burlas de la incredulidad las anécdotas de estos soñadores. Hegel incomodado por su sastre en medio de la concepcion delicada de un problema, toma de sus manos un pantalon recién hecho y trata de ponérselo: se saca solo una pierna del que tiene puesto y olvida sacarse la otra. Al ponerse la primera pierna del nuevo, encuentra con asombro que el sastre ha hecho tres piernas al pantalon y corta la que le queda de mas. Neader en medio de su meditacion deja caer un día su mano sobre la página de un libro, cuando quiso continuar su lectura y dar vuelta la hoja, preguntó quien se permitia poner la mano sobre el libro en que leía. Y para contar algo curioso diré, que casi siempre despues de terminada cada pieza del concierto los oyentes aseguran que los *mozos*, aprovechándose de su distraccion les han bebido la cerveza.

En los pueblos meridionales el arte fué siempre una manifestacion religiosa ó política. Desde Fidias hasta Miguel Angel, el cincel constituyó algo mas que un oficio. En Alemania, el arte ha sido siempre un culto y en ninguna parte se mantiene mas pura la fuente de sus inspiraciones. Se ha observado por los mismos franceses, por los mismos italianos, que la decadencia artistica cunde en Paris y amenaza á Roma y á Florencia; y alguien cuyo nombre se me escapa en este momento, ha llamado á nuestro siglo— el siglo del *arte tapicero*. Hay algo de verdad en este apodo amargo contra el *bourgeois* que vive dominado por el furor de aglomerar tejidos súcios y desvaídos sobre sus paredes por el solo mérito de los años que cuentan. Aún en el bronce cunde la decadencia; el bronce viejo, casi

siempre caro y apócrifo está en voga absoluta. Y como el campo literario y artístico es campo comun para todos los espíritus que lo recorren, ya la escultura moderna ha producido al *marmolero* hijo bastardo del escultor, y á los pintores de *Nanas*, la Venus loreta del nuevo Olimpo. Y la porcelana! Oh la porcelana! Las fábricas de Bohemia y de Saxe no dan ya abasto para *envajillar* (perdon por el verbo) los vestibulos de las *Villas* de la aristocracia *bourgeoise*! Solo en Alemania el arte se remonta á las esferas vaporosas del éxtasis y produce una escuela que, á mi juicio, está destinada á desaparecer por exceso de espiritua-lismo, como la escuela francesa nueva está condenada á malograrse por exceso de materia. Dresde no ha aumentado su *Museo* y ha hecho bien; pero Berlin que ha necesitado rivalizar con los frescos del Louvre y de Versailles, ha hecho trepar á los techos y á las paredes de su gran Museo y de la *Galeria Nacional* una pléyade de artistas que han reproducido la comitiva de los héroes mitológicos del Norte: á Herta la Ceres, á Odin el Júpiter, á Baldur y á Hulda el Apolo y la deidad de las virtudes domésticas. Exceptuemos al valiente y fuerte Kaulbach que ha acometido en una de las pinturas murales de la escalera monumental del *Nuevo Museo*, la grande escena de la *Reforma*: cuadro audaz y revolucionario, en donde asoman las cabezas de Lutero, Melanston, Zwingle y Calvino al lado de las de Huss, Wiclef y Savonarola, representantes de la emancipacion religiosa; las de los hugonotes representando la accion en los hechos; las de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Colon en la ciencia, las de Leonardo de Vinci, Durer, Hol-bein en las artes, las de Guttemberg y sus discípulos en la propaganda, las de Shakspeare, Cervantes, Hultten y Petrarca en la batalla literaria!

Solo el paisaje triunfa en la pintura moderna. Pero el paisaje es tambien la decadencia; es á la pintura lo que la música ligera á las composiciones de los grandes maestros,

Los ingleses lo han monopolizado y los alemanes les disputan el monopolio. Pero siempre la tendencia idealista en ellos! Gabriel Max que lo anima con el lúgubre poema de sus amores, es monótono y escéntrico; espía los momentos en que la naturaleza está menos natural para pintar sus crepúsculos extraordinarios, sus mañanas nubladas, sus días oscuros, y siempre su novia muerta en todos ellos; pálida como una sombra, recordando el espectro de Atala en la galería del Louvre. Y sin embargo, la Alemania moderna tiene razón en estar orgullosa del artista.

En ninguna parte de Europa la tendencia al arte fantástico es tan marcada como en Alemania. Si ella ha invadido la pintura y la música no ha dejado de contagiar el teatro en todas sus manifestaciones. Las mejores comedias de Mágia se representan en Alemania: *Las Pildoras del Diablo*, *La Pata de Cabra*, *El Cuerno Encantado*, con la mas torpe y vulgar combinacion de decoraciones. Un muchacho argentino veria al maquinista, á través de los cambios de escena, sorprenderia al imbécil que produce un relámpago con el *soplete*, veria la bala de cañon que rueda sobre la plancha de cobre para producir la detonacion del trueno que retumba á la distancia, y reiria á carcajadas de la farsa. Es necesario ver el *Oberon* de Weber, en el teatro de Dresde para conocer á las hadas y al diablo arreglando los negocios particulares de los súbditos del rey de Sajonia. Prescindamos de la música á pesar del maestro, por que jamás he visto sobre la escena de teatro alguno una compañía mas torpe que aquella; pero, atentos, sin perder un detalle, observemos ese escenario que cambia, desaparece, se transforma y se modifica, como el círculo movible que arroja sobre la tela el foco de una cámara oscura, y veremos como hasta en eso los alemanes aman las concepciones quiméricas é imposibles. Si os dijera que el mar en uno de los actos produce mas monstruos marinos que el *Aquarium* de Brighton, no lo creeriais; el sol sale sobre sus horizontes

dilatados é ilumina de púrpura sus hondas; la tempestad estalla y las espumas de las olas embravecidas baten las rocas; las naves naufragan, y los naufragos arriban nadando á la playa; la tarde se pone bajo la luz de un crepúsculo soberbio; viene la noche, la luna riela sobre las aguas y las estrellas titilan en los cielos; del seno de las aguas brotan ninfas cuyos trajes se miran al través del líquido elemento; saltan cocodrilos y brincan zapos y ranas mónstruosas, y para que no falte lo grotesco en aquella escena que aparece extraida de una de las evocaciones de Fausto, una tropa de langostas de mar baila en la escena una verdadera ronda oceánica.

Y delante de este cuadro, un público deslumbrado, á quien parece que le hubieran hecho fumar una enorme pipa de *hatchis*, cuyo depósito estuviese en la escena. Y no se crea que es un público compuesto de mujeres y niños como es el público de esa clase de espectáculos entre nosotros.

Por el contrario, personajes de una gravedad recomendable y militares imponentes con el pecho constelado de medallas, miran absortos aquel poema simbólico en que un anillo encantado crea mas prodigios que la lámpara maravillosa de Aladino.

Cuando pasé por Leipzig yo no estaba preparado para comprender el móvil de estas inclinaciones singulares. Pero al bajar al Auerbach Keller, el zótano en que Goethe compuso los mas tenebrosos pasajes del Fausto, comprendí cuan cierta debia ser la anécdota que cuenta que los sirvientes aseguraban que el poeta trataba de noche mano á mano con el diablo. Figuraos, en una calle angosta y tortuosa, un buraco con pretensiones de puerta que conduce á un antro dividido en dos cuartos por un pasaje estrecho y misterioso. Desde que se pone el pié en el primer escalon, una harpa que parece tocada en el fondo de la tierra, ó modula una obertura incomprensible, ó al verse arañada violentamente por la rubia Safo que la pulsa, exhala el *valse de Bouc*,

inmensa bacanal segun Emile Pagés, que hubiera hecho palidecer de espanto á Musard, y que hubiera arrojado á Brididi en la mas horrible desesperacion. Entremos al antro: en cada sala hay seis muchachas sajonas, lindas todas como las hadas de Noel, que rascan las harpas con entusiasmo y ponen el grito en el techo. No os podeis imaginar nada de mas limpio que aquel verdadero *Keller*;—brilla el mantel sobre las mesas y relucen los cubiertos en los platos, mientras que el *bouc*, encerrado en el enorme barril tradicional, corre como el Janto amenazando inundar aquel agujero! El diablo por todas partes! En los muros, unos viejos frescos del siglo XVI que representan la tradicion del Fausto. El diablo ha estado tres veces en aquel antro; una vez de caballero andante como Don Quijote, otra vez de estudiante de Heidelberg en vacaciones, otra de Judio vendedor de librerías raros, impresos por Guttemberg y llenos de máximas contra los exorcismos. Están marcados sus pasos y se conservan los anteojos que dejó olvidado cuando estuvo de israelita. Qué horror!

En las paredes el evocador de Mefistófeles ha dejado todos sus recuerdos: y como si no fueran ellos bastantes, los de sus queridas. Allí está su retrato, un rulo de sus hermosos cabellos, que tenian tantas apasionadas; los borradores del poema, la pluma y el tintero con que los escribió; el enorme *bocoy* en cuyo *espiche* se incendió la copa del diablo cuando brindó con los soldados fingiéndose su camarada. La concurrencia bebia cerveza de Baviera y comia mariscos. Nuestra comitiva hizo lo mismo: y esa noche me acosté en los brazos de Satanás.

Allí acuden los estudiantes, y no pocas veces los judios que en Leipzig cuentan una buena suma de la poblacion. El estudiante, como en todas partes, canta y bebe; el judío observa y trafica; unas veces vuelve de la *féria* donde ha hecho sus usuras y ha guardado sus *thalers* dentro del bolsillo sin fondo de sus *lévitas* longitudinales; otras veces,

viene á buscar á un pobre escolar á quien puede comprarle todavia la última casaca y el último libro que le queda. Es de verlos por grupos! con sus barbas luengas, sus mechas rizadas sobre las sienes, las caras magras y hundidas, los ojos vidriosos y apagados al mismo tiempo; vestidos de negro casi siempre: del paño de sus ropas el uso ha gastado la frisa, y la trama de la tela se ha cubierto de una capa grasienta é impermeable, que parece hule en los faldones y cuero en el cuello. Se congregan por grupos en las callejuelas de Leipzig y de Frankfort, hacen su bolsa en ellas siempre flemáticos y abatidos, desconfiados y disimulados: el oro los empuja, los lleva, los atrae, los hace vivir la vida intranquila y terrible de la codicia; y á pesar de su humildad, de su pobreza, de su miseria, ellos son los que llegan primero á la riqueza; de sus faltriqueras corre el Pactolo; y solo así se esplica, que la Sinagoga nueva de Berlin sobrepase á la Alhambra en riqueza y magnificencia, aunque la higiene no sea capitulo observado por sus ministros!

La fisonomia de las ciudades de Alemania es completamente diversa en todas ellas. Se observa á traves del mismo idioma, un pueblo distinto, inclinaciones diferentes y gustos opuestos. En Frankfort vive el banquero; es planta legítima de la antigua ciudad libre que ha hospedado y hospeda á los Rothschild todavia. En Heidelberg y en Bonn los profesores y los estudiantes monopolizan con las truchas el derecho de habitacion. En Leipzig, la libreria ha formado el mas gran taller de la Europa, y digo el mas grande, porque Leipzig edita en todos los idiomas y reproduce todos los libros. Los alemanes tienen calidades sobresalientes de asimilacion. En los depósitos de Tauchnitz puede encontrarse toda la literatura, la ciencia y la historia de Inglaterra. En Cassel, Teodoro Kay absorve todo lo que los libreros franceses producen al año. Los autores extranjeros protestan contra esta competencia barata que editores extranjeros les hacen en el Continente, usurpándoles la propiedad litera-

ria; y aun creo, que el abuso ha sido materia muchas veces de enérgicas reclamaciones diplomáticas. Inútiles protestas! Hasta la *Amalia* de Mármol es buena presa de la tipografía alemana, y la *América Poética* de Gutierrez ha sido publicada por una Anita X..... que se titula audazmente autora de esa coleccion!

Los alemanes tienen las primeras bibliotecas del continente. La de Dresde por ejemplo, que pasa de 600,000 volúmenes, es de primer orden. Basta decir que la República Argentina dispone en ella de un armario entero, para formarse una idea de la manera como estarán representadas las otras naciones. Verdad es que hay en ella obras y autores nuestros cuyos nombres me guardaré bien de pronunciar, que pueden haber salvado nuestro nombre literario gracias al polvo que indica sobre sus lomos que la indiferencia los ha respetado. Pensad que hay poetas de la *media caña*; de aquellos que escribieron en el período benedictino que media entre la caída de Rosas y la sancion definitiva de la Constitución Nacional, y podreis, si sois maliciosos, adivinar á los héroes de ese parnaso bizantino! Podeis imaginaros qué impresion curiosa recibiria al treparme sobre la escalera que me proporcionaba el empleado diciéndome: «*Hay poetas de su tierra en esa fila.*» Pensé que iba á encontrarme con el nombre de Echeverria, de los dos Gutierrez, Juan Maria y Ricardo..... y por qué nó de los muchachos jóvenes que comienzan, como Navarro Viola? Horror! Allí estaba Don Pedro, Don Juan y Don Diego, con sus odas al *Gorro de la libertad*, *Su pirata* á lo Espronceda y su *Silvia á Petronita en el dia de su cumple años con un ramo de claveles...* Me desplomé de la escalera como empujado por la musa y me acordé de que yo tambien habia hecho versos y merecido los honores de ser puesto en música en la cancion de la letra mas *guaranga* y popular que cantan los *Tenorios* en las noches

del Carnaval. Qué ignominia! ¿Si estaría yo también en la biblioeca de Dresde?

Después de ver la Galería de Dresde, todas las otras galerías de la Alemania hacen pensar en ella! Quien no ha perdido una hora delante de la Madona de San Sixto? Quien no ha tenido la tentación criminal de tomar un compás y de hacer un círculo para sacar en él esos dos *bambinos* que reclinados sobre el marco de la tela contemplan con sus ojos atentos á la virgen que se adelanta en un cielo de querubines! Que puede decir el arte nuevo que pinta á *Rolla* entre las telas desordenadas de un lecho, para levantarse al nivel de las creaciones de ese hijo profano del arte que, si trasladaba sus queridas al lienzo, las purificaba al menos en el ideal y las transformaba en la forma? Me vienen á la memoria los versos de la *Melancolia* de Gautier, que leíamos ha poco con un amigo de gusto selecto en Buenos Aires. El poeta francés en su tiempo creía profano á Rafael; y lo creía con razón porque no contaba con la nueva escuela artística y literaria que debían levantar en su tiempo los hijos bastardos del romanticismo. Recordaba toda esa mística tribu de Durer, que hoy he podido admirar; á Santa Inés, á Santa Ursula, á Santa Catalina, con la mirada en el cielo y la palma en las manos, según la frase correcta y respetuosa del más audaz colorista de las formas; y comprendía que si era remota la relación artística del hijo meridional del arte que pintaba sus vírgenes bajo el cielo celeste de Florencia, con las del místico maestro de Nurnberg, no había vínculo bastante fuerte que pudiera reunir las creaciones profanas de Rafael, de Corregio y de Batoni, con las heroínas de orjía de los sectarios de M. Zola. Hasta las carnes rosadas y abundantes de Rubens serían puras al lado de las mujeres de la *Escuela Desnuda!*

Se sale del Museo de Dresde como de un Panteon en que estuvieran enterrados los héroes con sus trofeos. Por todas

partes despues, es necesario adormecer el recuerdo, para no encontrar la mediocridad. La escuela alegórica en Alemania que ha hecho ensayos en los últimos tiempos, es tan deplorable como la escuela *naturalista*, por valerme del nombre con que se le conoce. Creen sus panejiristas encontrar un académico escrupuloso en cada crítico, y pretenden que la desverguenza puede producir una revolucion. Creen los otros, que el arte necesita purificarse y pintar la fábula, lo imposible. Así el arte es en el primer término canalla y en el segundo puramente simple y tonto. Entre tanto, la escuela histórica, la gran creacion esencialmente moderna ha perdido y pierde cada vez mas sus representantes. Ese eterno manantial inagotable de los hechos que en ninguna parte es mas fecundo que en Europa, parece haberse agotado, porque no hay brazos bastantes fuertes para golpear en la roca y abrir la fuente. En Berlin se ve alguna que otra tela de gran mérito que ya tiene medio siglo. En las nuevas, nada sinó las batallas últimas que carecen aun de los golpes felices y brillantemente charlatanezcós que han dado celebridad á los cuadros de Vernet. El capital no se ha aumentado mucho en Francia despues de Gérôme y de las tentativas aisladas que se olvidan en el acto que se vuelven á mirar las grandes y singulares inspiraciones de Delacroix, de Delaroche y de Gerard! Pasamos por la época de los pigmeos, ha dicho el otro dia Aureliano Scholl: y tiene razén!

Estoy en Hamburgo y hablo de arte! Qué anomalia! Tanto valdria hacerlo en Cardiff dentro de una mina de carbon, despues de haber salido de Lóndres y de haber pasado un dia en la galeria de Vernon. Hamburgo! Pero ese es nuestro amado y protector puerto del norte! Para qué pensar en arte, para qué recordar á Dresde, el triste Dresde, que es una ciudad muerta, en la que uno bosteza despues de salir del Zwinger? ¿A qué nombrar á Heidelberg, á Bonn, á Frankfort mismo, sobre cuya existencia hay mu-

cha gente entre nosotros que podría dudar? ¿Qué nos importa de Berlín? el Berlín imperial, con su *Unter den Linden*, sus cuarteles, sus soldados constantemente armados, sus gallardos oficiales, sus revistas militares, sus baterías de cañones, su puerta de Branderburgo coronada por la victoria de Schadow? Hablemos de Hamburgo, la villa mas *bourgeoise* por excelencia de la Alemania, la Liverpool y la Glasgow del continente, que perdió todas sus antigüedades en un incendio pero que ha ganado 400.000 almas con el comercio colonial! Es también una ciudad libre: se gobierna á sí misma; tiene su senado, su cámara y los tendrá mientras el Príncipe de Bismarck no las quiera suprimir, para anexarla como un simple barrio comercial de Berlín. Esta es la ciudad que nos compra nuestras lanas y nuestros cueros, y donde los argentinos somos conocidos por nuestros nobles productos. Aquí debían venir á sus viajes de recreo todos nuestros estancieros y buenos padres de familia que van á aburrirse lamentablemente en *Covent Garden* ó á bailar inconvenientemente á Paris.

Hamburgo es una hermosa y enorme ciudad tendida sobre el *Elbe* que está al habla con todas las naciones del mundo como los grandes puertos continentales de la Francia y de la Inglaterra. No ha tenido reyes como Dresde que hayan fundado para ella monumentos donde se consagra el culto de lo bello. No ha vivido como Munich viéndolo de cuando en cuando atravesar misteriosamente por sus parques al excéntrico rey de los bávaros. Pero vive envuelta en las grandes empresas, tiene una Bolsa á la que asisten 6000 comerciantes diariamente, y un puerto donde se juntan los audaces navegantes del Norte que bajan á Holanda y á Bélgica y á sus orillas para cambiar sus productos por los que vienen de las zonas meridionales de la Europa y de las dos Américas.

Aquí termina mi travesía por Alemania; mañana entraré á los antiguos dominios del rey de España para ver la tierra

flamenca donde guerrearon tanto tiempo los soldados españoles del siglo XVII. Bajaré en Rotterdam y Amsterdam y volveré al Rhin pasando por Amberes y Bruselas.

Ahasverus marcha! Y *Ahasverus* no parará un solo día hasta volver á Buenos Aires.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Colonia, 15 y 16 de Octubre de 1880.

Cuando los griegos terminaron el Partenon, y sobre sus sencillas y grandiosas columnas vieron levantarse aquella epopeya suprema del relieve cuyo conjunto se adelanta como movido por el aliento soberano de Homero; qué léjos estaban de pensar que el arte, despertando de entre los escombros y las ruinas de sus hijos del Lacio, en la penumbra de los primeros siglos cristianos, habia de convertir en la miniatura del orden gótico los pórticos magestuosos de los templos y el pedestal de sus estatuas colosales!

La suprema belleza de la sencillez llegó á su apogeo cuando de las alturas de Atenas, bajo el cielo azul de la Grecia, se podia divisar aquella ciudad como labrada por los hijos de Fidias, entre las entrañas de mármol de la tierra! Del fondo de la Edad Media nació la ojiva sombría, angosta y punteaguda, recordando su contagio bastardo con el pesado y raquitico arco normando, que poco á poco trasformó su masa macisa en la complicada y ennegrecida filigrana de los godos. Delante del templo de Marte y de Venus se concibe el Olimpo, se adivina la blanca sombra de la sacerdotiza iluminada por su lámpara de cobre, destacándose sobre las lozas que reflejan las hojas gallardas y correctas del chapitel corintio. Entre la corte mística y numerosa que se agrupa bajo los arcos de las

catedrales góticas, y entre los intersticios innumerables de sus torrecillas, parece siempre que se viera asomar la cabeza deforme de Cuasimodo! Aquel es el arte libre y profano que comprendió toda la magestad de las líneas rectas en la corona de la columna dórica, y toda la gracia de la línea curva en el chapitel jónico: este, es el arte ortodoxo que trasladó el frontispicio de los misales del siglo XIII á la portada de sus basilicas. Aquel brotó en la blanca masa del mármol: éste ha nacido entre la piedra oscura y arcillosa que ennegrecen las nieblas del Norte convirtiendo las construcciones góticas en espectros sombríos y colosales! Así, Westminster, Winchester, *Notre Dame* y la Catedral de Colonia, cuyo renacimiento festejan 200,000 almas en este momento, necesitan, para ostentar su grandiosa magestad, de los días nebulosos del otoño y del invierno. El sol no consigue por mas brillante que sea, animar sus puertas agoviadas por el peso de sus molduras innumerables. El humo de Lóndres y las neblinas de Paris ó del Rhin los envuelven en una atmósfera densa y gris, á través de la cual se destacan, con no sé qué gravedad melancólica, sus torres colosales derramando sus molduras sobre su base como un cirio gigantesco sobre cuyo tronco la cera derretida hubiera bordado agrupaciones caprichosas.

La ruina del arte gótico, como la ha llamado Enrique Taine, no se conserva si no vela al pié de sus cimientos la cuadrilla del arquitecto: sus puertas, sus pilastres, sus estatuas diminutas, los andamios graníticos que sostienen toda esa mole de piedra, cabada, tallada, dibujada como la cáscara de una nuez, está en perpétua restauración. El místico concurso de santos y de obispos incrustados sobre la ojiva en series innumerables, representa casi siempre una hecatombe; la piedra carcomida por el tiempo, lento y perenne demoledor, ha borrado la fisonomía de los héroes; las multitudes populares los han decapitado en sus

furores históricos, y la mano piadosa del restaurador tiene todos los días que velar por esa ojaldra que se desmorona eternamente! Los templos griegos recibían la luz por el cuadro elegante de sus puertas á cuyo umbral se llegaba por esas graderías que los hacen surgir del nivel del suelo con una gallardía incomparable. El templo gótico tiene sus puertas en el mismo plano de los demás edificios, la luz penetra en sus naves al través de las rosas y de las ojivas de sus cristales, agrupados como fragmentos de mosaico entre venas de estaño innumerables, que representan todas las escenas del martirologio cristiano para cuya reproducción Munich no tiene rival. Aquellos cuadros transparentes animan figuras lineales y duras, en las que los anticuarios han educado un gusto artificial; y nuestro siglo, que en materia de arte retrocede á la Edad Media, restaura con una exactitud de imitación digna de los artífices chinos, los cristales de las ventanas del siglo XV y XVI.

Hoy, después de siete siglos, uno de esos espectros góticos cuyo origen se liga casi con la leyenda, ha recibido la última piedra que ha venido á coronar el crecimiento constante de sus setecientos años! La Catedral de Colonia comenzó á construirse mucho antes que el Dante hubiese descifrado todos los misterios religiosos y simbólicos del cristianismo, y ha terminado cuando la verdad no ha triunfado todavía de todos los errores que se predicán bajo sus bóvedas ojivales. Su terminación ha sido consagrada por un Emperador guerrero, que rompiendo la tradición de Constantino y de Carlomagno, ha considerado que la alianza del monarca y de los obispos en la consagración de la obra terminada, era de poca importancia en un país en el que, como en todos los demás, la iglesia pretende levantar un poder extranjero dentro del radio de la patria. Cosa curiosa! La Catedral de Colonia, templo católico, con su obispo destronado por rebelde y contumaz, ha sido terminada é inaugurada por Guillermo I, Rey de Prusia y Emperador

de Alemania, que ha cooperado á la conclusion de la obra con una decision entusiasta. Los ultramontanos han pedido en vano, antes de la celebracion de la fiesta, la restauracion de sus obispos; ante la negativa imperial que remitia su solicitud á Berlin, se han abstenido de cooperar y de concurrir á ella, y han ido hasta amenazar con manifestaciones hostiles la ceremonia que ha tenido lugar, pero hasta este momento, su ausencia no ha dejado ni un vacio ni un pequeño trecho siquiera en las calles y plazas de Colonia; y todas ellas, los balcones, las puertas y hasta los tejados de la ciudad rhiniana, han sido espacio reducido para contener el desborde de todos los pueblos de ambas márgenes del Rhim de la Alemania.

A las 10 de la mañana, la muchedumbre que llenaba el Domehof, ó Plaza del Domo, formaba un triple muro al redor de las tribunas que se habian levantado para las familias patricias de Colonia. Era imposible transitar por las calles inmediatas. La policia, apesar de toda la severidad prusiana que la distingue, no podia luchar con las avalanchas del pueblo que se lanzaba sobre sus agentes, ávido de curiosidad por presenciar la ceremonia, y sobre todo, por ver á sus príncipes y al cortejo numeroso de reyes y soberanos con que la comitiva imperial debia concurrir á la fiesta. Se temia desórdenes, y aun se habia anunciado que la abstencion de los católicos respondia á un plan perfectamente preparado que tenia por objeto *pisar* públicamente á los principales promotores de la fiesta. Pero nada de esto sucedió. Como en toda aglomeracion de multitudes, hubo verdaderas batallas y luchas, atropellos y accidentes de todo género, pero el sitio de la ceremonia habia sido prudentemente circundado por la línea de las tribunas; y á ellas no entraban sinó aquellos con cuya cooperacion se contaba.

La familia imperial desde el emperador hasta el último de sus nietos se habia hospedado en Brühl. A las diez y

media se hicieron sentir en las calles inmediatas á la Catedral, gritos y voces numerosas que saludaban la entrada de la comitiva á la ciudad. El cortejo penetró á la catedral por la puerta principal y asistió al Tedeum que se celebraba. Sobre la misma plaza y en medio de las dos grandes tribunas, se habia construido un pabellon enorme donde los soberanos de Alemania debian suscribir el acta de la terminacion del templo. El frente estaba destinado á las diferentes autoridades municipales y á las corporaciones civiles de la ciudad.

A las once, las puertas que dan sobre el Domehof se abrieron y la comitiva apareció. Mi curiosidad era provocada mas por el pueblo que por los monarcas. Al fin, la fisonomia del rey Guillermo, del príncipe imperial, del príncipe Federico Carlos, nos es conocida por sus retratos, y en Alemania es imposible dar un paso sin verlos en yeso, en bronce, en cera y hasta en madera. Pero ese pueblo no parecia satisfecho con los retratos y buscaba á todo trance el medio de mirar los originales. Los reyes se ven siempre como cosas raras; tienen mucho de teatral, y la plebe de todas partes del mundo sabe que el verlos no es una ganga que se presenta todos los dias. El rey Guillermo apareció con la emperatriz Augusta del brazo; él, un anciano de aspecto adusto, rijido, como un viejo granadero de Federico, dá á conocer que ha sido un lindo hombre en su tiempo. Ella, que segun las malas lenguas de los colonenses, raya en los setenta, representaba treinta y cinco á la distancia. Esta dama, empeñada en reproducir á la Princesa de los Ursinos, en la corte de Alemania, parece tener los secretos de la eterna juventud, y segun las mismas malas lenguas, posee tesoros y medios milagrosos en su *bou-doir* con que sale casi siempre vencedora en sus luchas con las injurias del tiempo y de los años. Así, he oido decir en Colonia que la emperatriz de Alemania no tiene otro cútis que una antigua capa del albayalde que se ha he-

cho pasta permanente en su rostro. Sobre ella, como sobre un muro, el arte pinta todos los frescos imaginables. Un día las rosas animan aquella máscara que no puede sonreír de temor de una fractura, otro día la palidez conviene á aquel rostro sobre el cual hace tiempo que ha dejado de circular la sangre. La murmuración vá aún mas lejos; se dice que el busto de la emperatriz es de cera y que la banda anaranjada que corresponde á las familias reales de Alemania, lo cubre discretamente de las miradas de los curiosos, realzando las formas del artificio.

A todas estas malas lenguas alemanas que murmuran de la belleza respetable de Augusta se les podía recordar el soneto célebre de Argensola. El hecho es, que en la Corte y entre la nobleza misma, la emperatriz no goza de la simpatía de que goza el Emperador; y como un extranjero, con una pregunta discreta puede explorar las opiniones y las impresiones, á mi me ha sido fácil averiguar que la Prusia no quemaría un cartucho para hacer una salva á su soberana. En cambio, es difícil encontrar hombres mas gallardos que los príncipes de la familia imperial; y aunque Bismark haya dicho que la princesa Victoria de Inglaterra ha contribuido á degenerar la raza de los Hohenzollern, los prusianos tienen que reconocer que su futura Emperatriz, cualquiera que sean las extravagancias inglesas que la distinguen, es una bella mujer y una madre virtuosa, mientras que el Príncipe Imperial, si puede enorgullecerse de su rara belleza física, no puede rivalizar con las virtudes domésticas de su esposa.

La Confederación Alemana, con excepción del Rey de Baviera, estaba representada en la inauguración de la Catedral por todos los soberanos de los Estados que la componen. Ninguna nación de Europa tiene mas reyes, mas príncipes que el Imperio alemán, donde cada uno de los grandes soberanos y de los señores de los pequeños estados, ejercen todavía el gobierno de sus provincias con

los mismos títulos con que lo ejercían en los tiempos pasados.

El Imperio había convocado además todos los grandes dignatarios de la Prusia y solo faltaba el Príncipe de Bismarck cuya ausencia no se me ha explicado satisfactoriamente. Al rededor de la Corte se agrupaba un sinnúmero de oficiales y jefes de todos los cuerpos del ejército, entre ellos Moltke, á quien el pueblo aclamó con tanto entusiasmo como á su emperador; sencillamente vestido con aquella cara de vieja que lo caracteriza y que parece insignificante, si se prescinde de su hermosa cabeza, preparada de una manera admirable para dirigir á la vez todo lo concerniente al ejército. A su lado un sinnúmero de militares vestidos con un lujo deslumbrante; los coraceros en blanco, todos con sus cascos dorados y relumbrantes; los húsares de todos colores, verdes, granates y azules, ostentando sus uniformes pintorescos y excéntricos; los Ulanos, los célebres ulanos de 1870-71, ágiles y elásticos como un mimbre, con sus trajes calzados como un guante; los oficiales de línea, con sus cascos punteagudos, tentadores de centellas como un para-rayos; y mezclados entre la muchedumbre, un sinnúmero de soldados, tan elegantes como sus oficiales y tan buenos mozos como el príncipe imperial.

Cuando el Emperador y la Emperatriz con todo el cortejo imperial y real, ocuparon el pabellon que se les había preparado en la plaza de la Catedral, toda la concurrencia de las tribunas que no bajaría de 5,000 almas en ese momento, prorrumpió en *hochs* repetidos que atronaron los aires. Guillermo rigurosamente vestido en uniforme, saludó militarmente á sus súbditos y tomó asiento en su trono. El Gobernador de la ciudad de Colonia dió lectura de la acta levantada con motivo de la conclusion de los trabajos del templo, y en seguida ella fué firmada por todos los monarcas y príncipes desde el Emperador hasta el último de los soberanos que habían concurrido. El acto de las firmas

despertó entre los concurrentes de las tribunas una curiosidad singular. Todos llevaron sus anteojos á la mesa en que el rey Guillermo debía poner su rúbrica. Este se sacó tranquilamente los guantes, los puso á un lado y tomó la pluma. Yo observaba al público en ese momento; un murmullo de comentarios llegaba á mis oídos: uno comunicaba á otro que no tenia tan buen sitio para ver, el momento solemne en que la firma iba á ser puesta; las señoras devoraban con los ojos la escena; alguien que estaba á mi lado en ese momento, pretendiendo adivinar en el movimiento de la mano del Emperador las letras que formaba para describir su nombre, repetía en voz baja la palabra que se escribía en ese instante á una cuadra de distancia. En fin, el último rasgo de pluma fué hecho y uno de los grandes momentos de la ceremonia habia pasado. Firmó en seguida el príncipe imperial y la Emperatriz y despues todos los otros príncipes y reyes de la comitiva. Cuando el acta quedó suscrita por todos, el Emperador se adelantó y leyó un discurso que fué saludado con vivas muestras de entusiasmo; el acta fué puesta en manos de las autoridades de la ciudad y un delegado de ellas subió á la cúspide de la torre donde se habia levantado una urna en la que debia depositarse aquel documento que representaba la inauguracion de un monumento en cuya construccion se han empleado mas de siete siglos.

Quando se puso la última firma y el documento fué enrollado por el burgomaestre, todas las miradas se dirigieron á la águila que dominaba el frontispicio. La impaciencia, que suele dar alas á la imaginacion, hizo creer á mas de uno que el pájaro se desprendia de lo alto y que tendia el vuelo. La concurrencia con un candor ingénuo no pestañeaba esperando el momento solemne, pero el águila parecia resuelta á no abandonar su cómoda posicion. El intervalo que medió entre la terminación de la acta y su conduccion á la torre, se prolongaba indefinida-

mente, y cuando todos esperábamos ver volar á la mensajera imperial, una bandera blanca ajitada repetidas veces en la altura, anunció que el documento histórico había arribado á la cúspide conducido por un valiente que en vez de volar como Icaro había remontado los 500 y tantos piés del edificio sirviéndose de sus piénnas. Las esperanzas de ver volar á la águila imperial se desvanecieron.

El estandarte imperial y la bandera roja y blanca de Colonia fueron enarboladas en las dos torres; y los fuertes de la ciudad saludaron la terminacion de la ceremonia con una salva de 101 cañonazos, que atronaban los aires y unian sus detonaciones á los gritos de júbilo del pueblo y al grave éco de la campana que sonaba en la torre repicando acompasadamente. La familia imperial y los diferentes soberanos que la acompañaban, tomaron de nuevo sus carruajes entre un océano de cabezas humanas. La comitiva se dirigió á Bruhl donde debía tener lugar el banquete de orden, y el pueblo quedó entregado al mas completo regocijo.

Por la noche la ciudad fué copiosamente iluminada. El puente colosal que une á Colonia con Deutz, alumbraba desde sus altas columnas, con dos grandes lámparas eléctricas, el domo que domina magestuosamente la llanura en que se levanta la antigua capital de la baja Alemania. Una noche espléndida de luna inundaba la escena con sus resplandores, y producía un extraño contraste con la iluminación á gas y con los grandes fuegos de Bengala que coronaban las hermosas y típicas torres del Hotel de Ville y de San Martin. El pueblo recorría las calles con músicas y cantos alegres; y las plazas eran estrechas para contener á la muchedumbre que se aglomeraba en ellas. Banderas de todas las naciones, exceptuada la bandera francesa, guirnaldas de flores, estrellas de luz y farolés venecianos adornaban el frente de las casas. Una que otra casa, muy rara por cierto, perteneciente á algun católico

recalcitrante, representaba con sus puertas y sus balcones herméticamente cerrados la protesta de los descontentos. Pero en cambio el entusiasmo era tanto que las mudas manifestaciones de los clericales se perdían en la indiferencia general. El gran monumento levantado al rey Federico Guillermo III que domina el centro de una de las plazas principales, era otro de los centros de las reuniones populares, y como en el actual imperio alemán se levantan estatuas á los personajes vivos como en tiempo de Augusto, las estatuas del rey Guillermo y del Principe de Bismarck, que habian sido coronadas ambas con guirnaldas de roble, se levantaban tambien en medio de la muchedumbre, demostrando al pueblo que sus soberanos y sus señores han hecho todo lo que es necesario para su gloria—hasta la obra de la posteridad.

El 16 tuvo lugar un gran cortejo histórico. Si con motivo de una ceremonia patriótica se hubiese invitado á tomar parte á las principales familias de Buenos Aires, desde los graves padres de familia hasta las alegres muchachas de 18 años, nadie habria aceptado la invitacion entre nosotros, excepcion hecha de tres ó cuatro tontos que se habrian extasiado ante la perspectiva de vestirse teatralmente. En Colonia, las familias patricias se han disputado el honor de representar un papel en el cortejo carnavalesco del 16 de Octubre. Un lujo excepcional se habia empleado en la confeccion de los trajes; y sobre todo, lo que llamaba agradablemente la atencion, era la exactitud con que estaban representadas las distintas épocas históricas. Me hacia sonreír el ingénuo candor con que algunas señoras y caballeros hacian sus papeles. En Bruselas, con motivo de las últimas fiestas en que se celebraron los cincuenta años de independencia de la Bélgica, no fué posible reducir á ninguna de las familias principales á representar un rol en la procesion histórica. Fué necesario reclutar comparsas en las calles y en los teatros y delegar en ellas el honor

de desempeñar los grandes roles del cortejo. En Colonia, desde la madrugada, los pajes estaban vestidos con los blasones de sus señores; los halconeros recorrían las calles conalcones embalsamados y seguidos por la cuadrilla de monteros que conducían á su turno los perros *d'élite* de la comitiva de caza. Los heraldos vestían sus grandes corazas y se andaban sofocados bajo el peso formidable de sus cascos; los antiguos ciudadanos de Colonia con sus trajes del siglo XIII, en vez de provocar la risa como habria sucedido entre nosotros, despertaban la admiración de todos los espectadores; reinas, princesas y grandes damas vestidas con riquísimas telas antiguas, cabalgando en hermosos caballos, se reunían en las calles y se incorporaban poco á poco á la gran procesion. En ella estaban representados los antiguos señores de Colonia; sus magistrados municipales de la época en que fué ciudad libre, y los del tiempo en que fué la capital de la liga anseática; la burguesía y el clero, las clases obreras y el pueblo repartido entre los diferentes grémios sociales. Y por último, para que nada faltara en la historia local de la ciudad, la época presente, representada por diputaciones del ejército alemán, compuestas de soldados prusianos, wurtemburgueses, bávaros, sajones, etc., y por dos piezas de artillería moderna—la suprema razón de los pueblos!

El cortejo desfiló delante de la comitiva imperial, precedido por un cuerpo numeroso de heraldos que anunciaron su entrada de la gran plaza del Domo; y siguió por las calles principales de la ciudad en medio de músicas militares cuyos aires reproducían á su vez los himnos que ha cantado Colonia en sus distintas épocas históricas. En el centro de la procesion, custodiada por el arzobispo de Colonia y por el Emperador Federico Barbaroja, era conducida la urna dorada que segun la tradicion encierra los restos de los tres reyes magos tomados por este emperador en el asalto de Milan á mediados del siglo once. Conrado

de Hochstaden el fundador de la Catedral, tipo histórico y sumamente popular en Colonia, era representado por un caballero que á pesar de sus cuarenta años cumplidos, experimentaba la satisfaccion de un niño al verse convertido en aquel hijo famoso del siglo XIII; y por último, la *Germania* perfectamente interpretada por una matrona patricia, sobre su carro triunfal y empuñando los colores imperiales, llamaba á su alrededor á todos los grupos de aquel cortejo destinado á representar la reconstruccion del gran imperio del norte y la Union de la Alemania.

La fiesta ha sido una verdadera novedad, y la escitacion y la curiosidad que ha despertado en toda la Europa son la prueba mas evidente de su importancia. Colonia tiene razon de estar orgullosa con su imponente basilica que puede rivalizar con la Catedral de Milan y con la de Burgos en magnificencia. Sus autoridades católicas no han sido restablecidas; de modo que la terminacion de la obra ha sido festejada por judios y protestantes, por el Imperio y por todos los reyes de la Alemania, nó como un monumento religioso sinó como un triunfo del arte. Por eso es que los grandes ingenieros que se han sucedido los unos á los otros en la labor constante del templo, los muertos y los vivos, han sido objeto en estos dias de grandes manifestaciones, y los primeros poetas alemanes han celebrado el renombre de los viejos maestros del siglo XIII, y la gloria de Ahlert, de Zurrner y de Voigtel que en este siglo han conseguido colocar la última piedra de la imponente catedral gótica.

Escribo á escape y apenas tendré tiempo para tomar el tren y llegar á Saint Goar esta noche. Estoy postrado de cansancio: hacen hoy 28 dias que ando vagando por la Alemania como el oso del poema de Heine, y necesito descansar de mis peregrinaciones. Vuelvo al Rhin donde he dejado tanto recuerdo cariñoso y tan dulces como buenos amigos.

POLITICA EUROPEA

Paris, 31 de Octubre de 1880.

Ahora cien años la Europa estaba en plena revolucion. Estamos en el último quinto de nuestro siglo y el espíritu revolucionario vuelve á hacer una nueva tentativa. Henri Taine ha rasgado el velo que cubria la tradicion fantástica de la Revolucion Francesa. Los fanáticos no le han creído: los convencidos han dicho que su libro es una mala accion. Jamás la Francia dió á luz un libro mas sano ni mas trascendental. Si la revolucion la inflamara de nuevo, el libro de Taine será un ejemplo vivo que le mostrará el camino que debe seguir para no caer como antes en el desorden y en el fanatismo político.

Los síntomas revolucionarios se manifiestan en todas partes. Ni la Inglaterra se salvará esta vez de la tempestad. La Irlanda hierve ya como un volcan; y la política liberal trata en vano de amordazar á los agitadores. La comuna debate en Francia sus principios y proclama sus delirios á la luz del día. Pero la Francia es una nacion singular, única y curiosa. Está rica como nunca; y por sus campañas y ciudades diríase que corre el Pactolo. Hasta la fabulosa contribucion de guerra de 1871, constituye una California para los tenedores de sus títulos. Decididamente el Principe de Bismarck hizo un mal cálculo. Entre tanto, la Alemania está fuerte, pero el pueblo está pobre. En todo el vasto imperio del Norte, no hay un pe-

dazo de tierra como el Mediodia de la Francia. El aumento de la riqueza pública en este país, inquieta al Canciller. La Francia puede mantener un millon de hombres sobre las armas. Es un lujo que paga con su eterno buen humor. El ejército prusiano agota el sudor del pueblo y su conservacion es un árduo problema. Se reproduce la estraña fábula mitológica del gigante que se alimenta con su propia sangre. La Austria está pobre y decrépita. Se la cera para conservar el antiguo renombre de su imperio. La Rusia lucha con el nihilismo: y toda la tremenda policia del Czar no alcanza á sofocar el gérmen de esa estraña plaga que la amenaza. La Italia está purificada por la libertad, y no naufragará en la revolucion.

La revolucion está en el corazon de toda la Europa. Tiene que estallar para producir el equilibrio definitivo que sigue á todo cataclismo. No vendrá con teas vengadoras como ahora cien años, pero vendrá. Todas las naciones la observan; unas la combaten tenazmente, la sofocan, la oprimen; otras piensan solo en dirigirla, y estas son las mas prudentes porque comprenden que ella es inevitable. Y al lado de la revolucion que cada nacion de Europa lleva en su seno, la guerra exterior se cierne como un presagio, y el predominio europeo es un ideal para cada potencia que lo pretende. Nuestros violentos sacudimientos politicos son un idilio al lado de la gran tormenta que se forma en el viejo mundo. Nuestros pueblos son pueblos felices, porque todavia no han sido presa de las árduas cuestiones sociales que carcomen á las grandes ciudades de la Europa y á sus campañas. El progreso material engendra aquí la barbárie al mismo tiempo que la civilizacion. Del seno de los grandes centros industriales y manufactureros surgen verdaderos mónstruos que atentan contra el orden social delirando con las formas mas amenazantes del fanatismo. Nosotros no conocemos el socialismo porque las ideas sobre la propiedad son en nuestro

pais claras y netas. Aquí son oscuras é indefinidas para muchos, y un problema para todos. Es necesario leer las extravagancias insensatas de Félix Pyat y examinar las tendencias disolventes de los agitadores irlandeses para hacerse una idea de lo que es la anarquia moral. No se concibe nada mas brutal ni mas absurdo! Y esto se nota hasta en Inglaterra y en Francia, donde la libertad es hoy un culto: donde predicar el desórden es un delito, porque en ninguna otra nacion de la Europa, el derecho de hablar y de escribir es mas respetado que en estos dos paises.

En el mes de Julio yo anunciaba las dificultades en que se veria envuelta la Inglaterra con motivo de la victoria electoral de los liberales. Observé la alianza ilógica y heterogénea que el partido *whig* habia realizado con las fracciones independientes del Parlamento. Noté en fin, los sacrificios de opiniones y principios propios que Mr. Gladstone se habia visto obligado á hacer para vencer al gabinete *tory*. He tenido la suerte de acertar, lo que no es poco para el que pretende adelantarse al porvenir; y la satisfaccion de ver una profecia realizada me anima á hacer otra. No pasarán muchos meses sin que Beaconsfield vuelva al Ministerio y Mr. Gladstone á la oposicion. Desde luego, el gabinete *whig* ha faltado abiertamente á su programa. Ha provocado la tempestad interior y no ha sabido conjurar los conflictos del exterior. El tratado de Berlin habia devuelto á la Inglaterra su vieja preponderancia en el continente. Fué un triunfo diplomático capital de Lord Beaconsfield. La Rusia satisfizo todas sus exigencias; la Turquía abandonó su actitud inquietante. Los negocios políticos y militares de la India recibieron el impulso enérgico de un espíritu valiente que conocia el puebl que gobernaba. Parecia en fin, que la Inglaterra volvia por sus tradiciones. Hasta su poder militar en el continente fué motivo de grandes alarmas para la Alemania, la Austria y la Rusia. Disraeli demostró que la Ingla-

terra podia poner un ejército de 600,000 hombres en Europa y que ese número podia estenderse sin dificultad. Sus escuadras, sus medios de transporte exhibieron al coloso en Portsmouth y en los otros puertos del Reino Unido. El tratado de Berlin fué la prenda de la grandeza y de la justicia de la nacion; y la Rusia cedió, y la Alemania y la Austria, aunque interesadas vivamente en la cuestion, representaron el papel de coadyuvantes y dejaron hacer segun su gusto al representante indomable de la Gran Bretaña.

Hoy la cuestion de Oriente que Mr. Gladstone prometió resolver, contrariando absolutamente la politica *tory*, es un abceso dificil de operar; y la Inglaterra representa en ella un papel que no tiene nada de satisfactorio. Anteayer en un gran banquete politico que ha tenido lugar en Taunton, el marqués de Salisbury ha dicho mas. Refiriéndose á la demostracion naval, ha declarado que ella ha puesto en ridiculo á la Inglaterra sin obtener hasta ahora ningun resultado. En efecto, las potencias y especialmente la Inglaterra, han estado siendo la mofa del Sultan y de los albanenses. La entrega de Dulcigno al Montenegro se posterga todos los dias; y la formidable escuadra con que se exige esa entrega permanece impasible como un fantasma delante de los turcos y de los albanos, ricos en mañas y en astucias como Ulises. Las declaraciones de Francia, Alemania y Austria han quitado por otra parte, toda su eficacia á la demostracion naval. Estas tres naciones están apenas representadas en la flota combinada, y han declarado que no entrarán por ningun motivo en las vías de hecho. La Italia guarda reserva sobre su actitud. La Rusia, como es natural, está interesadísima en disparar el primer cañonazo; y la Inglaterra con diez naves de primer orden, representa en definitiva, segun la cáustica expresion de un diario conservador, el papel poco honorable de *gendarme* de las naciones de Europa.

Pero el pueblo es sabio es noble allí, y sabe volver sobre

sus errores. El gabinete liberal pasa en estos momentos por todo género de angustias. La opinion pública ha comprendido su ineffecticia y reacciona en favor de los vencidos. Si la reina disolviera hoy el parlamento, todas las fortunas *whigs*, derramadas en los círculos electorales, no evitarían que Mr. Gladstone sufriese una derrota estruendosa. Desde Junio hasta la fecha todas las elecciones parciales que han tenido lugar para integrar el Parlamento, han sido ganadas fácilmente por el partido conservador. El partido liberal está abatido y desanimado. La alianza facticia que celebró con los *home rulers*, ha sido rota públicamente con motivo de los sucesos que se desarrollan en Irlanda en estos momentos. Ha predominado como era natural el espíritu inglés, altamente conservador, aunque los *whigs* ocupen el gobierno. La liga agraria á cuyo frente se encuentra Parnell, miembro del Parlamento, ha producido ya todo género de escándalos; desde el motin popular hasta el asesinato. Esa Irlanda es la pesadilla de un siglo que ajita á los grandes hombres de Estado ingleses. La liga agraria es un motin, nada mas que un motin, contra el gobierno, contra la nacion, y contra las instituciones británicas. Si se cree lo que pregonan las declaraciones irlandesas y algunos diarios socialistas de Francia que, por el hecho de predicar el desórden social, se consideran hermanos de causa, diríase que el despotismo y la crueldad de los señores de Irlanda, sostenidos por el gobierno, pesa como una maldicion sobre los desgraciados ocupantes de la tierra. Es necesario darse cuenta de lo que son los ocupantes de las pequeñas fracciones de terreno en Irlanda; y aún mas, de los especuladores políticos que explotan su ignorancia y que dirigen sus ódios y pasiones.

En relacion á lo que producen la Inglaterra y la Escocia, la produccion de la Irlanda es mínima. Como en todos los países en que el suelo alimenta á sus hijos, la Irlanda le exige en muchas partes lo que la tierra no puede darle. De

aquí el hambre y la miseria en muchos de los condados. La miseria engendra el desorden social en todos los pueblos; y toda la sabiduría de las instituciones inglesas no es bastante para evitarlo. En Francia la propiedad, á pesar de las protestas de los energúmenos del Comunismo, constituye la dicha, la felicidad y la satisfacción de la familia, porque la tierra es ópima. Por eso es que el francés no emigra; la Francia se basta para todos sus hijos. En Irlanda la absurda pretension de los agitadores de ocupar y hacer producir una tierra rebelde y mezquina dividida hasta lo infinito, les inspira el odio contra el usurpador. Pero es que la tierra en manos del pobre no solo no produce allí nada, sino que no basta ni aún para salvar de la miseria á la familia que la ocupa. Y á medida que este estado se prolonga, la situacion se hace cada vez mas crítica. El ocupante de la tierra se dice su dueño único, porque pretende que es él quien ha transformado el terreno del estado natural y primitivo en que lo recibió, poniéndolo en condiciones de producir. La verdad es todo lo contrario; el pequeño agricultor ha agotado las fuerzas de la naturaleza en la pequeña área que labra. Pretende ser propietario y falta lo elemental—la propiedad. Porque la propiedad no es la lonja, árida, arcillosa, diminuta, de tierra fatigada y flaca, que no tiene fuerza para reventar la simiente en sus senos. La propiedad no existe sin la produccion que mantiene á su señor y enriquece la comarca con los sobrantes. Entre tanto, los irlandeses que podrian encontrar en los jornales el medio de subsistir, se resisten enérgicamente á cambiar su absurdo derecho de propietarios, por la evidente felicidad que les promete el pago exacto de un salario cuatro veces mas crecido que la pretendida renta con que creen contar. La tierra en mano de los capitales puede ser puesta en benéficas condiciones para la produccion, y en esa transformacion saludable todos encontrarían la subsistencia y la felicidad. Pero es en vano. Los espe-

culadores políticos y los declamadores de que la Irlanda tiene el privilegio esclusivo de surtir á la Gran Bretaña, echan fuego á la hoguera. La ignorancia asesina, la astucia explota; y se predica la guerra civil por un clero que parece brotado de la España de Felipe II. Hace pocas semanas que la revolucion ha sido abiertamente proclamada en New Ross por los mansos ministros Católicos, que, segun la frase de un diario, representan á Satanás en el escándalo de Irlanda. Cuántas tormentas puede sembrar en la ignorancia popular esa cruzada negra echada en las grandes cuestiones sociales que ajitan á los pueblos!

Lapintura que se hace en Inglaterra del paisano irlandés y del bajo pueblo de las ciudades de Irlanda, no es injusta, ni responde al viejo antagonismo que existió antes entre ingleses é irlandeses. El catolicismo ha hecho su obra en Irlanda; el hombre del pueblo y de las campañas es ignorante, brutal, vicioso y holgazan. Hacen sonreir las arengas de Mr. Parnell, de Mr. Healy y de Mr. Redpath, sobre las condiciones de las victimas del *furor oficial*. Bajo el ministerio de Lord Beaconsfield, los agitadores, que especulan con la ignorancia y las pasiones brutales de un pueblo, no habrian preparado la tempestad sin encontrarse comprometidos en ella, como ha pasado con estos remedos de O'Connell. Mr. Parnell, como un personaje biblico, se hace escoltar hasta las estaciones por puebladas de agricultores. Mountmorres es asesinado; se pone á premio la cabeza del asesino, pero este desaparece como en el seno de un abismo entre la muchedumbre revolucionaria que lo esconde y lo salva de la justicia. Tengamos presente, nosotros los argentinos, este pequeño escándalo para que los severos jueces que nos juzgan algunas veces con la autoridad del extranjero, no invoquen como modelo infalible la justicia europea. Nuestras campañas están hoy mucho mas tranquilas que ciertos condados de Irlanda; y si todas las naciones de Europa no tuvieran

otra cosa que lamentar que el estado político bajo el cual viven, mas ó menos despótico, mas ó menos militar, el continente podría descansar de las alarmas continuas que producen en él las profundas conmociones sociales que lo amenazan.

En Alemania la cuestion social y la cuestion política no son menos alarmantes. Existen en las poblaciones de las grandes ciudades numerosos elementos de propaganda revolucionaria. El impuesto acosa al pueblo. El gobierno lo ha comprendido y las mas halagadoras promesas anuncian una reduccion de 14 millones de marcos en el presupuesto de 1881. Desgraciadamente para el Imperio del Norte, la reduccion se opera tomando por base los gastos ordinarios. Pero el principe de Bismark seca á su pueblo con los gastos extraordinarios que reclama una nacion inmensa, sujeta al mas fastuoso rango militar. Nacion pobre, la Alemania es fuerte merced á los grandes sacrificios que hace: el pauperismo existe en Silesia y las comarcas prusianas del norte suelen ser rebeldes á la agricultura, que las pone anualmente á contribucion para armar y alimentar al gigante. El socialismo trabaja allí con mas justicia y con mayor razon que en Francia. El estado de sitio declarado en Berlin contra los socialistas, se ha estendido á otros pueblos y ciudades de la Confederacion, para los cuales la autonomia y la independendencia dependen de las resoluciones del Canciller. En Hamburgo, Altona, Vanderbeck, Pinneberg y Lauenbourg, la policia prusiana suprime el *habeas corpus* para los sectarios. Este es el primer paso con que se prepara la anexion maritima y comercial de Hamburgo á la Prusia. Dentro de poco tiempo la gran ciudad libre del norte será un barrio de Berlin.

Entre tanto, el pueblo aleman no se resigna en la inaccion. No renuncia á la propaganda revolucionaria. La prensa oficial y gubernista, con la *Gaceta de la Alemania del Norte* á la cabeza, denuncia, ataca y fulmina á la oposi-

cion; pero la oposicion, desalojada de la prensa por la legislacion de la era bismarkiana, acude al libro. Suprimido el libro, acude á la palabra hablada, á la propaganda oral que deja huellas profundas en el espíritu de los discipulos, sin dejar rastro á los espías de la autoridad. Se espulsa á los propagandistas, pero otros surgen que continúan su obra. Se les castiga, pero el martirio político no los arredra. Tenaces y consecuentes, continúan la propaganda llenos de fé en el porvenir. El libro de Boisier *la oposicion bajo los Césares*, es hoy de una actualidad singular en Alemania. La parodia de régimen constitucional con que en vanc se disfraza el imperio del estado de sitio, levanta en todas partes el espíritu revolucionario. La actitud pacificadora y remisa que la Alemania ha observado en los sucesos de Oriente, da claramente á conocer, que su ánimo no es otro que conservar sus conquistas de 1870-71, sin buscar nuevos lances y aventuras en Europa. Pero, será esto posible? El engrandecimiento prodijioso de la Francia la alarma con profunda razon. Las convulsiones sociales que se pronuncian en su propio seno, la obligan á vivir siempre vigilante. La cuestion religiosa que se encuentra tambien á la órden del dia, contribuye á producir en ella la anarquia popular, que es la peor de las plagas que pueden invadir una nacion cuya política exterior ofre ce tantos peligros y dificultades.

Bismarck, comprendiendo los grandes problemas que el Imperio necesita resolver para consolidarse, ha buscado y ha obtenido la alianza con la Austria. Siguiendo el viejo sistema de las alianzas que le ha permitido aprovechar á sus aliados y sacrificarlos despues para deshacerse de amigos sospechosos, ha impuesto en Viena su política continental. La Austria le sirvió en 1864 para ultimar á Dinamarca. En 1866 le fué fácil vencer á la Austria buscando la cooperacion de Italia. Obtuvo en 1870-71 la complicidad de la Austria para batir á la Francia, y hoy no gozaría del

reposito de la victoria, si no contase con una nueva alianza. Si se atraviesa la frontera alemana para entrar en Francia por Nancy, diríase que la guerra es imposible. He visto á Metz. Metz, no es una ciudad fortificada, es una comarca defendida por todos los rumbos, que contiene diez ó doce aldeas, campos en los que se cosecha y que hacen imposible la rendicion por el hambre y perfectamente fácil la defensa militar: Me dicen que Estrasburgo se encuentra en el mismo estado; y en cuanto á Nancy y á Chalons, no es Moltke quien los ha de rendir tan fácilmente en una nueva guerra. Son vastas regiones de terrenos defendidas por fuertes formidables que abrazan un circulo tan vasto, que las muchedumbres de Jerjes no bastarian para circunvalarlas. Hay en Europa cinco millones de hombres sobre las armas. En el último quinto del siglo XIX las grandes naciones no reconocen mas derecho que la fuerza, y un espíritu supersticioso podría anunciar que el nuevo siglo abriría su era en medio de grandes conmociones.

En el horizonte político se adivinan las alianzas futuras que ellas producirán el equilibrio si la guerra no estalla. La Italia, que hasta hace poco habia fluctuado entre la Alemania y la Francia, lógica con sus tradiciones de raza, parece decidirse por la última. Ella ha comprendido que la Inglaterra y la Francia son sus aliados naturales, y que la Rusia es su aliada necesaria. Las últimas aventuras de Mr. Gladstone en la política de Oriente, la frialdad con que el gabinete francés ha considerado, la belicosa actitud de la Inglaterra en Turquía, no han entibiado las corrientes simpáticas que existen entre las dos naciones, y que las vincularán en un porvenir no muy lejano. La Rusia lo sabe y busca en ellas sus ventajas. La Italia mas sincera que la Rusia, no puede separarse de los intereses británicos en el Continente, que le aseguran su preponderancia meridional; y comprende bien que la Francia tiene con ella algo mas que el vinculo interesado de una alianza.

El espíritu político y social de los dos pueblos es el mismo: las ideas democráticas y constitucionales van por el mismo camino en uno y en otro y su éxito los compromete á una union duradera. No será la absurda cuestion de razas la que estalle, sinó la eterna lucha entre el principio democrático y los imperios absolutos é irresponsables que predominan en el mundo todavia.

La caida del imperio francés fué un hecho fatal y necesario. Pero todos los profundos dolores de la Francia, ahora diez años, estan compensados por su noble restauracion. Era el vicio, la canalla, la mediocridad, trepados en el poder, los que la habian envilecido y preparado su caida. Todo lo que se ha escrito sobre el periodo de Napoleon 3º no pinta bien á lo vivo esa era de envilecimiento de un pueblo. Y la prueba de ello (una prueba elocuente é irrefutable) es el espectáculo vergonzoso que presenta el partido bonapartista en la oposicion. Es un grupo de *parvenus* quebrados que sobreviven á sus propias miserias. Se befan, se insultan, se enlodan entre ellos, como una partida de malos especuladores descubiertos por la justicia. Hoy estan á la luz de Paris sus hombres políticos, sus literatos, sus banqueros, su pueblo en fin, ya que con pueblo pretenden contar los que el otro dia apenas han reunido dos mil facciosos en el Circo Fernando. Que mediocridades! En la prensa están representados por el Sr. de Cassagnac, cuyo oficio se reduce á insultar á Gambetta. Gambetta es un noble y elevado espíritu, con el corazon de un patriota y las costumbres de un patricio romano. Ha hecho su culto del sentimiento republicano y democrático en Francia, ha contribuido á fundar un gobierno de orden, puro, intachable, insospechable. Por mas bilis que la prensa bonapartista arroje sobre ese gobierno, nunca alcanzará otra cosa que recordar aquellas vergonzosas administraciones del pasado, de las que el *Pays* era el órgano oficial. La prudencia, el juicio y la serenidad, con que la Francia nue-

va hace su camino, le abren el porvenir. Ella hará tranquila y sin agitaciones la revolucion de este siglo ó la del otro. Su rico territorio la salvará de las tragedias de la guerra social; la industria y el comercio crecen aquí como las plantas tropicales. Paris, Lyon, Marsella y Burdeos han pagado todos sus errores, todos sus sacrificios; y el arca milagrosa, llena de riquezas cuantiosas, no deja ver ni el rastro siquiera donde la Prusia hundió su puño insaciable para obtener su botin de guerra.

Hay sin embargo, grandes cuestiones de principios que discutir. Desde luego, la cruzada contra las congregaciones religiosas es una cruzada dura pero necesaria. La existencia de la República la reclama, porque la República no puede consentir que dentro de su propio seno se amanten los enemigos de su existencia. La ley Ferry ha sido un valiente paso. Roma no puede continuar siendo un segundo poder en los Estados católicos. De allí nacen las reacciones que conspiran contra el principio democrático de los pueblos de nuestra raza. En Inglaterra la religion es una institucion patriótica y nacional. En Francia pretende ser una institucion extranjera. Esa institucion se apodera con los jesuitas del espiritu de la juventud; propaga en sus escuelas la monarquia absoluta; falsifica la historia de la patria; fulmina á los restauradores de la libertad de conciencia; condena á la república y prepara, en el asilo generoso que esta le presta, su muerte y su esterminio. A un enemigo tan terrible se le estirpa y se le espulsa. Nosotros haríamos lo mismo mañana con el que violara nuestro artículo constitucional que proclama la forma republicana de gobierno. ¿Por qué se estraña que la Francia haga todo lo que es necesario para salvarse del naufragio á que la arrastra el pasado?

La educacion debe ser el patrimonio del gobierno. El debe enseñar. Consentir que el enemigo se apodere de la cátedra y de la escuela, es darle los elementos de esterminio

que busca. La actitud asumida por el gobierno de M. Grevy en la grave y delicada cuestion de las Congregaciones, es la que observó Rivadavia en 1823. La que observaria el pueblo que vé montar la marea: ponerle un dique y detener la marcha invasora del torrente. La Francia nueva será liberal y será republicana á pesar de las declamaciones de ciertos diarios de Paris, entre los cuales no está demás recordar al *Figaro*, especie de monje de la prensa, que acaricia el rosario compunjido cada vez que desaparece una congregacion y que el mismo dia no tiene inconveniente en levantarse los hábitos para bailar diabólicamente en Mabille, ó contar los últimos lances que tienen lugar en el boudoir de las artistas de *Varietés*.

Si la Francia organiza seria y sólidamente el régimen parlamentario, podrá contar con que la campaña republicana que inició en 1872, ha obtenido todo el éxito que anhelaron sus promotores. Durante los últimos ocho meses el ministerio ha sufrido crisis repetidas. El ministerio irresponsable y puramente personal no representa desgraciadamente sinó al individuo. No encarna como en Inglaterra y en Bélgica el sentimiento popular, encarnado en la Legislatura. Mr. Waddington ha desaparecido del gabinete, como ha desaparecido M. de Freycinet, sin dejar rastro, como simples amanuenses del Presidente. La oposicion reprocha con razon á Gambetta, la estraña posicion politica que conserva en la Cámara. Los ministros dimitentes se han separado del gabinete porque sus miras estaban en contradiccion con las ideas de la mayoria legislativa. El principio es perfectamente justo. En el conflicto de los dos poderes, la existencia del Ministerio que carece del apoyo parlamentario es imposible. Pero es la Cámara, la que debe producir al Ministerio y no la eleccion del Presidente como sucede en Francia y entre nosotros. Gambetta debiera ocupar la presidencia del gabinete. Es él el jefe de la mayoria parlamentaria, á él le corresponde el

gobierno. Su conducta ostensiblemente prescindente lo pone en una posición falsa. La Cámara y él no pueden representar el rol de simples censores. Bastará una votación contraria para echar mañana por tierra el nuevo Ministerio de M. Barthelemy Saint Hilaire, cuyo nombramiento tampoco ha tenido origen en la Legislatura. Los amigos entusiastas de Mr. Gambetta, sin contestar el argumento fundamental que se hace contra su actitud, lo defienden elogiando la suma habilidad de su conducta. Pero esta habilidad produce resultados negativos:—Mr. Gambetta no gobierna, ni deja gobernar, y este es el peor de los sistemas de gobierno.

Cuán distinto sería su rol como primer ministro! ¿Quién mejor preparado que él para ejercer un ministerio responsable? ¿Quién con más prestigio en la Asamblea? ¿Quién con más preparación para fundar en la república francesa el régimen parlamentario y armar el único resorte que le falta? Nunca la fortuna ha puesto un hombre más útil y más virtuoso al frente de los destinos de la Francia. Todo el dorado ideal que nos deslumbra á los que amamos el triunfo de las ideas liberales, puede ser realizado por él. El ejército se ha purificado bajo la influencia de su palabra y de su propaganda; la sociedad se ha modificado ventajosamente, la riqueza ha tomado un incremento enorme, y la educación y el saber un desenvolvimiento pasmoso. Diez años más de política seria y conservadora y la Francia habrá abandonado todas sus panaceas políticas, todas sus improvisaciones de constituciones, todos sus delirios generosos pero erróneos del pasado. El gobierno constitucional y parlamentario con los hombres que la gobiernan, la habrá sacado para siempre del período revolucionario. Una vez fundado sincera y juiciosamente no habrá temor de que se derrumbe.

El gobierno de la república francesa, es ante todo un gobierno honrado y honesto. Pero necesita acometer la

reforma de las costumbres sociales para virilizar al pueblo y levantar su nivel moral. Paris no puede continuar siendo una especie de capital del mundo pagano. Aunque es verdad que Paris es la ciudad mas industriosa y trabajadora del continente, es menester observar tambien que hay en ella muchos elementos de desorden social que pueden corregirse y modificarse. Los desbordes de la prensa canalla se castigan severamente con multas elevadas. Durante el imperio, la invasion de los diarios que imprimian desvergüenzas, era alarmante. En la República tienen un enemigo implacable. Todos los dias se castigan los abusos de la prensa contra la moral y las buenas costumbres. Si el sistema se aplicara al teatro y al romance, la literatura canalla recibiria el último golpe. ¿Y por qué no se ha de hacer, cuando el gobierno dispone de todos los medios necesarios para librar la campaña contra los espendedores de inmundicias impresas?

.....

La resolucion de las grandes cuestiones sociales y politicas que agitan á la Europa, corresponderá tal vez al otro siglo. Una parte de las cuestiones sociales del viejo mundo, pueden ser resueltas por la América, que abre sus anchos y fecundos senos á la inmigracion. Los agitadores irlandeses, por ejemplo, en vez de conmovier la solidez de las instituciones británicas con sus diatribas y declamaciones, debian señalar á las turbas indisciplinadas que acaudillan y encolerizan con su palabra, el camino del nuevo mundo. La inmigracion de Alemania ha contribuido á aumentar en una proporcion considerable la poblacion de los Estados Unidos; y las familias cuya subsistencia era un problema en la patria, gozan hoy de la felicidad y del bienestar que producen la propiedad, el trabajo y la libertad.

Si entre nosotros surjiera un hombre audaz y enérgico, que se lanzara de lleno á estudiar lo incompleto, lo primi-

tivo y hasta lo absurdo de nuestro sistema de inmigración, que observara las enfermedades sociales que aquejan á muchos de los pueblos de Europa, y sobre todo, que pensara en que solo la República Argentina puede competir en la América Meridional con los Estados Unidos en el aumento gradual de su población, ese hombre alcanzaria la inmortalidad. En 50 años podriamos tener 8 millones de habitantes. Esa suma que parecerá exajerada á los tímidos, es mirada como modesta en Europa por los que echan una ojeada sobre nuestra carta geográfica y la naturaleza opulenta de nuestro suelo.

Nosotros con ocho millones de habitantes, podiamos contemplar tranquilos los misterios que el siglo venidero guarda para los destinos de la Europa.

CRÓNICA PARISIENSE

Paris, 12 de Noviembre de 1880.

Se fué el verano! La primera nieve ha blanqueado ya los techos, y Paris se encierra en los teatros y en los cafés. La crónica entre 5 y 6, se anima en Bignon y en el café de Paris. Puede verse, á esas horas entrar á Aureliano Scholl que vuelve contento de haber tomado un rayo de sol como un pájaro al nido. Los *equipajes* regresan del bosque, airosos los caballos, insolentes los cocheros: indolentes, entre sus pieles, las *Aspacias* de esta ciudad pagana. La *féria* de las vanidades se exhibe en el Boulevard. Pobres y ricos cruzan confundidos los unos con los otros. Al ver este cuadro he podido apreciar recién la brillante verdad con que están escritas algunas páginas del *Nabab*: aquellas sobretudo en que M. Joyeuse, vuelve de su escritorio á su feliz y modesta casita, cuando el *coupé* del duque de Mora se cruza con el caballo fogoso que monta Felicia Ruys,—la reina del mundo parisiense. Los pueblos antiguos profesaban un culto fantástico por ciertos seres disgustantes de la creacion. Las mujeres ejipticas solian llevar consigo un raton, un gato, como parte de su *toilette*. Si algun dia (quiera Dios que nunca llegue) Paris se momifica, los arqueólogos han de enseñarnos el cuerpo de la parisienese dibujado graciosamente bajo sus ropas *colants*, y á su lado, la *mómia* diminuta de un perro cuyo esqueleto ha de confundir á las generaciones futuras por la exigüi-

dad de su desarrollo. No se concibe aquí una mujer elegante, del medio ó del gran mundo, sin su *terrier* liliputiense: un ser antipático, mortalmente antipático: con una carita záfia, demacrada, la nariz respingada, parado sobre sus patas de araña, insoportable ladrador, mezcla de mono y de gato, el raquitismo de los terranova, la parodia del *bull-dog*, que vá siempre asomado á la ventana de los *coupé*, mirando desde las faldas de su ama, con un desprecio inaudito, el mundo que pasa. Esos perros son insoportables. Son falsificaciones, adulteraciones de la naturaleza. Reduciéndolos en su desarrollo físico á fuerza de drogas y de medios artificiales, han logrado formar esa raza abyecta, en la que todos los nobles instintos del mas noble de los animales, han desaparecido.

Verdad es que la moda ha vaciado las arcas de Noé sobre la *toilette* de la mujer del día. El pequeño *chanchito del porte veine*, ya no satisface á las supersticiosas. Como las *ñustas* peruanas (semejanza singular) la parisiense lleva todos sus dioses lares colgados en los aros innumerables de sus pulseras. La otra noche, no mas, una muchacha á la moda llevaba en el teatro, suspendidos en su pulsera, elefantes, ratones, conejos y rinocerontes de oro, de ágata y de plata, y entre ellos ¡oh colmo de la estravagancia! un títere, que movia las piernas y los brazos entre aquel rebaño suspendido. La griega profana!

Esa pléyade ateniense que vive en el Boulevard, que se inspira en él, que hace el drama, la comedia; el poema y el diario en medio de la calle, la encontrareis en todas esas hojas ligeras que el *esprit* parisiense echa todos los días á la hoguera. *El Figaro* y el *Ruy Blas* cuentan esa crónica. El primero sobre todo, en medio de la santa indignacion que le produce la ejecucion de los decretos de Marzo contra las congregaciones, no se olvida nunca de bair el comentario sabroso del escándalo social; el adulto-rio, tema obligado, le agrada, lo deleita, lo edifica. Con

qué fruición narra el último lance, el feliz engaño del marido, la justa falta de la mujer, la actitud brillante y simpática del amante! El otro, mas desnudo de formas, gusta de llamar las cosas por su nombre y circula como un *gamin* que proclama desvergüenzas. Por Dios! que tiene razon la honrada república de hacer una cruzada contra esta nueva envenenada literatura que amenaza dar en tierra con todo lo bueno, lo bello y lo verdadero. El *Figaro* es como *Tartufo*, falso y audaz cuando no necesita ser manso é hipócrita. Hombres de talento, de mucho talento los que lo escriben, son tanto mas culpables cuanto mas carecen de escrúpulos. Alberto Milaud, el mas espiritual de sus colaboradores despues de Wolff, que tiene para la sátira política la fecundidad y la verbosa improvisacion de Barthelemy, es uno de los autores de la *Femme à Papá* que el *anuncio* de *Varietés* mantiene desde el año pasado; una heregía donde el público rie homéricamente del chiste grueso y procáz que salpica las situaciones de una orgía. Es tan fácil hacer reir cuando no se conocen los escrúpulos! ¡Oh Rabelais! los enanos desnudan por completo lo que tú te empeñabas en cubrir para que el público lo descubriese por sí mismo.

Victor Hugo acaba de lanzar su último libro: *L'Ane*: —ya debe haber llegado á Buenos Aires. Tiene los grandes esbozos líricos del maestro, y aquella estraña complexion de todas sus creaciones. Pero Emilio Zola, el padre de la noble familia de los Rougon Macquart, puesto que es el autor de toda su descendencia, ha descargado sobre el libro de Hugo, toda su zaña. En su artículo surge la envidia á cada párrafo y en cada concepto, como la mancha de aceite que cuanto mas se frota para estirparla mas resalta. Zola se considerará capaz de hacer con el naturalismo una nueva revolucion literaria como la del año 30, en la que Victor Hugo quedará como un desgraciado *flisteo*, sin nombre y sin gloria en la historia. Inútil esfuerzo! El

Figaro ha dado á luz el artículo de Zola tres ó cuatro dias despues de haber dicho en él Alberto Wolff: «No debe nunca atacarse á Hugo! De lo contrario corremos el peligro de que el dia en que nuestros pobres escritos caigan, por la mas grande de las casualidades, bajo los ojos de la posteridad, ella esclame: «¿Quién es el imbécil que ha escrito tales cosas sobre la mas grande gloria literaria del siglo XIX?» El viejo Girardin, compañero de la guardia con el autor de *Hernani*, le devuelve estas palabras al autor de *Nana*, tomándolas del mismo diario en que este escupe al coloso. Hugo, es cierto, no es un filósofo ni es un sábio, pero querer suprimir su nombre y su influencia, en la literatura de nuestro siglo, valdrá tanto como suprimir la revolucion misma que él llevó á cabo. Los libros de M. Zola no solo no serán nunca indispensables, sinó que la Francia habria ganado si no se hubieran escrito.

La novedad mas notable de la última semana ha sido el *Jubileo* de la Comedia Francesa. La casa festejaba sus dos siglos con Molière, Racine y Corneille. Francisco Coppeé ha compuesto para esa ocasion algunos versos entusiastas y bien tallados, que Got leyó con el titulo de la *Casa de Molière*, en medio de todos sus compañeros los jóvenes pensionistas y los viejos sócios. Pero la verdadera pieza maestra con que se ha celebrado el segundo centenario de la Comedia Francesa, ha sido el *Impromptu de Versailles* en la que Coquelin ha interpretado á Molière autor y á Molière cómico, con un talento tan raro, con una flexibilidad tan ágil, con una adivinacion tan sagaz, que la crítica se ha considerado desarmada y dispuesta solamente al elogio.

El Impromptu de Versailles es una pieza de combate. Para admirar su accion, su movimiento, el lenguaje vivo con que están animados sus dialogos y las pasiones que dominan á sus personajes, es menester trasladar el público á la época ardiente en que fué compuesta. No es una

comedia ni una intriga dramática que se forma, se complica y se desarrolla como la de la *Escuela de las Mujeres* ó la del *Avaro*. Es la defensa de Molière mismo llevada á la escena. Es él quien representa el protagonista con su propio nombre; son sus compañeros de teatro los que le acompañan. El *Impromptu* es una sátira, una filípica mordaz contra los nobles, contra los envidiosos, contra los cortesanos que pretendieron hacer caer en disfavor al valiente autor del *Tartufo*. La *Critica de la Escuela de las Mujeres* en que Molière desnudó ante el ridículo á las camarillas que hacian la intriga y la burla contra su pieza, fué un golpe de maza descargado contra sus adversarios. Aquella corte de nobles y cómicos, de princesas y poetas envidiosos y rivales, era un centro de eternos chismes, de enredos, de delaciones, de pequeñas y miserables calumnias. Dos compañías de teatro rivales, que se odiaban mortalmente, al frente de una de las cuales figuraba el mismo Molière, contribuian poderosamente á encender el fuego de aquel infierno en el que dominaban todas las bajas pasiones cortesanas. Lo mismo sucedia en la Corte de Felipe III y de Felipe IV, donde Quevedo, agresivo y punzante como Molière, marcó en la frente con la sátira, desde el rey hasta el último gentil hombre del palacio. Boursault, poeta mediocre, que cierta parte del público pretendia elevar sobre Molière, creyendo reconocerse en el papel de Lysidas, escribió le *Portrait du Peintre ou le Con.re Critique de l'Ecole des Femmes*. Luis XIV comprometió á Molière á defenderse de su adversario y de su grupo; y el gran comediante escribió y representó en ocho dias su defensa en la que sus enemigos fueron ultimados con los golpes mas amargos del sarcasmo. Voltaire decia de esta pieza, que jamás la licencia de la antigua comedia griega habia ido mas lejos.

Esta ha sido la pieza oficial con que la *Comedia* ha celebrado su segundo centenario. Segun la crónica, Coquelín

há pasado dos meses estudiando el rol de Molière; y cuando se ha lanzado á representarlo, contaba de antemano con el triunfo. El público era selecto y los jueces severos. Hugo concurrió la primer noche y aplaudió entusiastamente al actor. En los palcos *avant scène*, estaban Dumas, Augier y Sardou. Sarcey, con una atencion silenciosa, examinaba el curso de la representacion, cuyo éxito habia provocado grandes dudas y agitaciones. Coppée cosechaba una parte de los aplausos de la noche; es el poeta mimado del *Teatro Francés*: no tiene lugar en él ningun espectáculo clásico sin que el jóven escritor contribuya á darle brillo con sus talentos.

Autores y artistas han rendido culto en las noches de su *Jubileo* al padre de la *Comedia francesa* y á la musa trágica de Racine y de Corneille. Pero ¡ay! si en ellas, el Aristófanes francés siempre conserva grandes y sesudos intérpretes, fuerza es confesar que el Esquilo y el Sofócles no cuentan con voz ni con gesto dignos del coturno trágico. La máscara que rie, que se mofa, que lastima y satiriza, no ha caido de la mano de la musa francesa. Ella se ajusta bien á las toscas pero espirituales facciones de Coquelin, al rostro *molieresco* de Got, al fino y distinguido perfil de Delaunay. Samary, Reichemberg, Mlle Bartet y Barreta, son de la familia de Mademoiselle Du Parc y de la misma Mademoiselle Molière. Satiricas y espirituales las dos primeras, dulces y vaporosas las dos últimas, ellas representan la ciencia cómica francesa en todo su vigor. Pero la musa de voz de trueno, la musa de los bárbaros furoros, la que anima el paso salvaje de Pirro sobre el hogar del rey de Troya y las furias de Orestes, esa ya no hace temblar la escena francesa! Qué afectacion, qué *inflamiento* vacío y grotesco, aquel con que Mounet-Sully acaba de hacer el Aquiles en la *Ifigenia* de Racine! Este jóven artista que no me hizo mala impresion cuando lo ví por primera vez en el *Horacio*, me ha hecho perder la última esperanza que tenia

de ver renacer el fuego de Talma y de Rachel, siquiera una chispa, en las tablas del primer teatro clásico de Francia.

Yo habia concebido á Aquiles bárbaro, melencólico, salvaje. Asi eran los héroes de la epopeya helénica. Pero figuraos un actor que entra á la escena con un paso medido y estudiado; que sale como si siguiera el compás de un redoble; que se para como una estatua, que levanta los brazos y mueve el busto con un estudio visible, y cuya fuerza trágica reside en unos ojos enormes, soberbios ojos, que los vuelve y revuelve como si quisiera amedrantar al auditorio, gruñendo siempre y bramando sin conseguir imponer ni aun siquiera á los niños que lo observan de cerca! Y agregad á todo este aparato de gesticulaciones rebuscadas y estrañas, un Aquiles vestido como un *gomoso*, con casco de oro que parece cincelado por un artista florentino, con una sandalia de la que con razon podria decirse que acaba de salir de una horma de Galoyer ó de Goodall; un coturno de comarsa, una ropa corta lujosísima pero escasa para cubrir los cortornos rídiculos de la estatua, una cimera á cuyo penacho parece que ha dado el último golpe *del fierro* el peluquero afeminado de alguna damisela exigente, y tendreis al jóven trágico de la Comedia espuesto al mas peligroso de los rídiculos.

Verdad es que la *Ifigenia* es una tragedia fria, monótona y fatigosa. Los versos no la salvan. Aquel Agamenon es la caricatura de la estirpe de los Atridas. La accion es falsa, y Racine ha mantenido un combate desgraciado con la verdad histórica para salvar su pieza. Los personajes hacen el efecto de figuras recortadas que brillan solo bajo el artificio de las largas Rimas de los alejandrinos. Todo es de hielo en aquella accion. Ni el actor puede conmovirse, ni el público puede verse arrebatado por la inspiracion combinada del artista y del poeta. Los cinco actos mortales se suceden los unos á los otros. Ulises es un amigo fiel, una parodia de Ulises, Agamenon es un personaje pusilánime.

¿Como exigirle á Maubant que anime ese Atrida de cera? Ifigenia, en la que Mlle. Bartet ha hecho su primer tentativa en la tragedia, no es una creacion acentuada capaz de enjendrar un tipo dramático, un personaje indeleble como esos que se llaman Ofelia y Julieta, Porcia ó Cordelia; y Aquiles, oh! Aquiles es tonto y aburrido como Pan!

Mientras que Molière se inmortaliza, rejuvenece, y cada dia su génio es mas vibrante, mas agudo y mas nuevo, los dos grandes poetas dramáticos de la gran era clásica desfallecen. «Perezca primero la escena trájica», ha dicho Francisco Sarcey, con motivo de la representacion del Ifigenia, «antes de que se profane su repertorio con actores medicres y deficientes.» El agudísimo crítico, devoto al culto de la escena francesa, no osa tocar la llaga. No son los cómicos los responsables del eclipse de Racine y de Corneille: es el siglo en que vivimos, cuyos gustos y cuyo desenvolvimiento literario y artistico son incompatibles con la estética regular, irreprochable pero fria y falsa, de esos fósiles académicos del cesarismo.

Qué fenómeno singular! En Francia, donde las facultades de asimilacion son pasmosas, Shakespeare nunca ha sido interpretado, ni su influencia ha formado una escuela nueva de artistas y de escritores. Se le ha estudiado, comentado y popularizado; pero ni la escena nacional, ni los teatros libres, lo han acometido nunca con sus intérpretes. Vá sobreentendido que no tomo en cuenta ni el *Otelo* francés, ni el *Lear*, ni otros remedos débiles del génio que han hecho su época y que hoy nadie piensa en exhumar. Racine y Corneille que esplotaron el teatro griego, que copiaron á Sófocles é imitaron á Esquilo, adaptaron sus formas, usurparon sus personajes, reprodujeron sus leyendas, pero no conocian ni el pueblo, ni las costumbres, ni el carácter de la sociedad griega. Asi, todos sus héroes arengan pero carecen de accion. Shakespeare, cuando mordió un argumento en la historia antigua, lo animó restaurando

sus personajes á la accion y á la vida. Por eso es que en *Julio César*, el discurso que incendia los furorés de la plebe es un rasgo vivo de la sociedad romana de aquel tiempo. Ni Ampere, ni Michelet, ni Boisier en nuestros días, al restaurar los anales de lo democracia y del cesarismo en Roma, han puesto á esa escena un comentario mas sábio ó mas erudito que aquel panegirico necrolójico que remueve las pasiones de toda una época histórica. El *Julio César* es una resurreccion. El *Horacio*, por ejemplo, es una exhibicion de personajes puramente liricos y convencionales y un torneo de arengas rimadas!

Comprendo cuantas preocupaciones arraigadas levantaria este debate, si un escritor de notoriedad europea lanzara en la prensa francesa esta poco respetuosa apreciacion de sus grandes obras trájicas. Y digo intencionalmente en la prensa, porque es la prensa diaria, ciertas hojas intransigentes, que aceptan toda clase de criticas, menos la profanacion de las viejas idolatrías literarias, la que no permitira á Monsieur Perrin un desaire hecho á los manes de Racine y de Corneille. Pero en el libro y en las revistas el desaliento de los grandes escritores ha anunciado ya el eclipse de los grandes poetas trájicos. Quedarán sus lujosas tiradas para dar brillo á las ceremonias anuales de los Liceos; pero la musa de la tragedia raciniana que busca ávida sus intérpretes sin encontrarlos, se cansará de buscarlos porque ya su familia se ha estinguido.

Y ahí está la prueba: Ni Worms con su diccion irreprochable y su innegable ciencia de artista, ni Mounet-Sully con su arrogancia y sus pretensiones, consiguen levantarla. Mlle. Dudley es victima de la crítica inclemente, porque su acento vierte mal el aleandrino y porque su accion cae á pesar de todo en la monotonía. Apenas, como una lámpara que se estingue, Madame Favart lucha con las últimas inspiraciones del pasado, y Martel y Maubant, viejos ya pero fieles al culto, defienden oscuramente los

penates. En diez años mas, las representaciones de Corneille y de Racine serán un acontecimiento; Molière el eterno Molière será el astro esclusivo de la escena de la calle de Richelieu; y de cuando en cuando el *Odeon*, que tambien lucha todavia por el viejo culto, se acordará de Regnard, de Lesage y Marivaux, que sin llegar al maestro, continuaron con éxito la comedia de costumbres.

Hablando de la comedia y de la tragedia, cómo no hablar del último libro de Paul de Saint Victor, cuyo primer tomo ha dado á luz Calman Lévy ahora dos meses? Apenas lo hé leído; y no tengo sino la primera impresion de su lectura. Hoy que nuestros diarios traducen algunos de los articulitos de la coleccion de *Hombres y Dioses* de este estilista *parisiense*, los traductores podian continuar la série sacando algunas páginas de *Las dos Máscaras*. Despues de M. Taine, no creo que nadie en Francia haya tratado en nuestros dias el género de estos libros con mayor arte que el belicoso autor de *Bárbaros y Bandidos*. Su último libro es desde luego un paso sério en los dominios elevados de la estética y de la erudicion. El plan es vasto. *Las dos Máscaras*, es un estudio del origen y del desenvolvimiento progresivo de los dos géneros dramáticos la máscara que rie y la máscara que llora: casi siempre separadas y algunas veces unidas.»

El autor ha abandonado la pluma que bordó á Helena, á Meleagro, á Diana, y centralizando en un volúmen toda la pedreria deslumbrante de su estilo, sus frases cinceladas, sus pensamientos originales y nuevos, ha hecho un libro de legitima erudicion literaria: Uno de esos libros que se leen sin esfuerzo, que enseñan y que alegran el espíritu. He recordado á Taine porque el libro de M. de Saint Victor me ha hecho, al leerlo, la misma impresion que la lectura del primer volúmen de la *Historia de la Literatura Inglesa*. No creo que seria andar muy lejos de la verdad saludar al autor de *Las dos Máscaras* como un

discípulo del autor le los encantadores opúsculos sobre el *Arte*.

M. Paul de Saint Victor es un profundo y habilísimo observador, de esos que se inspiran oyendo y mirando. Yo aconsejaría al que lo leyese, que bajo la impresión de la primer lectura, penetrara á la Sala de las Esculturas antiguas del Louvre. Su libro parece hecho con los fragmentos de las obras del cincel antiguo. El no es un profano en los estudios filológicos; si no los ha cultivado como Chavée y Max Muller, conoce á fondo sus progresos. La ciencia de las religiones no lo toma de nuevo. Todo su libro denuncia que Bunsen le ha enseñado muchas veces el camino. El ha atacado con esos elementos y con su estilo eximio, la explicación y la interpretación del politeísmo helénico; y por eso es, que cuando le vemos descifrar los orígenes naturales de Baco, al par de la erudición encontramos á el artista, al cultor de lo bello que sale de la vieja galería griega saboreando la magestad sublime de la Venus de Milo, los contornos mórbidos de las otras deidades de mármol de aquel panteón de fragmentos sublimes que la Grecia nos ha legado para confundir la *placitud* de nuestro siglo.

Baco, por ejemplo, con cuya historia nos inicia el autor de *las dos Máscaras*, nos explica cómo es que emanando de las tradiciones rurales, el Dios de las vendimias se transforma en el Dios de los placeres brutales, en aquel pesado y vinoso personaje del olimpo romano que viene tarde á incorporarse al séquito de los dioses. Baco tiene algo de Hércules y pretende ser el antagonismo de Apolo. La lira y la flauta se disputan el imperio de la primera escena lírica entre los griegos, y las fiestas báquicas engendran el ditirambo y el coro; Thespis es el cómico que se sustituye al narrador: nace la acción y junto con ella el teatro.

Anuncio un libro sério y ameno al mismo tiempo. Ni

el espacio ni el tiempo me permiten dedicarle un estudio sereno y detenido. El lector piense lo que es escribir á escape, robando momentos á los pasatiempos de Paris. Pero basten estas pocas palabras para anotar la impresion recibida por una lectura saludable.

M. Paul de Saint Victor se propone continuar su obra con Shakespeare. Todo el segundo volumen será consagrado al estudio del poeta inglés. Lo espero anheloso porque tengo curiosidad de saber como se desenvuelve este *parisiense* refinado, dueño de una pluma que como un buril manejado por un modelador, agrupa simétricamente sus párrafos y deposita su página despues de haber limpiado los borrones y todas las asperezas que deja siempre la primera mano de obra. El libro sobre Shakespeare, tratado con amor por él, vá á revelar una nueva faz de su talento. Las dificultades son grandes. Desde luego M. Taine se presenta á la comparacion, sin contar con los escritores ingleses y alemanes que han estudiado al mas grande de los poetas dramáticos. Pero M. Paul de Saint Victor sabe que tratando *Las dos máscaras*, no se puede prescindir de Guillermo Shakspeare. El estudio de la tragedia griega es una introduccion; el de la tragedia francesa un tema reducido para tan grandes origenes. El teatro, sin Shakspeare, sufriria un eclipse; y el escritor que pretendiera hacer un estudio completo de sus progresos, haria un libro trunco si prescindiera de él. El autor de *las dos Máscaras* se propone terminar su libro con una materia que desde ahora puede decirse sin vacilar, que será tratada magistralmente, porque ella es el patrimonio del espíritu francés; es la herencia legitima de la raza, desde Molière hasta nuestros dias. Quién mejor que Paul de Saint Victor puede hacernos un libro sobre el teatro francés desde sus origenes hasta Beaumarchais? El solo programa despierta el apetito de una golosina. Ese será á mi juicio el diamante mas puro y mas grande de la dia-

dema. Su pluma abordará con amor un tema favorito que él sabe tratar con eterna novedad. Aunque Beaumarchais cierre la série de sus estudios, el autor puede adoc-trinar mucho la escena francesa de nuestros dias. Mucho lo necesita. Las obras de combate han desterrado el drama histórico; y la comedia misma necesita reaccionar contra las tendencias actuales. La ley sobre el divorcio, fuente escasa y vulgar de inspiracion, ha secado tantas otras fuentes de inspiraciones fecundas! Ella ha producido á *Daniel Rochat*; ella ha producido la réplica de *Daniel Rochat* con los *Grands Enfants*, que se representa con éxi-to en la sala del Vaudville. Ella en fin va á producir otra pieza de Sardou que vuelve á la carga en nombre de la misma cuestion. Dentro de pocos dias se representará *Divorçons*, que tendra, como su hermana, una vida efi-mera.

Si M. Paul de Saint Victor continuara su libro hasta nuestros dias y tratara el repertorio moderno, podria dar lecciones muy provechosas á sus contemporáneos. El tea-tro francés moderno exige un censor sesudo como él, que lo encamine en la senda de sus grandes destinos. Este es un pueblo consumadamente artista. Se observa aún en los teatros mas subalternos de Paris la inclinacion natural, las dotes espontáneas, con que el francés se desenvuelve en el teatro. Tiene el genio cómico por exelencia y dispone de un idioma que no tiene igual para hacer vivir los perso-najes en la escena. Hoy se dá en el *Odeon* un drama de Ponsard *Carlota Corday*; es una accion trazada á grandes y vivas pinceladas, en la que el actor tiene tanto trabajo de creacion como el autor mismo. Cuanta habilidad no manifiesta cualquiera de esos artistas en las patéticás situa-ciones del drama! En el Vaudville, en el Gymnase, en el Palais-Royal, en Variétés mismo, se encuentran actores y aotrices eximias, por el talento y la gracia!

Las conferencias literarias, científicas y polílicas han co-

menzado con éxito en la sala del boulevard de los Capuchinos. Coquelin ha disertado sobre el *Misántropo*, leyendo un estudio sobre esta célebre comedia. Pero la crítica parisiense lo ha manoseado un poco. El artista de la comedia francesa ha demostrado mas talento para leer algunos trozos de la pieza de Molière, que para comentarlo. Se le ha observado la falta de preparacion de que adolece como escritor, y en buenos pero claros términos se le ha dicho: representad el *Misántropo*: sois tal vez el único actor de la escena francesa capaz de hacerlo vivir en la escena, pero no caigais en la tentativa de disertar sobre él, porque todas las fuerzas creadoras del comediante no bastan para hacer un crítico. Pero los Coquelin son incorregibles, y el hermano menor ha contestado á la crítica anunciando una nueva conferencia sobre Molière.

Hablaba hace un momento de la necesidad de una reaccion en la literatura dramática; porque nunca se ha hecho ella sentir mas que ante la perspectiva de las nuevas piezas que se anuncia. El *Ambigu*, cuyo solo nombre bastaria para exigirle manjares delicados, ha escojido el mas repugnante de todos. No ha bastado la *Nana* romance, es menester que haya la *Nana* pieza de teatro; y dentro de un mes, el público ocurrirá a aplaudir ese drama de la prostitucion. Ya se habla de uno de los actos, el último creo, tomado fielmente de la novela y cortado en lo vivo del cuento, *la muerte de Nana*. La heroina morirá en la escena de viruelas y mostrará al público su rostro lacerado por esta enfermedad terrible. Lo exige así el naturalismo; esa nueva musa que quiere ser tan honrada, que tiene por delito, por una hipocresia, el conservar cerrada la puerta de una alcaoba. En nombre de la nueva escuela se abre de par en par los lupanares, y se espone á las miradas del público las escenas del desborde y de la orgía. Se exhiben los hospitales, las salas llenas de enfermos pestilentos. Es necesario para ser exacto, describirlo todo: el lecho, las ropas, los

síntomas y los efectos de la enfermedad! Y Mr. Zola se escandaliza, como una beata, del incienso que queman los jóvenes y los viejos al rededor de Victor Hugo!

Paris es un globo de cristal tallado con prismas diamantinos. Cuando al través del resplandor pálido pero intenso de las lámparas eléctricas, se mira la eterna y nunca interrumpida fèria que ajita el boulevard, diríase que hay allí algo mas que el arte humano para alumbrar esa escena siempre alegre, siempre jóven, siempre deslumbradora y atractiva. Comprendo la serena y sedienta juventud gastando la vida y el porvenir en esa vorágine de inesplicables voluptuosidades. El Conde ruso, que vuelve pobre y derrotado de la batalla al invierno de San Petersburgo, el jóven que un buen dia se vuela los sesos despues de haber bebido de un sorbo la copa de Fausto, la mujer que nace y vive allí la vida fujitiva de la flor del trópico, el viejo leon que llora el pasado desde su cuarto, con una temperatura ecuatorial y envuelto entre flanelas antireumatismales: tales son generalmente los epíogos de este drama de Paris que todos los dias comienza, que todos los dias termina para recomenzar. Luis Veuillot cuya pluma ha hecho llorar lágrimas amargas á sus victimas, ha pintado, creo que en un soneto lleno de candente sarcasmo, á los parisienses. «Vedlos, dice, bajar las gradas de la *Escue a Normal* á esos valientes atenienses que van á Grecia munidos de unguentos y drogas: que hablan del valiente contorno de la estatua y que no tienen fuerzas físicas para arriesgar á la intemperie sus miembros ateridos y enfermos.»

Paris ofrece ese tipo, es cierto; pero Paris es fuerte y es viril tambien. Hay dentro de él griegos batalladores; y entre los modernos la sana estirpe republicana dará atletas. Sí, los dará. Pero lo que yo quisiera ver en este pueblo ante el cual tengo que declarar rendido mi cariño y mi admiracion, es mas culto por el ideal: el ideal en la mujer, en la vida y en el pensamiento. Nunca hé sido mojigato, y

nunca lo seré; pero el materialismo y hoy el naturalismo, son enemigos que la república deberá combatir tanto como á las Congregaciones.

El culto del ideal hace mas feliz á un pueblo que todo el resplandor deslumbrante del materialismo. La lluvia de oro y de plata, de flores y diamantes, que cubre las escenas del teatro en que vuelan esos querubines alados, envueltos en tules y bañados en luz, esas apoteosis de la belleza plástica que á cada momento prepara la ficcion, y la noche que protege todos los devaneos, tienen un fin. El alba fria y lluviosa rompe el brillo del cuadro y alumbra una escena mística, de la que han desaparecido todos los encantos. El sueño de Albertus pasa! El mas audaz delos poetas mundanos lo ha escrito:—

•..... Albertus sentit fondre

•Les appas de sa belle, et s'en aller les chairs.

—Le prisme était brisé.

DON POLIDORO (1)

(Retrato de muchos)

Paris, Noviembre 19 de 1880.

Don Polidoro acaba de ser vomitado en Paris con toda su familia por el tren expreso de la estacion del Norte. Don Polidoro tiene cincuenta y cinco años, ha nacido el año 25, ha sido un excelente unitario y tiene diez leguas de campo en Juarez, cuatro casas en Buenos Aires, fuera de la que habita en la calle de Buen Orden; tres patios, huerta con higueras y edificada en línea recta de tal manera, que desde las ventanas de la calle se puede matar de un tiro de fusil al cocinero en la cocina. Don Polidoro habla el español, nada mas que el español; del francés sabe tres ó cuatro palabras, poco extraordinarias por cierto; *monsieur* ó *mosiù*, *madame* ó *madama*, *oui* y *no*. Hé ahí todo su capital. La señora de Don Polidoro, desde que ha pisado la tierra francesa, vive completamente condenada al ostracismo de la conversacion con los estraños, pero en cambio, los dos niños mayores dominan todo el repertorio dialogado del Ollendorf. El resto de la familia compuesto de cuatro niños mas y de tres sirvientas, está obligado como D. Poli-

(1) Es inútil que la malicia pretenda descubrir una persona determinada en el protagonista de este cuadro.

doro y su señora á comunicar con el mundo exterior por medio de los hermanos mayores. D. Polidoro se ha mareado desde el momento en que se encontró en la canal exterior, la señora idem; el camarote ha sido una hecatombe durante los 28 dias de viaje. Pero es necesario llegar á Europa á todo trance y gastar los 800,000 \$ moneda corriente, en que nuestro viajero ha calculado su presupuesto, incluidos pasajes, regalitos y aprovisionamientos consiguientes de un regreso del viejo mundo. D. Polidoro trae tambien *in pectore* sus proyectos malévolos. Se cree un pequeño mónstruo cuando en los profundos arcanos de su conciencia, acaricia la idea de sus próximas campañas en *Mabil*, como él escribe y llama á Mabille. Está dominado por la fiebre de verlo todo, y trae, además de los guias indispensables, una lista en la memoria de lo que otros le han recomendado que vea. El idioma es el único punto opaco en la vida europea de D. Polidoro. Con el francés, con solo el francés, él daría vuelta al mundo. Pero el honorable compatriota que ha sido Juez de Paz, Comandante militar, que desde 1852 hasta la fecha ha tomado parte en todas las elecciones habidas y por haber, siempre del lado de la buena causa (se entiende), que por dos ó tres veces ha sido diputado provincial y casi senador, si no hubiera sido por un malaventurado empate, el honorable compatriota, repito, está obligado á permanecer con rostro de cretino, mientras Blasito, su primogénito, oye y toma tiempo para digerir con dificultad lo que esplican los guias y lo que exigen los cocheros; y cuando Blasito vacila, se equivoca ó no inventa pronto su traduccion, qué indignacion, qué mal humor, qué impaciencia la de Don Polidoro! Entónces el intachable burgés del Rio de la Plata, se encara frente á frente con el interlocutor, aparta con desprecio á Blasito, fulminándolo con este anatema: «¿Para qué me sirve lo que he gastado en tu educacion?» y pretende entender y hacerse entender. Blasito vuelve á intervenir, nueva fulminacion,

y despues de esfuerzos milagrosos de lengua, de gestos y visajes de todo género, Don Polidoro acude al salvador y primitivo idioma de las señas. Y cuando triunfa con un simple ademan, oh! como se pavonea D. Polidoro! Como es feliz! En diez dias mas, aprende el francés mas pronto que la jeringoza; mientras que Blasito queda confundido de ignorancia y de ineptitud!

—¿Dónde se ha alojado vd. señor D. Polidoro?

A esta pregunta hecha con ~~toda~~ la mas sana intencion del mundo, mi héroe, á quien acabo de encontrar en el *Boulevard* ~~todo~~ vestido de nuevo, me mira con una fisionomia desdeñosa y sorprendida, como si quisiera hacerme el reproche de ignorar la cosa mas notoria de la tierra.

—«Pero.....en el *Grande Hotel*, mi amiguito, en el *Grande Hotel*;.....dónde queria que me alojara?

—«En el *Continental*, señor Don Polidoro, en el *Continental*, hoy es el *Continental* el primer hotel de Paris?

—«De veras? Ya me lo habia yo pensado! Ya me lo dijo la otra noche al llegar N.....; pero como Blasito vió que en la guia tenia lugar de preferencia el *Grande Hotel* y una estrellia que quiere decir que es de lo mejor, nos fuimos á él. ¿Qué quiere amiguito? yo he querido de lo mejor..... Para que despues no se diga!... Pero me voy á mudar! Si el *Continental* es mejor, me voy á mudar!

—«A propósito, le voy á dar mi tarjeta! y diciendo y haciendo, Don Polidoro con una risita de íntima satisfaccion que le hace cosquillas en toda la cara, me dá su tarjeta y la de su señora.

MONSIEUR POLIDOR ROSALES

Deputé et fermier a la Republique Argentine

MADAME POLIDOR ROSALES

—«Eso dicen que es la moda de Paris. Yo le diré amigo, francamente, que á mi no me gustaba, pero N..., me acon-

sejó y me dijo que si uno no se pone aquí sus títulos, lo miran por sobre el hombro; y ahí, me ha puesto que soy diputado y estanciero. La que está furiosa es Petrona, mi mujer, porque le han quitado en la tarjeta el nombre y el apellido. Ella se llama Petrona Bracamonte, pero desde que tenemos las dichas tarjetas nadie la conoce en el hotel, sinó por *Madama Polidora!* Ja, ja, ja!

Y Don Polidoro reía á pulmones llenos.

A la mañana siguiente fui al *Grand Hotel* á visitar al señor Don Polidoro. Pobre señor Rosales! No solo habia desaparecido el nombre de familia de la señora en las nuevas tarjetas, sinó que el mismo Don Polidoro no era conocido allí sinó por el número 100. La flamante personalidad del noble diputado y estanciero de la República Argentina habia sido reducida á una cifra y á tres guarismos, que componian un número inconveniente en la designacion de las puertas.

Ni en la *Concergerie*, ni en el *bureau*, entendian nada de *Monsieur Polidor Rosales*. El número 100 está ó no está en casa; un carruaje para el número 100, el número 100 llama, el número 100 debe..., el número 100 paga.

Encontré á Don Polidoro indignado contra semejante apodo aritmético y resuelto á mudarse al Hotel Continental. La noche anterior se habia encontrado en la Opera con varios compatriotas, y como no hay extranjero en viaje que no tenga las mas altas pretensiones de conocer á fondo el suelo que pisa, y de creerse en condiciones de administrar consejos y opiniones llenas de esperiencia, los amigos de Don Polidoro le habian puesto la cabeza como una frágua, y le *Grand Hotel* aconsejado por el simple de Blasito habia caido en el mayor descrédito ante los ojos del buen porteño.

Mover la comitiva doméstica de D. Polidoro, demandaba fuerza. El matrimonio es poco ágil. Los cuatro niños menores y las tres sirvientas, son un apéndice engorroso para París. La cuenta diaria de D. Polidoro ha llegado á 300 y

400 francos solo en habitacion y municiones de boca, como él dice; pero es necesario mantener el rango que corresponde á su posicion, y don Polidoro se entrega inerte á la explotacion!

Don Polidoro y familia abandonaron el Grand Hotel, y mientras que el transporte de los baules monumentales marcados pomposamente POLIDORO ROSALES, despertaba la curiosidad de los sirvientes á la caza de propinas, las voces se oian que decian: *Le numéro 100 qui demenage*. ¡El número 100 que desaloja! Blasito se permitió una última tentativa de traduccion y fué fulminado por don Polidoro que ya no podia verse eternamente confundido con ese número.

Por fin salió la familia Rosales de aquel hotel, en el que su jefe no se encontraba tratado segun sus aspiraciones. Ah! Pero el infortunio persigue á este hogar ambulante, á este cuadro de familia supinamente criolla, que no sabe donde está, ni á qué ha venido, ni lo que quiere, ni lo que hace. En el *Hotel Continental*, al dia siguiente de instalado don Polidoro, se llamaba el número 77. No habia sido suficiente la epigramática casualidad de su primer asilo en el *Grand Hotel*. Era necesario soportar la marca de los dos nuevos guarismos repetidos. Ah! Ni el recurso de Orsini arrancando con la punta de la espada la B de la mansion de los BORGIA, le quedaba á don Polidoro para salvar de las numeraciones sospechosas bajo las cuales parece destinado á vivir en Europa!

No hubo mas remedio que consolarse. Cuando D. Polidoro supo por boca de todos sus amigos que se hallaba alojado en el primer hotel de Paris, que era el *número uno*. que era inútil buscar otro que se le pudiera comparar, entonces fué feliz, profundamente feliz, y comenzó á pensar en la improba tarea de las expediciones á los museos, á los monumentos y paseos públicos.

Es de verse la salida de D. Polidoro con su familia en dos

fiacres amarillos entre 11 y 12 del día. En el primero la pareja matrimonial empaquetada en el asiento principal. Blasito en el asiento delantero, en cuenta de calepino parlante con una cara de ingénuo que desarmaría al mas osado contra el aburrimiento. En el otro vehiculo, una sirvienta con dos vástagos mas de la fecunda familia Rosales. El resto permanece en el Hotel con derecho á recorrer la plaza de la Concordia, porque D. Polidoro es hombre práctico; le gusta moverse con poca gente.

El primer día del Louvre, D. Polidoro volvió al Hotel con un visible semblante de derrotado. Pero el amor propio dá fuerzas al mas flaco de los mortales y D. Polidoro simuló el encanto inesplicable que le habia producido el exámen de doscientos sarcófagos egipcios y las colecciones interminables del museo etnográfico. Blasito regresó sumido en un sopor alarmante. D. Polidoro se indignaba de la indiferencia que su hijo mayor demostraba por cosas tan importantes. En cuanto á Misia Petrona, el abatimiento era profundo. Parecia que caminaba bajo el peso de un peñasco; los párpados le caian sobre los ojos como si fueran de plomo. La señora habia trabajado aquel día y volvía al descanso reparador. Las bravatas de D. Polidoro, sus exclamaciones de entusiasmo, sus arengas para animar aquel hogar refractario á las maravillas europeas, todo era inútil. Aquella noche el número 77 cerró su puerta á las 9.

—Que temprano se ha retirado la familia del señor Rosales! observa al portero una visita de Don Polidoro la noche de la primer campaña al Louvre.

—Oh si señor, contestó el interrogado con esa zafaduria canalla que distingue á los lacayos de Paris. «El señor y la señora se ocupan ahora *de tragar* Museos y hacer la digestion!

Don Polidoro es indomable; al cabo de quince días ha acometido con denuedo medio Paris. Ha trepado jipando, pero ha trepado, al Domo del Pantëon, á la columna Ven-

dóme, al arco de Triunfo; y ha regresado desbordando de orgullo con aquella satisfaccion del hombre que ha estado ubicado donde solo es dado llegar á los que tienen dos piés y el espíritu envuelto en una masa densa de grasa como el señor Don Polidoro. Ha estado con Blasito á ver la *Femme á Papá en Varietés*. Blasito ha ensayado una version bastante pasable á medida que la pieza se representa, pero un caballero del asiento vecino impone silencio á la pareja descifradora. Ambos deciden no llevar la familia á ver la pieza, porque es un espectáculo inmoral. En lōs pasajes grotescos, Don Polidoro que se encuentra impedido de interrogar á Blasito, ojo atento al público, estalla á carcajadas cuando la hilaridad es general. Si Blasito no se rie porque no ha entendido, Don Polidoro vuelve sobre sus pasos y se pone sério; lo consulta con la mirada; Blasito es un poco imbécil, no se esplica lo que quiere preguntarle su padre, y en esta escena muda, la elocuencia del ridiculo alcanza á la sublimidad!

¡Oh! Don Polidoro Rosales! ha sido trasportado á Paris, es cierto, porque los cuerpos se palpan y su ubicuidad es incontestable, pero su ser, su *yo*, ese, está allá en la calle de Buen Orden y estará siempre aunque él esté aquí. Esto no es una paradoja; es la esencia misma de la verdad.

Don Polidoro, desde que se encuentra en Paris tiene la vista y el oido de las *gamas*. Cuanto vé quiere recorrer, conocer, escudriñar. Cuanto oye le sujere el deseo de una esplicacion. Abruma con las interrogaciones y se le han aparecido tales pretensiones, que no es fácil darse cuenta del límite. Averiguó cuáles eran los mejores restaurants de Paris y ha comido seis dias seguidos con toda la familia en el *Café de los Paix*, en el *Café de Paris*, en Bignon, en la *Maison Dorée*; en el *Café Riche* y en el *Café Anglais*. Oh! que escenas tan apetitosas las que se han pasado en aquellas mesas, servidas por los mozos mas pillos y burlones de todo Paris y concurridas por gente que sabe lo que nuestro

honorable vecino de Juarez no barrunta. Ver instalarse en su mesa la familia de Don Polidoro y presenciar la atadura de la servilleta de los chicos! Qué cuadro flamenco puede competir con aquel *menage* primitivo al natural?

El *maitre d'hotel* presenta la *carta*. Misia Petrona la arroja con indiferencia y. . . desgraciada señora! es ese papel en el que está escrita la medida de su apetito. Don Polidoro se acuerda de que *por allá*, hay tambien *lista*, y se la pasa á Blasito. Al pobre Blasito! Que hará Blasito para entender esos titulos romanescos del *menú*, esa retórica culinaria que alimenta agradando, esa fraseología bajo la cual un faisán mas picado que el del Virey de la *Perichole* pasa por un pomo de *opopanax!* En Ollendorf no hay nada de eso! Ollendorf es deficiente. A Blasito lo toma la lista sin perros. El *maitre d'hotel* espera con la mas impertinente impaciencia desde la altura de dos patillas rubias en una cara completamente afeitada y empolvada. Don Polidoro lo ha amagado con una mirada de humilde consultacion, pero el insolente lo ha seguido mirando con cara de esfinje, y Don Polidoro no se atreve ya á una segunda tentativa. Blasito se quema las pestañas. Ha encontrado algo que ha entendido; al menos que ha podido traducir. *Perdreaux demi deuil—perdices á medio luto*. Lo comunica en voz baja á la mamá. Pero la mamá hace un gesto de duda, vacila y se confunde. Don Polidoro tiene un arranque! Coloca el indice sobre el plato descubierto por Blasito y se lo indica al mozo. Está indignado!

—*E vo potage?*

(Don Polidoro) Ehhhh.....?

(Blasito despues de vacilar:—) Pregunta si no tomamos sopa, papá?

—Ah! sí! sopa...sopa. ¿Qué sopa?

La insolencia del sirviente crece por grados:

—*Voulez vous Velours!*

—*Sopa de terciopelo, papá!*

—Traduces mal Blas; no puede haber semejante sopa!

—Sí papá, *velours*, es terciopelo.

La familia se consulta y viene el *potage velours* despues de las agitaciones que han esperimetado los estómagos ante la perspectiva de beber los despojos de algun vestido de esa tela. Las perdices *de medio luto* son rechazadas por unanimidad. Don Polidoro y su señora quieren separar todo elemento triste en el momento feliz de la mesa. Los dos esposos no encuentran en aquel *menú* intrincado algo que los satisfaga, y la ineptitud de Blasito es cada vez mas alarmante. El mozo propone *turbot, homard, raya, eperlan*. Don Polidoro se lanza audazmente en la senda de lo desconocido y pesca en la rápida recitacion del *garçon*, el único sonido que ha conservado. «*Homard!*» Pide *homard* y espera con denuedo el momento del peligro.

En cinco minutos el *garçon* ha puesto delante de la familia que no gana para sustos y apuros, una enorme langosta de Dieppe, colorada y apetitosa.

Qué espanto y qué ascos los de Misia Petrona! Los niños menores sienten miedo en el estómago. Blasito consulta á Don Polidoro. Don Polidoro pasa por un momento de vacilacion, arriesga con una sonrisa llena de complacencia una última consulta al mozo, pero éste le dá la espalda y mi héroe permanece solo y cara á cara con el *homard*. Pero Don Polidoro es valiente. El será parisiense á todo trance. Hace el gesto de un desgraciado en momentos de apurar una droga y acomete el *homard*. No sabe que es lo que se come, y lo que no se come y en presencia de la duda, come todo, carne, huevos, hueso, y horror! hasta el exófago del mónstruo. Blasito ante una mirada furibunda de Don Polidoro lo acompaña en aquel duro deber. La señora, como si hubiera comido, pasa por los amargos momentos del asco.

Oh Paris! ¡Qué hermoso es Paris para la familia de D. Polidoro!

Pero no todas son desgracias y aventuras en aquellas co-

midas. D. Polidoro, siempre entregado á lo desconocido pide un *chateaubriand* y en vez de una araña, con la que soñaba resuelto á comerla resignadamente, se encuentra con un *beefstake*. Un *beefstake* en Paris!

La familia pide *chateaubriand* y el hambre se sacia; y desde aquel dia puede D. Polidoro repetir con orgullo que ha comido y come diariamente en los principales *restaurants* de Paris.....pero *chateaubriand* y nada mas que *chateaubriand*.

Habian pasado muchos dias sin ver á D. Polidoro. La otra noche en Laborde me paseaba con varios amigos. El baile estaba en todo su esplendor. Era aquella una *féria* de mujeres, de diamantes y perlas, de telas y encajes. Cuanta gracia lasciva en esos cuerpos delgados y esculturales! Qué cabezas adorables, si no fueran vacías como las amapolas. La música excita y la luz eléctrica dá á aquella escena un fulgor especial. Todo hay allí, menos franceses. Lo digo por honor á la Francia! Rusos, ingleses, alemanes, italianos y españoles.

—Perdone vd., y americanos; allí viene el señor D. Polidoro!

Me doy vuelta: y en efecto, me veo á Don Polidoro Rosales, al mismo Don Polidoro, restablecido de la insurreccion que intentó en su estómago la langosta del *café Riche*, del brazo de una damisela de carita *chiffonné*, con una *toilette* deslumbrante, tierna como una alondra, maligna como una viborita, entregada á su compañero como una *nóvia* en la primer cuadrilla de las nupcias.

Don Polidoro al divisarme quiso hacer una evolucion como un general que se encuentra con el enemigo á retaguardia, pero en vano! Me adelanté y llegué á su lado mas pronto de lo que él habia presumido.

—Adorable don Polidoro! Es vd. un hombre feliz!

—Que le parece amigo! Si este Paris me ha sacado de mis casillas!

—Pero y Misia Petrona don Polidoro? y Misia Petrona?

—Durmiendo amigo. Hoy ha visto cuatro museos y todavía nos queda una semana de trabajo para ver lo que no hemos visto» (y cambiando la conversacion:)

Háblele amigo, vd. que sabe hablar francés! Verá que bien habla!

—No don Polidoro. Yo hablaría por mi cuenta, pero no por la suya. Adios!

Y don Polidoro sigue la rueda del baile con su linda compañera que le ha dado vuelta la cabeza como á un niño que recién comienza á vivir. Pobre Misia Petrona!

Al fin del baile, encuentro á Blasito acompañado tambien de una señora de cara satinada y ojeras al carbon. ¿Qué les parece á vds? A Blasito, al inocente Blasito, haciendo su gasto de Ollendorf concienzudamente!

Salgo del baile y en el café Anglais don Polidoro cena *en menage* pero sin Misia Petrona; y Lolotte, (se llama Lolotte, la sustituta de la mamá de Blasito) llama á don Polidoro *Mon petit Polidor! Mon Lidor! Mon bombon glacé, mon Loló sucré.*

Y otras dulces golosinas de este género!

.....
Cuando nos encontremos en Buenos Aires de vuelta con D. Polidoro Rosales, ya verán vdes. si nadie le pone el pié adelante en cuanto á práctica de la vida parisiense! Será un oráculo para sus congéneres (que son muchos) y tendrá 800,000 pesos menos, como ellos.

Ustedes conocen ya uno de los tipos de nuestros viajeros. Pertenece á la gente de edad. Les he de presentar pronto el *specimen* del jóven para que hagan la comparacion.

Los franceses, siempre espirituales, representaron el año pasado una pieza en el *Palais Royal* en que esplotaban bajo el apodo del *rastaquaire* estos tipos de la América del Sur. Un *specimen* del *rastaquaire* de legítima índole es D. Polidoro Rosales! Pero falta el *rastaquaire* de la juventud.

Esta página no ha tenido por objeto hacer una pintura para reír. Es un ataque franco á los que, viejos ó jóvenes, sin idea fija ni propósito preconcebido, caen un buen día en Europa y pretenden conocer las grandes capitales porque han rodado al acaso por ellas, como una bola, por un cierto espacio de tiempo.»

LAS GRIEGAS DE TIERRA COTA

Paris, Diciembre de 1880.

Si la civilizacion actual desapareciera como desapareció la de Grecia y la de Roma; y si los arqueólogos del futuro emprendieran una escavacion en la comarca en que habia estado París, como los de nuestros dias las han emprendido en Ninive, en Troya, en Pompeya y Herculanium, qué maravillas no encontrarian bajo las capas geológicas, los hombres de aqui 20 ó 30 siglos! Despues de los grandes trozos monumentales del Louvre, de la columna Véndome, del arco de triunfo, se escarbarian los pisos y los cimientos de los palacios y de los grandes hoteles! Cuánto bronce, cuántas telas, cuántos elementos artísticos, irian á enriquecer los museos de la era futura, si fuera posible que la nuestra desapareciera de la haz de la tierra. Removidas primero las grandes construcciones, se removerian despues las pequeñas. El hallazgo del Hotel de Rotschild seria mucho mas aclamado que en nuestros dias el descubrimiento del baño ó del tocador de una rica dama pompeyana. El *boudoir* de una artista á la moda, de Sarah Bernhardt por ejemplo, serviria á los poetas y á los folletinistas venideros, para bordar al rededor de sus paredes, de sus tapicerias, de sus muebles y juntas, una leyenda tan interesante como la que hoy se borda á los piés del mármol de la musa trájica. Y cuando el pico del afortunado escavador levantára la primera piedra

del taller de Carpeaux, qué grito de júbilo no anunciaría á la futura edad, esos depósitos de maravillas que nos deslumbran hoy en las vidrieras de París!

Después de la exhumación de los reyes, de los héroes, de los grandes hombres de estado, de los poetas, de los artistas y de los sábios, vendría la exhumación de esa multitud de pequeñas estatuas que representan á la mujer de París: la mujer más artística de nuestro período histórico: la única que puede competir, ante las más severas exigencias de la estética, con las antiguas griegas: la que es capaz como ellas, de producir una generación de puros artistas, porque está hecha de gracia, de amor, de luz y de poesía. Cuánto no valdría una estatua de tierra cota representando una loreta en las playas de Trouville, modelado su cuerpo entre las ondulaciones del traje que parece sostenido por nudos invisibles amenazando siempre desatarse para descubrir la intrépida belleza! El arqueólogo del futuro podría restaurar con ellas la vida galante de París, hacer su historia, contar sus episodios, como Boisier ha contado en nuestros días, todos los misteriosos incidentes de la vida cortesana de las ciudades desaparecidas. Y la imaginación de nuestros remotos descendientes inventaría mil historias, mil poemas, mil idilios al rededor de esos pequeños fragmentos del antiguo bello sexo parisiense! Algun restaurador, apoderado de una reducción destrozada de la estatua de George Sand, que posee el foyer del Teatro Francés, creería haber hallado el mármol de Aspasia reposada fácilmente en su silla griega y envuelta en su túnica de lana blanca como una dama de Corinto! Algun otro, en posesión del busto de Madame de Girardin, creeriase dueño de la imágen de una de las musas, y restauraría con mano piadosa las injurias del tiempo en el rostro de aquel mármol de la más simpática de las mujeres de nuestro siglo.

Estas reflexiones he hecho, al detenerme en el Museo del Louvre, delante de las vidrieras en que se hallan las *tierras*

cotas de Tanagra, cuya historia se ha hecho ya con suficiente luz para conocer, con alguna precision, la vida de las mujeres que representan. Los grandes talentos son dignos de los grandes asuntos. Los mas grandes escritores, los mas excelsos poetas de la Francia, han hecho, todos, sus articulos y han dicho, todos, sus versos al pié de la Vénus de Milo. Taine la ha estudiado con la ciencia elevada y con la discreta pero insinuante poesia de su estilo; y Paul de Saint Victor, con menos tecnicismo quizás, ha bordado lindas frases al pié de la diosa. Leconte de Lisle le ha dedicado el mas bello trozo de sus poemas antiguos, y arrodillado ante ella le ha dicho: « Oh Vénus, oh belleza, blanca madre
« de los Dioses! Tú no eres Afrodita.....vision rosada y
« blonda:tú no eres Citeréa en tu actitud inspirada,
« perfumando con sus besos al feliz Adonis, y sin otros
« testigos, que los ramajes que se cierran y las palomas de
« alabastro! No! las Risas, los Juegos, las gracias enlazadas
« oh musa de lábios elocuentes! se ruborizan ante ti y
« no te acompañan.»

Qué es posible decir despues de lo que los maestros han dicho, ante ese sublime fragmento, que deslumbra apenas lo hemos entrevisto, á la distancia, en la espaciosa sala en que reina?

Pero en cambio de la historia de la Diosa, la curiosidad puede detenerse en la de las cortesanas, en la de las damas y en la de las doncellas griegas. Las primeras, sea en carne sea en barro, han compuesto en todas las épocas el grupo mas numeroso, y forman en el Louvre una pequeña poblacion femenina, que está lejos de tener las proporciones colosales de la estatua antigua. Estas mujeres no están hechas del mármol de Páros, ni han resistido por siglos á la accion del tiempo en las plazas de Atenas, de Esparta ó de Tebas, ni en los alrededores del Partenon. Son pequeñas, de una elevacion media de 25 á 38 centímetros; modeladas en tierra roja, ácre casi, son del color de esos guijarros

aladrillados que el mar arroja sobre la playa despues de haberles dado la finura de una ostia, y han estado enterradas por siglos en los sepulcros de la Beocia. Pero examinadlas, y vereis que aún aquellas que se encuentran maltratadas y carcomidas por la humedad de su larga clausura, están léjos de tener la incongruencia, la grotesca conformacion de uno de esos pequeños dioses lares de los egipcios; hieren el ojo del primer profano que se aproxima á la vidriera en que se hallan espuestas, porque en esas miniaturas de la cerámica antigua, están trasuntadas todas las formas del ser humano con la misma correccion que las trazáran los mármoles, los bronces ó las tierras, salidas de los talleres modernos. Tengo una de ellas por delante. Podria servir de modelo á Cánova mismo. El modelador le ha impreso esas líneas simples y fáciles con que la naturaleza ilumina la verdadera belleza. La cabeza surge entre los hombros con una elegancia imposible de trasmitir en una descripcion. El gesto tiene todos los secretos de la gracia femenina: y ese sello invisible que lo anima no está nó en la línea fugitiva que dibuja la ceja prolongando el arco de la pupila é imprimiéndole una vaga y embriagante voluptuosidad; no está en la nariz que dibuja el mas perfecto de los perfiles; no está en la boca, ni en los labios entreabiertos que dejan escapar el aliento de aquella pequeña porcion de barro animado: el gesto, inundado de gracia y de distincion, está en todo el rostro, como en la Venus de Milo; y la pequeña estatua de tierra bien merece un poema, todo un poema, en honor de la correcta belleza que representa.

No hé dicho todo todavia. Hé descripto el rostro; no he dicho que una cabeza de reina complementa el conjunto del busto. Y qué cabeza! Rachel habria dado la mas ruidosa de sus victorias teatrales, por poseerla, para animar á Andrómaca ó idealizar á Ifijenia. Con razon la alfareria artistica de nuestros dias comienza ya á copiarlas á la par de los vasos y de las ánforas en que solo ellas sabian brindar con

los vinos de Chipre! Y si despues del busto buscamos los contornos de la estátua, desde el cuello hasta el pié, como se agranda ante los ojos aquella arcilla diminuta, que el artista de los tiempos remotos fabricaba habitualmente! En las líneas del cuerpo, traicionadas por el tejido sutil de la túnica, en vano seria y á buscar los contornos ideales de las diosas: es el arte griego, emancipado de la tradicion religiosa, quien las ha trazado teniendo por delante el modelo humano: la austeridad de los escorzos sagrados ha desaparecido. La mayor parte de los ejemplares, que tengo por delante, reproducen los encantos reales del fisico, y dan el primer paso en el camino del realismo. No es la prostituta cínica é impávida la que se adelanta. Los refinamientos del arte de los griegos en el siglo IV, como los refinamientos del arte francés moderno, se detuvieron en el dintel del gusto y de la elegancia. La licencia se adivina mas en la intencion que en la accion de los personajes. Si hay descarnadas escenas de cinismo en algunas de las comedias de Aristófanes, cuanta poesia no hay en otras! Hasta Júpiter mismo en la leyenda olimpica, se hace cisne para bajar á la tierra en demanda de aventuras. En nuestras heroínas de tierra cota, y especialmente en aquellas que representan el sexo galante y cortesano de la Grecia, diríase que las diosas han sido humanizadas; y esta tendencia, como lo observa M. Rayet, se descubre hasta en esa arquitectura que adopta las formas libres del orden jónico, en la filosofia que con Aristóteles analiza el espíritu humano, y en el drama que abandona el Agora y se transporta al hogar con Menandro. Es el génio del romanticismo que aparece en todas las manifestaciones de la Grecia.

Veamos pues en ese barro, intacto á pesar de los siglos, que ha pasado sepultado en las necrópolis de la Beocia, si es posible reproducir con mas arte la belleza y la audacia de las formas. Es una estatuilla de la fábrica de Tanagra, la túnica la cubre desde el cuello hasta el pié; el brazo

izquierdo, cuyo esbozo aparece entre los pliegues delicados de las ropas, levanta un tanto la veste, imprimiendo al conjunto un sello de esquisita distincion y coqueteria. La mano tiene asida una máscara; es la máscara de la comedia, los ojos y la boca recortadas en la pasta rien con la carcajada estridente de los sátiros.

El pecho de la heroina late bajo la túnica; la urna del seno derecho se diseña discreta pero voluptuosamente al través de la trama. Las ropas suspendidas con delicadeza por ese obstáculo, caen estrechamente y sin amplitud sobre el muzlo, y dibujan la columna marcando la rótula, y esbozando la pantorrilla hasta abatirse sobre el pié. Es pequeña y es de barro, pero á medida que se admira se engrandece, y la admiracion de lo bello nos subyuga. Hay alegria y severidad en su espresion como en todas las bellezas magestuosas; y al verla nos encontramos dispuestos á forjarnos en la imaginacion, el tiempo y el medio en que vivieron los seres humanos que esas estátuas representan: —con los patios de Atenas, de Esparta, de Tebas y de Tanagra, habitados por ese pueblo, que, arriba de todas las bellezas humanas, habia colocado á la mujer; y que en el sarcófago de sus hijos, de sus guerreros y de sus artistas, apiñaba ese pueblo femenino de tierra cocida de que el artista de nuestros dias no es mas que un copista servil y humilde.

Hace dos meses me despertaron la curiosidad en el Museo Nacional de Berlin algunos ejemplares de los barros rojos de Tanagra. Habia entre ellos algunos semejantes encontrados en las vecindades de Atenas y de Corinto. Los paisanos griegos que exploran la inagotable mina de tesoros que ha dejado la Grecia en los senos de su suelo, habian vendido varios de ellos á los alemanes, y M. Otto Luders, el sábio director de la escuela Alemana de Atenas, habia tratado de descifrar el rol de esos barros preciosos de la vida antigua. Segun Luders, la representacion de

estas pequeñas estatuas corresponde perfectamente á los individuos de la vida diaria, y casi siempre á los de la vida femenina de la cual nos dan una idea exactísima. Eran empleadas ordinariamente en el embellecimiento de las habitaciones; y despues, siguiéndose en esto un sistema riguroso, pasaron á adornar la tumba de los muertos y sus sepulcros, en la misma forma en que adornaban sus aposentos en vida.

De vuelta á Paris, encontré en el Museo del Louvre una coleccion preciosa que pasa de cien ejemplares y de la que no seria dificil obtener reproducciones perfectas. En esta coleccion bellísima, como en la de Berlin y en la del *British Museum* de Lóndres, están representados, como antes he dicho, tres grupos distintos de mujeres, que la arqueología moderna ha sabido clasificar sagazmente: la matrona —la madre griega que es la imágen histórica del amor á la patria y del honor doméstico: la doncella, que es la personificacion de la vírgen helénica, pura, ideal y poética; y la cortesana, que es, como en todos los tiempos, la musa de la gracia y del placer, audaz en los gestos, exéntrica y exajerada en el traje. M. Rayet, que ha consagrado un precioso estudio á las figuras de Tanagra, ha clasificado los tres grupos de mujeres que ellas nos ofrecen; y ha hecho el retrato de cada una de ellas con una precision admirable. Basta examinarlas, despues de haberlo leído, en los armarios del museo del Louvre, para distinguir esas tres gerarquias en que la mujer de todas las épocas aparece siempre dividida.

Hé aquí por ejemplo una vírgen tanagrense: su actitud es mesurada, la túnica es escasa y estrecha, las formas incólumnas de la vírgen se adivinan como una prueba de su pureza y de su castidad: la inocencia y la virginidad van proclamadas por la esbeltez de todos los contornos, la cintura es estrecha, la maternidad no le ha hecho perder su lijereza y su agilidad, un simple cordon la ciñe sin

oprimirla. En la matrona la abundancia de los pliegues de la túnica disimula mas el contorno. Es Medéa, ó cualquiera de las madres griegas cuya historia nos hacen las tradiciones. Las proporciones físicas son mayores, la magestad reemplaza á la delicadeza, una especie de valor varonil impreso en el rostro, acentuado en toda su actitud, sustituye á la manifiesta debilidad adolescente que distingue á las primeras. En la cortesana todas las líneas esculturales se exajeran en la actitud provocadora, como es natural; el busto, el cuello, y la curva que desaparece en el costado. Las ropas tálares dejan el brazo completamente descubierto y el aro de oro lo oprime mas arriba del codo. Si es una tebana, su pié se halla preciosamente calzado, los lazos que lo ajustan han sido tan perfectamente cerrados que podria decirse que el pié se halla desnudo. Los botines de las cortesanas modernas, disfrazan, engañan, martirizan y alteran el pié, con el taco y con las ondas que descubren los colores seductores de la media. «La griega trataba de descubrir toda la belleza que la naturaleza habia impreso en ellos, y provocaba desnudándolo en vez de ocultarlo.

Hay otros barros que podrian servir de figurines, para demostrar que la moda era exigente y aún variable en Grecia. M. Rayet ha encontrado que una de las estatuillas del Louvre está peinada exactamente á la Dubarry. En otras, no falta ni el *chignon*, ni ninguno de los afeites con que se hace servir el cabello para cubrir la frente. No falta tampoco otra que representando á una cortesana, conocida por la inmodestia de su traje y por la espresion comun y sensual de la figura, determine claramente su rol entre el grupo de sus compañeras. No faltan ni cantatrices, ni tocadoras de cítara, ni bailarinas, en este pueblo de tierra cocida de los hornos de Tanagra, la mas rica y la mas lujosa de las ciudades de la Beocia. Toda esa sociedad de pequeñas estatuas ha vivido y ha amado; ha cantado á los

Dioses, á los héroes, á la patria y al amor. Adornan algunas su frente con acanto como las heróinas que anima el verso ático de mi querido amigo Cárlos Guido, (griego vivo que se ha quedado cantando en las azoteas de Corinto) y aunque presas todas en su pequeño pedestal, podria decirse que de un momento á otro van á moverse con el paso rítmico cen que andaban cuando vivian.

Hay otras, que como las elegantes viajeras de nuestros días, usan el sombrero y el velo. El abanico es una pantalla formada por una hoja de *lotus*; y si pretendemos averiguar cómo esas mujeres ideales arreglaban sus ropas y sus peinados, y satisfacian todas las reglas á que la coqueteria femenina somete el traje, no tenemos sinó recorrer con un poco de paciencia todos los elementos de que se componia el tocador de las damas griegas. La mas exigente mujer de nuestros dias quedaria satisfecha ante esa coleccion numerosa de peines, de pinzas, de tijeras y otros infinitos objetos que constituian el toilette. Fué aquella una época mas exajerada y refinada que la de la corte de Versailles; y ninguna de las mujeres de Molière, en cuanto á elegancia y á gusto, fué superior á aquellas hijas de Venus y de Apolo—la suprema belleza del hombre y de la mujer que adoró esa raza privilegiada.

La existencia de los barros de Tanagra en los sepulcros, se esplica fácilmente. Para los griegos de todos los tiempos el sentimiento de la inmortalidad del alma ha sido universal. Si la filosofia lo negó un dia, el pueblo nunca lo desconoció. Rayet recuerda el texto del cenotafio que los atenienses levantaron en la academia á los ciento cincuenta ciudadanos, que sucumbieron en el sitio de Potidéa:

« El éter ha recibido las almas, y la tierra los cuerpos de sus hombres.»

«Y delante de las puertas de Potidéa han sido amortajados.»

Los héroes de Homero encuentran sus hermanos, sus

padres, todos sus allegados, sus amigos y enemigos en la otra vida. Virgilio, siguiendo en su poema inmortal las rutas del poema griego, nos cuenta el encuentro de Eneas con Anquises, con Palinuro, con Dido. Había pues para la antigüedad una vida eterna, que las religiones modernas, y especialmente el catolicismo, se han dado empeño en materializar.

No ha muchos días, en el día de difuntos, recorría yo los tres cementerios clásicos de París. Las tumbas del Père Lachaise, de Montmartre, de Montparnasse, estaban cubiertas de coronas, de imágenes y amuletos, salidos de las manos de los grotescos artifices de avalorios y de santos. Entre nosotros sucede lo mismo. La idolatría popular que en los pueblos católicos es siempre mucho más exajerada que en los demás pueblos, ha hecho una fiesta de ese día. La sociedad practica inconcientemente un acto de la más remota tradición histórica. La imagen protectora del patrono acompaña el atahud. El sacerdote duerme con sus ropas sacerdotales y con los atributos de su rango. El militar con su bandera y con sus armas. Es un homenaje que los vivos no tributáramos nunca á los muertos, si creyéramos que con la frialdad letal del cuerpo había muerto también el ser invisible que lo animaba.

Los griegos, más lógicos que nosotros, daban en tierra cocida, á sus muertos queridos, las imágenes de todo lo que amaron en vida. Al padre guerrero sus armas, la estatua de la esposa, de sus hijos, de sus amigos. A la madre todos los encantos del hogar que la muerte le arrebató. A la virgen las flores y las deidades vestales, inspiradoras de la inocencia y de la virtud. Al artista sus inspiraciones. Al amante todo aquello que amó en vida, la cítara, el ánfora sellada con el vino empleado en el último festín, la copa en que la esclava escancié la última porción, las queridas coronadas de thimisy de verbena.

Bajo esta regla, la sociedad moderna, más tímida en estos

detalles que la griega, encontraría un ejemplo mas natural para honrar á sus muertos. En el panteon que guardase los restos de Byron, los griegos habrian colocado la imágen de todas sus queridas, desde la rubia vaporosa del norte, hasta la quemante odalisca del sur. Musset en vez de pedir á sus amigos el sauce de sombra mústia, habria pedido una pequeña estátua del autor de *Indiana*. La tumba de Cherubini seria un apoteósis, y la de Rachel pondria en conflictos la seriedad de algunos de nuestros contemporáneos. Somos una sociedad tan libre como la de Atenas en los tiempos galantes, pero mucho mas hiprócrita. Damos á la publicidad una exajeracion á veces perjudicial; y ni ante la muerte misma nos detenemos para hacer la vida del desaparecido. Al rededor del sepulcro de M. Sainte Beuve, sus cariñosos secretarios le han puesto una buena fila de estatuitas parisienses, mucho mas inconvenientes que si fueran de tierra cota y estuviesen colocadas al rededor de la caja que guarda los despojos del eximio crítico.

Oh barros de Tanágra! vosotros no teneis las formas colosales de los mármoles que labraron los hijos de Fídias. No sois el blanco y espléndido pueblo de estátuas que se agrupó un dia bajo los muros del Partenon; sois de arcilla, y la grandeza de las formas no os dá la imponente actitud de los colosos, pero en cambio representais la vida, la sociedad, la familia, las costumbres, los vicios y las virtudes del mas artista de los pueblos: de aquel que hizo un culto de la belleza y un anhelo de lo sublime!



EUGENIO LABICHE EN LA ACADEMIA

Paris, Diciembre 1^o de 1880.

Decididamente la Academia francesa se democratiza. A los que de lejos hemos leído las tradiciones solemnes del templo de los inmortales, una de sus fiestas, la consagración de un neófito, nos parecía una ceremonia grave que no podía presenciarse sin cierto respeto religioso, impuesto por los sacerdotes que ocupan aquellos asientos y por el místico auditorio de fieles que compone el público. El recién llegado no podía pisar tranquilo las lozas del Instituto, ni levantar la voz bajo sus bóvedas con el proverbial buen humor con que lo haría, si en un círculo de artistas hiciese la primer lectura de una comedia de costumbres. Desde Chateaubriand hasta Dumas, hijo, todos han sentido en sus estrenos las profundas y estrañas emociones que el escolar experimenta en sus exámenes. Pero hoy, el templo de Apolo parece dispuesto á conceder un altar á Momo. No es Hugo ni Lamartine quien penetra á los muros augustos, haciendo resonar el clarín de bronce de las *Odas*, el primero: y la lira de las *Meditaciones* el segundo. El autor de *Hernani* entró armado de todas sus armas á la Academia. Hubiérasele podido comparar á un guerrero galo penetrando en una aula romana, cantando sus himnos, ostentando sus trofeos, hablando su lengua

propia, rompiendo los ídolos consagrados, y arrasando el Olimpo ante el cual cantaba la Musa antigua. Fué solemne su entrada, como lo fué la de la mayor parte de todos los reformadores. Pero hoy se va á pasar un rato de buen humor á la Academia, en las grandes solemnidades; y Monsieur Eugene Labiche, el nuevo iniciado, ha hecho en vez del discurso de ingreso, una comedia en un acto, cuyo personaje principal ha sido Mr. de Sacy su antecesor. Desde que el ingresante abrió la boca el público sonrió; rió en seguida, y acabó por sucumbir de risa. Diríase que Coquelin leía una escena de Molière, y nó que la Academia se preparaba á recibir un nuevo miembro. M. Labiche se consideraba tal vez en el teatro del *Palais Royal*, representando una de esas comedias, de él ó de Thiboust, que se llaman les *Diablos Roses* ó un *Corneille qui abat des noix*, en cuya representacion todo respeto académico desaparece, toda formalidad sucumbe para dar alas á la alegría, al buen humor y.....digamos la palabra que entre nosotros espresa mejor la idea, á la *jarana*. Monsieur Labiche ha hecho un discurso humorístico de primer órden: y el público ha reído de buena gana, y no solo el público sino hasta los mismos inmortales. Por otra parte, el mismo neófito, en las primeras palabras de su *arenga*, adoptó la actitud de Master Punch; puso la cara alegre, el gesto burlesco, la risa en los lábios y la gracia brotó y creció en medio de uno que otro período de sentimiento, por su antecesor. Pero el hecho es, que Monsieur de Sacy no estuvo quieto un solo momento mientras M. Labiche esbozó su retrato físico y literario. M. Labiche ha sido franco al ver abiertas ante si las puertas de la Academia, y lo ha confesado en las primeras frases de su discurso. En ellas ha declarado que ha sido siempre un libertino del estilo y de las ideas, y que cuando soñaba en la Academia parecía soñar con Castillos en España. El, el hombre de los diálogos, se vé en el caso de tratar el monólogo, la alocucion, el discurso

académico, y se encuentra embarazado. Pero M. Labiche como lo digo antes, no há hecho un discurso, ha renunciado al monólogo, y haciendo una travesura finísima, ante los mismos académicos, ha salvado las formas, ingresando con la lectura de una escena cómica. El ardid ha tenido un éxito completo.

Si la Academia francesa pretende defender su tradicion, debería comenzar por cerrar la puerta á los escritores del género de M. Labiche. En la situación que le corresponde, la Academia huye del término medio, en vez de quedarse en sus extremos. O es una institución seria aún á riesgo de ser aburrida; ó no es una institución seria aún á riesgo de convertirse en un teatro alegre. Los autores como M. Labiche no debían aspirar á las verdes palmas; y en el caso de aspirar á ellas, la Academia no debía discernírselas. No quiero que se me tome por retrógrado. Si pienso que Labiche no es digno de la Academia, creo también que Labiche no necesita de ella como no la necesita ninguno de los que figuran hoy en Francia su género literario. En este camino, todos los inventores de frases y de palabras espirituales, serían mañana inmortales, y va á ser cosa de admirar, de aquí á medio siglo, el templo augusto de las letras servido por sacerdotes tan alegres como el autor del *Chapeau de paille d'Italie*, y como otros muchos que siguen sus aguas. Se dice que Labiche es un autor dramático de un talento verdaderamente excepcional. ¿Quién lo niega? Pero aquí, donde Augier, Dumas y Sandeau han tratado con un brillo y con una ciencia incomparables el teatro moderno, donde Thierry, Michelet y Littré y tantos otros viejos y queridos maestros han modelado esas miniaturas, esas preciosidades del lenguaje y de la historia que se llaman los *Merovingianos*, la *Historia Romana*, el estudio sobre los *Bárbaros*; donde Taine ha levantado tan en alto los estudios literarios, artísticos y políticos, haciendo un curso del desarrollo intelectual de

la Inglaterra, un culto de la estética griega, un ejemplo para la Francia moderna, de su pasado revolucionario: donde E. Renan ha profundizado como filósofo y como filólogo los orígenes del lenguaje, donde Egger y los dos Paris, Paulino y Gaston, han hermanado las bellas letras con los estudios serios, sin caer en la monotonía de las recitaciones ni en la informalidad de las ideas y del lenguaje: aquí en Francia, ¿quién podrá sentar al alegre Labiche al lado de los que acabo de nombrar, sin incurrir en una incongruencia que él mismo ha sido el primero en reconocer por los francos escrúpulos que revela en toda la introducción de su discurso?

M. Labiche es un *vaudevilista* distinguido, tal vez el primer autor cómico de ese género. Sus obras duran un invierno para ser sustituidas por otras que viven la misma vida efímera de sus hermanas. Nunca ha tratado en el teatro la verdadera comedia de costumbres, para la cual Emilio Augier, el autor de la introducción de sus obras completas, le encuentra tantos y tan variados talentos. El género de M. Labiche es el género fácil de los autores parisienses, que alcanzan los grandes éxitos en los escenarios del Boulevard, donde Judic atrae al público siempre nuevo y variado de los extranjeros. Temo que mañana, Alb. Millaud, Triboust, Meilhac y Hennequin, entren á la Academia por la misma puerta que entra hoy Labiche; por que, aunque inferiores y subalternos, comparados con el autor del *Viaje de Monsieur Perichon*, las campañas literarias de unos y otros cuentan victorias del mismo orden.

Y es tanto más curioso y original el ingreso de M. Eugene Labiche á la Academia Francesa, cuanto que el asiento que ocupará en ella desde hoy en adelante, ha sido ocupado por antecesores que se han llamado La Bruyere y Montesquieu. El autor de las alegres farsas cómicas del *Palais Royal* y de *Varietés* ha convertido en cá-

tedra del chiste y del buen humor, aquella poltrona que han dignificado sus antepasados, y el mismo M. de Sacy, que, según Labiche, no era un modelo de tolerancia con los autores contemporáneos. El nuevo académico ha hecho, en una parodia cómica bastante viva y chispeante, el retrato literario de M. de Sacy:

«¿Quién diría señores que M. de Sacy, hiciera uso de una enorme carroza del siglo XVII para viajar al través de nuestra literatura moderna? Se encerraba en ella con sus provisiones: calculareis cuales serian ellas; sus autores propios, vestidos de ricas encuadernaciones.» Camina al paso corto de su vehículo y habla con sus amigos en una lengua admirable; no se baja jamás; apenas asoma la nariz á la portezuela para saludar á algunas relaciones con la punta de su pluma. Si un transeunte lo detiene, le dice: —«Perdon, sois Bossuet? Sois Massillon? Pascal, la Bruyere? —Ah! no.—Entónces escusadme; no puedo contraer nuevas relaciones: y continúa su camino. Ah! Cuanto no diera por encontrar á Ciceron, aunque no sea de su época! Es un viejo amigo. Pero Ciceron no sale ya á paseo!»

M. de Sacy no tenia mal gusto. El célebre autor cómico que lo hace caminar y hablar en una verdadera escena de teatro, á cuya lectura rie el público que ocupa las tribunas de la Academia, ha de haber pasado muchas veces al lado de la carroza de M. de Sacy. A nadie mejor que á M. Labiche podia haberle dirigido sus preguntas M. de Sacy? «Sois Molière?» podia haberle dicho: «ó por lo menos, sois Regnards, Pirron, Marivaux, Picard?»—No!—Pues, escusadme, no quiero contraer nuevas relaciones!»

Sin haber estado en ninguna de las grandes recepciones de la Academia, puede asegurarse que jamás neófito alguno ha tenido un público con mas humor de reir que el que presenciaba el otro dia el ingreso de M. de Labiche. Bastaba echar una ojeada al rededor de las tribunas, para notar que

la gran mayoría estaba formada por sus adeptos: crónistas, folletinistas, mujeres y hombres de teatro; todos con la sonrisa en los labios, y con las manos prontas para aplaudir la parodia de M. de Sacy! Ni un golpe de espíritu escapa á aquel auditorio risueño, y cuando el orador se desvía por un momento para pintar un rasgo sério de su antepasado, reclamado por la exactitud del retrato, el público bosteza, comienza á fatigarse hasta que un nuevo chiste lo electriza y lo vuelve á su buen humor. Es necesario que M. de Sacy haga el gasto del día, y que todos rían á espensas del eximio hablísta que ha dejado su sitio á M. Labiche.

Era natural que aquel auditorio no se resolviera á abandonar el estado de hilaridad á que lo habia reducido el discurso de M. Labiche y que encontrara de una insopon- table monotonia la réplica de M. John Lemoinne. Oh! M. Lemoinne! Vá á leernos un editorial del *Journal des Debats!* Va á borrar de los labios de estas lindas y jóvenes mujeres, la sonrisa que han dejado en ellos las últimas malicias de M. Labiche. M. Lemoinne es insopon- table! Quien sufre la lectura de sus artículos? Es demasiado Académico! Dema- siado grave, horriblemente aburrido! Qué contraste entre Labiche y M. Lemoinne! Acabamos de apurar un jarabé de *hatschis* que nos ha transportado á un mundo de luz, de gracia y de alegría.....y en seguida M. Lemoinne nos administra su elocuencia opiada. Durmamos, bostecemos á lo menos, mientras dura el suplicio!

Hé aquí la sustancia de lo que el auditorio del otro día decia del discurso de M. Lemoinne; y si el juicio se consi- dera exajerado, me remito á los resúmenes que el *Figaro*, el *Evenement*, el *Gaulois* y otros diarios alegres, dan de la recepcion de M. Labiche. Entre tanto, en mi humilde juicio, el discurso de Lemoinne ha sido una pieza capital, mientras que el de Labiche no durará sino lo que ha durado el tiempo de pronunciarlo. Pero el público de ese día iba dispuesto á ver quemar ante su vista un fuego artificial de la India, una

rueda inflamada que escupe todos los colores del arco-iris, que gira entre una nube de chispas y rayos, y que tiene su cohete final, la detonacion y la iluminacion que aturde y que deslumbra á los espectadores; y despues.....la rueda apagada, dando las últimas vueltas sobre el asta que poco á poco desaparece en la oscuridad. La funcion ha concluido, y M. Labiche ha quemado su pólvora para hacer reir á sus amigos.

John Lemoinne, á pesar de ser casi un valetudinario, conserva toda la agilidad de su espíritu, y no busca nunca los éxitos efimeros del público de M. Labiche. Asi es que su discurso, desde el principio hasta el fin, es un verdadero discurso académico y es una réplica fina, aguda y sóbria al mismo tiempo. M. Labiche ha hecho algunos párrafos sobre la prensa diaria, y bellos párrafos, digámoslo con franqueza.

« Lamentemos en nombre de las letras, dice el nuevo académico, lloremos, mas bien dicho, al ver tantas bellas y grandes inteligencias, que no hacen el libro que nos deben, y que desparraman y desmenuzan su talento, su verbosidad, su buen sentido, su pasion misma, en obras que solo alumbra el sol de un dia y que en seguida se sepultan en las catacumbas del diarismo como las llamaba tristemente M. de Sacy ».

M. Labiche canta su propia elegia; y M. Lemoinne se lo ha hecho sentir con una cortesía que parece brotada de los labios de una mujer de mundo. Cuantos talentos no ha derrochado el autor del *viaje de M. Perichon*, desde veinte y cinco años á la fecha. Hasta hace poco, sus obras estaban desperdigadas en las ediciones parciales de sus estrenos. Los escenarios de Paris en que se representan los *vaudevilles* de Labiche, son otras tantas imprentas; sus obras, otros tantos diarios, que alumbra el sol de un dia. El génio fecundo del viejo Dumas, lijero, libre y admirador, ha dejado un teatro: un teatro que vivirá mientras haya literatura francesa. Scribe, cuya comparacion con Labiche ha hecho

sagazmente M. Lemoinne, ocupa una buena fila del archivo de la *Comedia Francesa*. Pero todo el talento de M. Labiche, todo su génio excepcional, se ha despilfarrado en su eterno buen humor. Labiche no ha hecho sinó una comedia para el teatro francés, *Moi*; y despues, ha consumido su espíritu como un cigarro, en nubes de humo blanco y perfumado. Su teatro es pues como el diario. Sus piezas viven como los folletines de sus contemporáneos: globos de jabon que irradian los colores del iris, y que se desvanecen apenas han deslumbrado al auditorio.

M. Lemoinne ha contestado bien, cuando defendiendo á la prensa dijo: «Os lamentais del desperdicio de talento que reclama la produccion cuotidiana y apurada del diarismo. La materia de esta discusion nos arrastraria muy lejos. Me limitaré á decir, que es necesario ver en esta produccion improvisada, otra cosa mas que la forma literaria; es necesario ver la accion. La Academia lo sabe bien, porque fuera del círculo especial de las letras, ella vá frecuentemente á buscar á los hombres de estado y á los oradores. Preguntais si Corneille y Racine se hubieran perdido ó no en el diarismo. No lo sé, pero creo que Voltaire ha sido el mas grande de los periodistas, como creo que Pascal ha sido el mas grande de los panfletistas».

Y si la sobriedad de la réplica de M. Lemoinne no lo hubiera detenido en los preliminares de una réplica medida, podia haber comparado, aun en tiempos mas recientes, á Paul Louis Courier, diarista y panfletista, con el mundo populoso de los vaudevillistas, que nacen, viven y mueren como los infusorios, olvidados y desconocidos por la generalidad. La prensa, es cierto, exige la produccion cuotidiana, exige la improvisacion y sobre todo la oportunidad; pero como ha dicho muy bien M. Lemoinne, hay que ver en ella la accion; la accion que se vé en el gobierno, en el parlamento, en el pueblo en fin. Es una fuerza lójica y permanente que tiene su eternidad, por mas que el consumo

intelectual que ella exige no alumbre sinó un solo instante. Pero ¿qué queda despues de la temporada de una representacion de M. Labiche? Doscientas noches se ha mantenido el anuncio, pero á las doscientas noches, todo ese público ávido de emociones que entra por una puerta del teatro y sale por la otra, para dar lugar á los curiosos de la noche siguiente, ya no se renueva; comienza á disminuir, y la pieza se archiva, y M. Labiche queda avisado de que tiene que producir mas gas, bajo pena de ser olvidado. La *reprise* de sus piezas cómicas se realiza rara vez. Es necesario producir, siempre producir con poca esperanza de hacer un capital que se pueda llamar el teatro de M. Labiche, como el que se llama el teatro de A. Dumas.

M. Labiche se compara al guerrero galo, semi-bárbaro, penetrando en Roma para aprender la elocuencia y respirar el perfume de las bellas letras; pero es todo lo contrario! El guerrero galo en la Academia ha sido Victor Hugo que penetraba hablando una lengua indómita, y que helaba de espanto á los retóricos meticulosos de Roma. Era el bronce, que herido por su brazo, repercutia en medio de aquel cenáculo acostumbrado á oír la trompa épica; eran los instrumentos profanos de las *Orientales*, los que mezclaban sus acordes en aquel concierto de liras griegas. Hugo fué un verdadero invasor porque invadió con un idioma propio destinado á sustituir el del país invadido, y con ideas nuevas que representaban una lucha atrevida entre dos corrientes contrarias. Era la Galia verdadera la que despertaba en sus escritos, para arrojar al pedantismo griego que espiraba abrumado por la jerga de los retóricos. Pero M. Labiche, que segun su propia palabra «es un inspirado de la pequeña musa que se llama el *buen humor*,» compárarse con los guerreros galos! Debe esto tomarse por un rasgo de su espíritu lijero y no por una comparacion séria. M. Labiche se mofa! «Hemos reido, agrega, y hemos hecho reir. Espero pues que se me perdonarán mis pecados! »

Este lenguaje acariciador é insinuante, no corresponde al de un guerrero galo. M. Labiche que desea respirar el perfume de las bellas letras y aprender la elocuencia, olvida que desde el origen, que él le atribuye, la literatura francesa ha producido monumentos notables que son algo mas que buen humor. Si M. Labiche se hubiera comparado á los improvisadores meridionales que saben que mientras tienen el laud, no les falta un verso ó un concepto en el lábio, entonces habria estado en la verdad y podria haber contado á los académicos, con ese eterno y chispeante *buen humor* (su musa fiel) como es que han llegado él y su grupo, á forzar toda la clave del idioma francés, á inventar palabras y conceptos, á parodiar toda la sociedad con los colores mas subidos de lo grotesco y de lo inverosímil; á hacer reir, nada mas que á hacer reir con esa pequeñita musa del *buen humor* que salta en los vaudeville como una locuela y que acaba de hacer sus piruetas al rededor de la venerable figura de M. de Sacy. Debia haber exhibido sus elementos de éxito M. Labiche. Una cabeza pródigamente dotada por el buen dios de la alegría y.....nada mas. « Yo soy, debia haber dicho, un cantor de las calles, y como canto bien tengo el derecho de sentarme entre vosotras que sois los personajes mas aburridos de la tierra ». Se habrian escandalizado muchos de sus nuevo colegas, pero al fin y al cabo se habrian conformado: y las musas, las musas tradicionales de la fábula, habrian hecho de buena gana un lugarcito á sus piés á la pequeña musa bufona de M. Labiche.

La recepcion de M. Labiche me ha permitido ver reunido á una gran parte del Paris artista, literario y político. Reconoci á Jules Simon á quien hace poco le he oido pronunciar un discurso en el Senado que ha merecido los aplausos de los enemigos de la República. A Ferry, á Guillermo Guizot, á Cuvillier Fleury, Leon Say, Francisco Sarcey, Ambrosio Thomas, Massenet y un grupo de lindas mujeres entre las cuales brilla la nueva generacion de la

calle de Richelieu. Faltaba Victor Hugo; y una alusion bastante viva de M. Lemoigne llevó los ojos de todos al asiento vacio del viejo maestro. El Redactor del *Journal des Debats* recordó las palabras de M. Thiers á propósito del romanticismo: «Me acuerdo que una mañana, dijo, en los peores dias de 1871, M. Thiers, á quien habia ido á visitar á Versailles, me pedia noticias de M. de Sacy; le contesté que seguia enamorado de sus viejos libros, menospreciando siempre á los románticos; y M. Thiers me observó, con aquella vivacidad de la que conservareis el recuerdo: —«Ah! tiene mucha razon Sacy, los románticos.....son la Comuna!» Dejo al romanticismo que se defienda por sí solo: él ha llegado á ser una institucion, un reino, y hasta tiene un rey!»

El rey estaba ausente, quizá porque juzga que el romanticismo, sus hombres y sus ideas, no tienen nada que ver con la pequeña musa de M. Labiche, hija lijera del buen humor y de la alegria.

LA PRENSA FERROZ

Paris, Diciembre 19 de 1880.

La prensa es una arma indudablemente: una arma terrible en manos de quien la sabe esgrimir. La punta de una aguja habria hecho brincar al mismo Cid; una frase, un adjetivo feliz, un apodo, uno de esos rasgos agudos de la pluma, intensos como el perfil de una caricatura, bastan para sajar en un espíritu y dejar muchas veces clavado al adversario frente á frente del ridículo. Don José Joaquín de Mora, el célebre y caústico literato español que habia afilado su pluma en la misma piedra que la afiló Junius, mató con un epigrama, como de un pistoletazo, á un Presidente chileno que lo perseguia. (1) La victima acababa de comer, un diario recién impreso le cayó á la mano, el epigrama en verso estaba allí como una lanceta, la impresion fué horrible, rebentó una arteria y hubo un cadáver á los pocos momentos.

Desde Juvenal, la sátira amarga, saturada de sarcasmo, inclemente, vengadora, ha hecho su camino por el mundo, sea fulminando con Némesis, ó burlando con la máscara cómica. Quevedo y Voltaire, Junius y Paul Louis Courier, son los grandes representantes modernos del panfleto. Y

(1) El Presidente Ovalle.

demóstrales su grande y honroso título:—son los primeros diaristas de los tiempos modernos. Un dia el Dr. Gutierrez, siendo yo un niño, puso en mis manos la edicion del Quevedo de Rivadeneira y me hizo leer al autor de los *Monopantones*. ¡Que estraña impresion la que me produjo! Al cabo de una semana tenia la memoria llena de sus frases y de sus periodos, y lo mas curioso era, que ellos podian aplicarse á todo lo que me rodeaba, y todo era nuevo, todo era original. Que poco habia progresado desde entonces en España el *esprit* manado del siempre alegre y sesudo ingénio!

Los otros, nos son mas conocidos, porque no son españoles. Pero Quevedo, que no le cede á Voltaire en agilidad, lo aventaja en profundidad, porque el poeta español era un sábio de primera ley. Junius conmovió con la pluma á la sociedad mas conservadora y aristocrática de la Europa, y Paul Louis Courier ha quedado consagrado como el mas puro y el mas fino de los estilistas franceses de nuestra época.

En nuestros dias, la prensa ha imitado á los maestros, y en Francia sobre todo, ahora 20 años, no mas, parecia encendida todavia la antorcha de la musa que tizna ó que lacera. Barthelemy sobrecojió de espanto á sus enemigos con aquel raudal de ritmas candentes que les arrojaba al rostro dia por dia, sin dar trégua á su pasmosa fecundidad. Era la resurreccion de Juvenal. El mismo sarcasmo, la misma ira, sus carcajadas burlonas y trájicas á la vez, sus imprecaciones cortas y rápidas como un tajo. Aquella hoja rítmica era un caústico; y á medida que el alejandrino golpeaba sobre el consonante, las chispas brotaban y producian el incendio. Hugo ha hecho tambien los *Castigos* que son del género, y de mano maestra.

Pero en todos los nombres que acabo de citar, no hay uno, uno solo siquiera, que no haya rendido culto á la forma. Todos son maestros del estilo. Quevedo suena al oído

con toda la magestuosa cadencia del concepto castellano. Voltaire salta y chispea. Junius llega hasta ser artista. Courier es el primer hablista francés de su siglo.

La lectura de sus grandes sarcasmos podrá revelar mas ó menos la malignidad de sus ingenios, pero ante todo revela la profunda educacion literaria que los distingue. Son dueños de todos los secretos del lenguaje para decir todo aquello que les conviene decir; pero jamás hacen degenerar el ataque en el repugnante pujilato de las palabras gruesas, ni en las declamaciones melodramáticas de los cómicos de la prensa.

Y bien, Paris, está siendo el teatro en estos momentos, de un combate á mano armada entre periodistas. Agotado el viejo *esprit gaulois*, se descargan sin trégua todas las insolencias del diccionario: ¿No hay palabra bastante cruda ó insultante en él?..... Pues se inventa la palabra, porque todas son buenas, tratándose de poner á la miseria al adversario. Ni los viejos periodistas, ni aquellos que aprendieron á hablar en los salones de las Gay, se exceptúan en el combate de las inmundicias contra las inmundicias. Girardin escupe á Rochefort, Rochefort espupa sobre Girardin. Nada mas curioso y típico que esas reyertas de cocheros que se atropellan en las callejuelas angostas. Todos los términos vulgares de la *provincia*, son pocos para insultarse entre ellos, mientras que se agota la paciencia del desgraciado que ocupa el *fiacre*. Solo comparable con una de estas escenas, es el espectáculo que dá una parte de la prensa de Paris en este momento. Y, como en todas partes en que se insulta y se calumnia, se denuncia ó se infama, la hoja mas adobada de vocablos es la que despierta mas demanda en el público: hé aquí que la prima de los insultos se levanta todos los días y que no es fácil marcar los extremos á que llegará el escándalo.

Los promotores de este pujilato oscuro y repugnante son los escritores de la Comuna. Amnistiados por un sentimien-

to de patriotismo, á mi juicio malísimamente entendido, han vuelto á su tarea de demolición. M. Félix Pyat ha sido el iniciador; castigado honrada y severamente por la justicia, ha fugado para escapar á las consecuencias de la sentencia y ha transmitido á M. Rochefort la tarea de continuar. M. Rochefort es un perro de presa. Sentado en su escritorio del *Intransigente* (hé ahí un lindo título para el diario de un amnistiado), no escribe—tira dentelladas á todo el mundo y no perdona ni la memoria de los muertos ilustres. Hace tres días que ha tenido lugar el entierro de Madame Thiers. M. Rochefort la ha llamado la esposa del *gran asesino* (sic). Ha dicho, con el propósito de desahogar sus ódios comunistas, que el cortejo se componía de extranjeros y de indiferentes; y mientras todo París, republicanos y monarquistas, se inclinaban con profundo respeto y consideración ante la tumba de la compañera del libertador de la Francia, M. Rochefort se vengaba de la ovación, haciendo la parodia de un entierro.

M. Reinach, en el *Voltaire*, le echa en cara su ingratitud para con Gambetta. Le recuerda que en 1871, Gambetta ha sido su protector, que Alberto Jolly, el joven y valiente diputado que acaba de morir en Versalles, y sobre cuya tumba Gambetta ha pronunciado uno de sus discursos más sentidos, ha sido su abogado, su defensor, su amigo y sostenedor desinteresado; y que él, M. Rochefort, no ha asistido á su entierro dando una prueba de negra ingratitud con ese acto. Rochefort, queriendo hacerse un parangón de igual á igual con Gambetta, asegura que no ha concurrido por no encontrarse con el Presidente de la Cámara á quien desprecia. M. Reinach, bajo el pseudónimo de *Historieus*, le recuerda entonces todo lo que debe á Gambetta, y le afirma que en otro tiempo, ha buscado su influencia sobre M. Thiers, para obtener el perdón por su complicidad con la Comuna. Rochefort niega el hecho y reta á *Historieus* á que le presente una prueba. *Historieus* publica una carta de

Rochefort que presenta de relieve toda la verdad de lo aseverado por el *Voltaire*. Rochefort se encrespa, se espe-luzna, é iracundo penetra en las oficinas del *Voltaire* y promueve á M. Láffite, el director del diario, una escena melodramática, en la que le exige el nombre verdadero de *Historieus*. M. Laffite lo despacha con energía y habilidad; y al dia siguiente, M. Reinach se descubre y le dice «y bien, *Historieus* soy yo?»

M. Rochefort ha quedado corrido. Desafía á Reinach, pero Reinach no le acepta el duelo. Entonces viene la lluvia de apóstrofes, de injurias, de atrocidades literarias, de adjetivos indecorosos. Y para que no se crea que exajero, copio las palabras siguientes de un artículo del *Voltaire*, que lleva por título: *La Vergüenza de la Prensa*.

«Jamás en ningun país, ni en ningun tiempo, aún en las «épocas mas manchadas con sangre de nuestros anales «revolucionarios, la prensa francesa ha caido mas abajo «de lo que la han hecho caer, de un mes á esta parte, los «ciudadanos Laisant y Rochefort; no es ya la invectiva, ni «la injuria; es el vómito! Y qué vómito!»

Entre tanto, la opinion pública de Francia con una mayoria incontrastable y avasalladora, ha juzgado el asunto de una manera tremenda para el periodista demagogo. Y este juicio no es solo el de la opinion pública de Paris, es el de toda la prensa extranjera, que á una sola voz le ha hecho sentir el profundo desprecio que ha despertado el infamador iracundo.

Y no podia ser por menos. El redactor del *Intransigente* ha querido luchar contra el ridiculo y se ha llenado de oprobio á sí mismo. En defensa de los intereses del partido comunista; ha abierto su campaña de denuestos, injurias y delaciones, contra los hombres de un gobierno vigoroso pero honrado, y ha excitado todos los ódios del público iracundo que lo acompaña. El *Voltaire*, con una carta de su propio puño y letrã, le demuestra que Rochefort, para sal-

varse de su complicidad con la *Comuna* y con sus hombres, ha renegado contra ellos en el momento del peligro. El difamador se encuentra enredado en su propia trampa y acude al medio de defensa mas triste que es posible imaginar. «Yo he escrito esa carta, dice, es mi firma la que figura al pié, pero fué Alberto Jolly, mi defensor, quien me la hizo escribir y sin mi anuencia llegó á las manos de Gambetta. Gambetta no la ha recibido, me ha sido robada y soy víctima de una infamia!»

Linda defensa! Mr. Rochefort exige una declaracion formal de Mr. Gambetta. Este se niega á recibirlo y hace despedir á sus representantes que van á Palais Bourbon con la misma demanda; pero á los pocos dias la *Republique Française*, en nombre de M. Gambetta, declara, que la afirmacion de M. Rochefort es falsa, y que la carta ha sido recibida por M. Gambetta.

Aqui es donde comienza la campaña de las gruesas injurias. M. Rochefort cae en el delirio del insulto. Semejante á un hombre atado de piés y manos, vocifera como un loco furioso. Si se le pusiera una mordaza estallaria de ira. Una pequeña coleccion de las palabras que emplea, podrá dar una idea del estado febriciente é iracundo en que se encuentra. A M. Reinach, le dirige una carta y comienza por tratarlo de «*Jeune drole*», y termina por mandarle un buen número de latigazos *escritos* para que le toque una buena parte á Gambetta su amo. A Gambetta le llama: «*Primer Miserable de Francia;*» «*la tour d'Auvergne de la abjeccion!*» «*Abdómen con una campanilla por ombligo.*» «*Presidente imposible de la república ateniense.*» «*Mentiroso, bribon, ladron de papeles, falsario, manipulador del empréstito Morgan! Cinico! Impostor! Calumniador, bandido de Abruzzes, hombre innoble! hombre canalla, Dios Gambetta!*

Ni los amigos de Gambetta se salvan del chubasco de todo é inmundicias que arroja el *Intransigente*. Los amigos

de M. Gambetta son «*Residuos de la politica y de la literatura, sirvientes, cobardes, canallas, seres repugnantes, pick-pockets!*»

M. Girardin, en la *France*, se desencadena contra Rochefort y le llama *loco*. Y en efecto es la demencia la literatura del redactor del *Intransigente!* Parece que atacado de un acceso de hidrofobia vá á sucumbir víctima de su propio coraje!

Paul de Casagnac ha quedado muy atrás en la profesion del insulto. Hoy, no hay nadie que iguale á M. Rochefort. Es la firma mas acreditada en la prensa de Paris y la mas digna por cierto de representar á la prensa furibunda y comunista.

Entre tanto, á Dios gracias, y á la Francia, el gobierno republicano sigue su marcha incommovible. Si algo se le puede reprochar es su indulgencia para con los promotores del escándalo periodístico. Los debates que promueve y sostiene el *Intransigente*, no representan por cierto la libertad de la prensa, son su mas absoluta negacion; son el motin y la comuna, el incendio y la demagogia en el diario. Un extranjero de paso, podria formarse una pésima idea de la sociedad que los presencia y de la autoridad que no los corrije. Del mismo modo que Laisant y Félix Pyat han sido castigados, debiera ser castigado Rochefort. La prensa escandalosa, en toda sociedad bien organizada, debe caer bajo la accion de la policia correccional. No merece los honores del jurado la impresa hoja que no contiene sino inmundicias, punibles por su naturaleza misma y no por las causas, justas ó injustas, que hayan podido engendrarlas. Se castiga y se modera el escándalo que tiene lugar en media calle, porque á nadie le es dado salir á lanzar al rostro de los demás, padrones de infamia en la plaza pública. Si la ley y el gobierno toleráran el hecho, la sociedad perderia en una hora todos sus resortes de seguridad. El

honor, la libertad, la vida misma de sus miembros estaria en peligro á cada instante.

Nosotros hemos tenido épocas en que la prensa se ha disputado el premio de la ferocidad, y le hemos dado un jurado absurdo é ineficaz como correctivo. Los países democráticos se hallan en mas peligro que las naciones monárquicas ante las exigencias de la libertad de la prensa. Todos la proclaman y muy pocos la observan. En *Francia*, la prensa política ha decaido considerablemente. Fuera del *Journal des Débats*, le *Temps*, le *XIX Siècle* y algunos diarios mas [muy pocos por cierto] la prensa no llena su mision. O el diario es *vaudevillista* como el *Figaro* y el *Gil Blas*, ó es demagogo é insultante como *l'Intransigent*, le *Petit Parisien* y le *Pays*. Ante todo, el diario es un negocio y ante la perspectiva de un lucro pingüe todos los géneros literarios son buenos, aunque la frase haga ruborizar al mas descreido de los corrompidos, é infame al mas puro y honrado de los hombres.

En Alemania la prensa está sofrenada por la accion oficial. No existe libertad de la prensa, propiamente dicha. Yo no aplaudo este celo escesivamente precavido contra las manifestaciones libres de la opinion pública, pero no soy de los que creo que un diarista y una causa tienen el derecho de hacer una orgia en sus columnas editoriales, haciendo desfilan en ellas á los altos magistrados de la nacion. La oposicion á *outrance* puede hacerse por la prensa, siempre que se salven las formas del lenguaje. Cuanto mas fina sea la sátira y mas dorada la flecha que la lanza, mas hiere y mas ofende al adversario. Rochefort habria hecho mas daño á Gambetta, hiriéndolo con las espinas de un estilo caústico y tranquilo, que arrojándole el valde de improprios que le lanza diariamente. Y si no sabe hacerlo, tanto peor para él. El diarista debe ante todo conservar su buen humor; ese debe ser el estado normal de su espíritu. El que pierde la calma y se dedica á las

imprecaciones insultantes, se encuentra agotado á los pocos momentos; llega la hora en que el diccionario se agota y tiene que repetir las injurias!

La prensa debe ser culta y decente ante todo. La prensa que infama ó que delata como el *Intransigente*, no llena misión alguna en un pueblo libre. El periodista no debe descender al servicio que hace el agente de policia secreta, que escudriña como un espía pago, el crimen, el delito, el robo ó la estafa cometida y la vende por d6sis, dia á dia, para despertar la curiosidad pública. Ese oficio es simplemente infame. Si la sociedad necesita de él para conocer á los delincuentes, la sociedad acaba por despreciar á los que lo desempeñan. Entre un ladron y un delator, el honor y la delicadeza vacilan. Y cuando el delator aparenta dar á su oficio el rol del ap6stol, del benefactor de la humanidad, del vengador del pueblo engañoado y sacrificado, una especie de asco invencible nos invade, y vemos detras del escritor al Dulcamara que vive de los dolores y de las vergüenzas ajenas.

La campaña contra la prensa feroz es una campaña noble en Francia. Si esa mala escuela aumentara sus adeptos y realizara sus fines, no seria estraño que retoñaran las épocas literarias y espantosas en que se vendia el *Cri du Peuple*, de Louis Vallés, en medio del incendio de las Tullerías y del pillaje de los hogares de los grandes ciudadanos.



DE PARIS A MARSELLA

Marsella, 25 de Diciembre de 1880.

Adios á Paris! Es necesario partir y abandonar todos sus encantos antes de la Noche Buena, para no dejarse tentar de las sub-siguientes que son siempre mejores. La mañana está fria y nublada: la estacion de Lyon llena de pasajeros, todos en movimiento, cargados con sus mantas y sus sacos de noche. Qué diablo! Confieso que me cuesta dejar esta ciudad encantadora donde la vida brilla bajo todos sus prismas. Si la voluntad no fuera mas fuerte que la tentacion, yo me habria vuelto á la mitad del camino, porque llevaba no sé que presentimiento triste que me decia que aquel viaje iba á producirme un mal rato; pero la resolucion estaba hecha, no habia como retroceder, y adelante! A Marsella, á Niza á Italia!

Me instalé en el carruaje cómodamente y el tren se puso en movimiento. Entre las nieblas de la madrugada, como amigos queridos que saludan á los que se van, apuntaban las torres afiladas del Trocadero y la bóveda magestuosa del Panteon. Sentimos una tristeza tan profunda los que nos separamos en medio de la indiferencia completa de los que quedan, como cuando sabemos que nuestra ausencia deja un vacío profundo en los pocos corazones que nos aman y que laten por nosotros. Que extraño sentimiento experimenta el espíritu, cuando en medio del desierto nues-

tro dolor no encuentra un éco solo que responda á su grito. Nadie nos conoce, á nadie conocemos. Las relaciones de dos meses nos han dejado sin embargo profundos recuerdos, pero los que quedan están habituados á ver aparecer y desaparecer al viajero, como la imágen que se detiene un breve instante en el foco de una cámara oscura: es el que pasa, el que siente, el que recuerda y el que sufre casi siempre.

Hacia yo estas reflexiones delante de mi compañero de viaje á quien veia por primera vez de mi vida y cuya fisonomía me inspiraba la mas profunda simpatía. Era un hombre jóven, lindo mozo, lleno de distincion; una de esas bellezas varoniles en que se admira al hombre en su conjunto de calidades físicas y morales. A falta de amigos íntimos, aquel desconocido era el mas simpático de todos los desconocidos!

Siguiendo mis hábitos británicos, hice pacto con el silencio por el espacio de las 15 horas que son necesarias para recorrer las 170 leguas que median entre Paris y Marsella. El silencio! ¿Es acaso atróz como lo pintan los charlatanes? Para mí es el estado de mas actividad para el espíritu. Todo el pasado, el mas remoto pasado, se recorre con la memoria. Todo el porvenir se abre á nuestros ojos, triste ó risueño, segun el humor que reina. Se olvidan los malos ratos, se acarician con fruiccion los buenos, se hacen castillos en España, se conciben proyectos, se sorprenden ideas, se inventan frases, se devora el tiempo á recorrer, como si la vida corriera lentamente. Cuando nos encerramos dentro de nosotros mismos y pensamos, ¿quién puede decir que la soledad no es una amiga cariñosa?

En este viaje hé recorrido toda mi existencia y la he vuelto á recorrer, una, dos, cien veces. Son mas los buenos recuerdos que los malos! Si es cierto que la vida de cada hombre es un poema, la mia, lo confieso, no es de los mas tristes. Pensemos y pensemos siempre. Tengo por

delante un tema precioso para mis investigaciones silenciosas ¿Quién es este hombre que me acompaña?

Es un hombre feliz indudablemente. Es un estudiante que regresa á Marsella con la intencion de volver inmediatamente á Paris. Ha dejado su novia en el alegre *quartier* de la Sorbona, y va á visitar á sus viejos padres, dos buenos provenzales que lo aman porque es su único hijo. Su novia lo ha acompañado seguramente hasta la estacion, y se han despedido tiernamente. La mañana está triste como todas las mañanas de la partida y el compañero de viaje se halla envuelto por el hábito de una plácida melancolía. Es un estudiante de medicina: tiene 30 años, es inteligente, ha dado brillantes exámenes, va á ser un hombre célebre. Yo lo aprecio desde este momento, á pesar de no conocerlo y de no saber quién es. Pero así me lo he imaginado y así lo consideraré, mientras informes mas seguros que las presunciones no vengán á contradecir los que yo mismo me proporciono.

Y tengo tan profunda confianza en mis observaciones instintivas que cuando recuerdo hechos prácticos me lleno de orgullo. Hace un año, en Buenos Aires ví en un álbum dos retratos de personas que no habia visto jamás. Hace un mes, recorría en Paris la calle *d'Anjou Saint Honoré*, y veo pasar dos señoras:—«*Esas son las conocidas del álbum*» me dije, y salté del carruaje y las detuve, seguro de no haberme equivocado. Eran ellas en efecto! Hace quince dias, en otro álbum del Havre, ví el retrato de una linda muchacha de Marsella. Llego á Marsella y en la calle Breteuil, la primer persona que veo es el original del retrato del álbum. Salto otra vez del carruaje y detengo á mi linda *conocida*, que se queda estupefacta creyéndome un galanteador á boca de jarro. Pero la nombro, me esplico y otra vez habia acertado! Los dos incidentes son rigurosamente exactos!

Mi compañero del tren es seguramente la persona cuyas

condiciones acabo de asegurar. Me ha observado él á su turno y se ha permitido hacer sus reflexiones sobre mi humilde persona. Pero ellas no son tan favorables como las que yo me he hecho de él. Se encuentra incómodo con mi compañía. Desearia estar solo, completamente solo en el *wagon*, para disponer de todas las libertades que disminuyen las incocomodidades de un viaje. Yo á mi turno, provocho mentalmente una conversacion amistosa; le digo que me trate con confianza, que se acueste á la Bartola, si no quiere admirar la poética campaña que atravesamos, el Sena que se pierde entre los árboles despojados de su follaje,—lo invito á que fume, le hablo, le digo quien soy, le pregunto quien es, confirmo mis suposiciones, cambiamos nuestras targetas, nos damos la mano, nos abrazamos, nos hacemos grandes amigos, me invita á su casamiento, me muestra el retrato de su novia, me dice su nombre, Laurence, Silvia, Emelina (uno de esos nombres imaginarios) juramos en fin no separarnos jamás. Decide acompañarme á Buenos Aires y establecerse allí! Y..... estoy imaginando!... Ni mi compañero ni yo hemos desplegado los lábios!

A las cinco horas de viaje tocamos en Macon. Pronto entraremos en las dulces y queridas campañas del Allier, donde hemos pasado tantos alegres y tristes dias con Carlos Marengo en el mes de Agosto. Si mi amigo las viera en los momentos que las vuelvo á cruzar, estoy cierto, que á pesar de las nostalgias que ha sufrido en ellas, avivaria en su memoria los buenos y los malos recuerdos que tienen para nosotros! La *Villa Hombourg* está sola en estos momentos: todos la han abandonado menos el comandante Jung, que como buen soldado no deserta nunca su puesto. Los plátanos de la *rue Lucas* están secos y tristes. Los pobres *moineaux* que nos saludaban desde sus copas todas las mañanas, se acercan á la puerta de calle á buscar las migajas del buen pan de Vichy, pero nadie los socorre y

se retiran envidiando la suerte de los hombres y quejándose de su indiferencia. La márgen del rio está triste y solitaria. El parque parece abandonado para siempre. Ah! El invierno! todo se vá, todo concluye con el invierno! Y sin embargo, las últimas vibraciones de la orquesta del casino suenan en mi oído; y á pesar de la rapidez con que vuela el expreso, la memoria restablece los recuerdos del pasado verano, y pienso con sentimiento que tal vez sea la última ocasion de mi vida que contemplo estos lugares!

Mi compañero de viaje parece impresionarse con mis mudas reflexiones. El tambien mira la campaña con encanto. Pero quien puede prescindir de mirar la campaña francesa, aún en el mes de Diciembre, cuando el cielo está gris y el suelo cubierto de nieve?..... Oh dulce Allier! Cuantas tardes, sentados en tus márgenes ó bogando en tus aguas, hemos hecho profundas y tristes reflexiones con el amigo que fué mi compañero de Vichy! Las alegres y mimosas enfermas han volado á Paris y recuerdan el pasado verano envueltas entre pieles, abrigadas como las flores tropicales de un invernáculo, por el tibio ambiente de sus salones. Otras, respiran en Niza, en Cannes, y en Monaco, las auras calientes del Mediterráneo. Vichy ha muerto con la primavera y el verano.

Cuando llegamos á Lyon ya era de noche, ni mi compañero de viaje ni yo, habiamos desplegado los labios. Fué necesario cerrar los libros y mirarnos cara á cara;—nos faltaban cinco horas todavia, y me propuse dormir para matar el tiempo. Un sueño dulce y benéfico tendió sus alas sobre mi, y cuando me desperté estábamos en Marsella. Mi compañero no habia cambiado de posicion. Era un hombre de fierro.

Comprendo la pasion de un parisiense y más la de una parisiense que casi siempre es *fantasista*, por ver el mar. Yo hé estado encerrado por dos meses sin verlo y en el momento de llegar á Marsella, es la mar la que despierta

todas mis curiosidades. El tren la ha costeado, antes de penetrar en la gran ciudad. La luna la alumbra en un cielo azul y diáfano. Me parece ver el río de la Plata desde las barrancas de los Olivos, y la ilusión sería completa si el aliento marino no viniera impregnado de ese perfume singular que solo se respira en las costas del mar.

Marsella! Hé visto en sus calles, en su puerto, en sus plazás, todo lo que la imaginacion habia soñado ver. Que sol, que luz, que fuego! puedo decir como el poeta. La mar está en calma: desde la muralla de *Notre Dame de la Garde*, toda la ciudad se agrupa al rededor de sus *docks*. Las velas latinas de los pescadores infladas por los vientos favorables de la Provenza, circunvalan el puerto, buscando los cardúmenes de pescados que con la marea baja emigran mar afuera. Allá— las islas que defienden la entrada de puerto. En el siglo XIII las galeras aragonezas lanzaron sus balas de piedra sobre ellas. Todas las antiguas naciones cristianas y musulmanas que ocupaban las márgenes del mediterráneo, codiciaron por siglos á Marsella. Ese puerto en que se amarran hoy los grandes vapores que vuelven de la India, que van al Oriente, á Egipto, á Siria, debió presentar un estraño aspecto en los tiempos en que Génova y Venecia, una sobre el Mediterráneo, la otra sobre el Adriático, atraian hácia ellas todo el comercio oriental. Busco en los *docks* de Marsella las barcas argelinas, que despues de haber saqueado las costas, desde Chipre hasta las Baleares, calzan la amarra y negocian sus ricos cargamentos:—El marfil, la púrpura, el oro y la mujer! Se piensa en los felices piratas que nos pinta Bocacio en sus cuentos maliciosos, y á cada momento creemos que puede aparecer el *Infiel* de Byron vestido con todo el lujo deslumbrador del Oriente y adórado por un grupo de cautivas griegas é italianas.

Me ácerco á la playa. Que animacion la de los grupos de pescadores que vuelven del mar! Se habla el proven-

zal en toda su más legítima pureza y con ese peculiarísimo acento que marca enérgicamente la palabra y que solo saben modular los lábios gruesos y elocuentes de las paisanas de estas costas. Nunca os habeis acercado, en los puertos ó en las costas del mar á la borda de la barca pescadora que acaba de fondear? Para conocer el pueblo bajo de la gran capital marítima de la Provenza, no hay nada como acercarse á la muralla del *Viejo Puert*, en que se amarra uno de esos barcos. La mujer y las hijas del pescador del Golfo de Lyon, antes de dar la bienvenida al padre y á los hermanos que han pasado la noche recojiendo constantemente los espineles, echan una ojeada curiosa al fondo de la barca, y cuando la ven rebosando de pescados, bendicen al mar y gritan de alegría, mientras los tripulantes contemplan satisfechos el gozo de la familia. En un instante, los canastos están llenos de *turbots* y de merluzas, y una banda de mujeres remonta la gran calle de la Canebière, pregonando la mercancía cuyo sabroso aroma marino acaba por ser insoportable. Y los *puestos* de ostras y mejillones? Una media docena de parroquianos agrupados delante de la vendedora, devoran incesantemente esas pequeñas pero deliciosas *marennnes vertes*, que hacen en París las delicias de las cenas nocturnas del *Café Riche*. Que movimiento, que charla, que debates, entre estas señoras del mercado de mariscos! Ni bajo de la muralla del hotel de Rubion en la playa marsellesa, el mar produce y alimenta ostras más ricas que las que abren y brindan las comadres provenzales de las calles.

Qué espléndida y que bella es la naturaleza á medida que huimos de la zona en que reina el invierno! Que teatro tan grande han hecho de ella los dos más grandes poetas del Septentrion. Si Shakspeare no hubiéramos contado con el Adriático y el Mediterráneo, Othelo no hubiera sido concebido con todos los grandes prestigios con que entra en la escena de los personajes inmortales! Lléjos de la Grecia y

de las islas perfumadas del mar jónico, Don Juan, se habría vuelto misántropo y trivial. Por eso nos inunda la alegría, cuando asomamos la vista por Marsella, aturridos todavía por los ruidos ensordecedores de los *boulevards* de París, donde los hombres viven la vida artificial de las grandes capitales; donde el calor del carbon restablece el verano en un salon, y el invernáculo nos proporciona esas bellas pero insípidas y mal sanas frutas que el arte lleva á las mesas de los ricos.

Buscamos el verano como las golondrinas, y toda la Europa lo busca con nosotros. Buscamos ávidos en la costa las playas de Cataluña y de Aragon. Cuando costeamos el espléndido camino de la Corniche, los ojos buscan en la línea del horizonte las costas africanas. La ola pesada y perezosa que se envuelve y se desenvuelve en la playa, repite el éco de la que bate las márgenes opuestas, modulando la eterna armonia de las aguas. Aunque ágrías y salvajes las ondulaciones Alpinas que rodean á Marsella, cuanta novedad dan al paisaje cuando en sus picos reflejan los últimos resplandores del sol que se sepultan en el mar!

Es vieja, de cierto, la leyenda de Edmundo Dantés con que Dumas sorprende todavía y sorprenderá siempre el espíritu de la juventud fácil y sensible á las emociones de lo romanesco. Si ahora quince años hubiera tenido la dicha de pisar las playas de Marsella, y el primer marinero, con voz ronca y ademan sombrío tomándome del brazo me hubiera señalado el castillo de If, que se levanta sobre el negro y romántico peñasco, la palabra se me habría cortado entre los lábios y habríame parecido ver levantarse sobre sus murallas el espectro imponente del Abate Faria. Hé ahí un islote desnudo y árido que ha sido digno de un poema popular que lo ha inmortalizado para siempre, y que no puede contemplarse sin avivar las escenas extraordinarias con que el autor del Monte-Cristo presen-

tó aquellas aventuras dignas de los cuentos de la Côte de Harun-Alraschid.

Entraba ayer al Prado, de vuelta de la Corniche, con una numerosa comitiva de compatriotas todos alegres con el cielo azul y el buen sol de Marsella, cuando de pronto veo llegar hácia mi un hombre que hace detener el carruaje y me tiende los brazos. Su fisonomía, me era conocida, pero no me fué posible recordar instantáneamente dónde y cuándo lo había visto. Fué necesario dejarme abrazar con efusión y yo lo abracé también fuertemente sin darme cuenta de aquel desahogo generoso. Al separarnos, porque no era posible permanecer eternamente estrechados en la calle pública, conocí recién á mi compañero de viaje; á mi taciturno compañero de viaje de Paris á Marsella. Mis lectores se habrán olvidado de él, lo que no es estraño, porque yo también lo había olvidado y no pensaba volver á mencionarlo.

—Oh! mi salvador, me dijo, mi salvador, y se lanzó de nuevo en mis brazos con los ojos llenos de lágrimas. Estaba á oscuras completamente de las causas de aquella espontánea gratitud.

—Si! vd. es mi salvador. Cuando tomé el tren de Paris para Marsella el otro día, traía el propósito firme de suicidarme durante el camino; busqué en vano un carruaje desocupado y no me fué posible encontrarlo. El mas vacío era el que vd. ocupaba.

—Gracias!

—Oh! perdone vd...! Cuánto me incomodaba vd. Creí que vd. bajaría en Macon, en Dijon, en Lyon, en Avignon al menos! Pero vd. seguía, seguía siempre imperturbable. Hubo un momento en que vd. dormía profundamente y pensé que era el mas oportuno para volarme los sesos; pero temí tanto comprometerlo! Habría vd. caído en el acto en manos de la policía y todas las presunciones le habrían sido desfavorables.

—Caracoles! dije yo para mi mismo, y miré aterrado el castillo de If!

—Ahi tiene vd. la razon por la que no me suicidé. Llego á Marsella y la primer noticia que recibo es—que el *Rhone*, con todo su cargamento ha arribado á Livorno. No habia naufragado el *Rhone*! Si el *Rhone* hubiera naufragado como me lo habian avisado, yo era hombre perdido; y entre la deshonra y la muerte habria optado por la muerte.

—Pero que vd. no es estudiante, no está de novio, no vá á casarse en breve?

—Ah no señor! yo me ocupo del comercio con la costa de Africa, me contestó mi desconocido con la mas profunda de las satisfacciones.

Esta vez mis cálculos habian dado fiasco. Mi estudiante era un simple representante del cabotaje del Mediterráneo y yo habia imaginado un idilio. Si aquel *nabab* de octava clase, no hubiera tenido un poco de mayor consideracion por mi, á estas horas estaria yo pasando momentos poco agradables.

Saludé á mi compañero y le hice presente mis disculpas por haberle sido tan importuno en nuestro viaje.

I T A L I A !

(El Norte)

Verona, 24 de Enero de 1881.

La carta geográfica de la Italia podría representar una sección del globo celeste. Formaría todo un sistema solar, y los astrónomos lo determinarían delineando la cometa de un arco y sobre ella la vara de un dardo. Cuánta luz en esta constelación! Nace en Génova llena de resplandores, y se hunde en Venecia como la cola de un cometa; baja de Milan á Boloña, é inunda con sus rayos hasta el golfo de Tarento. Diríase que Roma es el Sol: Nápoles, Júpiter: Florencia, Saturno: Venecia, Vénus. Y en los claros de los grandes astros, cuántas estrellas, cuánta materia cósmica, compacta y uniforme, fosforescente como un giron de la vía láctea! Saliendo de este espacio luminoso, la Europa, es una tiniebla. La eterna belleza, la juventud, la vida, solo existen en Italia!

Me sería difícil detenerme á detallar un itinerario. Es el conjunto lo que me encanta y me deslumbra. Es ese poema de eternas bellezas que canta esta tierra, desde el golfo de Génova hasta la plaza de San Márcos, y desde las estaláctitas de la Catedral de Milan, hasta las melancólicas ruinas de Pompeya. Es esa nota eterna que se repite en todas partes, que nace en el Mediterráneo y que muere en el

Adriático: que brota en los Apeninos y repercute sonora en los Alpes.

Cuántas veces querría yo trazarme el cuadro vivo de esta tierra que ocupa toda la historia del mundo! Tan relativamente pequeña, y ella sin embargo, ha absorbido durante siglos toda la actividad de esa Europa que la contempla como su cuna. Si la Europa desapareciera en el fondo de los mares, la Italia salvaría toda nuestra historia y nuestra tradición. En ella están los penates del mundo moderno, y solo ella puede darnos la filiación exacta de nuestro origen moral. En ella se ha desarrollado la leyenda, en ella la historia ha trazado las más grandes páginas de la humanidad. Ha pasado por todas las transiciones; se ha agitado en los tiempos heroicos, ha llegado al más alto de los apogeos, ha caído en la barbarie, ha sido reina y esclava, conquistadora y conquistada, profana y cristiana, libre y sometida, democrática y monárquica, grande y humilde!

Hoy, llena de juventud y de belleza, surge del tronco carcomido, como un retoño que ha recibido todo el vigor y la fortaleza de la vieja planta. Las distintas *naciones* que la ocupan forman una sola familia que se llama italiana, y conservan sin embargo los rasgos distintivos de su estirpe. Los Ligurios navegan los mares, los piemonteses y los lombardos surcan y labran la tierra, los venecianos miran al Oriente y procuran restaurar su antigua preponderancia. Roma vuelve á ser la *urbs* antigua, Florencia y Nápoles no han olvidado sus exelsas tradiciones artísticas.

En Italia, cada ciudad es un tesoro de curiosidades. Apartaos del itinerario de los grandes centros y penetrad en esos *piccollo paeseti* como llaman los italianos á sus villas y ciudades subalternas. Cada una de ellas tiene una historia digna de una nación; cada una tiene una fisonomía típica, acentuada y enérgica, que una vez observada, no se puede olvidar. En Génova yo había hecho el propósito de apartarme, siempre que me fuese posible de los rumbos oficiales

del viajero, y no me arrepiento de esta fantasía, que mas de un compañero apurado, habria encontrado de un gusto pésimo. Muchas veces en una de esas aldeas tendidas sobre la cima de una montaña ó en el seno de un valle, se encuentran riquezas artísticas é históricas que no es dado encontrar en las grandes ciudades. Yo pretendo por ejemplo que Verona y Sieria, que Pádua y Mántua, que Lucca y Faienza, tienen mas interés para el *tourista* que todos los palacios de Génova: que todos los fastuosos y pesados mármoles de su cementerio. Que me perdonen los valientes genoveses! Yo admiro en Génova lo que ellos critican. A mi me atrae la Génova de los Güelfos y de los Gibelinos, con sus callejuelas oscuras, estrechas, que parecen trazadas per el curso de una culebra. De noche me he internado por ellas, huyendo de la *Piazza Cavour* y de la *Via Nuova* y *Novissima*, donde se agrupa una poblacion que no habla de otra cosa que de fletes y tonelages. En aquellas sendas tortuosas, el teatro de los Fieschi y de los Doria, conserva todas sus decoraciones. En cada puerta puede ocultarse un *bravo* y á la luz moribunda que alumbrá la imágen de una Madona; *in legno*, pueden darse de estocadas los Grimaldi con los Spinolas antes que la ronda los sorprenda.

Las grandes arterias dan luz y aire á las ciudades, pero las alteran históricamente. Soy un furioso adversario de las demoliciones. Estended el rádio de las poblaciones, pero no les quiteis su fisonomia histórica. Los gigantescos palacios de Génova exigirian es cierto, para destacarse magestuosamente en todas sus vastas proporciones, una plaza como la plaza de la Señora de Florencia; pero si á cada uno de ellos se le aislase en sus cuatro paredes principales, Génova dejaria de ser Génova y perderia su fisonomia. Desgraciadamente los genoveses van en ese camino y tienen tal amor al espacio, á la luz y al aire, que no será estraño que de aquí quince ó veinte años, la vieja capital de la Liguria se encuentre convertida en una ciudad yankee: en

forma de damero y con calles anchas en las que sus habitantes se verán privados de los goces de esa encantadora vecindad actual, que permite que los habitantes de un mismo piso se abracen todas las mañanas al través de la calle.

Génova es una ciudad que amamos mucho los hijos del Rio de la Plata; y no faltarán genoveces y argentinos que piensen que esa simpatia entre pueblo y pueblo data de ayer. Y sin embargo, Génova nos trata desde ahora tres siglos. Los primeros comerciantes genoveses se presentaron en nuestro rio, pocos años despues de que D. Pedro de Mendoza hubiese asegurado los primeros cimientos de Buenos Aires. Eran es cierto de la familia de Cristóbal Colon los que tripulaban aquella nave casi legendaria, de la que nuestros primeros cronistas dán apenas una ligera noticia en sus notas. Pero ella era ante todo el primer barco extranjero que iniciaba un comercio que tres siglos despues, debìa practicarse diariamente entre dos pueblos igualmente libres. Génova era entonces libre, aventurera, revolucionaria. Si el Turco ó Venecia le cerraban el paso en el archipiélago de Grecia, ella sabia buscar fortuna en los mares en que portugueses y españoles se disputaban el imperio del mundo.

Bajo el dominio de la casa de Ausburgo, los genoveses como mercenarios, ó como aventureros por cuenta própia, merodearon en todos los mares americanos, tripularon no pocas veces las naves de guerra españolas, y rivalizaron con sus rivales, los venecianos: que habian tambien contribuido con la célebre familia de los Caboto á ilustrar las primeras proezas de los descubridores del Rio de la Plata.

Génova dió á la corte liberal de Carlos III uno de sus mas esclarecidos ministros; el nombre de los Grimaldi está íntimamente asociado á los primeros ensayos del comercio libre en la América española, y bajo aquel ministerio de italianos regalistas y anti-jesúiticos, las colonias americanas parecieron sacudir el yugo del negro despotismo que pesaba sobre ellas desde dos siglos atrás. Fueron pues los

descendientes de los antiguos patricios güelfos de Génova, los que contribuyeron á abrir las puertas del Rio de la Plata, hasta entonces cerradas, al comercio universal; y los que prepararon y realizaron la fecunda revolucion política que arrojó á la Compañía de Jesus de las Misiones y de todos los rincones de América en que habia levantado y consolidado su poder. Se vé pues que los vínculos de pueblo á pueblo son históricos, y que ellos no han nacido ayer, cuando nuestras contiendas civiles y nacionales vieron figurar como actores á los italianos proscriptos y perseguidos.

En nuestros dias, una generacion de argentinos nos ha enseñado á amar á la Italia. Me vienen sus nombres á la memoria; Juan Maria Gutierrez, Miguel Cané (padre) y Juan Carlos Gomez. No he podido dejar de recordarlos el dia en que pisé tierra italiana, y especialmente el dia en que oí los murmullos del Mediterráneo en el hondo seno que fórman Sestri y Pegli, á pocos kilómetros de Génova.

Juan Maria Gutierrez visitó la Italia en 1843. Cané y Gomez en 1852, si mal no recuerdo. El primero habia salido de Montevideo en el *Eden* con Alberdi. Garibaldi les habia recomendado el barco como excelente y en efecto á los tres meses los desembarcó en Génova. La Italia ardia en aquellos dias, pero Génova, como en los buenos tiempos libres de Hamburgo, tomaba poco interés en la propaganda revolucionaria. Comerciaaba por su cuenta y atesoraba egoistamente sus riquezas. La unidad italiana era para ella una quimera en la que tomaba poco interés. Cané, escribiendo sus impresiones en *EL NACIONAL* del 7 de Octubre de 1852, decia: « Si á esos hombres, hediendo á brea y á salitre del « Mediterráneo, les hablais de unidad italiana, de la inicia- « tiva del Piamonte en la cruzada de la independendencia, de « la fraternidad de todos los pueblos de la península, se os « reirán en la cara, y con la indiferencia del desprecio repe- « tirán que Génova se basta á si misma y que los otros se

« entiendan como puedan. El egoismo del *franco*, del buen « lecho, de la aldea, se ha apoderado de esa ciudad de tal « manera, que hoy es su religion, su vida y su patria. »

Era por esto que todos los argentinos que llegaban á Italia en aquellos dias, no bien desembarcaban en Génova, volaban á Turin. Gutierrez me hablaba con una simpatia profunda de aquella corte de Carlos Alberto, que fué tan constante en la propaganda como firme en el infortunio. Allí, si la memoria no me falta, escribió su *Capitan de Patricios* y cultivó los maestros de la poesia italiana que acostumbraba recitar con su fina elocuencia en el seno de sus mas íntimos amigos. Nuestros padres venian en aquella época sedientos de libertad y preferian los crudos inviernos de Turin á la eterna primavera de Nápoles, donde las bellezas de la naturaleza no podian atenuar la imbecilidad de la corte de Franceschino. Hoy, en todas partes, se encuentra á la Italia, que palpitaba entonces en el Piamonte. Génova, la Cartago comerciante y egoista de 1852 es hoy tan italiana como el resto de la península, y su espíritu nacional es tan profundo y ascendrado que en su suelo duerme el eterno sueño el italiauo mas italiano del siglo: José Mazzini.

Me he acercado al severo monumento que ha levantado el pueblo al tenáz y constante propagandista. Guarda armonia con el carácter del espíritu que lo animó. Es un templo de granito, sostenido por cuatro sólidas columnas dóricas, cerrado por dos rejas toscas y sencillas y dominando una de las alturas mas elevadas del Cementerio. Toda la pompa vana de Carrara ha desaparecido de aquel mausoléo severo, que hace contraste con las fastuosas y abundantes esculturas que blanquean al pié de sus muros. Los patriotas italianos lo han cubierto de coronas; y los imbéciles, que en todas partes son desgraciadamente numerosos, se han creido obligados á tizar aquellas paredes con sus nombres y sus rúbricas.

Génova presume con su cementerio. Pasa generalmente

por el mas notable de Europa entre cierta gente. Apreciado en su conjunto como debe apreciarse, yo lo tengo por algo que está mas abajo de la mediocridad. Si exceptuamos el monumento del marqués de Tagliacarno y uno que otro mármol animado por el cincel de Vela, de Dupre y Monteverde, el resto pertenece al género de lo que yo llamaria la *marmoleria*, y que jamás debe considerarse como el arte. La vasta galeria que forma en cuadro la planta principal del cementerio, es un muestrario de manequies de mármol, de viudas vestidas segun las modas usadas de veinte años á esta parte, las unas con gorras, las otras descubiertas, pero coquetamente peinadas desde la época del *bandeau* y de la *banana* hasta la de los bucles; desde los tiempos de los rulos, hasta el de los *crepes* y el *flequillo*. No les falta ningun elemento del traje y sus accesorios; el escultor ha sido tan fiel como el fotógrafo; el abanico, los guantes, los aros. Algunas veces las doloridas se presentan acompañadas con sus hijas é hijos, vestidos por los sastres y las modistas y calzados por el zapatero de moda. Se experimenta entónces la impresion que produce un album de antiguas fotografías de familia. Aunque la muerte imponga respeto, la risa asoma á los lábios; la viuda lleva crinolina y talle corto; el escultor la ha hecho idéntica pero la moda ha pasado. El viudo lleva el cuello de la camisa que se usaba ahora cinco años, y un *jaquet* de anchas solapas! Aquello se vuelve caricatura: y perdonen los ricos burgueses de Génova, desaparece el respeto y se despierta la crítica.

Que mal viento de pompas ha soplado en la cabeza de los genoveses que van en camino de convertir su Cementerio en un vasto Panteon de la moda?

Cierto es que los palacios de Génova, casi todos del siglo XVI, están léjos de representar la pureza arquitectónica de los de Florencia y de los de Sieria. Los genoveses fueron siempre mas hábiles para construir sus urcas y galeras, que para dar gracia y arte á las mansiones de sus nobles patri

cios. Pero si Génova carece de la fina tradicion artística de la Toscana, tiene en nuestros dias la escuela italiana de Roma y de Florencia, y no debe prostituir al mísero artista obligándolo á decorar su Cementerio con esa poblacion ya lamentablemente numerosa de personajes, que aún en mármol serian absurdos en el mas elegante salon de modas de Lóndres ó de Paris.

Sali desencantado de aquella féria de la *marmoleria* moderna, en la que con motivo de cada sepulcro podian repetírsele al escultor las palabras de Miguel Angel á su rival Ammanati: *«Ammanati! Ammanati!* qué hermoso trozo de mármol has destruido!

En cambio de este poco artistico recinto, Génova tiene las galerias de sus palacios, y los frescos de Piola de Carloni y de Ferrari que iluminan sus techos. En ninguna parte pueden visitarse con mas método las colecciones de pinturas que en los palacios de Génova. No son esos depósitos infinitos de telas que abruman por su abundancia. Cuatro ó cinco salas y hé ahí todo. Pero qué tesoros en cada cuadro! Ninguna de las escuelas antiguas carece allí de un representante. La escuela flamenca tiene en el palacio Brignole un retrato ecuestre del marques Julio Brignole, de Van-Dyck, digno de figurar al lado de los de Carlos I, del museo de Bruselas. El caballo esta casi de frente, un poco amanerado porque ni Rubens, ni Van-Dick, ni ninguno de los maestros flamencos, poseian los conocimientos anatómicos que tenia Leonardo de Vinci y Miguel Anjel; pero en cambio, el ginete, vestido de terciopelo negro, lleno de sóbria gentileza y elegancia, se destaca del fondo de la tela como un bajo relieve. La escuela Veneciana tiene telas del Tintoretto, de Juan Bellini, del Veronese. Andrea del Sarto representa las glorias florentinas con una reproduccion de la Santa Familia de la galeria Pitti, y el San Sebastian de Guido Reni en toda su beata y excelsa desnudez, abre á los

dardos de sus martirizadores, su pecho, que parece sangrar y palpitar trás del lienzo.

En el palacio Durazzo, hoy palacio Real, en la misma cámara que ocupa el rey cuando hace su visita á los genoveses, hay una Magdalena del mismo Guido, cuyo rostro no cede nada en belleza á la célebre del Corregio que está en el museo de Dresden. Aquel rostro de una correccion suprema surge de la tiniebla como la imágen de un sueño. Podrian aplicársele los famosos versos de Cienfuegos:

*Y el mismo sol se asombra,
de no poder dar luz al rasgo oscuro
que condenó el pincel á eterna sombra!*

Pero en ninguna parte se acentúa mas la fisonomia de Génova que en su puerto y en sus alrededores. Allí se mueve en su verdadero medio aquella poblacion marítima que frecuenta diariamente todas las costas del Mediterráneo, desde Nápoles hasta Gibraltar y desde Tunez á Marsella.

En sus *docks* como en Liverpool y Amberes, los buques de todas las naciones juntan sus banderas. Aquel pueblo flotante habla todos los idiomas y el genovés tiene el privilegio de conocerlos desde siglos. Génova comunica con todos los rincones del mundo, y sus marinos conocen todos los mares. Sus hijos como los fenicios, han arribado con sus naves á todas las playas donde los hombres se vinculan por los lazos dorados del cambio y del comercio.

Pocos dias despues de haber respirado las brisas tibias del golfo de Génova, entraba yo en Turin, la antigua capital italiana. La ciudad de las altas y espaciosas arcadas estaba cubierta por un manto espeso de nieve. Huíamos del invierno y el invierno nos alcanzaba del lado de Italia. El Piamonte, que es la cuna verdadera de la Italia moderna, es un país viril y robusto, cuyos hijos están muy léjos de tener la naturaleza meridional con que se caracteriza generalmente á los italianos. Les basta su primavera y su vera-

no, que son deliciosos como en Suiza, pero en el invierno la ciudad desaparece bajo el manto blanco que cubre toda la comarca alpina. El plano de la ciudad imprime á sus calles una forma correcta pero monótona. Diríase que la calle de Rivoli en Paris, les ha servido de modelo. Imposible perderse tomando los puntos cardinales del plano. Apenas la *Via di Po* que une por una diagonal la Piazza del Castello con la Piazza Victorio Manuel, altera la regularidad de aquellas manzanas paralelas.

No he visto hasta ahora en ninguna ciudad italiana, monumentos modernos mas hermosos que los de Turin. La sola estátua ecuestre del duque de Génova sujetando su caballo herido mortalmente que cae sobre sus rodillas, basta para llamar la atencion y el exámen del mas escrupuloso conocedor. El noble animal se derrumba con una naturalidad sorprendente. En la cabeza, en el cuello y en los ojos moribundos se percibe el último movimiento de la vida. Es un triunfo prodijioso del arte moderno; y ese solo bronce vale á mi juicio muchos de los monumentos públicos con que presumen las principales ciudades de Europa. No es menos bello el Emanuel Filiberto de Marochetti; pero el gigantesco caballo, es el mismo que monta el viejo rey Ricardo, delante del palacio de Westminster, y el artista debió comprender que el caballo normando de Corazon de Leon era solo digno de ser montado por él y no por otro. Al ver el mismo modelo de la estátua de Ricardo I me ha venido de nuevo á la memoria el coloso original de Lóndres. El artista se ha repetido en ambos. Sobre el mismo caballo ha montado distintos personajes. Emanuel Filiberto envaina la espada de San Quintin que devolvió la paz á Europa. Ricardo por el contrario, con el brazo en alto levanta la suya que hizo temblar á la Europa y al mismo Saladino.

Y ya que hablo de las estátuas de los guerreros, cómo no trazar dos líneas sobre esa famosa armeria de Turin donde están todas las armaduras piamontesas y lombardas de los

tiempos pasados? El emperador romano más exigente de trofeos de guerra, quedaría satisfecho ante aquella riquísima colección. Allí está la armadura que Francisco I llevaba el día de Pavia; la del Príncipe Eugenio en la batalla de Turin; dos águilas de Marengo y la espada que Napoleón ceñía en aquella memorable batalla. Y en medio de aquellos cuerpos y cabezas de acero relucientes, que se adelantan como los espectros de un torneo, el arte tiene sus grandes tesoros, sus joyas escondidas, sobre las cuales es fácil pasar sin fijarse, porque el número de los objetos abruma. He visto dos de esas joyas que son dos reliquias inestimables. Una es un pomo de espada cincelado por Benvenuto. Diríase que cada una de las pequeñas figuras que forman la empuñadura es una reducción del Perseo. La otra es un escudo cuyos bajos relieves admirables representan toda la historia de la campaña de Máximo contra Jugurta. Aquel disco es digno de leerse como Salustio. Es un gravado cuyas figuras surgen sobre el metal como evocadas por el genio del artífice florentino; tiene la delicadeza de una alhaja. Y sin embargo, podría proteger en el combate más recio al caballero que se cubriera con él. Es una epopeya, un poema. Es necesario verlo, observarlo detenidamente, porque todo en él es vida, acción y fuerza. Con razón ese joyero figura al lado de Ghiberto, de Donatello y de Juan de Boloña!

El palacio real de Turin ha sido la escena de grandes acontecimientos históricos para que pasemos por sus espléndidos y suntuosos salones, sin pensar en los grandes patriotas italianos de 1848. Allí en esas salas nacieron los destinos de la nueva Italia. Familia pura y noble, la casa de Saboya ha dejado en aquella mansión abandonada, que los reyes de Italia consideran siempre como el viejo hogar paterno, el perfume de su honradez, de su honestidad, y de sus grandes virtudes cívicas. Allí se lloró el día luctuoso de Novara, en que la nacionalidad sufrió un golpe rudo.

Pero desde allí tambien, Cavour consiguió que la Europa reconociera que habia una cuestion italiana que no estaba resuelta; y las victorias de 1859 vengaron el desastre que el virtuoso Rey habia sufrido combatiendo por su pueblo y buscando la union de la vieja familia italiana. Felices los reyes que realizan empresas tan altas! y los hombres que los acompañaron con sus sábios consejos! La Inglaterra levanta estatuas en sus plazas á Canning, á Pitt, á Fox y á Guillermo Peel. La Italia Constitucional y libre de nuestros dias, ha inmortalizado en mármol y en bronce una generacion de patricios que vale aquella: A Cavour, que representa al *Pater Patriæ*, el Washington italiano; á Siccardi, el reformador constitucional de 1850; á Gioberti y los Lamármora, militares y hombres de estado, y á sus reyes y príncipes, cuyos bronces y mármoles no representan el despotismo, ni las vanas glorias militares, ni el cesarismo.

Pero me entretengo demasiado en la Italia moderna, y para historiar las brillantes páginas de sus últimos tiempos se necesita espacio y preparacion de que carezco en este momento. Demos un adios al recinto legislativo en que los representantes populares de Italia ejercieron el gobierno parlamentario hasta 1865 y conservemos en la memoria la disposicion de aquella tribuna en que la elocuencia italiana brilló con todos los prestigios de la libertad y del orden constitucional. Aquel local modesto y hoy abandonado, indica la sobriedad de la generacion que ejerció desde sus bancos los derechos del régimen representativo y que supo conmovier toda la tierra italiana con la santa idea de la union nacional.

Me acuerdo de haber hecho un esbozo ligero de la catedral de Colonia, con motivo de las fiestas solemnes con que se celebró su terminacion. Delante del Domo de Milan, me viene á la memoria el gigantesco espectro gótico del Rhin. Es la edad media, tallada en la piedra, calada por el cincel, cariada por el tiempo. Ocho siglos se asoman por

sus ojivas; y el manto verdinegro de los años ha cubierto sus columnas, los santos agrupados en los pórticos, sus torrecillas, sus grandes andamios laterales, y el borde de sus rosas, donde transparentan tenuemente la luz del día sus ventanas de cristales incrustados en innumerables venas de estaño. La otra, á pesar de los años que cuenta, carece de la misma solemnidad. Blanca como un panal y un tanto agoviada por el ángulo estenso que forma su fachada, es necesario verla y observarla desde una altura mayor que la que tiene, para admirar su magnificencia. La catedral de Colonia es el arte gótico en toda su pureza. La catedral de Milan es una maravilla de sublimes heterogeneidades, pero está lejos de igualar la excelsa corrección de aquella. Desde luego, la de Colonia no tiene una sola nota falsa en su sereno orden arquitectónico. Durante el día se destaca sobre la llanura como un coloso. Diríase que los ejércitos de Carlos Magno se postran delante de sus átrios. Por la noche, remonta en el espacio como un fantasma y creeríase que de sus capillas, de sus nichos é intersticios, surgen los génius de los Niebulengen. La catedral de Milan es todo lo contrario, su plano reducido podría pasar por un cofre de marfil cincelado por Benvenuto. Considerada bajo el punto de vista de su arquitectura, se presta á una crítica severa, porque representa el concubinato de dos elementos contrarios y antagónicos. En su exterior los bajos relieves cuadrados de la escuela griega y romana se levantan al lado de las imágenes góticas. El contraste es chocante. Aquellos frailes y mártires del siglo XII que se arrodillan agrupados en series repetidas bajo el arco ojival del orden gótico, con sus fisonomías beatísimas é ingenuas, que recuerdan los santos y las madonas de Durer y Cimabue, parecen temblar de espanto, de pudor y de horror evangélico, ante las estatuas profanas, griegas y romanas que los circundan. Es una vecindad imposible aquella. Es la desnudez del arte idólatra al lado de la pudibunda imagen

de los ermitaños cubiertos por sus sayales y ceñidos por el cordón de la penitencia. En el interior, las columnas gemelas y agrupadas del orden gótico, están coronadas por decoraciones genuinamente romanas, y delante de la bóveda honda y aguda que determina la ojiva, Napoleón, hizo abrir una serie de ventanas sostenidas por columnas corintias, que alumbran ese consorcio inarmónico de arquitecturas incompatibles.

No niego la grandeza y la hermosura de este templo maravilloso, pero la impresión que me sujere su conjunto está fundada sobre observaciones dignas de tomarse en consideración. Entre el clacisismo del arte antiguo y la fisonomía típica de los monumentos de la Edad Media, no hay asociación posible. Me detendré abismado delante de la ruina de una esbelta columna del Partenón y contemplaré con la mente llena de los recuerdos del siglo XIII, las ruinas de un castillo feudal; pero la mezcla de las dos familias, ese enlace anormal de dos razas ó de dos estirpes opuestas, me produce el efecto de un vínculo monstruoso. A Napoleón se deben las anomalías arquitectónicas que irregularizan el conjunto de esta catedral. Él, que en todas partes soñaba con la columna de Trajano y con el arco de Tito, porque creía que solo el chapitel corintio podía servir de base á su estatua de César, y que sus ejércitos no debían salir á la guerra sino bajo arcos de triunfo, alteró hasta la fisonomía típica de los templos, y quitó á muchos de ellos el carácter histórico que representaban. Para admirar la catedral de Milán no habría sitio mejor que la barquilla de un globo cautivo. Hundir la mirada perpendicularmente en aquella ciudad poblada por seis mil estatuas, sería la única manera de darse cuenta de su grandeza. Recorriéndola á pié es imposible formarse una idea del conjunto. Aquello es un pueblo; un pueblo que se agrupa en el interior de la plataforma, que domina la cúspide de las pirámides exteriores, que ocupa los nichos innumerables de los santuarios

góticos. Desde la altura se proyecta la perspectiva de esa blanca necrópolis que parece espuesta á derrumbarse á la primer ráfaga de los vientos de la Lombardia. Creeríase formada por las caprichosas esbrecencias de la cera de mil cirios colosales apagados de improviso por la brisa; ó un bosque de coníferos cubierto por las nievas alpinas; y cuando descendemos á la plaza y echamos desde ella la última mirada en aquella cinceladura titánica de la piedra, la fantasia la encuentra semejante á esos raros y antiguos encajes de Malinas que parecen tejidos por las artificiosas arañas de la fábula.

El Domo es un museo de esculturas soberbias. Miguel Angel ha depositado allí un Adán menos audaz pero mas perfecto que el David. Bacio Bandinelli provocándolo á eterna rivalidad, ha esculpido una Eva. Una pequeña madona de Canova sonríe prisionera en un nicho con la plácida sonrisa de la Psyché del Louvre y de la Vénus del Pitti; y en una de las pirámides superiores que protegen aquel derroche de riquezas artísticas, el mismo cincel ha animado la estatua de Napoleon, que mira gravemente hácia esa llanura lombarda en donde su nombre está escrito en todos los surcos de la tierra.

Despues de la catedral, Milan posee otra riqueza inestimable. Es un espectro, pero es un espectro que habla, que se adelanta, que desafía á las glorias vivas del arte. La Cena de *Leonardo de Vinci* que muchos creen que figura en las grandes galerías, y que se encuentra en los muros de *Santa Maria delle Grazie*.

Los austriacos han vivaqueado al pié de esa pared sublime, y el humo y el tiempo y la humedad, han arrojado en ella sus injurias; pero surgen del muro aquellos apóstoles, se inquietan, se acusan, se justifican: Judas disimula, Jesus repite las palabras históricas. Jamás el sentimiento religioso, el misticismo mas acendrado, la fé mas honda, derramó

un sello de beatitud tan sincero en el rostro del Cristo-Dios. Es San Mateo que anima la escena bajo el pincel del terrible rival de Miguel Angel. Si el catolicismo hubiese contado con pintores como Leonardo de Vinci, su influencia en la historia de los últimos siglos se habria duplicado. Ese artista tenia además de la fuerza colosal de su génio, las calidades de todos los grandes representantes del arte. A la magestad serena de Pablo Veronese reunia la violencia pujante del Tintoreto; al colorido de Rafael, la verdad grande y sencilla de Andrea del Sarto; á la eximia delicadeza del Ticiano, el idealismo de Fra Angélico. La *Cena* desafia á todas las telas mas famosas. Es la pintura mas original, mas prestigiosa, mas bien pensada de su tiempo. Es á nuestro juicio el primer cuadro que merece los honores de haber fundado la pintura histórica. La mujer está suprimida de su conjunto, y sin embargo, el rostro de Jesús nos hace olvidar la dulzura de todas las Madonas del Sanzio. Es una escena terrestre, y tiene la elevacion de la célebre Asuncion del Ticiano del Museo de Venecia. Nada de ese eterno drama que desde Giotto hasta Carlo Dolci se repite en los espacios, representado por la Virgen, por los mártires, por la corte de ángeles y de querubes que forman el Olimpo Católico. Es el drama real el que habla en aquel muro, en el que la sombra de esa pintura se ajita y quiere sorprender al mundo antes de desaparecer completamente.

La catedral de Milan y la *Cena* de Leonardo de Vinci, son dos motivos muy altos para descender á ocuparme de las otras curiosidades de Milan. Una noche entera, pasada en la Scala oyendo á Tamagno cantar el *Figliuol Pródigo*, que no he podido apreciar en una sola vez, no ha bastado para quitarme una sola de las emociones que he sentido al contemplar aquellas dos joyas. Tengo por delante, como cuajada en un vasto espejo, esa gruta de estalactitas marmóreas, que tiene algo de las florescencias marítimas; y la pared de *Santa Maria de la Grazia*, ondula ante mis ojos

como un cendal á través del cual aparece el rostro indescriptible de Jesús.

He conocido en este viaje á la inglesa mas linda que os podeis imaginar. Tiene en su rostro impreso el sello de la eximia y suprema hermosura. Admirador de la belleza plástica donde quiera que se cruza en mi camino, por simple sentimiento artístico me detengo y la admiro. Con el mismo entusiasmo contemplo un cuadro, una estatua, una columna, la fachada de un palacio ó el ángulo labrado de uno de esos balcones mediavales, que tanto abundan en las viejas ciudades. Miss Omphall tiene un óvalo ante el cual, Carlo Dolci borraría para recomenzarlas, todas sus cabezas de santos y madonas. Aunque inglesa, las líneas esculturales de su cuerpo, la columna de su cuello, su busto, y esa vaga línea curva que dibuja el talle y desaparece despues de haberlo diseñado, harían desesperar á Fidias de celos y de envidia, delante de esta obra de la naturaleza. Su conjunto respira un no sé que de ideal. Parece que llevara sobre su frente el capullo luminoso que Virgilio coloca en la cabeza de Ascanio. Habla con una voz de un timbre que enloquece. Si esta pintura parece hecha con cierta *fuga* impropia en mí, los escandalizados me harán el favor de disimular por esta vez mi entusiasmo. Si fuera pintor, la mas meticulosa y mojigata matrona no estrañaría que un buen dia pintara yo el retrato de Miss Omphall y lo pusiera en la vidriera de Burgos con el sacramental *L...pinxit-1,000 duros!* Y si fuera escultor, ah! si fuera escultor, yo me encargaría de encontrar artimañas para vestir á Miss Omphall, sin ocultar una sola línea, ni uno solo de los lineamientos de la estatua. Y bien, como no soy pintor ni escultor, fuerza es que haga con la pluma lo que no me es dado hacer con el pincel y los cinceles. Cada uno emplea los medios de que dispone y tan inocente es pintar el retrato de una mujer bonita y yaciar su estatua en el molde, como tomarla cariñosamente,

colocarla sobre la página y dejar en ella los recuerdos de unas horas pasadas delante del modelo.

¿Habeis estado en Verona? Me contestareis que sí. Pero no habeis estado con Miss Omphall. Habeis bajado en la estacion y despues de inscribir vuestro equipaje para Venecia, y visitado á escape y como deseando terminar una tarea, el circo romano y la tumba apócrifa de Julieta, habeis vuelto á tomar el tren. Entónces no habeis visto á Verona. Eso no es ver esta melancólica y romántica ciudad, que parece haberse petrificado en pleno siglo XIII al soplo de las brisas heladas de los Alpes.

Y si os contára que yo he asistido con Miss Omphall á una resurreccion de la villa de los Scala, diriais que hago una fantasía, que unas cuantas copas de *Asti Spumante*, me han arrojado á la calle en demanda de sombras como Edgard Poe. Y sin embargo, ni estoy ébrio, ni he tenido un sueño. He visto, he oido, he palpado, y todavia tengo el recuerdo impreso de aquel teatro en que la realidad me ha representado una escena del pasado.

Verona fué fundada por Guillermo Shakspeare á mediados del siglo XVI. El acta de fundacion de esta ciudad es *Romeo y Julieta* y *The two gentlemen of Verona*. La historia, siempre historia, cuenta que Cátulo, el dulce Cátulo de la zampoña, y Cornelio Nepote que yo desgraciadamente no puedo recordar sinó con el mismo horror que á Nebrija y á las Platiquillas, nacieron en ella al pié de este Adigio bullicioso que se derrama incesantemente como un torrente. Pero lo cierto es que no hay historia para Verona antes de Guillermo Shakspeare. El es su arquitecto, su poblador, su historiador. Antes de él, la historia de Verona es leyenda. Lo admitiria el lector, si hubiese tenido la fortuna de vagar una noche por estas calles, del brazo de Miss Omphall, oyéndole recitar los mas tiernos pasajes de *Romeo y Julieta*, con una voz mas dulce que la de Ellen Terry y haciendo unas pausas ado-

rables para animar y poblar, por decir así, con la fantasía, todos los barrios de la ciudad dormida bajo el disco opalado de una luna espléndida.

Miss Omphall es una sacerdotiza que evoca, y á sus evocaciones las sombras se levantan, se fraguan, andan, hablan, viven. En su deslumbradora simplicidad, aquella divina criatura, tiene el don de animar todo lo que quiere —esa estraña fuerza exaltadora del espíritu de que están dotados los *mediums*. Tiene la ternura de la hija menor de Lear y la azorada vaguedad de la locura de Ofelia. Es inglesa y basta. Se detiene delante de todos los monumentos y tiene el poder de abrir los sarcófagos de los Scala que hace seis siglos que guardan sus restos en plena calle pública. Toda aquella corte de Scalas que presenció la triste tragedia de los Montecchi y de los Capuletti, sale de sus tumbas, ocupa sus palacios, se congrega en sus plazas durante el día, se bate en sus calles durante la noche.

Miss Omphall me ha llevado al baile de los Capuletos. He visto á Romeo, á Mercutio, á Tebaldo, á la nodriza parlanchina y mimosa, retrato sagaz de un tipo genuinamente italiano. Qué fiesta aquella! Los laúdes exhalaban un aire simple y primitivo; el génesis de uno de esos conceptuosos refranes de Mozart. Las ventanas con sus arcos en forma de *trefle* transparentaban la luz de los salones al través de los cristales venecianos. La servidumbre de los Capuletos, toda armada, guarda la entrada. En la sombra que proyectan los edificios vecinos, se divisa el rayo débil de una linterna, que descubre esbozada en la sombra, como en el fondo de un cuadro antiguo, el grupo de los Montecchi que espian la fiesta. De ese grupo se desprenden dos hombres enmascarados.

Uno es Romeo, el otro es Mercutio. Al favor de la máscara penetran á la mansion de sus rivales. Romeo se encuentra con Julieta; Julieta queda extasiada ante su ga-

llarda belleza, y Romeo la sigue como á su sombra por todos los salones. Se han mirado y se han amado con esa primitiva é inesplicable simplicidad de la adolescencia, y es necesaria la escena para formar el marco de ese cuadro. Shakspeare crea entónces á Verona, la recorre, la describe, la idealiza; y lo que es mas curioso, no altera ni uno solo de sus detalles; restaura todos sus barrios, abre todos sus palacios, penetra aun á las celdas de esos monjes frugales y profundamente cristianos del siglo XII.

Oh Verona! Déjame vagar al azar por tns calles y tus plazas mientras mis compañeros duermen tranquilamente como los padres de Julieta. Sobre tu recinto las brisas del Adriático se cruzan con los vientos de los Alpes, y despejan de nubes tu cielo. A tus piés murmura el Adigio, el eterno rumor de las aguas. Cuan hermoso es contemplarte desde el viejo puente del Castello, defendido por sus estraños pilares tridentados!

Mañana cuando el primer albor del dia raye en el horizonte, Romeo, envuelto en su capa gris, la espada al cinto, calado el birrete sobre los ojos, te atravesará sigilosamente en busca de sus compañeros que esperan su vuelta con inquietud.

Cuando la luna ilumina el fúnebre monumento de los Scala delante de Santa Maria Antica y á través de las rejas selladas con la *escala* que simboliza las nobles armas de los viejos señores de Verona, sus rayos producen sombra y luz entre los intersticios de los dos mausoleos,—diríase que en las ventanas superiores del palacio, entre el claro oscuro del muro vetusto, asoma el enérgico perfil del Dante que medita en el destierro en medio de la noche. Esa Verona en cuyas calles, sus señores levantaban sus mausoleos, cuenta todo el pasado con una estraña elocuencia; es el alma de una ciudad que dice su historia. Todo es característico en ella. Sus balcones bizantinos, con sus rejas férreas convexas, hacen ver á Miss Omphall, en

cada uno de ellos, la escala ondulando pausadamente con el último impulso que le ha dado la ascension de Romeo á la estancia de Julieta.

Hay luz en la habitacion, la ventana entreabierta arroja un débil reflejo sobre el jardin. Romeo acude á la primera cita. Los vientos alpinos zahuman el ambiente con el perfume de los azahares. Entre el espeso ramaje de los árboles se oye un ruido de álas agitadas como el que produce un pájaro sorprendido en el nido, y á poco rato, los trinos de cristal del rey de la selva. Miss Omphall me oprime nerviosamente el brazo y juntos exclamamos:

Es el ruiseñor!

.....

¿Quien eres tú que me has acompañado por Verona?—Soy, me dice Mis Omphall, la musa de Shakspeare que vaga por sus calles como la sombra tutelar de esta romántica ciudad.



VENECIA

Roma, 14 de Febrero de 1881.

Venecia está en la plaza de San Márcos para los extranjeros y en sus sendas capilares para los venecianos. El que la visite sin conocer su historia y su leyenda, debe regresar inmediatamente á la tierra firme despues de haber contemplado un momento aquel gran patio formado por edificios, cuya fisonomía no es posible olvidar cuando se ha visto una vez. Con esa nerviosa curiosidad que me domina, yo no he podido resistir á la tentacion de engolfarme en sus calles, atravesar sus puentes innumerables, perder el rumbo, girar al rededor de una insula y salir despues de una labor improba á la márgen de las plácidas y verdes lagunas que la rodean. ¡Qué red aquella, qué laberinto inextricable! Ese agrupamiento de islotes, cuya topografía no se concibe, por mas detenido que sea el estudio que se haga de su plano, forma una planta flotante de calles y sendas, cuya llave tiene solo el gondolero. Diez, quince dias, no bastan para esplicarse sus entradas y salidas, á no ser, que en cada aguadora de las que van á llenar sus cántaros en las espléndidas cisternas del palacio Ducal, encontremos una Ariadna que nos lleve á San Márcos. Declaro que para internarme no he necesitado nunca de guia, porque me proponia explorar, buscar lo desconocido, vagar para observar, ponerme problemas á mi mismo, reir

de mis chascos, celebrar mis triunfos;—pero para salir del laberinto, cuando se está lejos del Gran Canal ó de la bulliciosa calle de la Mercería, es indispensable el modelo de una de esas inspiraciones del Bellini que tomando la delantera como una sombra que huye, nos pone sin saberlo al pié de la columna que sostiene al Leon alado de Venecia.

Yo no puedo explicarme que una mujer ó un hombre de espíritu delicado, puedan sumirse en una profunda melancolía ante ese mar iluminado por un sol de oro y bajo este cielo que parece reflejarse eternamente en la anegada ciudad. La luna de Verona me acompañaba á Venecia y cuando puse el pié en la góndola, el espectro poético de la ciudad surgió de un golpe ante mis ojos, entre el velo opalado y sutil de luz que tendia sobre ella el astro de la noche. Era un espectáculo que solo habia visto, bajo el atractivo que despiertan las acuarelas de da Rios y las fotografías iluminadas de sus panoramas nocturnos. Aquello era la realidad. Al interés del colorido del cuadro, era ménester agregar el movimiento de las calles líquidas. Todo presenta un aspecto peculiar:—la sombra fúnebre de la góndola que se desliza silenciosamente sobre las aguas, el canto lejano del gondolero, los gritos de alerta para evitar los choques, que encuentran un éco en las murallas, la luz de los balcones, la inmovilidad de las aguas, los golpes pausados del remo que impele aquella estraña barca, armada con una especie de *rostra*, como los trirremes romanos cuya fisonomía especial se resiente con un no sé qué de siniestro y misterioso que le dá su casco rigurosamente negro, y el típico *felze* que esconde al pasajero bajo su techo y sus cortinados enlutados.

En este breve cuadro está la historia de Venecia nocturna y por eso nos impone. O Marino Faliero oye bajo de sus balcones la sátira de sus enemigos que se repite en los canales, ó bajo el Puente de los Suspiros, la barca

del verdugo asoma al gran Canal, conduciendo el cadáver de la última víctima, todavía palpitante; ó el Moro, furtiva y sigilosamente, rodeando la cintura de Desdémona, sale de la góndola en que la ha arrancado de la casa paterna y pone el pié en los umbrales de su palacio, con aquella extraña enamorada del valor legendario. Todo resucita en Venecia durante la noche, porque en ella, como en Verona, no ha cambiado el escenario, y si los muertos abandonasen sus tumbas, encontrarían fácilmente la puerta de sus casas y de sus palacios, y en cada góndola creerían encontrar la suya propia.

Es una historia llena de magestuosos recuerdos la que restablece el espectáculo de Venecia. A fines del siglo XV y en momentos en que Cristobal Colon soñaba con otra ruta al mar de la India, el mundo cristiano sufría una crisis histórica, cuyo desenlace debía marcar su apogéo ó determinar su ruina. El Oriente era el emporio del comercio del mundo y en él, el predominio de los turcos era incontestable. Ellos tenían la fuerza, la producción, la riqueza y el cambio. Los pueblos de Europa, tendidos sobre el Atlántico ó encerrados como la Alemania en el corazón del Continente, estaban pobres y en decadencia; la Edad Media había engendrado en ellos un sistema social y político híbrido, y con excepción de la Inglaterra y la España, donde el pueblo ejercitaba ciertos derechos sobre los reyes, los príncipes y la nobleza eran en las demás naciones los dueños absolutos y soberanos de la vida y de la fortuna particular. Las campañas religiosas sobre la tierra Santa habían sido frecuentemente desastrosas para los pueblos cristianos. El mismo descendiente de Guillermo el Conquistador fué prisionero de Saladino y toda la fé, toda la pasión cristiana de los guerreros y de los religiosos, no podía quebrar esa vigorosa civilización oriental que ensoberbecida por sus victorias, procuraba con todos sus recursos guerreros y sus ventajas comerciales, esterminar aque-

llas poblaciones europeas que ella seguia considerando como restos descompuestos del naufragio de Roma.

Venecia era entonces la única ciudad cristiana cuyo apogeo podia rivalizar ó por lo ménos equilibrar la floreciente situacion de los turcos. Ella era la única puerta de todo el comercio de Oriente: en ella se encontraban turcos y cristianos viniendo por rumbos distintos; los primeros con sus barcos llenos de marfil, de piedras preciosas, de esencias y tintes, que constituian como articulos de comercio una riqueza cuantiosa en aquellos tiempos; los segundos con sus naves pobremente cargadas, ávidos por los despojos que Venecia quisiera dejarles. La Inglaterra, la Francia, la España y el Portugal, no conocian el inmenso Océano que tenian al frente. Reconcentrado el comercio en los mares de Grecia y de Turquía, en las costas orientales de Africa, en Persia y en Egipto, aquellas naciones se veian obligadas á surtirse por el Mediterráneo en condiciones desfavorables para ellas, porque en el cambio, quedaban consideradas como tributarias comerciales del turco. Esta desesperante situacion de la Europa, la obligó á buscar con las armas durante cuatro siglos consecutivos, su preponderancia en Oriente, y mas que el celo y el ardor religioso de los cristianos, podia la necesidad, para armar soldados y enviarlos á la guerra santa á combatir por el ser ó el no ser de la cristiandad. Colon impresionado con este problema histórico que en su tiempo era de un interés palpitante, despues de haber guerreado contra los venecianos y los turcos en el mar Tirreno y en el Adriático, creyó poderlo resolver pacíficamente, buscando para los pueblos cristianos otra via para el Oriente á fin de hacer innecesaria la vieja y dificultosa ruta. El Portugal apurado por el mismo cáncer de los otros pueblos, llevaba á cabo sus expediciones á la parte meridional de la Africa; Colon mas audaz que Vasco de Gama, quiso rodear la tierra y buscar para toda la Europa el gran mercado directo de que care-

cia. Ese fué el propósito político del gran descubridor del nuevo mundo y, su obra realizada, dió tantas riquezas, tanta fuerza, tanto predominio á los pueblos cristianos, que el poder de los turcos comenzó á declinar y á deperecer, hasta que los soldados y las flotas de Cárlos V y de Felipe II acabaron con el vasto poderio naval de que disponian, casi en las mismas puertas de Constantinopla.

Este gran hecho histórico, el último tal vez que representa el duelo entre dos grandes civilizaciones, cuya coexistencia era imposible como lo fué la de Roma y Cartago, fué preparado por Colon y resuelto por la América. Sin uno y sin la otra, el cristianismo no habria tenido fuerzas bastantes para someter el vasto imperio de Oriente. Débiles, decaidos y pobres, sus pueblos habrian sufrido la ley del vencedor. Nuestra familia histórica, habria sido conquistada tal vez y los pueblos cristianos habrian tenido en la posterioridad otros destinos muy diversos á aquellos que les estaban reservados en nuestros dias.

Creo oportuna esta breve reflexion histórica á propósito de Venecia. Ella cayó en el naufragio de los pueblos de Oriente habiendo contribuido á ultimarlos. Sus galeras y sus célebres marinos contribuyeron á dar en Lepanto el último golpe á los turcos, contra los cuales venia combatiendo desde los tiempos de Enrique Dandolo. En la sala del Gran Consejo del palacio ducal, el pincel veneciano, con ese brio de colorido que no reconoce rival, ha ilustrado las escenas de aquel constante y rudo batallar. Las grandes telas de Palma el viejo, y del Tintoreto, tienen toda la elocuencia de las narraciones del Moro. El último sobre todo, cuya fecundidad prodigiosa de concepcion, haria creer que pinta bajo la accion de una fiebre violenta, supo como nadie dramatizar aquellas escenas sangrientas. En vano el tiempo ha trabajado sobre el fondo de sus cuadros carbonizándolos y rodeando á los personajes de un mar y de un cielo bituminoso que parece una costra dura é impermeable. Los

rostros y los cuerpos de los combatientes surgen y se atropellan allí con un ímpetu extraño y desordenado. Las cimeras, las corazas, las espadas y las hachas cristianas, relucen con un brillo deslumbrador sobre las cabezas de los enemigos. Las ropas orientales, los turbantes, todas esas vestiduras pintorescas de los hijos del Oriente, se destacan entre aquella escena de esterminio. El conjunto de la tela se divide en un sinnúmero de episodios trágicos; el ódio y el rencor apuran la sed de la venganza en un extremo del cuadro; las galeras venecianas vomitan la muerte sobre los navíos turcos en el otro; sobre sus cubiertas los cristianos se descuelgan abriéndose paso con sus espadas y sus rodé-las; los infieles mueren matando. Aquí un remero turco ha soltado el remo y ha caído bajo el filo de una hacha que le ha tronchado el cuello. Allí se implora el perdón en vano. Acullá un grupo de enemigos ha sido fulminado por la metralla. En las aguas, los náufragos, luchando con la muerte, se disputan los fragmentos de mástiles que caen de aquel choque tremendo. Las enormes banderas de Venecia flotan al aire, los pendones turcos se abaten. De aquellas telas sale un hálito de muerte. Cuando se miran de pronto y se abraza su conjunto, diríase que todo se mueve, que es un grupo humano que se despedaza, que blasfema y vocifera acuchillándose, y aun el mudo silencio con que se contempla un cuadro siempre, desaparece porque el artista ha puesto en él, hasta el ruido y el fragor de las escenas vivas.

Venecia está llena de Tintoreto y Tintoreto lleno de Venecia. Es el pintor eminentemente nacional; mas aun que el Veronese y mas aun que el Tiziano, aunque estos últimos caractericen con mas propiedad el colorido peculiar de la escuela veneciana. Ved si no, *su Paraiso*, sobre el muro Este de la sala del Consejo Mayor del Palacio Ducal. No hay pintor antiguo ni moderno que haya iluminado una tela de mayores proporciones. Aquella es una poblacion de

figuras cuyo número no es posible calcular. Es una multitud que ondéa, que se envuelve y se desenvuelve como en una plaza. Se ve el conjunto, pero es imposible determinar los detalles, los grupos, los individuos, las fisonomías y las actitudes; todo desaparece en la grandeza incomparable de aquel agrupamiento colosal. No se busque la perfección, la delicadeza, la corrección de los relieves, y de las fisonomías. El Tintoreto, que frecuentemente es incorrectísimo, cuida casi siempre poco los refinamientos de los episodios de sus telas. Tiene algo de lo que tenía Miguel Angel, la fuerza, el vigor, la saña de las concepciones; lo que ha caracterizado á muchos escritores antiguos y modernos: A Dante, á Ariosto en la Edad Media; á Shakspeare, á Hugo y á Tomas Carlyle en nuestros días. Es esa fuga del estilo, que en la estatuaria, calienta y anima el contorno, que en la pintura mueve y hace gritar, reír ó llorar á las figuras, que en las letras obtiene que los personajes surjan de la página, anden y hablen con el lector. El genio del Tintoreto es un retoño propio de su tiempo y de la evolución que en el arte operó la poesía italiana del siglo XIV. Ya los pintores toscanos de la primera época, desde Cimabúe y Giotto, hasta el Benedetto y Fra Angélico, habían tratado de ilustrar las escenas dantescas. El tema favorito del juicio eterno los seducía y estuvo en boga hasta Miguel Angel que lo trató magistralmente con su vasto genio en la Capilla Sixtina. Tintoreto pintó el *Paraíso* bajo la influencia de las mismas lecturas. La poesía, como siempre, había abierto su camino al arte. Dante fué el verdadero iniciador del Renacimiento, y ningún pintor italiano, á nuestro juicio, ha sabido dramatizarlo con colores y concepciones más viriles y violentas que el Tintoreto. Tal vez no es el más discreto de los artistas, quizá es el más defectuoso, el menos correcto, pero es el más valiente y el más revolucionario, el más independiente y el más robusto de sus contemporáneos y por eso nos seduce. La escuela veneciana está compuesta de luz, de

opulencia y de fuerza. Tiziano alumbra, Pablo Veronese decora, el Tintoreto acciona y acomete.

Era imposible que Venecia como centro artístico produjese los retratos severos y graves de Van Dyck, las telas escarlatas de Rubens y esos cuadros monacales y sombríos del Españoleto, que parecen inspirados en la celda de los conventos de Córdoba.

Venecia es la pátria de la luz, del sol, del aire y del color. Basta pararse en la plaza de San Márcos, el mas bello sitio que el hombre posée sobre la tierra. Aquella terraza que mira sobre el mar tiene de todo; es un teatro, un paseo, una vasta azotea. Mirada desde las galerías del Palacio Real parece una decoracion. Todo ese aspecto pintoresco se lo imprimen dos edificios, que no tienen su igual: San Márcos y el Palacio Ducal. Los accesorios complementan el conjunto, y llamo accesorios á la luna, que bosqueja en la sombra las bóvedas bizantinas del templo y el muro característico de la célebre mansion, y al sol que, al romper en el límite del horizonte y del mar, anima aquella escena sobre la que todos los colores del arco iris se forjan en la bruma matinal que flota sobre la ciudad.

He mirado á San Márcos y al Palacio Ducal de todos lados y de diferentes distancias, como esos grandes cuadros que nos obligan á detenernos en medio de una Galería y que á medida que los observamos, aumentan el deseo de permanecer delante de ellos. De todas partes tiene atractivos distintos aquel frente sin rival y de cerca, San Márcos se admira como una obra capital del cincel bizantino. Tiene todas las delicadezas, todos los detalles, todas las finezas de esos cofres de oro oriental en que los turcos guardan las esencias de Persia. Su frente, en el que el color y el dorado de los mosaicos forma una armonía exquisita de decoracion, que en vano se ha aplicado á las pesadas iglesias de Roma, es único en Europa. Los tres grandes órdenes arquitectónicos estan allí representados, pero de una manera tan

singular, tan raramente combinada, que la belleza del conjunto no desaparece un momento. Ha sido la obra de la fantasía; no parece el resultado de un estudio arquitectural detenido. Es una pintura, un capricho, esbosado por un pincel ó un lápiz que improvisa bajo la accion de una mano esperta y de una cabeza creadora. Allí no hay líneas, no hay dibujo, no hay escala, ni plano obligado. Por lo menos, no se nota el trabajo de paciente elaboracion que ha producido la obra : — el artista ha echado sobre el cartonalgunas gotas de agua y de color, y San Márcos ha aparecido bajo los golpes fáciles del pincel. Hé ahí todo!

¿Cómo concebir la factura de sus cúpulas infladas, semejantes á la cubierta de esas ricas urnas turcas en que se queman las pastas orientales? Parece que de un momento á otro una nube de incienso voluptuoso fuera á despedirse de ellas ; que el ambiente se impregnara con sus perfumes ; y que sus campanas, como las de un estuche de música, fuera á producir la armonía extraña que produce la variedad de los temples del metal y la menor ó mayor intensidad de los sonidos. Sobre el pórtico principal, los cuatro gigantescos caballos romanos que Constantino arrebató al arco de Trajano, y que un dia dominaron el arco del Carrousel, en Paris, se levantan encabritados con aquella arrogancia fria pero solemne que les ha impreso el cincel antiguo. En la convexidad de las ojivas los dorados rivalizan en intensidad de brillo con el vivo color de los mosaicos. Con escepcion del centro principal que representa un juicio final de 1836, los demás mosaicos conmemoran la gloriosa epopeya de San Márcos, aquel santo que parecia amar tanto el Adriático como los Dardanelos y el mar Negro. Todos aquellos fragmentos de oro y de colores vivos se agrupan para formar la historia del Santo. A la derecha el embarque del cuerpo de San Márcos en Alejandria, á la izquierda la adoracion del Santo, á pesar de cuyas virtudes Venecia ha teñido tantas veces en sangre los verdes canales que la circundan.

San Márcos es á Venecia, lo que el Cid para Burgos, lo que Juana de Arco para Rouen, lo que Guillermo Tell para Altorf. No es un santo solamente, es un custode, un protector, un vengador, que no ha dejado de velar un solo día por su pueblo y de tomar parte en todos sus júbilos y vicisitudes. Los gondoleros lo conocen. Alguna vez mientras dormian bajo del *felze* con la góndola amarrada á uno de esos maderos pintorescamente pintados, enclavados á lo largo del Gran Canal, el Santo, se les ha presentado, los ha despertado repentinamente, se ha embarcado con ellos y los ha hecho remar en direccion al Oriente, siempre al Oriente, con el pretexto de salvar de los turcos y de las turcas, algunas reliquias arrebatadas en uno de los golpes de mano que los infieles daban sobre los templos cristianos. Feliz el santo que pudo hacer esos viajes encantados en una noche y volver á reinar en medio de su pueblo!

Venecia, sin embargo, divide su culto entre San Márcos, San Teodoro y el Leon Alado. Es un consorcio estraño, pero ella es la ciudad de lo pintoresco y de lo original. San Teodoro, sobre la columna histórica, abate con su pié un cocodrilo; el leon, en la columna vecina agita sus alas. No es éste, como se ha dicho, una simple representacion heráldica de los antiguos señores de Venecia. Es el escudo de armas del Santo conquistado á la Siria por el dog Miguel II en 1120 y transportado despues á las banderas venecianas. Y todo en Venecia es asi. Sobre sus lagunas, el Oriente entero ha venido á imprimir su sello tipico, y estos insulares que han levantado sus hogares en ese grupo de camalotes desprendidos de las riberas de Italia, han depositado en su ciudad todo el botin de sus antiguas campañas en las costas de Aragon, en el mar Tirreno, en Tunis, en el mar Jónico y en los Cardanelos. Claro es que Bisancio predomina porque Venecia mira al Oriente y el Oriente se refleja en ella. Los idolos de estos pueblos han servido para sus blasones de guerra. Las mezquitas y los alcázares árabes

han inspirado á sus arquitectos para fabricar la casa del Dios cristiano y el palacio de sus señores. No es solo el gran palacio Ducal el que acusa la preponderancia moral que los turcos ejercian sobre los venecianos: son todos los palacios, casi todas las casas de la antigua Venecia. Del mismo modo, San Márcos posée bajo de sus cúpulas todas las riquezas de los Sultanes, las pedrerias, los alabastros, los despojos de aquel grande emporio, que es hoy apénas una sombra de su pasada grandeza.

Cuando á lo largo del Gran Canal, en una mañana clara, bajo un cielo celeste y limpio, la góndola se detiene delante del palacio *Casa d'oro*, el mas genuino *specimen* del estilo ojival del siglo XIV, los ojos pasan largas horas recreándose delante de aquella fachada maravillosa. Se admira como una alhaja, no como un monumento. Es un telon iluminado por el pincel de un maestro, porque el color de su fachada con sus tonos variadisimos dá á aquel edificio todas las sombras, los claro-oscuros, la luz de un cuadro. Los artistas venecianos que en la acuarela rivalizan sin cederles un ápice con los acuarelistas de Nápoles, saben cuan bella es esta mansion que aunque casi abandonada, detiene todas las góndolas que pasan delante de ella. La iluminan con un arte especial, no arrojando sobre el carton la acuosa pintura que espande despues el pincel para diseñar las formas, sino labrando cada ojiva, cada cinceladura, cada remate, cada flor ó arabesco, de los que forman el tallado completo del muro. A mi juicio, mas fáciles que Canaletto, cuyos célebres cuadros se resienten mucho de sus propensiones naturales al dibujo lineal, los acuarelistas venecianos, conocen mejor que el gran maestro la naturaleza del paisaje que pintan. En Venecia la línea recta no existe, todo es vaporoso, sus edificios, sus calles, sus puentes. El conjunto que presenta el Rialto, desde el Canal, no se puede detallar, como no se puede detallar tampoco el patio de San Márcos. Todos los colores de la paleta son necesari-

rios para pintar á Venecia y á los venecianos; la comba etérea del arco iris se difunde sobre ellos y descompone sus colores en tintas innumerables. Venecia flota sobre las aguas muertas y entre el ambiente brumoso de las lagunas, y bajo ese velo de luz y de sombras surgen sus palacios incomparables.

Junto con la acuarela *de la Casa d'oro* he adquirido otra que representa la *porta de la Carta*. Tiene para mi el mérito inapreciable de haberla comprado mientras contemplaba el original bajo la misma luz que el artista ha derramado en el carton. Generalmente el viajero, se aleja despues de haber abrazado de un golpe el conjunto que presenta el palacio Ducal. Pocos descubren la perspectiva que presenta la base de la *Escalera de los gigantes*, mirada desde la plaza á través de la *Porta della Carta*. La luz se distribuye con una variedad extraordinaria. En el fondo, el sol irradia sobre el mármol de la espléndida obra de Filippo Callendario; bajo el pórtico, la sombra hace el contraste y sobre él, las pardas cinceladuras de la piedra se destacan desprendidas sorprendiendo con la exquisita finura de sus relieves. En mi modesto pero gentil cuadrilo, una veneciana con sombrilla y traje rojo y negro, baja por la escalera del lado del sol y su cuerpo se diseña gentilmente en aquella soberbia decoracion. En el original á cada instante vemos entrar y salir entre las sombras del pórtico y la luz del fondo, un sin número de personas ocupadas que no tienen tiempo de admirar la puerta admirable por que pasan.

Los cristales venecianos como los de Sajonia han seguido el género *rococó* que comenzó en el Renacimiento y que tiene incuestionablemente su *chic* ó su *flon* como diria en su *argot* presente la elegancia parisiense. Pero donde me seduce á mi el vidrio de Venecia, no es ni en los espejos, ni en las arañas con sus adornos multicolores ó historiadados, sino en las ventanas ojivales del Palacio Ducal y de

otros palacios. Aquellos discos dobles como un lente, en los que el cristal se ha enfriado en círculos concéntricos, con sus tonos débilmente verdosos, agrupados en los aros metálicos que los sostienen, dan un carácter especial á esas grandes salas de la Edad Media, entre las que pocas pueden rivalizar con la Sala del *Gran Consejo*. La luz se abre paso á través de las ventanas como al través de un transparente. Una sola de esas grandes ventanas, basta para excitar la imaginación y lanzarnos en el pasado. El turista bourgeois, pasa delante de ellos, como si pasara por una vidriera cualquiera; pero si ha mordido un poco en los gustos artísticos y sobre todo si lo arrastra esa pendiente tentadora á lo antiguo en que corre nuestro siglo, volverá cien veces á contemplarlas, y concluirá por enamorarse de ellas. Si yo fuera rico (desgraciadamente se necesita ser muy rico) quisiera poseer un escritorio con una ventana, por lo menos, igual á éstas, tapizado todo de cuero de Córdoba legítimo y amueblado con muebles del siglo XIII. No lo soy y no tranzo con ningún tapicero ó empaquelador que me ofrezca la parodia de las antigüedades apócrifas con que los vanos satisfacen su gusto.

Esa serie de ventanas de la Sala del Gran Consejo ilumina, como ya lo he dicho, las telas de Leandro Bassan, de Pablo Veronese, del Tintoreto, de Andrea Vicentino, de Zuccaro y de los dos Palma. Al poco tiempo de familiarizarnos con ellos y de examinarlos, la diferencia de los estilos se demarca fácilmente entre los maestros de la misma escuela. El Tintoreto saca el recurso de sus concepciones fecundas y violentas. El Veronese derrama un lujo oriental en sus telas. Como ejemplo basta recordar *la Gloria de Venecia*, el gran cuadro central del Salon. No es posible pintar mas riquezas; es una fastuosidad que eclipsa el lujo de todas las cortes. Su taller debia ser un museo de antigüedades. Los tesoros de todas las iglesias cristianas y mansiones reales, le son pocos para pintar el

metal, la seda, los brocados, las pieles, las joyas y las decoraciones de sus cuadros. Es el mas grande de los coloristas porque es el mas fiel copista de las riquezas. Su colorido es el resultado material de lo que imita. No es como el Tiziano por ejemplo, que pone el color en la parte moral de la obra, por decir asi. Para citar dos ejemplos vivos, bastaria recordar la serie de las telas opulentas que ha pintado el Veronese y comparalas con las del Tiziano y las del Tintoreto. Todo el vestuario de los Papas, de los monarcas y de las reinas de Oriente, está transportado *al Banquete en casa de Levi* y á *las Bodas de Caná* que son los dos lienzos mas grandiosos del gran maestro, que posee la *Academia de Bellas Artes*. Diríase que aquel gran exornador hubiese acudido en un dia de fèria á la gran Plaza de San Marcos, en momentos en que algun pirata turco de los mas famosos vendia el rico botin de sus salteos, y que lo hubiese adquirido por recios puñados de florines, porque en los cuadros que acabo de citar la decoracion y el traje de los personajes judáicos son tan ricos, tan fastuosos y opulentos, que aun la inexactitud y el anacronismo desaparecen casi siempre bajo la fascinacion que produce la pompa.

En cambio, Tintoreto colora los rostros, marca los ojos, anima todas las facciones. Tiziano ilumina las imágenes con unos tonos de topacio que solo á él le son peculiares, y con un vigor y una inspiracion q' no tiene el Veronese, porque casi siempre éste es solemne, grave y aun monótono en medio de su opulencia magestuosa. De los tres, indudablemente, Tiziano es el Sol del grupo, porque además de sus altas calidades propias, tiene en alto grado tambien las especiales que distinguen á los otros dos. Su *Assunta* en la misma galeria de Venecia absorbe toda la atencion. Se pasa delante de Pablo Veronese, se tiembla delante del Tintoreto, se siente delante de las Virgenes del Bellini. pero una vez vista la *Assunta*, se vuelve ante ella, porque

ese cuadro llama y atrae con un imperio irresistible. Es el astro de la Galería y con su luz oscurece lo que lo rodea. Hay en él todo ese valiente realismo con que el arte de aquel tiempo se habia emancipado de las formas góticas, inspirándose en la naturaleza. La *Madonna*, que asciende como arrebatada por una corriente etérea, parte de la tierra; es humana, es la madre verdadera; sus ropas agitadas cubren formas audaces, que el maestro no ha tenido la intencion de disimular. No surge entre esa bruma vaporosa que envuelve las virgienes de Murillo que poseia, sin la fuerza iluminadora del Tiziano, un sentimiento delicado y poético, que no es la propiedad del pintor Veneciano. La *Assunta* de éste, se levanta por sí misma y podria, despues de haber sido recibida en el seno del Padre eterno, bajar al mundo, cambiar sus ropas ideales, cambiar su actitud y mezclarse entre los apóstoles que la ven partir, sin que ninguno de ellos sospechara su origen divino.

Venecia es un arsenal de pinturas. Verdad es que estamos en Italia y que debia comenzar por decir lo mismo de todos los pueblos estendidos sobre el Mediterráneo y el Adriático, á través de los Alpes y de los Apeninos. Si fuera posible escribir una revista de las riquezas de una sola ciudad italiana, estaria contento, porque entonces, podria llenar muchas páginas y hacer, tal vez, un libro en el que las lagunas serian menos visibles que lo que van á ser en estos folletines reunidos. Pero esto no me es posible, ni entra en mis obligaciones. Es necesario hablar de Venecia y cerrar la charla sobre sus museos, por mas dolor que nos cause el abandonar un tema tan interesante.

En Venecia se vive en el agua. Un escocés se moriria de nostalgia á los pocos dias, como una corsa, porque la plaza de San Marcos es muy pequeña para los hijos de la montaña y de la selva. Un francés estaria cayendo al agua á cada momento en su afan de salir á la tierra firme. Los alemanes son los únicos que harian su residencia favorita

en esta estraña ciudad, y, cuando digo alemanes, no me refiero á sus viejos años los áustriacos, sino á esos dulces espíritus soñadores del Norte, que aman las escenas románticas con una pasión de sonámbulos.

Una noche se anunciaban *Los Lombardos* en el teatro *Della Fenice*, por una de esas mediocres compañías que vejetan en los teatros secundarios de Italia. Eso de ir al teatro embarcado es tan original que merece la pena de sufrir la representación mediocre de una linda ópera, con tal de pensar que una góndola nos espera en la puerta del teatro. *Los Lombardos* se cantaron desesperadamente mal, pero á la salida del teatro la noche envolvía á la ciudad en un manto fantástico de luz y de sombras. Las venecianas son muy lindas, y como una prueba de esa belleza que el Adriático refresca con sus alientos marinos y á la que el *sirocco* imprime su influencia voluptuosa, diré, que todas las hadas de esos palacios encantados que surgen de las aguas, y que habian oido *Los lombardos*, podian clasificarse como se clasifican esos retratos del Tiziano que no reconocen rivales. Las góndolas que bajo el *felze* ocultan siempre un no sé que de fúnebre y misterioso, recibian á esas lindas desfallecidas que no saben caminar un kilómetro sin caer postradas de fatiga. Los gondoleros soltaban el garfio y comenzaban á internarse en los canales haciendo brillar su proa armada del *ferro*, como el frente de un trineo. Los gritos de «*giá é*» «*premé*» «*stá lí*» pronunciados en ese eufónico dialecto veneciano, anunciaban la góndola oculta tras del ángulo de la calle, cuya proa vá á asomar de un momento á otro. La nuestra se deslizaba furtivamente sobre las aguas, y digo furtivamente, porque la góndola cuando surca los canales parece que huyera ocultando el fruto de un crimen ó el misterio de un idilio. En un instante el canal se pobló de luces blancas y el aire de cantos. Viejo espectáculo, ¿pero quien no daría una hora por volver á gozarlo?

Entre aquellas voces, un acento argentino surgia del conjunto del coro. Creimos que era una mujer del pueblo de las que formaban la compañía de la barca que nos llevaba la delantera. Pero poco á poco comenzamos á comprender que habia en los acentos de aquella mujer, una distinción soberana y un sentimiento que solo podia ser el resultado de una educacion esquisita. Nuestra góndola seguia siempre la comitiva de las otras góndolas, pero á cierta altura del canal, sola y como una sombra negra sobre las aguas, una góndola se separó del cortejo, desapareció en un canal estrecho que formaba una callejuela lóbrega y sombría, y la desconocida siguió cantando estas estancias:

Ho detto al core, al mio povero core:
—Perché questo languor, questo sconforto?
Ed egli m' ha risposto—È morto amore!—

No hay nada mas dominante que la curiosidad y á pesar de todas las consideraciones del caso, empeñamos al gondolero en seguir aquella voz aunque ella nos llevara mas allá de las lagunas. Nos pusimos á la caza por entre aquel canal tortuoso que parecia un acueducto mas que una calle; pero de pronto la voz se estinguió, la góndola perseguida se detuvo, y de ella saltó un butol negro que penetró en la puerta de un alto y solitario palacio. Nos mantuvimos un momento creyendo que la cantora nocturna volveria á recomenzar su cancion, pero despues de unos minutos de espera, habiamos perdido toda esperanza y dimos orden de retroceder al gondolero.

No bien nuestrá góndola llegaba al fin de la callejuela y apuntaba al gran Canal con su ariete, cuando desde su fondo oscuro y como si saliera de las altas ventanas del palacio, la voz volvió á cantar con un acento de ternura indefinible:

Ho detto al core, al mio povero core:
Perché dunque sperar, amore é morto?—
E n' ha risposto—Chi non spera, muore!

Í N D I C E

	PÁG.
En el mar.	3
El Centenario de Rivadavia en el Océano.	15
Beatrice.	27
De Lisboa á Vigo.	41
Southampton, Winchester, Bromley.	51
Cuadros parlamentarios, La Cámara de Comunes.	67
» » y escenas populares.	83
» » Mr. Disraeli en la Cámara de Lords.	101
El Cenáculo de la Rue Bonaparte.	115
Los pájaros del Doctor Ribot.	129
El Teatro Inglés y la Comedia Francesa.	141
Ascension al Monte Blanco.	171
La Suiza Nueva.	187
Las Anémonas.	201
Lammermoor's Land!	217
El Militarismo en Alemania.	239
De paso por Alemania.	251
La Catedral de Colonia.	265
Política Europea.	277
Crónica Parisiense	293
Don Polidoro.	309
Las Griegas de tierra cota.	321
Eugenio Labiche en la Academia.	333
La Prensa Feroz.	345
De Paris á Marsella.	355
Italia! (El Norte)	365
Venecia.	387

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
4	11	podieran	podieron
6	8	presentan	presenta
6	31	convencemos	convencernos
7	7	livirginiano	virginiano
9	9	Jhon	John
29	20	habia quedado	habia quedado una criatura
90	19	inviste	invista
108	4	penales	penates
189	14	Niebulengen	Niebelungen
190	6	Föpfer	Fopffer
191	24	Schaffouse	Schaffhóuse
192	20	Brunen	Brumen
306	33	espone	esponen
335	19	figuran	siguen
336	24	Triboust	Thiboust

